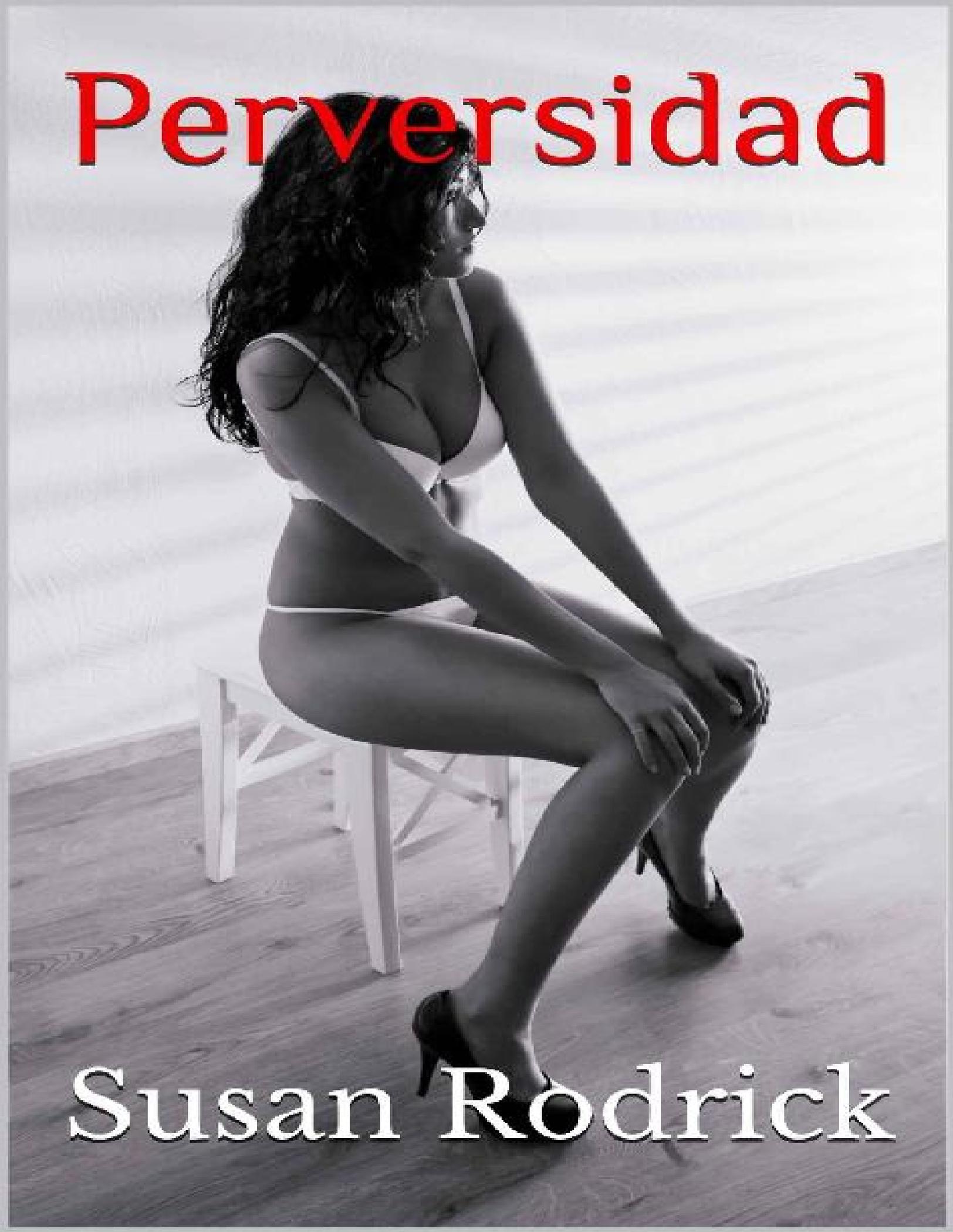


Perversidad



Susan Rodrick

Perversidad

Susan Rodrick

1

Gerhard conducía bajo la nieve. Había terminado el trabajo. Hoy le había tocado un turno agotador de doce horas en la fábrica. *Qué triste destino el mío, qué desalentador. Soy un pobre diablo. Un fracasado.* La nieve golpeaba el parabrisas. La nieve golpeaba sus pensamientos. Oscuridad. Silencio. ¡Los días eran tan cortos! El sol brillaba por su ausencia. La luz de los faros de su modesto coche un tanto destartado atravesaba la nieve, la oscuridad, el silencio. Dos líneas de luz que se perdían en la noche anticipada que se comía al día y se comía la esperanza.

Gerhard dio un volantazo y se salió de la carretera por primera vez en su vida. Necesitaba explorar, salirse de la senda marcada, salirse de la rutina y lo previsible. Se ahogaba. No aguantaba más. Todo iba de mal en peor. ¡Maldita amargura! ¡Maldita soledad acompañada! Gerhard no encontraba alicientes en nada de lo que hiciese. Nada le resultaba estimulante. La ilusión juvenil se había esfumado. ¿Dónde estaba la pasión? *Vivo desmotivado desde hace una eternidad.* ¡Qué depresión galopante! *Si fuese al psiquiatra me desahuciaría.*

Gerhard condujo como un loco en mitad de la nada, en mitad de ese manto blanco, impoluto como el mantel de una iglesia. Luego paró el coche, resoplando, y golpeó el volante. *¡Al diablo!* Sacó la fotografía de su mujer de la guantera. Hanna. La insensible Hanna. Se masturbó frenéticamente mirando la fotografía de su mujer. Hanna. La insensible Hanna. *No me quiere. Nunca*

me ha querido. Soy un perfecto desperfecto para ella. Se frotó las manos con el semen. Le disgustaba su olor ácido, a lejía.

Pobre Gerhard, decía mamá cuando era pequeño. Si por lo menos hubiese tenido hermanos. Si hubiese tenido hermanos quizá las cosas habrían sido diferentes. Pero no tenía hermanos. *Siempre he estado solo.* Y su madre no se cansaba de repetir la misma cantinela: *pobre Gerhard; eres un perdedor, hijo mío.* También ella era una perdedora, una mujer solitaria y enfermiza, una mujer acomplejada, apocada, timorata, temerosa, que no sabía hacer apenas nada y se evadía de su propio fracaso yendo a la iglesia, rezando compulsivamente, pensando que Dios era su príncipe azul y vendría a rescatarla de la penuria.

Pobre Gerhard. ¡Ya basta! Gerhard tomó la botella de alcohol. Bendito alcohol. ¿Por qué todo lo bueno estaba prohibido? Dibujó en su rostro huesudo una sonrisa perversa. Vaciar todos los botecitos de ron y aguardiente para repostería que Hanna utilizaba en sus pasteles había significado un acto de desacato, de desobediencia, de insumisión. Los había vaciado todos y había metido su contenido en esa botella que representaba la antorcha de la liberación. Gerhard bebió y bebió. Estaba rica esa mezcla de ron y aguardiente para repostería elaborada en Alemania. *¡Al diablo los pasteles de Hanna! ¡Que se los meta donde le quepan!*

Pobre Gerhard. A su padre ni siquiera lo había conocido. Murió cuando él era muy pequeño. Ni siquiera se acordaba de su cara. No sabía nada de él. Era un completo desconocido. *Te pareces mucho a tu padre,* solía decir su madre, sobre todo cuando él hacía algo malo. Y sería verdad. Gerhard no se parecía nada a su madre. Ella era pequeña, redondita, rellena, pasmada, contemplativa, y él era alto, delgado, nervioso, *¡soy un manojo de nervios!* Ni siquiera había visto a su padre en fotos. Madre era tan temerosa y asustadiza de todas las cosas que ni siquiera le gustaban las fotos, *le daba miedo*

conservarlas y hacerlas y mirarlas porque inmortalizaban su estupidez.

Gerhard encendió un cigarrillo. Le encantaba fumar en su coche modesto y destartalado. Era fantástico que el coche se llenase de humo. Estar allí metido, en esa burbuja de humo que lo aislaba del mundo, le hacía sentirse bien, protegido, a salvo. Era como entrar en un estado de conciencia diferente, que lo reinventaba y hacía de él otra persona, con otro destino y otra percepción de la realidad. *¡Maldita religión! Y ahora yo he caído en la misma mortadela. Como mi madre. Qué trampa mortal. Nadie está a salvo. ¡Todo es mentira! ¡Engañabobos para distraer la atención! Y Hanna, igual. Ella me ha arrastrado a esa basura otra vez, como hizo madre, que me arrastraba compulsivamente al templo para que me pusiera de rodillas. ¿Se puede saber qué diablos es rezar?*

Pobre Gerhard. Siempre la misma cantinela. ¡Calla, madre! ¡Te odio! ¿Cómo podía escapar del círculo vicioso? El círculo vicioso de la culpa y el miedo. Primero madre y ahora Hanna. Hay que ir a la iglesia, Gerhard, hay que rezar. Dios está por encima de todos nosotros. Pero Hanna no engañaba a nadie. Ella no iba al culto por sentimientos piadosos. Ella iba al culto porque quería tirarse al predicador, a ese Adam falso y taimado. Si es que no se lo ha tirado ya. ¡Seguro que ya se lo ha follado! Me apuesto lo que sea. Adam es un predicador de plástico. Adam es un sinvergüenza, eso es lo que es. Lo supe desde el primer momento.

Pobre Gerhard. Y lo cierto era que también él había caído en la trampa de las falsedades, en esa telaraña mortal. Él formaba parte del teatro, era uno de sus actores, qué absurdo. Porque Adam era su amigo, se suponía. Somos vecinos, hay que ser civilizados, las normas de urbanidad primero. Y además Adam era su padre, sí, qué ridículo, su padre espiritual, su guía, su mentor ante Dios todopoderoso y omnisciente. Lo que Adam dijese iba a misa. La misa eran las palabras de Adam, su interpretación de la realidad. Y lo que

él decía que era verdad, era verdad por necesidad, por definición. *Aunque luego se tire a Hanna en la trastienda del templo de oración.*

Gerhard inspiró profundamente. Le gustaba estar allí metido, en su cápsula de humo, fumando un cigarrillo detrás de otro. Hoy en día los suecos no fumaban cigarrillos. Hoy en día los suecos mascaban el tabaco, como los antiguos vaqueros del lejano Oeste, los cowboys de las películas. Por eso habían inventado el *snus*. Él en cambio fumaba cigarrillos como los americanos modernos, los yanquis. Mascar tabaco le hacía sentirse un rumiante. *Vivo en un mundo de rumiantes. Yo soy un lobo herido, al que han cortado las cuerdas vocales, los colmillos y las garras. Ya no queda nada del lobo. Sólo una mancha de pelo negro que no se distingue en la noche y de día resulta repelente.*

Gerhard siguió bebiendo, siguió fumando, *en mi nido, mi guarida de lobo estepario herido y solitario.* Qué simbólico y gracioso, Adam era un pastor de ovejas y él era un lobo herido metido en su rebaño de ovejitas. *¿Qué hago en su rebaño? El pastor se folla a mi mujer y yo estoy tan tranquilo en su rebaño, agachando la cabeza, aunque en realidad sea un lobo.* Un lobo que había perdido sus privilegios hacía mucho tiempo y debía doblar la cerviz. *Porque Hanna no me quiere, nunca me quiso, es la verdad. Se casó conmigo por comodidad y cobardía, porque pensaba que no podía conseguir nada mejor. Tampoco madre me quiso. Yo era un fatal accidente en su vida.* Su mayor error. Quizá el único. *¿Cómo podía saberlo? ¡Madre era tan cerrada, hablaba tan poco!*

Gerhard dio un largo sorbo a la botella. Qué rica mezcla de aguardiente y ron. *¿Cómo podía utilizar la gente eso para repostería? El mundo se ha vuelto loco, se ha puesto al revés, lo que debería estar arriba está abajo y lo que debería estar abajo está arriba. La gente combina así las cosas y luego se queda mirado satisfecha su combinación como si fuese una*

obra maestra. El alcohol y el tabaco, sus improvisados aliados y salvadores, estaban obrando por fin el desbloqueo. Gerhard se vio de niño y adolescente. *En esa época aún había esperanza. En esa época me gustaba pasear, me gustaban mis pensamientos, me gustaba estar solo, dibujar, escuchar música, imaginarme cosas.* Luego vino la locura, de pronto, bruscamente, sin previo aviso. *Y me convertí en Norman Bates.*

Gerhard tuvo un acceso de risa violenta. *¡Norman Bates y yo somos clavados!* La primera vez que vio la película le impresionó mucho. *Por el parecido facial y físico y por todos los parecidos posibles.* Norman Bates era su alter ego cinematográfico. *Pobre Norman Bates.* Él también estaba aplastado por el recuerdo de una madre dominante y enfermiza. Claro que Norman Bates no era más que un personaje de película. Era el protagonista de *Psicosis*. No era una persona real. En todo caso la persona real era Anthony Perkins, el actor. *¿Y yo? Yo soy real. Digamos que soy la materialización de la idealización caracterizada por Anthony Perkins. Yo soy el protagonista de Psicosis en la vida real.* Misma cara de palo, mismas obsesiones. Mismo comportamiento patológico.

Pobre Gerhard. Otra vez no. *¡Déjame en paz, madre!* Gerhard golpeó el volante. Luego siguió bebiendo. Y encendió otro cigarrillo, el último de la cajetilla. *Hanna es una pobrecita como yo, por eso se casó conmigo. Se casó conmigo por comodidad y cobardía. Y también por complejo de inferioridad. Yo en cambio me casé con ella porque la quiero, aunque también tenga complejo de inferioridad. Somos sendos desperfectos humanos.* Claro que ahora Hanna había encontrado una motivación extra en la vida, follarse al pastor de ovejas.

Gerhard miró fijamente las dos líneas de luz que atravesaban la noche y se proyectaban en la nieve, el manto blanco e impoluto como el mantel del altar en la iglesia. Sentía que su sangre se derramaba en aquellas líneas de luz

de su coche modesto y destartalado. Una patética transfusión sanguínea que sin embargo no conseguía manchar el mantel impoluto de nieve.

Súbitamente arrebatado, Gerhard salió del coche y se revolcó en la nieve, bajo las líneas de luz, gritando con todas sus fuerzas. Y mientras gritaba y se revolcaba en la nieve, bajo las líneas de luz que proyectaban los faros de su coche modesto y destartalado, se vio en la fábrica, *como un peón que no sabe hacer nada mejor que desriñonarse durante doce horas al día para mantener a su patética mujercita*. Así era su destino, por eso había acabado en la fábrica de papel, fabricando papel, también blanco e impoluto como la nieve y como el mantel del altar en la iglesia, para que otros, los afortunados, los triunfadores, escribiesen en ese papel la novela feliz de su vida.

2

Gina miró fijamente a su hermana Frida. *Frida y yo siempre nos hemos parecido. Somos maternales y buenas personas. O por lo menos nos esforzamos por ser buenas personas y hacer las cosas bien.* Los padres de Gina habían tenido nada menos que seis hijos, contrariando el índice de natalidad sueco. Cuatro chicos y dos chicas, por ese orden. Todos habían nacido y se habían criado en Uppsala, incluyendo a los padres. Se sentían orgullosos de su ciudad, en la que también habían nacido el astrónomo Celsius y el director de cine Ingmar Bergman, *como no se cansaba de recordar papá.*

El padre era profesor de historia en la Universidad de Uppsala, de la que también se sentían muy orgullosos todos, sobre todo el padre, porque era la universidad más grande de los países nórdicos de Europa y *además se ha fundado hace un porrón de años, hijos míos, en 1477, y fue la primera universidad de Escandinavia.* Gina evocaba fácilmente a su padre, el recuerdo imborrable que le había dejado cuando ella era una niña y luego una adolescente. *Papá y sus bigotazos, su mostacho decimonónico, a lo Nietzsche. Y su pipa a lo Hercule Poirot. ¿O no era Hercule Poirot quien fumaba en pipa? Lo que sí llevaba el personaje de Agatha Christie era bigotito a lo Dalí y sombrero bombín. ¿O se decía sombrero hongo?*

Yo soy una simple profesora de escuela infantil, de primeras letras, no soy toda una catedrática universitaria como padre, así que no puedo matizar bien mis afirmaciones, algunas, me faltan conocimientos. Gina

respetaba mucho a su padre, de niña y adolescente incluso lo veneraba. *Ahora papá y mamá viven jubilados tan ricamente en Uppsala, en la misma casa donde nos criaron a sus seis hijos. Papá era un católico convencido, quizá porque la Iglesia Católica de Suecia fundó la universidad de Uppsala y la universidad de Uppsala le ha dado de comer desde que era muy jovencito.*

Gina pensó que ella y su hermana Frida eran hijas de un profesor de historia con vocación de misionero o predicador católico. Su padre no se cansaba de repetir que la universidad de Uppsala fue creada gracias al arzobispo católico Jakov Ulvsson. Y apuntillaba: *Luego llegaron los luteranos y la cagaron. Gracias a su reforma luterana la universidad se tiró casi un siglo sin financiación económica y sin nutrimento ideológico. El rey Gustav I Vasa acabó con la decencia en este país.* Eso decía su padre, muy serio y formal, muy grave, con su excesivo aire de trascendencia, embutido en ese grueso y pesado y al tiempo elegante abrigo de paño azul marino que muchas veces no se quitaba ni cuando estaba en casa.

A papá le encantaba dar lecciones a diestro y siniestro, por eso era profesor. Con el paso de los años Gina había comprendido que su padre era machista y fundamentalista. *Papá ha roto relaciones con Frida y conmigo, nos considera unas traidoras a la causa que él defiende y que intentó imbuirnos. Se puso como un demonio cuando se enteró de que Frida y yo nos habíamos metido en un culto religioso que él desaprobaba frontalmente.* La madre no decía nada, la pobre, bastante tenía con aguantar a su marido machista y fundamentalista. Gina también tenía una opinión formada respecto a su madre: *mamá se casó con papá por comodidad y cobardía, luego se arrepintió toda la vida de haberlo hecho, pero ya era tarde para dar marcha atrás.*

Las hijas somos unas disidentes. En cambio los hijos varones habían seguido al pie de la letra las indicaciones paternas, todos. Eran católicos

practicantes, vivían en Uppsala, bajo las faldas paternas, estaban casados y bien casados por el rito católico y todos tenían hijos a los que educaban convenientemente bajo los mandamientos católicos. *Papá no soporta que la iglesia luterana sea la religión del estado. Y el culto religioso que practicamos mi hermana Frida y yo le parece diabólico.* Al padre le resultaba escandaloso que en las últimas cuatro décadas el ateísmo se hubiese sextuplicado. *Recogemos el fruto de los vientos que sembró el rey Gustav I Vasa.*

La contrarreforma católica había hecho renacer de sus cenizas la universidad de Uppsala, gracias a Dios, según el padre. El *Uppsala möte*, concilio eclesiástico *ad hoc* celebrado en 1593, restauró los privilegios de la universidad, *por suerte para papá, de lo contrario su vida habría ido por otros derroteros, o quizá por desgracia para él.* Luego vino el otro rey Gustavo, el bueno, *el ídolo de papá*, Gustavo II Adolfo, que donó nada menos que trescientas granjas a la universidad. Por eso el padre quiso que el nombre de su amantísimo monarca estuviese presente en el nombre de sus hijos varones, en diferentes variantes: Gustavo Adolfo, Adolfo Gustavo, Lukas Gustavo Adolfo y Marcus Gustavo Adolfo.

Los cuatro hijos perfectos del gran catedrático de historia: católicos fundamentalistas y machistas. Además estaban ligados de alguna forma a la universidad de Uppsala. El primogénito también era profesor de historia. El segundo ostentaba un importante cargo administrativo. El tercero era profesor de filosofía. Y el cuarto, más abocado a los negocios, tenía una empresa de mantenimiento que se encargaba de mantener a punto todas las instalaciones de la universidad. *Me pregunto por qué Frida y yo salimos ranas.*

Gina se sentía muy bien con su hermana, siempre se habían llevado de maravilla, desde niñas estaban muy unidas. Su compañía era tranquilizadora, le transmitía seguridad. Frida era la única que no había estudiado una carrera

en la universidad de Uppsala. En el instituto de enseñanza secundaria conoció a su marido, un chico de familia de dinero, y se casó con él en cuanto cumplió la mayoría de edad. Luego Frida y su marido se trasladaron a la tranquila población de Knutby. *Fue horrible separarme de mi hermana.* Por eso en cuanto Gina acabó sus estudios para ser profesora de educación infantil se fue a vivir a casa de Frida. ¡Ya no soportaba a su despótico padre!

Y como Gina procuraba imitar a su hermana mayor, a quien admiraba - porque Frida tenía una personalidad fuerte y decidida y se había atrevido a desobedecer los mandatos paternos-, acabó involucrándose en el *extraño culto religioso* que ella y su marido practicaban en Knutby. En realidad Gina no era una persona religiosa, lo hacía para acompañar a su hermana. Pero esa dedicación tuvo consecuencias. *¿Quién me iba a decir a mí que acabaría casándome con el pastor de la Iglesia Pentecostal Filadelfia de Knutby?* Pues así había sido. Y eso que Adam venía con mochila. El lote incluía a sus hijos Casper y Erik, que Adam había tenido con otra mujer, su mujer anterior, de la que Gina no quería saber nada, debido a unos insuperables celos retrospectivos.

Gina suspiró. Se estaba bien en casa de Frida. Era una casa preciosa. Su hermana tenía muy buen gusto para la decoración. Se notaba que su marido era un hombre con posibles. Allí se respiraba el dinero. Se respiraba lujo y calidad. Había hasta un piano de cola. Gina añoraba el tiempo en que estuvo viviendo en esa casa, antes de casarse con Adam y mudarse a su casa, que estaba justo en frente, una casa mucho más vulgar y chabacana.

En el jardín los hijos de Frida jugaban alocadamente con Casper y Erik, *mis hijos postizos. También yo soy postiza. O por lo menos me siento así. ¿De qué me sirve haber estudiado para ser profesora infantil? Nunca he ejercido. Nunca he pisado el aula de un colegio como la maestra que se supone que soy. ¿Por qué? ¿Qué hice mal? ¿De qué soy culpable? Porque*

soy culpable de algo, está claro. ¿Quizá soy culpable por haberme casado con Adam empujada por lo mismo que siempre le he reprochado a mi madre: comodidad y cobardía?

-No te has tomado el café. Ya estará frío –dijo Frida con esa sonrisa suya despreocupada que a Gina tanto le gustaba, desde que eran niñas y se iban juntas a jugar al patio de casa, aunque ahora quizá ya no le gustaba tanto, porque de no ser por Frida ella no se habría casado con Adam y quizá seguiría en Uppsala, trabajando como maestra de primeras letras, el sueño de su vida.

-Tienes mala cara, Gina.

-Lo sé. No estoy bien.

-¿Sigues teniendo problemas con Adam?

-No dejo de tener problemas con Adam.

-Quizá exageras. Ya sabes cómo son algunos hombres. Mira papá, por ejemplo. A mi marido tampoco le gusta que yo trabaje y me conformo, estoy contenta. Me gusta dedicarme a mis hijos y atender la casa. Nos repartimos el trabajo. Él pone el dinero y yo lo demás.

-Pero hoy en día ya no funciona el mundo así, Frida. Las mujeres nos hemos emancipado, ¿recuerdas?

-Bueno, no todas. Muchas seguimos dependiendo económicamente del marido. Pero el dinero no lo es todo, no es tan importante.

-Claro que es importante el dinero. Lo es todo, en cierto sentido. A las personas se nos valora y se nos tiene en cuenta en función del dinero que ganamos y en función de nuestro papel en la sociedad, en el mundo en el que vivimos. Si no generas riqueza estás fuera de juego, no cuentas para las estadísticas y demás, no aportas nada a las arcas públicas y todo ese rollo.

Se instauró un incómodo silencio entre las hermanas. Sólo se oían los gritos en el jardín de los hijos de Frida y los *hijos postizos* de Gina.

-Y lo que me remuerde la conciencia es pensar que he renunciado a

tener una vida propia por un retrasado mental.

-¡Por Dios, Gina! ¿Cómo puedes decir eso de Adam? ¡Es el pastor de nuestra iglesia!

-Y también es el descerebrado sexópata que se está tirando a Hanna.

-¿La mujer de Gerhard? ¿Estás loca?

-Y antes se estuvo tirando a Rebecca. De oca a oca y tiro porque me toca.

3

-¿Te has preguntado alguna vez qué se siente al asesinar a alguien? – preguntó Rebecca.

Finn suspiró, acurrucándose junto al cuerpo desnudo de su amante. Le gustaba Rebecca, era una tía cañón, con un cuerpo escultural, una sueca de primera, aunque no tuviese dos dedos de frente y su cabeza estuviese rellena de serrín. No estaba nada mal echarle un polvo de vez en cuando. Merecía la pena haberla conquistado. Aunque fue fácil hacerlo, demasiado fácil. Él prefería los desafíos imposibles. Su creatividad personal se merecía esos desafíos. ¡Resultaban tan estimulantes!

-No, querida. Yo no pierdo el tiempo pensando en ese tipo de cosas.

Rebecca se tapó con la sábana hasta la cintura y siguió tecleando en el teléfono móvil. Se sentía extraña. Siempre que estaba con Finn se sentía extraña. Finn era un tipo extraño. Era imposible enamorarse de él. Era un tipo frío, duro. Y sin embargo no podía evitar entregarse a él cada vez que estaban juntos. Finn tenía una forma particular de hacer sexo. Era casi violento. Demasiado brusco e impetuoso. Ella al principio estaba asustada, pero luego le gustaba.

-Oye, Finn, tú no eres de aquí, ¿verdad?

-¿Por qué lo preguntas?

-Por tu acento. Se nota que no has nacido en Suecia.

-Nací en Finlandia. Mis padres me trajeron aquí cuando era pequeño.

En Finlandia también se habla sueco como lengua oficial, pero mi viejo prefería hablar finlandés en casa. Es bruto de mollera.

Rebecca siguió tecleando en el móvil. Le gustaba estar en el apartamento de Finn. Finn tenía un apartamento estupendo, todo revestido de madera, con una calefacción potente, un lujo de vivienda. Cuando iba a su apartamento le gustaba estar desnuda todo el tiempo para disfrutar esa potente calefacción. En cambio en su casa debía ponerse encima un montón de ropa porque hacía un frío mortal. Padre nunca ponía la calefacción. Padre era un putero y un borracho. No gastaba una sola corona en calefacción. Todo el dinero que ganaba era para putas y vodka. Y casi todo el dinero que ganaba ella también. Y ella además debía pagar las facturas de la casa y comprar comida. Era su esclava.

Antes, cuando vivía madre, compartía la esclavitud con ella, se repartían el trabajo y los gastos mientras padre se emborrachaba y se iba de putas. Ahora le tocaba a ella cargar con todo. Y Hofors era una población pequeña, sin alicientes. Allí una joven como ella no podía prosperar. Limpiar casas y cuidar niños, a eso se reducía su patética vida laboral.

-¿A qué te dedicas, Finn?

-Soy vagabundo.

-¡Venga, no digas tonterías!

-Es la verdad.

-¿Y cómo pagas este apartamento? ¡Sólo en calefacción te gastas una fortuna!

-Mi padre es rico. Él se encarga de pagarlo todo.

-¿Por qué vino a Suecia?

-Porque Finlandia es el país menos corrupto del mundo. Allí todo el mundo sabe cuánto dinero ganas y qué has hecho para ganarlo, al detalle.

-¿A qué se dedica tu padre?

-A estar podrido de dinero. Es un hombre de negocios, supongo que ya sabes cómo funciona eso, tienes pasta y te dedicas a que la pasta se reproduzca por generación espontánea. Ser rico es en sí una profesión, basta serlo para que te vaya de puta madre, no necesitas conocimientos específicos de nada en absoluto. Mi viejo es accionista de movidas que dan mucha pasta, eso es todo, por lo demás no mueve un dedo. Tiene un montón de acciones de Supercell, habrás oído hablar de esa empresa, supongo. Se dedica a hacer juegos para el teléfono móvil. También tiene un montón de acciones de KONE, una empresa que se dedica a fabricar ascensores.

Finn bostezó. No le gustaba hablar de su viejo. Lo aburría. Su viejo era demasiado previsible. Se lió un porro de mariguana con tabaco finlandés Sibelius. Mientras fumaba contempló a Rebecca entre las nubes de humo. ¿Cómo se lleva eso de ser una chica cañón con la cabeza llena de serrín?, le tentaba preguntarle. Rebecca era clavada a la rubia modelo sueca Agnes Hedengard. Tenía su misma cara de merluza, con una expresión lánguida y bobalicona. También medía un metro ochenta. Y en peso andaría por los sesenta kilos. Era gracioso que a Hedengard la hubiesen rechazado en el mundo de la moda por considerar que estaba demasiado gorda, cuando sólo pesaba cincuenta y siete kilos. *A los gurús de la moda sólo les molan las anoréxicas.*

Se había terminado el porro de mariguana. Rebecca miraba embobada la pantalla del móvil, con la espalda apoyada en los almohadones. Sus pechos eran pequeños, de aire adolescente, como los de Hedengard, aunque los gurús de la moda dijeron que eran demasiado grandes. Qué estupidez. A la larguirucha y flacucha Rebecca le dirían lo mismo si quisiese dedicarse a la moda. Finn abrió la nevera que tenía en su dormitorio y sacó una botella de Godthaab, la cerveza más cara del mundo, elaborada en Groenlandia. *Soy un hijoputa de gustos caros, un hijo de papá pijo y malcriado.*

-¿Qué vas a ser de mayor, Finn?

Finn se carcajeó.

-Ya lo soy, se supone.

Finn se bebió de golpe la pinta de cerveza y luego se dedicó a lamer los pezones de Rebecca.

-¡Me haces cosquillas!

-¿Me dejas chuparte el coño?

-¡Para, Finn!

-Está rico. Sabe a caramelo.

-¿Vas mucho a Finlandia?

-Cada dos por tres. Mola.

-¿Me llevarás contigo?

-Algún día.

-No me has dicho qué quieres ser de mayor.

-¿Un psicópata?

-¡Venga, no seas bromista!

Finn tenía muy claras sus aspiraciones. No estaría nada mal ser como Robin. De hecho él y Robin eran clavados físicamente. *Nos parecemos tanto que a veces me paran por la calle para pedirme un autógrafo.* Robin era su ídolo, el ejemplo a seguir. Robin Patteri Packalen. Nacido en Turku, Finlandia, al igual que él.

Dio la vuelta a Rebecca. Le apetecía morderle el trasero, aunque en realidad no le gustaba mucho. Era blando y no tenía volumen. Los culos suecos eran desgachados, excepto el de Selma. ¡Ella sí que tenía un culo monumental!

-Yo seré como Robin.

-¡Anda, no te pega el *teen pop*! Aunque la verdad es que te pareces mogollón a él.

-Lo sé, y cultivo el parecido.

Finn llevaba el mismo corte de pelo que lucía Robin en el concierto *YlexPop*. Robin era un fenómeno. *¡Tiene diecisiete tacos y ya se ha comido el mundo!* *Frontisde Ollie*, su primer single, ya contaba doce millones de visitas en YouTube. Con sólo catorce añitos sacó todo un álbum, *Koodi*, triple disco de platino en sólo veinticuatro horas. *Ese chaval es un genio*. Claro que Finn debía esforzarse por aparentar menos edad. *Tengo diez años más que él, una década prodigiosa; si se me nota la edad ya no me confundirán con Robin y no me pararán por la calle para pedirme autógrafos*. A más de una jovencita impresionable se la había camelado con ese cuento. El ligue estaba garantizado.

Rebecca no quería hacer de nuevo el amor, aunque Finn se estuviese animando. En realidad estar con Finn era una fuga por la puerta de atrás, una especie de desahogo. Le agradaba estar con él, nada más. Quizá simplemente porque tenía un bonito apartamento con una calefacción estupenda.

-¿Por qué te has liado conmigo? –preguntó.

Finn se rió, incorporándose. Se había cansado de morderle el trasero. Ahora le apetecía beber más cerveza Godthaab y fumarse otro porro de marihuana.

-Porque estás mazo buena, por eso.

-Me pregunto qué hace un tipo como tú en un pueblucho como éste.

-Se supone que soy un niño hijo de papá y puedo hacer lo que me dé la gana. Soy un culo de mal asiento. Voy de aquí para allá. Por desgracia no soy como Robin, que ganó Staraskaba con diez añitos.

-¿Eso qué es?

-Un concurso finlandés de canciones juveniles.

Pertrechado con otro porro de marihuana y otra pinta de cerveza Godthaab, Finn tomó la guitarra y empezó a puntear las cuerdas, sentado en la

alfombra. Ahora estaba enfrascado en su mundo. Ya no prestaba atención a Rebecca, a esa estúpida versión de Agnes Hedengard a quien había abordado en la calle mientras él vagabundeaba como el vagabundo que era y ella regresaba de su agotadora jornada laboral limpiando casas y cuidando niños.

4

Selma leía recostada en la cama, alumbrándose con la lámpara de la mesilla de noche. Le gustaba leer. Desde que era adolescente la lectura le transmitía una reconfortante paz interior. No estaba mal *La muerte en una noche de verano*, del noruego Kjell Ola Dahl. Le encantaban las novelas policiacas. Sobre la mesilla de noche había una pila de libros esperando que llegase su turno: *¿Quién teme al lobo?*, de la noruega Karin Fossum; *La señorita Smila y su especial percepción de la nieve*, del danés Peter Hoeg; *La quinta mujer*, del sueco Hening Mankell y *Entre la promesa del verano y el frío del invierno*, del también sueco Leif GW Persson.

-Te pasas el día con la nariz metida en un libro, querida –comentó Adam, burlón.

-Y tú con la nariz clavada en tu *smartphone*.

-Es lo que hay. Estos juegucitos son adictivos. Deberías probar. Te distraen del *horror vacui*.

-Yo más bien diría que esos juegucitos te zambullen de cabeza en el *horror vacui*.

-No seas hipócrita, querida. Hoy en día todos vivimos zambullidos en el *horror vacui*, de una forma u otra, y cada uno se busca las cosquillas para maquillar la desazón interior. Yo con mis juegos y tú con tus novelas sobre crímenes. ¿Por qué ha de ser el gratuito derramamiento de sangre literario mejor que mi lúdica distracción tecnológica?

-Tú también derramas sangre en esas batallas virtuales.

Adam se rió y la risa provocó que se le escapase una sonora ventosidad.

-Cierto. Pero yo no tengo ínfulas.

-¿Yo tengo ínfulas?

-Desde luego. Te crees demasiado lista. Por eso aspiras a ganarte la vida escribiendo novelas policiacas.

-¿Qué tiene eso de malo?

-Nada, si fuese una aspiración viable. Tú eres mi mujer, Selma. Y eres la madre de mis hijos. Eso es lo que eres. Por encima de todo. ¿Quién puede permitirse el lujo de vivir del cuento hoy en día?

-¡Muchísima gente! Ahora hay un boom de la novela negra en la literatura escandinava. Y son un cerro los escritores suecos súper talentosos que no paran de escribir obras de gran calidad. Mankell lleva un montón de tiempo haciéndolo. Y mira Stieg Larsson; su trilogía *Millenium* fue un pelotazo planetario.

Selma se había devorado las tres entregas de la saga.

-Ese tipo de literatura no tiene contenido, querida. Digamos que es literatura de baratillo, de relleno. Productos prefabricados de consumo, con su correspondiente etiqueta. Artículos manufacturados con el único propósito de vender.

-Te equivocas. La novela policiaca hace denuncia social.

Adam volvió a reírse y volvió a escapársele una ventosidad.

-¡Qué graciosa eres, Selma, querida!

-Deberías leer *El policía que ríe* y *Los terroristas*.

-Vaya, unos títulos muy simbólicos. Sí, supongo que todos tenemos en nuestro interior a un policía que ríe y a un buen puñado de terroristas.

-Los autores de esas novelas son compatriotas nuestros, Adam, y

denuncian el crimen de la socialdemocracia contra la clase trabajadora.

-¡Ah, no, por favor, no empieces a hablar de política! Lo siento; yo desconecto.

Selma comprobó que Adam, en efecto, había desconectado. Su cerebro estaba enchufado al *smartphone* a pleno rendimiento. Selma se asomó disimuladamente a su pantallita mágica. Vio un monigote paramilitar armado con un lanzallamas que arrasaba con todo lo que se le ponía por delante. ¿Se suponía que ese monigote era el propio Adam?

Selma suspiró, tratando de concentrarse nuevamente en la lectura. De improviso le vino al pensamiento Finn. Finn era diferente. Ese loco finlandés. Qué personaje. Gracias a él había conocido al autor Arnaldur Indridason. Sus novelas *La mujer de verde* y *Las marismas* eran buenas.

No podía retomar la lectura. Las palabras irrespetuosas de Adam la habían alterado. ¿Por qué no mantenía la boca cerrada? Miró por un lateral del libro a ese hombre que era su marido y el padre de sus hijos. Qué ridículo pijama de rayas. Le recordaba la novela *El niño con el pijama de rayas*. También Adam tenía algo de niño desamparado y vulnerable. Tenía un aire de posguerra. Su cuerpo no era grande ni pequeño. Su rostro no era guapo ni feo. ¿Cómo podía transmitir tanta fuerza, tanta intensidad, tanta seguridad en sí mismo, si no destacaba en nada, no era especialmente talentoso en ninguna disciplina, era gris como un cielo encapotado?

Selma dejó *La muerte en una noche de verano* sobre la pila de libros. Seguiría leyéndolo por la tarde, si Casper y Erik se lo permitían, o antes de acostarse. Junto a la pila de libros había un ejemplar del diario *Aftonbladet*. Carina Bergfeldt solía publicar allí artículos de opinión muy interesantes. Escritora y periodista estrella del diario más vendido de Suecia, qué suerte. *¡Yo me pido ser como Carina!* Su novela *Matar a papá* era chula. Violencia de género. No era una novela policiaca típica-tópica súper recomendada por

los críticos expertos en el género. La leyó porque era de Carina. *Yo soy capaz de hacer algo parecido*, si se esforzaba un poco, si Casper y Erik le daban un respiro y el pesado de Adam se abstenía de embadurnarla con sus comentarios ofensivos.

-No leas el periódico, querida. Sólo cuenta mamarrachadas.

Precisamente en ese ejemplar entrevistaban a Carina sobre su novela. “En Suecia hay una agresión de género cada cuarenta minutos, según las estadísticas oficiales, pero se calcula que más de la mitad de las víctimas no denuncian, teniendo en cuenta que las mujeres suecas están acostumbradas a mostrar de puertas hacia afuera una cara amable de sí mismas y de su vida doméstica”. Selma miró de reojo a su marido. Adam tenía la mala costumbre de soltarle una bofetada cuando perdía los nervios y ella se había acostumbrado a esa reiteración. Su brutalidad formaba parte del paisaje matrimonial.

Según Carina “la engañosa imagen que damos de nosotras mismas las mujeres suecas se extiende a las redes sociales”.

-No leas, querida. Pensar es malo para la salud mental.

Selma estaba tan enfrascada en la entrevista a Carina que no prestaba atención a su marido. “Empecé la historia a partir de la anécdota de una amiga que había sufrido un revés importante en su vida y para superar el trauma colgó en Facebook una foto en la que se la veía feliz y contenta en un ambiente de fiesta. Me pareció significativa esa falsa percepción de que todo en nuestras vidas es bonito mientras que en realidad estás pasando por malos momentos”.

Suscribo esas palabras, Carina. Carina había analizado ese fenómeno de “falsedad virtual” en un artículo anterior que había tenido mucho éxito: lo compartieron en Facebook sesenta mil personas. “La gente no paraba de escribirme correos electrónicos identificándose con mi punto de vista. No

sabían exactamente por qué, pero a todos les ocurría que tenían una vida y trataban de mostrar otra. Es decir, posteas una foto feliz y luego te encierras en el cuarto de baño y te pones a llorar. Esto pasa en todas partes, no es nada exclusivo de Suecia”.

Selma estaba confundida. *Cuando leí Matar a papá no pensé que se me pudiese aplicar el cuento de la violencia de género y la falsedad virtual.* Claro que por aquel entonces Adam sólo le había dado dos o tres bofetadas sueltas. Las bofetadas aún no se habían *institucionalizado*. Ahora eran el pan de cada día. Selma observó con recelo los pies de su marido. Sobresalían extrañamente del pijama de rayas, como si no perteneciesen al cuerpo que llevaba el pijama de rayas. Eran unos pies desproporcionadamente pequeños respecto al cuerpo que llevaba el pijama de rayas. Y el empeine de los pies estaba cubierto por una grotesca maraña de pelo negro.

Selma suspiró y siguió leyendo la entrevista a Carina. “La primera bofetada no corresponde a la primera agresión. Viene de atrás, de mucho tiempo de maltrato psicológico que deja totalmente destrozada a la víctima, lo que la lleva a pensar que nadie la va a ayudar y por eso no llama a la policía”. Selma miró los pies feos de su marido, de reojo, clandestinamente, tapándose la cara con el diario para que él no advirtiese que lo estaba observando. Cierto. Hubo maltrato psicológico. Desde la misma noche de bodas. Antes todo era de color rosa.

Carina insistía: “Tenemos la falsa percepción de que todo en nuestras vidas es bonito porque damos una imagen manipulada de nuestros sentimientos”. ¡Bingo! A ella le pasaba lo mismo. Cuando iba a casa de sus padres o cuando quedaba con sus amigas o hablaba con ellas por teléfono, cada vez menos. Adam era estupendo. Sus hijos eran una maravilla. *Mi vida es ejemplar, envidiable; no tenéis que preocuparos por mí. La gente con problemas es la que sale en los telediarios.* “Estamos acostumbrados a

mentir, manipular y exagerar”. *En efecto. Lo hacen los políticos. Lo hacen los periodistas. Lo hacemos nosotros.*

Carina hablaba de “pornografía sentimental” en los medios de comunicación y la sociedad en general. Estaba en las crónicas de sucesos y los programas de variedades porque el público demandaba esa pornografía sentimental que ponía en práctica en privado. *Todo es un maldito juego de apariencias. Apariencias en la tele, en la calle, en el trabajo, en las redes sociales. Apariencias incluso ante los más íntimos y allegados: padres, hermanos, amigos. Marido. Hijos. Venga, Adam, puedes soltarme tranquilamente tus bofetadas, que yo seguiré sonriendo y poniendo buena cara, porque soy feliz, debo serlo. Tranquilos, hijos, no pasa nada, no me duele nada. ¡Lloro de alegría!*

Adam dejó el *smartphone* sobre la cama. Se había cansado de matar virtualmente todo lo que se le ponía por delante.

-¡Desnúdate! —exclamó, arrebatando a Selma el diario de un manotazo.

-¿Qué?

-No pongas esa carita de cordera degollada, querida. Me has oído perfectamente. Quítate el camisón y las bragas. Me apetece echarte un polvo. Estoy en mi derecho, ¿no?

5

La detective Regina Andersson regresó a casa tras la jornada laboral. *Soledad desalentadora. Soledad preventiva. Es lo que hay, querida.* Eres una joven muy guapa, ¿por qué no te echas novio?, solía decirle su madre. Lo cierto era que no salía con ningún hombre. ¿Había salido alguna vez con alguno? No. Ni siquiera había tenido escarceos amorosos de adolescente. *Soy una patología ambulante; no tengo arreglo; los hombres me dan grima o quizá algún tipo de alergia. Será que ninguno está a mi altura, a la altura de las circunstancias, digo yo. No corren tiempos para la lírica, está claro.*

Le gustaba su apartamento de Södermalm –Söder, lo llamaban los vecinos de la zona-, uno de los barrios más chic de Estocolmo, al sur del bullicioso casco antiguo. Antes Söder acogía a gente humilde y trabajadora. Luego se renovó el vecindario, se construyeron casas, proliferaron los restaurantes y las tiendas de moda. El arrabal populoso se transformó en un lugar bohemio y *cool*, adecuado para una mujer independiente y solitaria como ella. La isla rocosa de Söder era una fortaleza que acogía su espíritu atribulado.

Söder estaba más allá del bullicio. Del ruidoso Gamla Stan del casco antiguo, cayendo por el sur, te encontrabas con el ascensor del mirador Katerinahissen, la frontera, a treinta y ocho metros de altura, junto a la explanada Mosebacke, una zona de bares muy concurrida, sobre todo en verano. Bendito Söder, qué remanso de paz con sus zonas verdes donde ella

acudía en bicicleta o a leer tumbada en la hierba cuando hacía buen tiempo.

Regina vivía en la emblemática calle Götgatan, que atravesaba Söder, la más *trendy*, junto al famoso restaurante BAUER y la salida de metro Slussen, que conectaba con las líneas verde y roja. *Por algo será, querida. Rojo pasión y verde esperanza. ¿Tienes tú acaso alguna de las dos cosas? No, que yo sepa.* Le chiflaba el ambiente colorido de Söder. La gente guapa mezclada con la gente ataviada con ropas estridentes y chillonas. Muchos desfilaban hacia MUGGEN, el famoso café situado en el 24 de Götgatan. Ella iba allí los *domingos happy* sin falta para tomarse un cafecito acompañado de su debilidad, los *kanelbulle*, esos exquisitos pastelillos de canela.

Los *domingos happy* después de la infalible parada en MUGGEN tocaba ir de compras a Skrapan y las galerías Bruno. Sus tiendas preferidas eran H&M, American Apparel, MONKI para los modelitos y complementos más juveniles, A PLACE, donde vendían ropa de los diseñadores suecos Hope, Acne y Filippa K, y ETC cuando buscaba gorros de lana, guantes y bufandas originales y bolsos messenger de lo más *cool*. Regina solía rematar la jornada dominical *happy* zampándose un *cupcake* o dos o tres en Stockholm cupcakes, donde algunos días te daban uno gratis. *Cielos, ¿por qué será que me priva tanto el dulce?*

Ése era el plan de los *domingos happy*. Los *domingos depre* el plan variaba. A veces se dedicaba a pasear sus pensamientos por el artístico dédalo subterráneo del Metro. Porque el Metro de Estocolmo era una inspiradora galería de arte. De las ciento diez estaciones de la red, noventa y cinco contaban con formidables obras de arte, algunas colosales, muy vistosas y sugerentes. Pinturas, mosaicos, esculturas, originales montajes escénicos. Podías encontrarte desde creaciones faraónicas a sencillos relieves diseminados aquí y allá, en lugares estratégicos, para sorprender sin cesar a una visitante curiosa y sensible como ella. ¡Pensar que alguna de esas

creaciones llevaba allí desde los años cincuenta! Por ejemplo los azulejos y relieves de la estación T-Centralen. Regina solía rematar su *ruta underground-subway* en la estación Solna Centrum, bajo la Caverna de Platón, como llamaba ella a ese sugerente andén coronado por una estremecedora cubierta de color rojo chillón. O en Arsenalsgatan, a la salida de la estación Kungsträdgården, con la mente perdida ante las excavaciones arqueológicas que allí se encontraban.

Regina acarició a sus tres gatitas, Ada, Alexia y Alice, las trillizas persas de ojos azules y mullido pelaje blanco como la nieve.

-¿Vosotras sabéis si mañana toca *domingo happy* o *domingo depre*?

Encendió la televisión. *Me siento una zombi cuando veo la tele.* También se sentía una zombi cuando trasteaba con el móvil. El problema era precisamente ése, no tener un *móvil*, por lo menos en la faceta sentimental de su vida. *Soy una solitaria empedernida.* Madre le había llamado unas cuantas veces. *Debería devolverle la llamada.* Le daba pereza. Tendría que afrontar sus reproches. Tendría que justificarse por enésima vez. No estaba de humor para hacerlo. *No, mamá, no tengo novio, aún no. No, mamá, no voy a salir con un chico.* La verdad era que llevaba una eternidad sin salir con un chico. Por no decir que nunca jamás había salido con un chico.

En cambio padre nunca llamaba ni se preocupaba. Él estaba en su mundo, absorto en su plácida vida de jubilado, entregado a sus acuarelas y sus perros de caza; ya había acumulado tres en casa, para desesperación de madre, que odiaba a los perros y ahora se pasaba el santo día limpiando sus pelos y poniéndose tapones en las orejas para no oír sus ladridos. *Yo soy como papá, también tengo mascotas.* Por fortuna sus gatitas no ladraban, aunque soltaban un montón de pelo y le daban mucho trabajo. Por lo menos los pelos eran el único saldo negativo. Por lo demás sus gatitas le daban afecto y compañía sin pedirle nada a cambio.

El mundo está lleno de contrapartidas. Si me echase un novio tendría que aguantar sus defectos de fábrica. Hoy en día los hombres tenían muchos defectos de fábrica, venían tarados de serie. Reconozco que vivo con guantes, pero no puedo evitarlo. Quizá si tuviese hermanos las cosas habrían sido diferentes. Regina había nacido de rebote y cuando sus padres eran ya muy mayores; ella tenía cuarenta y cuatro años y él cincuenta. Y lo cierto era que le daba miedo el mundo en el que vivía, le asustaba, le hacía sentirse amedrentada, intimidada. Por eso me metí a poli. Ser policía significaba una huida hacia adelante.

A Regina le asustaba especialmente una cuestión. La violencia de género. Ya desde adolescente le asustaba la violencia de género. Siendo muy jovencita había conocido varios casos que le tocaban de cerca, de padres de amigas o que directamente implicaban a sus compañeras de estudios. *¿Por qué el hombre es tan bárbaro y brutal? ¿Por qué utiliza la violencia en lugar del amor con la mujer a la que supuestamente ama?* Era una cuestión difícil de esclarecer, una pregunta sin respuesta y además muy significativa y simbólica, *sobre todo en los tiempos que corren. ¿Cómo puede ser que el amor, o el exceso de amor, te lleve a matar lo que más amas?*

Y lo que más indignaba a Regina era la impasibilidad de las instituciones públicas y la sociedad en general. Recientemente el canal de YouTube sueco NormelTV había hecho un experimento social inquietante que ponía de manifiesto esa impasibilidad. El objetivo era comprobar la reacción de las personas que pasaban junto a un coche en cuyo interior supuestamente se estaba cometiendo un acto de violencia machista. *¡Sólo el quince por ciento de las personas que pasaron junto al coche trataron de hacer algo para ayudar a la supuesta víctima!* El ochenta y cinco por ciento restante había pasado de largo como si tal cosa, sin siquiera molestarse en echar una ojeada al coche. *¿En qué mundo vivimos? ¿Cómo puede haber tanta*

indiferencia?

Y lo curioso era que cuando se constataban esas situaciones inexplicables, la gente tomaba conciencia y se llevaba las manos a la cabeza hipócritamente. ¡El vídeo de NormelTV había tenido un millón de reproducciones! Su éxito había provocado una oleada de replicantes, como el vídeo de STHML Panda, en el que se veía a una pareja manteniendo una acalorada discusión en un ascensor en la que el hombre insultaba a gritos a la mujer y la amenazaba de muerte, llegando incluso a empujarla con violencia. La escena se repitió ante cien testigos, de los cuales tan sólo uno trató de intervenir para defender a la víctima. *¡Los otros noventa y nueve dieron la espalda al supuesto maltratador, como si la injusticia que estaba cometiendo no fuese con ellos!*

Para Regina esos experimentos sociales espontáneos de YouTube, al margen de las estadísticas oficiales y las declaraciones oficiales, demostraban hasta qué punto la sociedad pasaba de puntillas por encima del problema de la violencia machista. *Porque el mundo lo gobiernan los hombres, por mucho que intenten hacernos creer lo contrario, dándonos como cebo las conquistas cosméticas, superficiales, que tanto celebran algunos.*

*La triste realidad es que en Suecia muere una mujer a manos de un hombre cada tres semanas. Y las autoridades siguen cruzadas de brazos. Vergüenza, tabú y miedo forman un cóctel mortífero que cronifica esa injusticia injustificable. No podemos conformarnos con haber alcanzado una igualdad de género admirable en el contexto europeo, que nos permite disfrutar a hombres y mujeres de los mismos derechos y oportunidades en los diferentes ámbitos de la vida. De nada servía que esa equidad de género se extendiese incluso al lenguaje -que había acuñado un pronombre neutro, *hen*, para evitar la distinción de sexos-, si no se abordaba la violencia de género con todas sus consecuencias.*

¡La ley sobre la violencia contra la mujer data de 1998 y establece que la culpabilidad punible debe establecerse acumulativamente! ¿Cuántos golpes, vejaciones sexuales y humillaciones psicológicas eran necesarios, con todo lujo de pruebas, para demostrar la culpabilidad?

Regina se sobresaltó. ¿Cómo era posible? Se había quedado dormida con la televisión encendida. Las tres gatitas estaban amodorradas sobre sus piernas, ronroneando placenteramente. Apagó la televisión, apartó a las gatitas, se desvistió y se metió en la ducha. Conforme caía el agua caliente sobre ella, exploró las formas de su cuerpo. Primero eran movimientos rutinarios, para enjabonarse. Luego los movimientos rutinarios se volvieron voluptuosos, lentamente, conforme en su pensamiento cobraban consistencia los recuerdos. Mientras se frotaba los pechos, los pezones se irguieron, endureciéndose. Bajó por la curva de las caderas. Las manos se encontraron en la entrepierna. La imagen del escultor, su amante, el único que había tenido, se encastilló en la mente. Las fricciones se intensificaron. Y estalló el orgasmo. Cielos, ése era el único desahogo posible. Qué triste. *¡Mierda, es lo que hay!*

6

El inspector Karl Johansson estaba harto de investigar violaciones. ¡Se suponía que era un inspector de homicidios! El comisario Gustafsson lo tenía de poli-comodín. *La confianza da asco*. Se conocían desde hacía demasiado tiempo. Habían compartido demasiadas batallas. *Gustafsson se me ha subido a la chepa, ya no me respeta*. Pero tenía razón, Suecia ostentaba la tasa de violaciones más alta de Europa, nominalmente, y debían hacer lo posible por atajar el problema. La escritora Naomi Wolf había echado leña al fuego con su obra *Vagina*. Y el caso de Julian Assange, el fundador de Wikileaks, acusado de violación y agresión sexual. *A dónde vamos a parar*.

Los políticos no facilitaban las cosas con sus interpretaciones dudosas de la situación. Michael Hess, del Partido Demócrata, echaba la culpa a los inmigrantes musulmanes. Había emprendido una cruzada para concienciar a los periodistas. Ponía como ejemplo las violaciones que se produjeron en la plaza Tahrir de El Cairo durante la primavera árabe. Karl había subrayado esta declaración suya publicada en *Aftonbladet*: <<Los periodistas deben comprender que violar y maltratar a las mujeres que se niegan a cumplir con los dogmas islámicos es una costumbre profundamente arraigada en la cultura islámica. Hay una fuerte conexión entre las violaciones en Suecia y la gran cantidad de inmigrantes que han llegado a nuestro país procedentes de Oriente Medio y África del Norte>>.

Karl no lo tenía tan claro. Basándose en su experiencia seguía

preguntándose si había una clara preponderancia de los violadores de origen islámico. Dinamarca contaba con una cantidad similar de inmigrantes musulmanes –proporcionalmente a su población- y allí sólo se producían siete violaciones por cada cien mil habitantes frente a las cincuenta y tres que se perpetraban en Suecia.

Pero había constatado un hecho irrefutable: el claro cambio de tendencia en el comportamiento de los violadores. Hasta hacía poco el violador común se ajustaba al perfil de lobo solitario y ahora en cambio proliferaban las violaciones colectivas. Y ciertamente algunas de ellas se llevaban a cabo por grupos de inmigrantes. Como el caso de la mujer de treinta años que fue violada por ocho solicitantes de asilo en una casa de refugiados de Mariannelund. O la adolescente de quince años que fue violada en el suburbio de Tensta. O lo acontecido en el ferry *Amorella* que cubría la ruta entre Turku y Estocolmo, donde una mujer fue violada en su camarote.

Esta situación había propiciado un clima de histeria colectiva, sobre todo entre las víctimas potenciales. Tanto era así que un grupo de adolescentes había creado un peculiar cinturón de castidad, emulando a los de la Edad Media. Según Nadja Björk, una de sus artífices, de diecinueve años: “es como un cinturón de castidad pero al revés; la que lo lleva tiene el control en lugar de ser controlada”. Ella y sus socias habían abierto un negocio en Estocolmo donde vendían su peculiar cinturón de castidad. Karl había tenido la oportunidad de examinarlo. Era una braga de hierro que se cerraba con llave. Lena Lindström, de veintiún años, natural de Malmö, había facilitado a la prensa una frase lapidaria: “los musulmanes nos consideran putas”.

Karl se preguntaba hasta qué punto reflejaba la realidad esa campaña de los medios para demonizar a los inmigrantes. Él también conocía numerosos casos de violaciones grupales protagonizadas por jóvenes suecos de buena familia que escogían a su víctima con nocturnidad y alevosía.

¡Uff! ¡Basta! Se reprochó que no supiese desconectar ni siquiera cuando estaba disfrutando de su tiempo libre. Se tomó otra copa. ¡Bendito alcohol liberador! Había llegado el momento de pasar revista al pasado. *Soy una incongruencia humana andante*. Su vida estaba partida por la mitad. La tragedia había tajado su vida como la guillotina de la revolución francesa. Había dos Karl Johansson. El niño descerebrado, pijo, hijo de papá. Y el poli. Un binomio irresoluble que nunca conseguiría conciliar.

Karl fue hijo único, mimado, consentido, por una madre-florero-complaciente y un padre con una posición social envidiable que le costaba todos sus caprichos. Bueno, los caprichos del Karl jovencito se reducían básicamente a la velocidad. Le fascinaban los coches desde que tenía uso de razón. Soñaba con ser piloto de carreras. La vida sólo cobraba sentido cuando devoraba kilómetros a una velocidad extrema, jugándose el pellejo. Y papaito se encargó de proporcionarle un coche cargado de caballos en el motor para que él llevase al paroxismo su afición.

La vida de Karl seguía al pie de la letra ese guión prefijado de niño hijo de *familia de pasta* que hace lo que le viene en gana, hasta que la desgracia le asestó su tajo mortal, trastocando los planes. Una tragedia que él mismo se ocupaba de censurar. Le daba miedo evocarla, desenterrarla. Estaba oculta en las catacumbas de la memoria, macerándose en olvido. Porque necesitaba pasar página. Y no lo lograba. Se había hecho policía para reinventarse a sí mismo, para dejar de ser un niño pijo y ser un hombre de provecho. Pero no lo había conseguido. Era un injerto de nada. No era ni una cosa ni la otra. Era un diletante, un eterno *outsider*. Se sentía fuera de juego, en cualquier ambiente y lugar. *No pertenezco a ningún sitio, me falta sustancia para experimentar esa sensación de pertenencia, soy un lobo estepario*.

Karl había nacido con estrella y se había estrellado por el camino, por

mor de la fatalidad y las circunstancias. La madre-florero-consentidora y el padre-rico-consentidor le habían puesto en la autopista de la vida al volante de un bólido con suficientes caballos para descabalgarse el destino de cualquiera. Y ocurrió la tragedia. Pero no ocurrió como cabía esperar. Karl conducía muy bien. Sabía controlar, poseía la pericia suficiente, a pesar de su juventud y su pasión por la velocidad. No, él no tuvo la culpa. La culpa fue de otro, de un camionero borracho que se cruzó en su camino. En todo caso resultaba simbólico. No era gratuito que ocurriese en la carretera, al volante de su bólido. Era significativo.

La velocidad se llevó por delante lo que yo más amaba, aunque no fuese yo la mano ejecutora. Por eso me hice policía. Por eso sigo buscándome. Sigo buscando mi destino. Lo chungo del tema es que no fui yo quien pagó el pato, o por lo menos no directamente. ¡No fui yo la víctima, maldita sea! Fueron otros. Fueron ellas. De las que no quería hablar. A las que prefería no recordar. Porque la culpa era lacerante. La sola mención de sus nombres le rompía el corazón en mil pedazos y luego debía dedicar mucho tiempo a recomponer ese corazón malherido para seguir viviendo.

Sonó el teléfono. Era el comisario Gustafsson. ¡Diablo de hombre! ¿Cuándo iba a dejarlo en paz?

-¡Gustafsson, es domingo; estoy tomándome una copa tranquilamente, se supone!

-En un club de jazz, seguro. ¿No te aburres?

-No, el jazz pasó a la historia. Se nota que no salimos juntos de marcha desde hace mucho tiempo, Gustafsson. Me estoy macerando en el Absolut Icebar, a cinco grados bajo cero.

El comisario soltó una carcajada. Karl Johansson era un personaje inverosímil. Una leyenda viva para los policías veteranos de Estocolmo. Un dandi en el vestir, el comer y en cualquier cosa que hiciese, fanático de

Eurovisión, turista impenitente, que conducía un coche impresionante, de súper lujo, sólo al alcance de millonarios, agenciado gracias a un golpe de suerte. Un tipo respetado y envidiado a partes iguales, que despertaba tantas simpatías como recelos.

-Tengo buenas noticias para ti.

-Sorpréndeme.

-Sé que estás hasta el gorro de perder el tiempo con casos que no son lo tuyo.

-¡Mortalmente!

-¿Te importaría trasladarte a Knutby?

-Para nada. ¿Qué se te ha perdido allí?

-Te esperan dos fiambres, Johansson.

-¿Asesinados?

-Tal vez. La cosa no está clara.

-Voy corriendo para allá.

-Llévate a Regina.

Karl apuró la copa. La detective Regina Andersson lo ponía nervioso. *Me gusta como mujer, pero no es para mí; podría ser su padre, su abuelo si me apuras. ¿Cómo voy a trabajar con ella?*

-Regina, bien, sí, de acuerdo, como tú digas.

-Quiero que te hagas cargo tú. El asunto tiene mala pinta y a esa gente se les va de las manos; allí la policía local no sabe hacer la O con un canuto.

-Conformes.

-Ándate con ojo, viejo zorro. Y no sigas tratando de usted a la pobre chica. Haces que se sienta como una escolar estúpida.

Karl pensó que la detective Regina Andersson era cualquier cosa menos una *pobre chica*. Era un monumento de mujer, en todos los sentidos. La mujer de la que podría haberse enamorado, si hubiese nacido unos cuantos

años más tarde. Porque aun siendo rabiosamente atractiva también era sensible, emotiva e inteligente. Regina era un polvorín. *Su inteligencia supera a su belleza.* Y eso era peligroso, amedrentador; le hacía sentirse acomplexado, empequeñecido. *Algunas mujeres dan miedo, se antojan inaccesibles, ingobernables.* Había pocas. Regina Andersson era una de ellas.

7

¿Una casualidad? Era la primera vez que se encontraba a solas con Gerhard en el supermercado. En realidad era la primera vez que se encontraba a solas con Gerhard, se dijo Gina, sintiendo una extraña excitación. Gerhard era un tipo curioso, tímido, introvertido, incluso asustadizo, diría ella. Se notaba que tenía un rico mundo interior. Siempre le había atraído. Sobre todo le atraía cuando lo veía en el templo, durante los oficios religiosos de la congregación, acompañado de Hanna, su mujer. *No hacen buena pareja. Hacen una pareja desaparejada, un poco como Adam y yo. ¿Por qué el destino tiene el capricho de desaparecer a ciertas personas? ¿Quizá su destino consistía precisamente en eso, en vivir desaparejados?*

-¿No vas a la fábrica?

-No, hoy libro.

Iban llenando de cosas los carros, cada uno el suyo respectivo, aunque los carros avanzaban en paralelo por los pasillos del supermercado, *qué simbólico, aunque sólo sea por una vez*. Gina se fijaba en las manos grandes y fuertes de Gerhard, huesudas, nudosas, de trabajador. Al ver esas manos tenía claro que Gerhard era un currante, que se había pasado la vida trabajando, desde chico.

-¿Te gusta trabajar en una fábrica de papel?

Gerhard se encogió de hombros y esbozó un gesto ambiguo.

-Es lo que hay; no tengo elección.

-¿Cuándo empezaste a trabajar?

Gerhard rió sin humor. Era una risa bronca, abrupta, sin el menor rastro de hilaridad.

-Nunca se me dieron bien los estudios y en casa hacía falta dinero porque a mi madre con la pensión de viudedad no le llegaba, así que empecé de adolescente como chico de los recados de un pariente.

Gina hizo un alto en la zona de frutería.

-Me encanta la fruta. La fruta es alegría, luz, color. A través de la fruta te comes la naturaleza. Cuando era niña no me compraba chucherías, como los demás niños. Me iba a la frutería y me compraba un kilo de naranjas y me las comía todas de golpe, una detrás de otra, en un rincón, porque pensaba que era una dedicación clandestina y no quería que los otros niños se burlasen de mí.

-Yo paso.

-¿Por? ¿No te gusta la fruta?

-Claro que me gusta la fruta. Es a ella a quien no le gusta la fruta. Por eso no compramos fruta.

-Podrías comprarla para ti.

-Sólo compro las cosas que le gustan a ella. Me he acostumbrado a las cosas que le gustan a ella, eso es todo.

-¿Y qué pasa con las cosas que te gustan a ti?

-Ya no recuerdo cuáles son.

Gina miró fijamente a Gerhard. *Qué patético*. Terminaron de llenar sus carros, hicieron cola para pagar en la caja y salieron del supermercado cargando sus respectivas bolsas. Gina se sentía contenta de estar con Gerhard. Quería seguir estando con él, por lo menos un ratito más. Su compañía la tranquilizaba y le daba seguridad, como le pasaba con su hermana Frida. Y además Gerhard le hacía sentirse niña otra vez, le hacía sentirse adolescente. Estar con él tenía chispa.

-¿Te apetece tomar un café?

-Claro.

Fueron a la cafetería. Las manos grandes y fuertes de Gerhard tamborileaban en la barra. *¡Tiene unas manos enormes! Será increíble que te acaricien esas manos.* No importaba que tuviesen callos. Porque estaba claro que las manos de Gerhard tenían callos. Unos callos duros como piedras. Eran manos de currante.

-¿Me dejas ver tus manos?

-Claro.

En efecto, eran callos como piedras. Aun así sería fantástico que esas manos te acariciasen por todo el cuerpo.

-¿Hanna es tu primera y única mujer?

-Sí.

-Adam también es mi primer y único hombre.

-¿Te puedo hacer una pregunta, Gina?

-¡Desde luego que sí! ¡Todas las que quieras!

-¿Me parezco a Norman Bates?

Gina miró a Gerhard de hito en hito. *¿Norman Bates? ¿Quién es Norman Bates?* Entonces se acordó. Claro, el personaje de la película *Psicosis*. No pudo evitar reírse. Fue una risotada franca, desenfadada, pero Gerhard se puso rojo como un tomate. Lo cierto era que sí, ahora que lo pensaba Gerhard se parecía a Norman Bates, físicamente y en su manera de ser.

-No debes sentirte culpable ni avergonzarte. Que te parezcas a Norman Bates no significa que seas como él.

-¿Un psicópata, te refieres? Evidente, pero doy el pego. La gente juzga por las apariencias.

-¡Qué bobada! A mí nunca me has parecido un psicópata. Y si no llegas

a decir lo de Norman Bates no habría pensado que te pareces a él.

Gerhard guardó silencio, absorto, reconcentrado. Ahora sus manos grandes y fuertes no tamborileaban la barra; estaban cerradas, formando puños defensivos.

-¿Por qué de repente estás nervioso?

-Cuando tomo café necesito fumar. Cigarrillos, me refiero, no *snus*.

-Fuera hace mucho frío y no podemos hablar. ¿No puedes esperar un poco?

Gerhard asintió con la cabeza, mirándose los puños, que entrechocaba como un boxeador o como bolas de metal imantadas.

-¿Qué tal con Hanna?

-Bueno.

Había muchos puntos suspensivos en ese *bueno*.

-¿Os llega con lo que tú ganas en la fábrica?

-Muy justo, la verdad. Yo le digo a Hanna que trabaje, se lo he dicho varias veces, pero no como una exigencia, simplemente para sugerírselo, porque además sería mejor para ella, para desarrollarse personalmente, como mujer, pero a ella no le gusta trabajar, me lo ha dejado bien claro.

-Qué curioso, a mí me pasa lo contrario con Adam; yo estoy loca por trabajar y él no quiere que trabaje, me ha prohibido que busque trabajo.

-¿Por qué?

-No lo sé, la verdad. Supongo que quiere tenerme en casa con una cadena atada al cuello, como si fuese una perrita, su perrita de compañía.

Gerhard frunció el ceño. También su ceño era grande y fuerte. Estaba claro que a Gerhard le parecía absurda esa explicación. A Gina le gustó mucho su reacción. Ese ceño grande y fuerte fruncido frente al comportamiento cavernícola de Adam era un grato desagravio para ella.

-¿Te gustan los servicios religiosos?

Las manos grandes y fuertes cerradas en puños se tensaron, como si tuviesen ganas de golpear a alguien.

-Sé sincero.

Las manos grandes y fuertes se abrieron bruscamente y se apoyaron en la barra, extendidas.

-No.

-Qué bien. A mí tampoco me gustan.

Se hizo el silencio. Un silencio incómodo, violento. Gerhard se había terminado el café hacía rato y se notaba que se moría de ganas por salir a fumar sus cigarrillos. Pero Gina quería seguir hablando con él, necesitaba hablar con él, aunque sólo fuese un ratito más. De pronto le apetecía contarle a Gerhard su vida.

-¿Sabes? Yo nací y me crié en Uppsala. Mi padre era profesor de historia en la universidad. Era un hombre despótico, un fundamentalista católico súper machista que quería organizarnos la vida a mí, a Frida y a mis cuatro hermanos varones.

Gina hizo una pausa para dar tiempo a Gerhard a replicar. Gerhard dudó durante un rato, frotándose sus manos grandes y fuertes. Y luego replicó.

-Yo no tuve padre. Murió cuando yo era muy pequeño y no me acuerdo de él. Me crié con mi madre, que también era tiránica, a su manera.

-Qué gracia, en mi caso fue al revés. Mi madre siempre estuvo ausente, era como si no existiera, su opinión no contaba en las decisiones familiares y ni siquiera se molestaba en darla, sabiendo que mi padre no la tendría en cuenta.

Gina observó a Gerhard. Cada vez lo miraba con más simpatía. Lamentaba que él tuviese la mirada clavada en la barra. Le gustaría que se fijase en ella y la mirase a los ojos. Necesitaba ver sus ojos. Quería ver la expresión triste y melancólica de sus ojos. Pero Gerhard era demasiado tímido

e introvertido.

-¿Tienes hermanos?

-No.

-Vaya, parece que lo hemos vivido todo al revés.

Hasta nuestras parejas respectivas las hemos vivido al revés. Habría estado bien que tú y yo nos justásemos, ¿no crees, Gerhard? Seguramente habríamos sido mucho más felices.

8

Selma es mi mejor conquista. Selma es mi mejor conquista. Selma es mi mejor conquista. Le había impresionado vivamente cuando la vio en la discoteca Göta Källare. No, qué error, allí conoció a otras. A Selma la conoció en la biblioteca. *Es la única vez que he entrado en una biblioteca. Lo hice para encontrarme con ella.* El destino. Su belleza no era ñoña, mona, insulsa, como la de las chicas simplemente guapas. Irradiaba una luz especial. *Como la luminosa belleza de las perlas naturales, que se irradia desde su núcleo interior. Una hermosura de alma.* Finn había ido a por ella sin dudarlo. *Y me la ligué en un parpadeo.*

Ahora estaban en la cervecería Kvarnen, en el número dieciocho de la calle Hornsgatan. Selma la había elegido por su ambiente discreto y humilde.

-Yo también estoy leyendo un libro –dijo Finn para impresionarla.

-¿En serio? ¿Cuál?

-El que acaba de publicarse sobre la vida de Gustavo de Suecia. Se titula *El monarca reticente*. Te lo recomiendo.

-¿De qué va?

-De sus escándalos sexuales.

-Qué divertido. No me digas que también el rey de Suecia está metido en escándalos sexuales.

-Pues sí, al parecer en unos cuantos. Su mujer Silvia tiene unas tragaderas que no veas. No sé cómo puede estar todo el día tan sonriente,

contenta y orgullosa.

-Está claro, vivimos en el mundo de las apariencias.

-¿Sabías que Gustavo estuvo enrollado con Camilla Henemark?

-¿Y ésa quién es?

-Una cantante. En los ochenta era la vocalista de un grupo muy popular aquí, en Suecia.

-Ni idea. Yo no soy tan fan de la música como tú, Finn. Y los ochenta me pillan un poco lejos.

-Mírate vídeos suyos en YouTube. Es de origen nigeriano. Me pregunto cómo el rey de la altiva y racista Suecia pudo enrollarse con una mujer negroide de origen nigeriano.

-¿De dónde te has sacado que en Suecia hay racismo?

-Tiene guasa la cosa. Gustavo se juntaba con Camilla gracias a unos amiguetes que le facilitaban su casa de picadero. ¡El rey de Suecia se follaba a la mujer negroide de origen nigeriano rodeado por una nube de agentes del servicio secreto! Me pregunto hasta qué punto podían mantener su intimidad.

-Oh, cállate. ¿Cómo puedes ser tan desagradable?

-Es lo que hay, Selma. No me he inventado nada. ¡Todo está en el libro! Y además resulta que el propietario de un club nocturno dice que va a difundir unos vídeos en los que se ve a tu orgulloso monarca participando en orgías sexuales. ¡Si al final se decide seguro que peta YouTube!

-No sé qué tiene eso de interesante.

-¿La realidad no te parece interesante? ¡A mí me mola mogollón!

Finn apuró su cerveza. *Larguémonos de aquí, cariño. Necesito un poco de marcha.* Selma se dejó llevar. Por fortuna era dócil. *Pero lo primero es lo primero.* Fue fácil hacerse un hueco en el cuarto de baño. *Aquí, niña, a pelo. ¿Preservativo? ¡No me jodas! ¿Crees que te pegaré una venérea? Ahora es el momento ideal, te ha venido la regla, no vas a quedarte*

embarazada. Ya sé que a ti no te gusta y te duele, pero a mí me mola mogollón, qué le vamos a hacer. Es genial correrse dentro de ti y encima que la polla se te quede encharcada de sangre. El acoplamiento fue violento, impremeditado, pasional. Qué tetas, por Dios, me las comería, lo haré, más tarde, con más calma. Era fantástico sostener a Selma en vilo, agarrándola de las nalgas, mientras ella lo rodeaba con las piernas, abrazándolo, con la espalda apoyada contra la pared. Qué excitación. Qué deseo bestial. Y eso que estoy sobrio, prácticamente, y no me he metido coca.

Ahora estaban en el coche, devorando kilómetros. A Finn le gustaba ir de un sitio para otro, moverse, estar en mil sitios, vivir a toda prisa, exprimir al máximo las sensaciones. La vida era para emocionarse, para sentirse vivo y sacar todo el jugo posible a las situaciones, llevándolas al límite, trasvasando los límites, explorando siempre lo desconocido. *La rutina es mortal. La normalidad es mortal. Lo conveniente y sensato y políticamente correcto es mortal.*

-Me gusta tu coche –dijo Selma-. Es muy nuevo y lujoso y espacioso. No te pega un coche tan nuevo y lujoso y espacioso. Y además elegante. Parece el coche de un pez gordo, un político o un tipo forrado de pasta.

-Bueno, yo estoy forrado de pasta.

-Quiero decir que no es un coche juvenil.

-Lo sé. Me gusta la comodidad. Por eso sólo compro coches con las marchas automáticas. No soporto los coches deportivos. Es como ir atrapado en una lata de sardinas.

-Nunca he ido en un coche deportivo.

-No te pierdes nada, te lo aseguro. Mi viejo tiene una colección. Yo aprendí a conducir en un Ferrari. No me mires así. No lo digo para fardar, es la realidad, como la realidad del rey Gustavo que se folla a la negroide nigeriana rodeado de una nube de agentes del servicio secreto sueco que en

vez de investigar las verdaderas movidas se dedican a servirle de tapadera.

Selma pensó que Finn tenía una extraña vena de justiciero social, de descontento social, de rabia e impotencia frente al mundo circundante. Como un rebelde sin causa pero con causa, quizá. O tal vez simplemente le gustaba poner el dedo en la llaga de los desmanes de la realidad circundante para justificar sus propios desmanes. Finn vivía en la cuerda floja de sus pasiones. Era un experimentador nato. No le tenía miedo a nada, ni siquiera a su propio instinto bestial. *Me gusta. No es un chico para enamorarse y mucho menos para casarse. Es un polvorín que no para de estallar y te pone a prueba.*

-¿Qué quieres ser de mayor, Selma?

-Ya lo soy, se supone.

-Es una forma de hablar.

-Escritora. Estoy enganchada a las novelas policiacas casi desde que aprendí a leer.

Vamos al mainstream. Stureplan. Pulsemos lo chic. El barrio de la gente guapa y marchosa. Un par de copas en Sturecompaniet y otro par de copas en Spy Bar. Mira, ese tío sale en la tele. La peña se hace un selfi con él aunque no tengan ni idea de quién es y a qué se dedica; sólo saben que es famoso, eso justifica el selfi, o mejor dos, por si el primero sale mal; qué coñazo ser famoso, qué paciencia hay que tener. Qué chulo, cuántos pimpollos. Ese grupito de rubias oxigenadas son modelos de pasarela, fijo. ¿Sabes que por aquí se dejan caer hasta los políticos? Y mucho personaje de la farándula. Esto es el no va más de la feria de los cuerpos.

-¿Se puede saber en qué piensas, Finn?

-En mis movidas. Oye, Selma, fíjate en ese sexagenario de aspecto venerable que está firmando autógrafos.

-¿Quién es?

-Un ex futbolista. Eriksson. Ése sí que se lo montaba bien. Cuando era

entrenador de la selección inglesa estaba liado con una abogada to' buenorra a la que le ponía los cuernos con la chica súper famosa del tiempo y al mismo tiempo le daba candela a la secretaria mazo maciza que le había puesto la federación inglesa de fútbol. Y lo cachondo del tema es que toda la movida, incluyendo las costumbres sexuales de Eriksson, acabó en el Gran Hermano. Los futbolistas son unos campeones. Como están acostumbrados a la cosa pública ahora a muchos les ha dado por el cancaneo, que es una movida la mar de divertida, consiste en follarse al aire libre.

-¿El *dogging*?

-Sí, digamos que el *dogging* es hetero y el *cruising* es gay, pero todo es la misma historia, el cancaneo, follarse en parques, playas, en cualquier sitio abierto y público, y si es ante mirones y con alguien que no conoces mejor que mejor, porque el espíritu del cancaneo es follarse de forma anónima y sin ataduras, ¿entiendes? Es como la movida de los intercambios de pareja pero un paso más allá; aquí no hay parejas para intercambiar, simplemente follas con alguien que te mola de sopetón y delante de cualquiera.

-¿Tú lo has hecho?

-Claro, en muchos sitios. En Londres mola mogollón. Allí empezó todo. La gente follaba en los aparcamientos, apoyándose en los coches, eso les ponía. A veces nos juntábamos tres o cuatro. Siempre tiene que haber algún mirón, para que sea más divertido. Luego se nos juntaba más gente, otros mirones, cualquiera que pasara por ahí, y la cosa podía terminar en una orgía colectiva del copón. A veces nos citábamos por Internet, pero el tema se masificaba mucho. Es mejor que todo surja de forma espontánea.

-El mundo se está volviendo loco.

-Eso es una ñoñada, Selma. El mundo siempre ha sido igual aunque las formas y las situaciones vayan cambiando en cada época, según los adelantos y demás. Las personas somos las mismas. Y necesitamos las mismas cosas.

Ahora conseguimos esas cosas de otra manera, nada más.

Hay demasiada aglomeración. Larguémonos. Vamos a Söder. Al Södra Bar. Es agradable hundirse en estos cojines tan grandes y mullidos. Le queda bien el estilo arábigo. ¿Te gusta la panorámica? Selma, cariño, alegra el careto. Ya ha venido el dj. Verás cómo te pone las pilas. Se acabó. Hay que mover el culo. Mondo. Snaps. ¿Conoces el Kavernen? Ahora toca Carmen; te gustará su ambiente estudiantil y bohemio. Estás borracha, Selma. Eso, vomita un poco. La noche es joven, recién acaba de empezar. Movamos el esqueleto.

¿Qué disco prefieres? ¿Golden Hits? Ayer estuve bailando salsa en La Habana. Deberías tomar clases de salsa. ¿No te sientes bien? Lo suponía, tienes mala cara. Un cafecito doble en Konstgallerian, en un ambiente relajado, te reanimará, palabra. Tengo un hambre de lobo. Olé Olé es ideal para llenar el buche. ¡Me chiflan las tapas mediterráneas, en serio! Te molará, hay mogollón de españoles y latinos. ¿Has probado la tortilla de patatas española?

Hora de chapar. Hasta los locales que tienen permiso hasta las cinco nos dan la espalda. Ahora te llevaré al submundo de Estocolmo.

-Anoche tuve un sueño absurdo, Selma. Soñé que eras una diosa, como las deidades olímpicas de la antigua Grecia, y que yo era tu esclavo más humilde. No te llegaba a la suela de las zapatillas, ¿te quieres creer? ¡Ni siquiera me atrevía a mirarte a la cara! Y tú ni siquiera te dignabas a mirarme, naturalmente, porque yo era para ti absolutamente insignificante.

9

Estaba bien desplazarse hasta Hofors para echarle un par de polvos a Rebecca, merecía la pena. *Aunque sea sosa y desgachada, Rebecca es una tía joven con un cuerpo notable. Polvos, polvitos mágicos.* Lo malo del asunto era el frío polar que hacía en casa de Rebecca. Tenían que echar los polvos bajo una montaña de mantas, pesada y sofocante, que dificultaba los rítmicos movimientos de la cópula. Ahora, después del primer orgasmo, seguían enterrados en el nido de mantas, como pollitos ateridos de frío. Sólo podían sacar la cabeza del nido.

-No sé cómo puedes vivir en esta casa. El frío es insoportable.

-Mi padre nunca pone la calefacción, ya lo sabes. Necesita todo el dinero para putas y vodka.

Adam se imaginó al padre de Rebecca durmiendo profundamente. Al pasar por su habitación había oído sus poderosos ronquidos. Era curioso estarse follando a su niña mientras él estaba en los brazos de Morfeo. *Es la décima vez que vengo a su casa a follarme a su hija y aún no he visto su careto.* El padre de Rebecca trabajaba en el turno de noche. Siempre estaba roncando ruidosamente, durmiendo la mona. Al parecer era un tipo sin dos dedos de frente, un currito de mala vida que había matado a su mujer a disgustos y explotaba a su hija como si la considerase su esclava, sacándole todo el dinero que podía para su vodka y sus putas.

-Hay telarañas en el techo de tu habitación.

-Lo sé. Nadie limpia a fondo desde que murió mi madre.

-Podrías limpiar tú.

-Hago lo que puedo. Cuando llego a casa estoy reventada. Algunos días trabajo catorce horas. No me quedan fuerzas. El plan consiste en trastear con el móvil un rato y dormir todo lo que pueda.

-Qué vida más triste.

-Es lo que hay.

-Eres una mujer joven y con una planta imponente. Podrías aspirar a otra clase de vida.

-Cuando era más jovencita soñaba con ser modelo o actriz de cine, pero está claro que no sirvo para eso. Sólo sirvo para cambiar pañales, lavar el culo a los viejos y limpiar casas de arriba abajo. Además en Hofors no hay muchas chicas que lo hagan, así que no tengo competencia, no me falta trabajo, gano el doble que mi padre, aunque trabajo más que él y no tengo seguro, porque nadie te contrata y te da de alta en la seguridad social cuando trabajas por horas. Trabajas como una negra todo el día y si te pasa algo, un accidente o cualquier historia, la has cagado. No tengo ningún beneficio social. No tengo derecho a prestación por desempleo ni a pensión contributiva. Soy un cero a la izquierda laboralmente. Me hace gracia que a algunos se les llene la boca hablando de lo bien que va Suecia. Yo se supone que soy sueca y me va de pena, la verdad. ¡Esto es un asco!

-Pobrecita. Eres una de tantas víctimas del sistema, Rebecca. Bueno, quizá no haya tantas, pero alguna más habrá, no creo que seas la única. Suecia va bien en general, como dicen los políticos, creo, juraría que sí.

Mientras tecleaba en el móvil, Rebecca suspiró, encogiéndose de hombros, y se enjugó con el pulgar la lágrima que se deslizaba por su mejilla. Se hizo el silencio en el dormitorio. Adam no quería sentirse deprimido, pero Rebecca a veces conseguía que se sintiese deprimido. Le contagiaba su propia

depresión. Porque Rebecca era una mujer deprimida. Sufría depresión crónica. Depresión exógena, dirían los psicólogos, causada por factores externos, porque indudablemente tenía motivos de sobra para estar deprimida; su vida era una basura. *Pero yo la conozco mejor. Rebecca nació deprimida. Lleva la depresión en la sangre, por ser hija de su padre y su madre, sendos desperfectos humanos, sendos humanos siniestrados, cada uno a su manera.*

-Todo se arreglará, ya lo verás.

-Siempre dices lo mismo.

-Hay que tener paciencia. La paciencia es la madre de la ciencia. Dios nos acompaña. Siempre. Nunca nos abandona.

-A mi madre la abandonó. Y a mi padre también lo ha abandonado.

-Te equivocas. Somos nosotros quienes abandonamos a Dios y por eso vivimos malamente o morimos. Debemos tener fe y confianza. Llegará un día en que se hace la luz.

-Lo sé. Yo nunca he perdido la fe. Pienso en Dios todo el tiempo. Y rezo todo lo que puedo.

Rebecca sintió una punzada de culpa y se sonrojó. ¿Aprobaría Dios su relación con Finn? Adam no la aprobaría, seguro, pero no tendría más remedio que aceptarla, igual que ella aceptaba que él fuese un hombre casado. Era extraña la relación con Finn. Era superior a sus fuerzas. No se pudo resistir a él. Finn era un chico estimulante, diferente. Además tenía mucho dinero. Su padre era uno de los hombres más ricos de Finlandia. Quizá algún día la ayudaría a superar esa vida sin alicientes. No, se engañaba. *Para Finn yo no soy más que una aventura, un pasatiempo.* También para ella Finn era una aventura, un pasatiempo. Finn no era un tipo del que te podías enamorar. Como mucho te podías encaprichar de él, pero siempre guardando las distancias. No era un chico del que te pudieses fiar.

A mí me gusta Adam. Lo amo. Me enamoré de él desde el primer

momento. Se había enrollado con Finn por despecho, porque Adam no se decidía a abandonar a su mujercita. Cada vez tenía más claro que Adam no abandonaría a su mujercita para estar con ella, para ayudarla a ser feliz y para compartir la vida. Eso le provocaba un dolor profundo. Y Finn la ayudaba a superar ese dolor. Un clavo se quita con otro clavo. *Sí, los hombres son clavos que se clavan en nosotras, en nuestro sexo, para ser más exactas.*

-Sólo la voluntad de Dios es importante, Rebecca.

-Lo sé.

-Él da sentido a lo que no tiene sentido. Él pone luz en la oscuridad.

Nos aguarda al final del camino para entregarnos nuestra recompensa.

-Lo sé.

-Dios es el principio y el final. Lo que hay entre medias es una pueril negación de su existencia.

-Sí.

-No llores, mi vida. Ven, deja que te abrace.

Al poco de abrazarse, acurrucados bajo la pila de mantas, su nido protector, se quedaron dormidos. Adam se despertó bruscamente dos horas después. Le pareció surrealista estar allí, en la cama destartada de Rebeca. Era una cama patética. Los muelles del somier estaban desencajados y hacían unos chirridos demenciales. *Follar aquí con Rebecca provoca una sinfonía discordante de sonidos cacofónicos.* Aunque esos chirridos metálicos llegaban a resultar excitantes. Eran como una campana de resonancia que amplificaba su coito, lo volvía magnífico, colosal. Los estridentes chirridos metálicos eran la banda sonora, un cortejo. *Como esa música precisa de las películas de terror que te pone en situación.* Al principio le violentaba el sonido, era molesto, un incordio. *Cuando te acostumbras te gusta. Casi te dan ganas de ponerte a follar sólo para escuchar los muelles de la cama. El sonido en sí te excita, te pone. Quieres follar más deprisa para que los*

muelles rechinen más fuerte. Cuanto más vivo es el ritmo de los chirridos, más cachondo me pongo y más demoledoras son las polladas que le meto a Rebecca.

¡Dios mío, Rebecca se había puesto a roncar casi tan fuerte como su padre! Aunque ahora mismo disparase una pistola no se despertaría. Dormir profundamente es cosa de familia. Por eso el viejo no se despierta aunque su hija y yo follemos salvajemente sobre esta cama destartalada cuyos muelles componen una obra maestra sinfónica, cacofónica y súper excitante.

-¡Nunca volveré a Knutby, te lo juro! –dijo Rebecca en sueños.

Pobre criatura. Nunca digas nunca jamás. Bueno, ya has dormido bastante. Echemos otro polvo. Tengo que largarme. Me espera mi mujercita, ¿recuerdas? Echemos una moneda en la caja de música del somier. Creo que sólo vengo a follar contigo para escuchar los chirridos demenciales de esos muelles que no pueden despertar al bestia de tu viejo aunque hagan retumbar toda la casa. ¡Me ponen mogollón, me vuelven loco, de veras, son una droga sonora altamente adictiva!

-Rebecca, amor mío, sabes que te adoro.

¿Cómo se te ha podido secar tan rápido el coño? ¡Venga, quiero echar el segundo polvete antes de volver a casa! Bueno, lubriquémoslo con un poco de saliva, que eso siempre es de lo más socorrido. Yo vuelvo a estar súper excitado. Los muelles de tu cama rica me ponen mogollón. Ya sé que tú no eres un pibón con todas las de la ley, pero no estás nada mal, eres joven, tienes una cara mona. Con esa estatura imponente si te vistieses adecuadamente quitarías el hipo a los tíos. Da igual que seas una chica sosa y desgalichada.

Tras varios intentos infructuosos Adam consiguió penetrarla. Rebecca seguía dormida, pero eso no era relevante. En realidad no hay diferencia entre follarte despierta, dormida o muerta, porque eres el colmo de la

languidez femenina, cariño. Eres la tía más pasiva en la cama que conozco.

Comenzó la sinfonía de chirridos. Los muelles del somier se portaban como unos campeones, le daban al asunto la sal y la pimienta que no tenía Rebecca. Gracias a ellos había intensidad y pasión. *Los chirridos me hacen pensar que eres una gran zorra que jadea demencialmente al recibir mis pollazos. ¡Cómo te gusta! ¡Cuánto disfrutas! Cualquiera diría que estás profundamente dormida, pobrecita, de tanto que trabajas, porque estás reventada, doy fe. Venir a follarte cuando tú has trabajado catorce horas cambiando pañales, lavando culos de viejos y limpiando casas de ricos es un desacato imperdonable, lo sé. Pero esa circunstancia también me pone. Eres mi proletaria redimida merced a las bendiciones de Venus.*

Ese segundo orgasmo fue el más explosivo de los que había tenido con Rebecca. *Esto hay que repetirlo. A partir de ahora esperaré a que te duermas para follarte. ¡Ha sido genial!, se dijo, con la respiración entrecortada, mientras observaba su rostro de bella durmiente. Rebecca seguía roncando, aunque no tan fuerte como su padre. ¡Dios mío! ¿Cómo puede haber en el mundo mujeres tan apáticas e insensibles?*

10

Adam sonrió al ver que sus hijos dormían como angelitos. Los pequeños Casper y Erik, habitualmente tan activos y traviosos, ahora se entregaban plácidamente a los brazos de Morfeo.

Dejó entornada la puerta de la habitación de los niños y acudió a su dormitorio, donde lo esperaba Gina.

-Creo que va siendo hora de plegar velas, querida –dijo, resoplando.

Su mujer ya se había puesto el camisón. Sentada en la cama, hojeaba distraídamente el último número de la revista *Elle*.

-¿Qué lees?

-Nada importante. Victoria de Suecia recorre las casas de moda de París y Milán.

-Ah.

-Qué guapa se ve a la princesa en esta foto.

-Ya.

-Mírala paseando por las calles de la capital francesa acompañada de unos amigos. Cualquiera diría que es una mujer normal y corriente.

-Apaga la luz.

-No.

Adam soltó una risotada.

-¿No quieres acostarte?

Gina denegó con la cabeza, enfurruñada.

-Yo estoy rendido.

Adam se quitó la ropa, se puso el pijama, besó a su mujer en la mejilla y se metió en la cama. Batallas más difíciles se han ganado, pensó, mordaz, cerrando los ojos.

Gina arrojó con rabia la revista al suelo.

-¡Otra vez! —exclamó, airada, al ver que Adam le daba la espalda.

-¿Qué te pasa?

-Se supone que estamos casados, ¿no?

-Desde luego.

-Cualquiera lo diría.

-¿A qué te refieres?

-¡No recuerdo la última vez que me tocaste! ¡Tengo treinta años! ¿Por qué haces que me sienta una monja? ¿Ya no me deseas? ¡Adam! ¡No empieces a roncar como un cerdo! No existo para ti, ¿verdad? -lo zarandeó-. ¡Mírame!

Gina se quitó el camisón, fuera de sí. Volvió a zarandearlo. Adam la miró con ojos apáticos. ¡Hacía meses que no veía a su mujer desnuda! Se dijo que seguía siendo apetecible, con esas tetas redondas y erguidas que antes le parecían jugosos melocotones. Pero la verdad era que tras el aborto sus piernas se habían vuelto flácidas y grasientas. *Ese culo que me emocionó tanto la primera vez que lo vi ahora es demasiado grande.*

-Cariño, no es momento para...

Los ojos de Gina centelleaban de furia contenida. No se podía creer lo que le estaba sucediendo. Su vida había cambiado. Nada era como ella esperaba. Se dejó caer en la moqueta, abrazándose a sí misma, y rompió a llorar.

-Ven a la cama, querida. Te vas a enfriar —dijo Adam, bostezando.

-No me quieres. Lo sé.

-¡Bobadas! ¡Claro que te quiero!

-Según Frida la pasión se acaba a partir de los tres años.

Adam se dijo que, en efecto, la semana anterior habían cumplido tres años de matrimonio, aunque no celebraron su aniversario de boda. Ninguno de los dos se preocupó de hacerlo. *Ni siquiera me acordé de felicitarle.*

-Siempre mencionas a tu hermana cuando me criticas.

-Nuestro matrimonio es un fracaso.

-Bueno, tenemos unos gemelos preciosos. En el pueblo todo el mundo dice que Casper y Erik son ángeles caídos del cielo.

-El problema es que no soy su madre, Adam.

-¡Pero te quieren como si lo fueses!

-¿En serio? Yo juraría lo contrario. Reconócelo, dejaste de interesarte por mí desde el aborto.

-No es verdad.

-¡Mientes!

-Tengo muchas obligaciones y responsabilidades.

-¿Cuáles?

-No es fácil ser pastor de la congregación.

-¡Pero si no haces nada!

-Atiendo las necesidades de cien feligreses.

-¡A la mierda con la Iglesia Pentecostal Filadelfia!

-Gracias a mí no paramos de recibir nuevos adeptos.

-¿No te cansas de repetir la misma cantinela? ¡Estoy harta!

Cloquea, cloquea, gallinita.

-Serénate, querida. Que la paz del Señor esté contigo.

-Hanna dice que eres el hombre más inteligente y carismático que ha conocido. Se nota que te admira.

-Les pasa a todos. ¿Tengo la culpa de caer bien a la gente?

-¡Si supieran cómo me desprecias!

-Me pintas como a un maltratador.

-¡Te metes a la gente en el bolsillo y a mí me das una patada en el culo!

Tienes la habilidad de convencer a los demás, pero ya no puedes engañarme.

-¿Por qué habría de engañarte?

-¡Les contaré a todos que eres falso y me has abandonado! ¡Pensar que te consideran un dios en las reuniones de la congregación! ¡Creen que eres el marido perfecto!

-Anda, cálmate y ven a dormir.

-Es por Hanna, ¿verdad? Te estás acostando con ella, ¿no es eso?

Adam se incorporó en la cama, apoyó la espalda en el dosel y se frotó el rostro. Empezaba a sentirse preocupado.

-He visto la manera en que os miráis.

-¿Tienes la regla?

-A Rebecca la mirabas igual.

-¡Hanna, Rebecca! ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué has perdido la cabeza de repente?

-¡Ya no aguanto más!

-Siento si he...

-Sé que te follabas a Rebecca.

-¿Cómo?

-Y ahora te follas a Hanna.

-¿Qué estupideces son éstas?

-Hay que estar ciego para no darse cuenta. Claro que tú eres el gran Adam, pastor de almas, portavoz de Dios.

-Basta, por favor.

-¡Nos has lavado el cerebro!

Pobre idiota.

-Cielo santo.

-¡Te odio! Mañana haré la maleta y me iré a casa de mis padres.

Gina temblaba, gimoteando como una cría desconsolada.

-Gerhard es mi mejor amigo y Hanna es su mujer. ¿Cómo puedes acusarme de estar liado con ella?

-¡Porque eso es precisamente lo que haces!

Ay, virgencita.

-No entiendo a qué viene de repente esa reacción histérica.

Precisamente hoy...

-¿Te sorprende que por fin me rebele?

-¿Qué me reprochas?

-¿Tu hipócrita manera de tratarme, tal vez? Supongo que te acostabas con Rebecca porque era más joven y guapa. ¡En Knutby todos los hombres babeaban al verla! ¡Tan alta y rubia!

-Déjalo, Gina.

-Pero que te tires a Hanna no me cabe en la cabeza. ¡Es cuatro años mayor que yo! Y dudo que alguien la considere más guapa. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? ¿Su cuerpo te excita más? ¿Es ardiente en la cama?

-¿Qué puedo decir?

-¡La verdad!

Gina se puso de pie y le dirigió una mirada desafiante.

-Nuestra historia se ha terminado. Adiós a las humillaciones. Me voy a dormir a la habitación de los niños. Mañana recogeré mis cosas y desapareceré de tu vida para siempre.

11

Papá y mamá quieren conocer al chico con el que paso tanto tiempo, con el que me voy de viaje y me paso las noches en vela, cuando antes era una chica tan formal, tan de estar con su familia y no saltarse ninguna regla. El chico del que supuestamente me he enamorado. Mi primer amor. También mi hermanito, el pequeño Gunnar, se muere de curiosidad. Hacemos un curioso grupo hoy aquí en casa. La familia normal y corriente, de clase media, recibe la visita del lobo estepario, quizá el lobo de Caperucita. La cosa tiene mucha gracia. Resulta la mar de divertida. Finn reparte sonrisas a diestro y siniestro. Está tan feliz en su papel de invitado. No es un convidado de piedra. Es la estrella rutilante de nuestra reunión dominical, de esta comida que mamá, como siempre, ha preparado con esmero, porque es la mejor cocinera de Suecia, no se cansa de decir papá.

-Finn, te pareces mucho a Robin –dijo Gunnar.

-Lo sé, me lo han dicho muchas veces.

Padre se dispone a atacar. Se nota cuando se prepara para hacerlo. Ya no se aguanta las ganas de acribillar a preguntas al tipo que de improviso le ha robado a su niña, a la niña de sus ojos, que ahora fuma y trasnocha y se emborracha y hasta hace nada era una hija ejemplar, con la salvedad de su absurda pretensión de abandonar los estudios y dedicarse a escribir novelas policiacas.

-Selma nos ha contado que eres finlandés.

-Sí, bueno, siempre hemos vivido a caballo entre Finlandia y Suecia.

-¿Por qué os habéis mudado?

Finn soltó una de sus risotadas desenfadadas.

-Por lo de siempre, mi padre paga aquí menos impuestos y está menos controlado fiscalmente. En Finlandia todo el mundo sabe cuánto dinero tienes y cómo lo has ganado, hay demasiado control. Suecia no es Suiza pero es otra cosa. Hay más manga ancha, ¿entiende? Ya sabe, para ganar dinero a lo grande hace falta siempre una ayudita extra.

-¿A qué se dedica tu padre?

-Ascensores y juegos para móvil.

-Vaya, eso tiene que resultar muy rentable hoy en día. Lo digo porque los ascensores sirven para trepar y trepar y trepar, y los juegos para móvil ni te cuento. Los jóvenes habéis perdido el norte completamente con esas mamarrachadas.

Padre, te ruego que no saques a relucir tu vena filosófica.

-Tiene usted toda la razón del mundo. Los ascensores KONE te elevan al espacio infinito del éxito y los juegos Supercell te entretienen mientras realizas el vertiginoso ascenso.

A Selma le agradó ver a Finn y a su padre compartiendo su peculiar sentido del humor. *Por lo menos tienen algo en común.*

-O sea, que tu padre está podrido de dinero.

-Claro, desde hace mucho tiempo está entre los diez hombres más ricos de Finlandia.

-Vaya, hija, has dado un braguetazo de primera.

-Papá, no empieces, por favor.

-No, cariño, si no lo digo con espíritu crítico.

-Tú todo lo dices con espíritu crítico, papá. Por lo menos desde que yo tengo uso de razón.

-¿Y a usted qué tal le va? –preguntó Finn, de pronto incisivo.

-No me quejo. Estoy en Swedish Space Corporation. Nos dedicamos a fabricar motores de combustible ecológico espacial. Tenemos radares en medio mundo. Dicho así impresiona, ¿verdad? Bueno, yo estoy en la parte media de la pirámide. Soy el jefecillo del departamento de contabilidad.

-Interesante.

Finn, no mires a mi madre. Ella trabaja en casa. Lo hace absolutamente todo aquí. Ignora el rollo de la emancipación de la mujer. Pero le gusta lo que hace. Le gusta ser madre, atender las movidas domésticas y aguantar al pedante de mi padre. Deberían ponerle una medalla al mérito laboral, te lo digo yo, teniendo en cuenta que no tiene ningún beneficio social y si mis padres se divorciasen no cobraría paro ni pensión ni nada que se le parezca.

-Está muy rica la comida, señora.

-Muchas gracias. Me alegra que te guste.

Mamá conquistó a papá seduciendo su estómago. Seguro que no has probado Kottbullar más delicioso. Las albóndigas se te deshacen en la boca. ¡Y esta salsa de carne tan espesa es de su cosecha!

-Un Kottbullar exquisito. Ahora toca el postre.

-Nyponsoppa es lo primero que me preparó mi mujer. Ya sabes, muchacho, por las connotaciones simbólicas de los ingredientes.

-¿Qué connotaciones?

-Ya sabes a qué me refiero. Hablamos de sopa de escaramujos...

No pongas cara de sandio, Finn, amorcito. A mi padre le encanta sacar los colores a la peña demostrando la incultura ajena. Se cree muy listo porque se lee todos los días el periódico de cabo a rabo, incluyendo los anuncios clasificados, las notas de defunción y la programación televisiva. ¡Es un psicópata de los datos insignificantes!

-¿Escaramujos?

-¿No sabes qué son los escaramujos?

-No, la verdad.

-El escaramujo es el fruto del rosal silvestre.

-Ah.

¡Genial! Papá ha vuelto a salirse con la suya. Ha puesto en evidencia la incultura de Finn. Y también su estupidez, supongo, o por lo menos eso es lo que él pretende. Ahora papá me mira fijamente. Su mirada es elocuente. Que Finn no sepa qué diablos son los escaramujos le parece razón suficiente para descartarlo como joven digno de su estima.

-Bueno, Selma, lo importante es que tú seas feliz. Tu madre y yo ya hemos hecho lo que debíamos hacer. Ahora te toca decidir por ti misma. Digamos que ya has alcanzado la edad del discernimiento. Tienes edad para saber qué te conviene. O por lo menos debería ser así.

-Claro, papá.

-Imagino que tu relación con Finn, que es hijo de uno de los diez hombres más ricos de Finlandia, debe cargarse a cuenta de tu afán por dedicarte a escribir novelas policiacas. ¿O me equivoco?

Papá siempre tan ofensivamente directo. No me mires con esos ojitos maliciosos, padre. Te conozco bien. Sé que te estás preguntando si Finn ha sido el primero. En el fondo tienes una vena perversa. Siempre la has tenido, por debajo de tu barniz de hombre normal y corriente, sin afectos excesivos ni manías significativas. Sé que estás liado con tu secretaria. No me preguntes cómo lo sé. Hay suficientes evidencias. Dejaste miguitas por el camino. No soy tonta. Mamá tampoco es tonta. Pero ninguna de las dos decimos nada. Ni siquiera decimos nada cuando hablamos entre nosotras, entre otras cosas porque apenas hablamos entre nosotras.

Me pregunto si tu secretaria te permite explotar ese sexo duro que al parecer mamá no ha podido darte.

Respecto a Finn puedes quedarte tranquilo, papi. No ha sido el primero. El primero fue Joel, en una fiesta, a pelo, sin goma, mi primer gran subidón sexual. Por suerte no me quedé embarazada ni pillé una venérea. Con Joel volví a hacerlo un par de veces más, ya con goma, por si acaso. Luego vino Jörgen, el guapo oficial del instituto, que se ha tirado a todas. Fue sólo una vez, para probar qué sientes acostándote con el tío más popular y deseado por las chicas. Soy una experimentadora, papi, aunque no tanto como Finn, te lo prometo.

El tercero fue Jöran. Qué chistoso, todos los nombres de mis novietes antes de Finn empiezan por J. con Jöran fue algo más profundo, aunque tampoco gran cosa. Me enrollé con él porque era un poco como yo, o más bien como quiero ser yo. Jöran es el creativo. Dibuja cómics, tiene mucho talento, aunque no se valora a sí mismo, no tiene fe en su estrella, en eso se parece mazo a mí. Jöran y yo tuvimos que dejarlo porque nos deprimía mutuamente estar juntos. ¿Qué pueden conseguir juntándose el hambre y la necesidad?

Se instauró un silencio embarazoso que rompió Gunnar. A mi hermanito no le gustan los silencios, le dan miedo, como le daba miedo la oscuridad cuando era más pequeño y se hacía pis por la noche y venía a mi habitación para meterse en mi cama clandestinamente.

-Robin se hizo famoso subiendo vídeos en YouTube –dijo Gunnar, sorprendiendo a Selma; no sabía que eres fan de Robin, hermanito.

-Está claro. Gracias a YouTube cualquiera puede saltar a la fama – replicó Finn mirando con simpatía a Gunnar-. Recuerdo cuando subió versiones de Bruno Mars y Justin Timberlake.

-¡No se cortaba un pelo! Su Hallelujah de Lonard Cohen estaba mazo guapo.

No me interesa. Ahora Finn me mira a mí. También él es un perverso,

como papá. Bueno, mucho más. Finn es un sexópata. Le gusta follar en todas partes. Es un fanático del dogging, como los futbolistas, según él. Lo hemos hecho en mil sitios diferentes. En el avión fue muy chungo. No podía terminar de la emoción. Dijeron por megafonía que nos abrochésemos los cinturones. Íbamos a aterrizar. Y Finn y yo dale que te pego en la estrecha cabina del baño. No saldremos de aquí hasta que te corras, dijo Finn, que sabe aguantarse todo lo que haga falta, es un experto. Tuve el orgasmo al sentir que el avión bajaba. Cuando salimos del baño estaban el sobrecargo y las azafatas en fila, esperándonos. Algunas miradas eran divertidas, de complicidad, otras de asombro, y el sobrecargo estaba mazo cabreado.

¿Qué haces, Finn? ¿Te has vuelto loco? Se ha metido en el baño conmigo. Me pone contra el lavabo, me sube la falda, me mete la polla, sin quitarme el mini-tanga, sólo apartándolo un poco, y me folla, así, sin más, en mi casa, mientras mis padres y Gunnar están en el salón viendo un partido de fútbol y comiendo palomitas.

Me miro en el espejo mientras Finn me folla por detrás. ¿Cómo puede estar tan salido? Le da igual todo. No respeta nada. ¡Me he corrido a lo bestia, qué gusto!

Ya no puedo seguir mirándome en el espejo. Es ridículo, pero me siento culpable y sucia.

12

Adam esbozó una mueca de disgusto, saltó de la cama y abrazó a su mujer.

-Perdóname si te he descuidado un poco los últimos tiempos, cariño. Te prometo que no volverá a ocurrir. Haré un hueco en mis responsabilidades para dedicarte más atención –dijo, acariciando las nalgas, los pechos, el sexo.

Frotó rítmicamente el clítoris, hasta que ella empezó a jadear. La puso a cuatro patas sobre la moqueta y siguió acariciándola al tiempo que se frotaba el miembro para alcanzar la erección. Cuando la penetró, bruscamente, Gina se mordió el labio inferior para no gritar. La oleada de dolor tenía un gusto agrisado.

Adam prosiguió con sus impetuosas embestidas. Era fácil *regalarle* varios orgasmos. Conocía sus costumbres sexuales. Sabía cómo saciarla. Luego la condujo a la cama y se tumbó a su lado. Aguardó a que se durmiese y se levantó.

Descansa en paz, corderita...

Entró en la habitación de los niños. No se sentía bien. Volvía a experimentar esa angustiada impresión de vacío interior. *Mi hermano se lo llevó todo*. Sí, su hermano había heredado todo lo bueno y él se había llevado todo lo malo. *Soy una insignificancia*. Desde niño le había obsesionado esa impresión de vacuidad, de inanidad. Su mundo interior era un páramo desolador. Un paisaje devastado y ruinoso. Por eso se entregó a la religión.

Era una pose, un medio de supervivencia. El agarradero perfecto para compensar su complejo de inferioridad. Necesitaba demostrar de alguna manera su dominio y su superioridad sobre los demás.

La religión es un invento para sojuzgar al prójimo cuando eres un pobre diablo. Las personas bien dotadas por la naturaleza no se entregaban a la religión, se dedicaban a vivir, a disfrutar los dones que la naturaleza les había concedido. La religión era un invento de los eunucos, los impotentes, los desheredados, los enfermizos. *Soy un tarado.* Adam había somatizado esa convicción desde la niñez. Cuando se comparaba con su hermano y sus compañeros de colegio la evidencia se hacía patente. *No tengo ningún talento, no valgo para nada, soy una nulidad.* Por eso decidió hacerse pastor de ovejas antes de cumplir la mayoría de edad, en ese tiempo en que debía decidir a qué se dedicaría para ganarse el pan y hacerse un lugar en el mundo.

Por otra parte había religiones y sectas a porrillo, para escoger y revolver. Podía elegir la que mejor se adaptase a su personalidad de sanguijuela. Porque él sólo podía aspirar a ser una sanguijuela, a succionar la sangre del prójimo, de los que poseían una sangre rica y nutritiva, no como la suya, que era puro aguachirle.

Y con las mujeres le ocurría lo mismo. La relación que establecía con ellas era equivalente a su relación con la religión. Las mujeres, al igual que la religión, eran un medio para acallar las voces del resentimiento. Necesitaba dominarlas, necesitaba sojuzgarlas. Necesitaba aplastarlas. Sólo la sensación de superioridad le permitía enterrar esa impresión de privación, de desarraigo, de carencia esencial, absoluta, que abarcaba todos los ámbitos de su vida. *Soy una bazofia.* No podía establecer una relación de igualdad con las mujeres por una sencilla razón: ninguna mujer podía amarlo. ¿Qué podían amar? *Ni yo mismo me amo.* Lo único que podían experimentar hacia él era dependencia, vasallaje.

Por eso él ejercía de dominador, desempeñaba su papel a conciencia, desde el primer momento. Lo hizo con Selma. Y con Rebecca. Y con Gina. Ellas se dejaban llevar por esa inercia fatal que las situaba en una posición de vasallaje y dependencia psicológica. Eran víctimas propiciatorias. Su idiosincrasia personal las ponía a tiro, las ponía a sus pies. Porque él sabía olfatear a sus víctimas. No todas las mujeres entraban en ese juego. Algunas salían corriendo en cuanto le veían las orejas al lobo, no estaban por la labor, aspiraban a otra cosa, a una relación paritaria, de mutuo respeto. Aunque todas buscasen el amor, en teoría, había diferencias notables entre unas mujeres y otras, él lo había comprendido enseguida. Por fortuna el mundo estaba lleno de víctimas propiciatorias que recibían con los brazos abiertos a un tipo como él.

Es lo que hay. ¿Qué culpa tengo yo de ser como soy? ¿No me hizo acaso Dios con la misma buena voluntad con la que hizo a los afortunados poseedores de los dones de la naturaleza que pueden permitirse el lujo de ser buenas personas, altruistas, idealistas, soñadoras, esos hombres que son amantes idílicos, hacedores de grandes empresas, que van con la verdad por delante, mostrándose tal como son, porque no tienen nada que ocultar? Yo no puedo hacer eso, por desgracia. Pertenezco a la raza de Caín. Es lo que me ha tocado en suerte. Por eso me subí al púlpito y me puse a predicar. Por eso aprendí a embaucar para sacar provecho de esos semejantes que en nada se asemejan a mí, para hurtarles los dones que el destino me hurtó a mí.

Adam miró a sus hijos. Los quería, sí, aunque el suyo no fuese un amor intenso y arrebatador. Desde luego no daría la vida por ellos. No los quería tanto. *Si ni siquiera me quiero a mí mismo, ¿cómo se me puede pedir que quiera de verdad a mis hijos?* En el fondo subyacía un desprecio profundo hacia sí mismo, hacia su privación, hacia su miseria y su mezquindad. *El que*

se desprecia a sí mismo es incapaz de amar a sus hijos, es bien evidente y sencillo. Y aun así los quería, dentro de lo poco que podía quererlos, debido a su identidad de Yago. Por eso velaba por su bienestar y procuraba educarlos adecuadamente.

Adam maldijo su suerte. Maldijo la raza a la que pertenecía. La raza de Caín, de los desheredados de la fortuna. En cambio su hermano era el bíblico Abel. Su hermano era el talentoso, el inteligente, el idealista. *Por fortuna tanto padre como yo nos hemos encargado de contaminar su estrella y arruinar su destino.* Gracias a eso su hermano se había degenerado progresivamente, aceleradamente. Y ahora era un sexópata. *Igual que yo. Entre padre y yo le hemos contagiado la insatisfacción existencial y ahora ahoga sus penas en alcohol y drogas, llevando una vida de perdición, de delincuencia y desenfreno, cuando podría haberse dedicado a la música y haber hecho algo de provecho con su vida, con ese destino suyo que estaba llamado a ser meteórico y sideral.*

A Adam le resultaba simbólico que él y su hermano fuesen tan diferentes, la noche y el día, aun teniendo los mismos progenitores, un padre perdedor y alcohólico y una madre perdedora y puta. *Es razonable que yo sea como soy, con tales antecedentes. Y es razonable que mi hermano sea lo que ahora es, gracias a las influencias recibidas.* Lo que no resultaba en absoluto razonable era lo que su hermano podría haber sido de no haber encallado por culpa de las nefastas influencias recibidas, si su estrella afortunada hubiese podido brillar con luz propia. Eso habría representado un agravio comparativo insoportable para Adam. *¡Que se joda! Ahora está donde debe estar, donde le corresponde, haciéndose pajas mientras espía a escondidas las ninfas que yo me follo.*

Era divertido invertir los papeles, suplantar las identidades, que el perdedor fuese triunfador y viceversa. En el fondo Caín y Abel eran la misma

cosa. ¿Qué diferencia al héroe y al villano? *Poca cosa, en realidad, meras apariencias dictadas por el juego de espejos que es teatro de marionetas del mundo donde nos toca vivir.* El hecho de que fuesen gemelos agudizaba el sentido filosófico de esas reflexiones. Caín y Abel como hermanos gemelos, nacidos de la misma placenta, compartiendo un mismo destino, aunque uno hubiese nacido con estrella y el otro estrellado.

Adam, estás desbarrando, desvariando. Sí, claro que sí. Eso es lo que hago. Siempre lo he hecho. Estaba al borde de la locura, si no loco del todo. Cuando era niño al lado de su casa había una casa de locos. Manicomio, lo llamaban entonces, no centro de salud mental, como se llamaba hoy en día hipócritamente a la casa de los locos. Adam se sentía atraído por los locos, se sentía identificado con ellos. Por eso cuando salían en desbandada del manicomio para darse un paseo se mezclaba con ellos y hablaba con ellos como si él fuese un loco más. ¡Se sentía integrado entre esos orates que vivían al lado de su casa! ¡Le gustaba compartir su visión desquiciada de la realidad! *Ellos, los desposeídos de la fortuna, mis hermanos, mis iguales, constituían mi verdadera familia.*

Adam observó a sus hijos, que dormían plácidamente. Se preguntó quién de ellos sería Abel y quién sería Caín. Porque estaba claro que también ellos estaban condenados a resucitar el pasaje bíblico que repartía las suertes en la humanidad, haciendo a unos villanos y a otros héroes. Casper será Caín y Erik será Abel, decidió. Luego se masturbó para consolarse. Hoy la sensación de privación y degradación era demasiado intensa. Y la zozobra que se apoderaba de él sólo podía abatirse a golpe de pajas. Pensando en Selma. Y en Rebecca. Y en Gina y Hanna. Pensando en todos los polvos que les había echado por la puerta de atrás, a traición, engañándolas, vendiéndoles una ilusión de felicidad. En definitiva, sometiéndolas, amaestrándolas, ahormándolas a la medida de sus pies pequeños que daban pasitos de paloma

por el mundo, sin hacer mucho ruido, sacando tajada de donde se podía sacar tajada. *Es lo que tiene ser carroñero.*

Angelitos. Inocentes criaturas. ¡Y pensar que son mis retoños! Dormid ahora el sueño de los justos, que el día de mañana os tocará elegir y entonces nunca más podréis entregaros a los brazos de Morfeo ignorando lo que os aguarda al despertar.

-Casper, Erik, hijos míos, mañana empieza una vida nueva para nosotros, más feliz y plena, os lo prometo –dijo en susurros, antes de caer abatido por un sueño pesado.

Gerhard miró extrañado a Hanna. *En lugar de ser marido y mujer en la cama de matrimonio somos boyas perdidas que flotan a la deriva en un estanque cenagoso.* Nunca habían estado realmente unidos. *Somos perfectos desperfectos humanos.* El mundo no estaba hecho para gente como ellos. El mundo era competitivo, feroz, una selva donde sólo sobrevivían y eran felices dos tipos de personas: las despiadadas y las talentosas. Si no formabas parte de esas categorías la habías cagado y te tocaba morder el polvo. *Hanna es una pobrecita y yo soy un espantapájaros.* ¿Qué futuro podían construir con esos mimbres? ¡Estaban condenados al fracaso!

Cuando era jovencito le obsesionaba la figura de su despótica madre, que era una suerte de córvido maléfico, patético, perverso. Ahora le atormentaba su propia incapacidad para ser feliz. *No puedo salir del agujero.* Era un desheredado de la fortuna, como tantos otros. La insignificancia vital que le rodeaba era la cima de su realización personal. No podía aspirar a otra cosa. *Tengo lo que me merezco.* Sólo las pajas mentales y físicas le permitían olvidar por un instante esa inanidad en la que se hallaba empozado. *¡Si por lo menos ella me amase!* ¡Ah, qué absurdidad! ¿Cómo iba a amar Hanna a un tipo como él? ¡Ni siquiera se amaba a ella misma! También ella estaba tarada, era un desperfecto humano, un desecho, un vulgar y grotesco detrito femenino.

Estaban condenados al apagamiento y la tristeza, a transformarse en fantasmas de sí mismos, de sus propios anhelos, de lo que podrían haber sido

si su suerte fuese otra. ¡Y pensar que de jovencito ansiaba comerse el mundo! Justo en el momento en que se asomaba a la ventana para contemplar a esa Hanna chiquilla y desvalida deambulando pensativa en la prisión de su orfanato. En esa época la sangre le hervía en las venas, ansiaba conquistar a su princesa para conducirla hacia un futuro esperanzador donde la vida les sonriese a ambos. Pero no fue así. Ambos se habían despeñado en el fracaso y el desaliento. *Y yo me empederní en mi representación de Norman Bates.*

Puestos a repartir culpas podía echarle la culpa a su destino incierto fusilado de privaciones, a su padre ausente, a su infancia miserable, a su dolorosa soledad y a esa madre delirante que pretendía transformar su identidad, con brutal despotismo. *Cuando yo era un mico me vestía con ropas de niña. ¿Por qué quiso negar su masculinidad y arrebatarme el amor propio? Ella deseaba una hija, una muñequita, y dio a luz un muñeco feo y roto.* Por eso durante años se dedicó a deshacer el entuerto, por lo menos exteriormente. ¡Incluso le hablaba como si fuese una niña! *¡Y me hacía sentarme en la taza del retrete para mear!* El comportamiento de su madre le llegó a crear tal confusión que durante un tiempo le martirizaba cada noche una pesadilla en la que *mi vieja me cortaba la polla con el cuchillo de trinchar carne.*

Era un producto logrado de la enajenación de su madre. *Ella hizo de mí una víctima propiciatoria con faldita, una mujercita postiza. Por eso Hanna no puede amarme. Por eso tampoco yo puedo amarme. Por eso estoy condenado a darme una hostia del copón.* Gerhard presentía que iba a ocurrir algo. Su vida había llegado a un punto muerto. Esa indefinición de género, conceptual, se había apoderado de él, desvirtuando cuanto en verdad era. ¡Hasta sus compañeros de la fábrica de papel le echaban en cara su falta de hombría! *Me he estancado en un claro del bosque. Soy la diana perfecta para un cazador ávido de conseguir una nueva presa. Yo mismo olfateo mi propia sangre derramada en la tierra húmeda de rocío.*

Gerhard palpó el cabello de Hanna.

-¿Duermes?

-No.

-¿Podemos hablar?

Hanna se incorporó en la cama.

-¿Sobre?

-Adam...

A Gerhard le pareció que su mujer se ponía a la defensiva.

-¿Qué pasa con él?

¿Por dónde empezar? Se sentía violento.

-Es un buen pastor para nuestra iglesia, tiene don de gentes, todos lo adoran, encuentra siempre la palabra adecuada para conseguir lo que quiere...
-dijo, a regañadientes.

Hanna frunció el ceño.

-¿Pero...? –replicó.

Gerhard resopló. ¡Maldita timidez! No le permitía expresarse abiertamente aunque sintiese la necesidad imperiosa de aclarar con ella los temores que lo atormentaban. *¿Hasta qué punto es franca mi supuesta amistad con Adam?* Había surgido de la vecindad; sus casas estaban pegadas y en un lugar apartado de la población, lo cual los acercaba a la fuerza. Además compartían el culto religioso, en el que tanto Hanna como él mismo se mostraban muy participativos. Pero no había una afinidad real entre ellos. *¿Quizá a Adam simplemente le conviene llevarse bien conmigo?*

Hanna sonrió.

-¡No me digas que habéis discutido!

-No se trata de eso. Él no discute con nadie, ya lo sabes.

-¿Entonces?

A Hanna le resultaba gracioso su marido con ese ridículo pijama, esas

pecas, ese cabello pelirrojo, esas gafas de montura gruesa y ese aire suyo de eterno adolescente perplejo, larguirucho y desgarrado.

-Los dos sabemos que las cosas entre nosotros no son como antes, cariño.

Hanna miró fijamente sus manos fuertes y encallecidas. Quizá sería bueno besarlas, pero no le apetecía nada hacerlo. En el fondo detestaba esas manos rudas, de trabajador, que le raspaban la piel al acariciarla.

-¿Por qué lo dices?

-Casi no nos vemos.

-Bueno, estás todo el día fuera.

-Me voy a ganar dinero, Hanna. En cambio tú no tendrías por qué dedicarte tanto a la congregación.

-¿Eso es malo?

-No, siempre y cuando te encuentre en casa cuando vuelvo de trabajar.

-¿Te ha faltado alguna vez la comida? ¿He descuidado mis obligaciones? ¡La casa está limpia y te lavo la ropa!

-Ya no eres afectuosa conmigo.

-¡Uff!

-Ni siquiera vamos juntos a hacer la compra los sábados por la mañana.

-¿Tengo yo la culpa?

-Bueno, si no estuvieses con Adam preparando las actividades de la iglesia... No pongas esa cara. Sólo digo que no es normal la relación que tienes con él.

Hanna se cruzó de brazos, rígida. Se sentía incómoda compartiendo la cama con su marido. Gerhard se le figuraba ahora un hombre extraño, desagradable, peligroso.

-Si hubiésemos tenido hijos...

-¿Qué habría pasado?

-Quizá tú...

-¿No buscaría consuelo en la iglesia?

-Ayer me encontré con Gina. Me contó que no hace el amor con Adam desde que tuvo el aborto.

-¿Cómo has podido hablar con ella de esas cosas? ¿Tú? ¿Con lo vergonzoso que eres?

Hanna sacó una cajetilla de cigarrillos de la mesilla de noche y se puso a fumar con ansiedad, arrojando la ceniza directamente a la moqueta, como si hacerlo representase un acto de desacato contra su marido. Gerhard la miró sorprendido. Sabía que ella había dejado el tabaco, precisamente por indicación de Adam, hacía más de un mes, con mucho esfuerzo, aunque llevaba fumando desde los dieciséis años.

-Apenas hacemos el amor, Hanna. No lo puedes negar.

-La verdad es que nunca hicimos gran cosa. Llegas siempre tan cansado a casa.

-Antes era diferente.

-El primer domingo de cada mes y punto final.

-No es verdad.

-Tú no eres de esa clase de hombres, Gerhard.

-¿Qué clase de hombres?

-¡Venga, a ti nunca te ha picado! Puedes vivir sin sexo perfectamente.

Gerhard se sentía estúpido.

-No está bien, Hanna... -protestó débilmente.

Llamaron a la puerta. Gerhard dio un respingo.

-¿Quién será, a esta hora?

Hanna se encogió de hombros.

-No lo sabrás hasta que vayas a ver.

-Sí, claro.

Gerhard salió de la cama, se calzó las zapatillas y se puso la bata. Cuando abrió la puerta, el encapuchado lo encañonó con una pistola y disparó dos veces.

14

Tras apurar su tercer café de la mañana, el inspector Karl Johansson aplastó con saña el vaso de plástico.

-¿Qué tenemos?

La detective Regina Andersson carraspeó.

-Un doble crimen.

-Curioso, en la apacible población de Knutby, donde ni siquiera llegan a los seiscientos habitantes. Por lo que he visto sugiere una especie de granja.

-¿Es la primera vez que visita esta localidad?

-El municipio de Uppsala no me llama la atención.

-¡Hay sólo noventa kilómetros desde su casa!

-Pues sí, pero nos han adscrito a la policía de Estocolmo. Por suerte.
¿Y usted había estado aquí antes, señorita Andersson?

-No, aunque mi padre vive con su amante actual en Edsbro, que está a tiro de piedra.

Regina miró fijamente al inspector, que estaba sentado al otro lado de la mesa de despacho, en un comfortable sillón. Le molestaba que su jefe la tratase de usted. Karl era tan formal para todas las cosas que se negaba a tutearla. Le daba igual que llevasen trabajando juntos más de un año. Y tampoco renunciaba a su tono paternal y protector, aunque eso le quedaba bien. Podría ser su padre, teniendo en cuenta que ella tenía veintisiete años y él cincuenta y dos. Claro que Karl era flaco y recio y se conservaba

estupendamente. Con su porte garboso y marcial, su metro ochenta de estatura, su rostro agraciado, su espléndida cabellera entrecana y su voz grave y profunda, de locutor radiofónico, resultaba un tipo bastante atractivo, que no obstante seguía soltero y sin compromiso.

Karl gesticuló con la mano, como si tratase de espantar a una mosca.

-¿Su padre tiene una amante?

-La undécima desde que pactó con mi madre una convivencia de liberalidad sexual en la que cada uno puede tener las aventuras que le plazca, aunque ella no hace uso de esa liberalidad sexual, por descontado.

-Curioso. ¿Y su padre se muda cada vez que cambia de amante?

-Prácticamente. Nunca ha sido un hombre de costumbres sedentarias. Su única ligazón con el sedentarismo es mi madre, a quien visita una vez al mes para renovar los espurios lazos matrimoniales y sufragar sus gastos.

-¿Usted es hija única?

-Sí.

Karl sacó unas avellanas del bolsillo de la americana, concretamente siete, como tenía por costumbre, y se las metió en la boca para masticarlas lentamente.

-¿Aprueba nuestro alojamiento? –preguntó, sin que le avergonzase hablar con la boca llena.

-Es suficiente –replicó Regina echando una mirada circular a esa modesta estancia que la gerencia del hotel Knutby Swedish Home Experience les había cedido para que celebrasen sus reuniones de trabajo-. Aunque con un nombre tan pomposo te imaginas otra cosa.

-Volvamos al doble crimen... –tras bostezar, Karl introdujo otras siete avellanas en su boca.

Regina extrajo del portafolio dos fotografías tamaño cuartilla que depositó sobre la mesa.

-¿Las víctimas?

-Gina Nilsson y Gerhard Larsson, de treinta y treinta y cinco años respectivamente.

El inspector observó las fotografías durante un largo rato, mientras masticaba las avellanas con una parsimonia exasperante, a juicio de Regina. ¡Su jefe era un rumiante de avellanas que pertenecía a una especie accidentalmente emparentada con el género humano!

-¿En qué trabajaba él?

-En Papyrus Incunable, una fábrica de papel propiedad de un chino situada en Uppsala. Hacía turnos de diez, doce o catorce horas diarias, aunque las horas *ilegales* las cobraba en negro.

El sistema esclavista chino arrasa con todo, pensó el inspector.

-Tenía pinta de genio de algo, con esas gafas y esa cara de listo de la clase.

Regina tomó la bolsita de chucherías con forma de oso, sus preferidas, y engulló una. ¡El inspector había terminado contagiándole su manía de mantener ocupadas las papilas gustativas!

-¡Ojo con eso, señorita Andersson, que engorda!

-A mí no.

-Bueno, eso salta a la vista. Juraría que es usted la mujer policía con mejor figura de toda Suecia.

Regina se sonrojó ante el inesperado cumplido. Karl señaló la fotografía de Gina.

-Ella era atractiva.

-Estaba casada con el pastor de la Iglesia Pentecostal Filadelfia, un tal Adam Persson.

El inspector miró con expresión melancólica a través del amplio ventanal.

-No para de nevar -dijo.

-Es lo que toca por estas fechas. Estamos en enero, si no recuerdo mal.

-Odio el frío y la nieve. Me gustaría vivir en España. Sol los trescientos sesenta y cinco días del año.

-Quizá ha idealizado ese país.

-He visto documentales y películas, y he leído guías turísticas.

-Ahora, con la crisis que sufren los españoles, quizá su sol no brille tanto.

El inspector volvió a fijar la atención en las fotografías de las víctimas.

-¿Él también estaba casado?

-Sí, su mujer se llama Hanna. Curiosamente las víctimas vivían pared con pared.

-En Knutby no hay casas pareadas.

-Es un decir. Las casas de Gina y Gerhard son las únicas que quedan fuera del núcleo urbano, en un área despoblada, al norte de Knutby, aunque la casa de la hermana de la víctima está bastante cerca.

-En ese caso el asesino lo tuvo fácil para matar dos pájaros de un tiro.

-En realidad fueron cuatro tiros. Dos por cada víctima.

-¿A qué hora se produjeron los asesinatos?

-El de Gina a las tres y media de la madrugada. Y el de Gerhard quince minutos después.

-¿Testigos?

-Hanna.

Regina iba a añadir que Frida, la hermana mayor de la víctima, había visto al asesino desde una ventana de su casa, pero el inspector se mostraba tan vehemente en sus *interrogatorios* que no le dio tiempo a hacerlo.

-¿La mujer de Gerhard?

-Sí, estaba despierta, en la cama, cuando oyó los disparos. Vio cómo se alejaba a toda prisa la figura de una persona encapuchada, alta y corpulenta, que llevaba ropas oscuras.

-¿El asesino entró en la casa?

-Llamó a la puerta.

-Vaya, aquí los asesinos son más civilizados.

Karl se levantó y se puso a dar vueltas por la pieza, con las manos enlazadas a la espalda.

-¿Pruebas de balística?

-Coinciden los proyectiles de ambos crímenes. Balas del calibre 38. En los dos casos los disparos se realizaron en el pecho, directamente en el corazón, provocando una muerte instantánea.

-Un tirador experto y metódico.

-O con mucha suerte.

-¿Los vecinos oyeron los disparos?

-No. El asesino probablemente utilizó silenciador.

El inspector se detuvo ante Regina. Ella pensó que era un hombre impresionante, distinguido, con esos ojos azules y penetrantes que la escrutaban como si pudiesen desnudarla y adivinar sus pensamientos.

-¿Y el pastor?

No soportaba mirarlo de abajo hacia arriba, le hacía sentirse empujada, de modo que se levantó, cruzándose de brazos, en una postura defensiva, aunque no era su intención defenderse de nada.

-Dormido en la habitación de los hijos.

-¿Dónde estaba su mujer?

-Durmiendo en la cama de la habitación de matrimonio. Para matarla el asesino no fue tan civilizado y se coló en la casa.

Karl hizo una mueca de disgusto. Lamentaba que en los casos

criminales hubiese niños de por medio. Continuó deambulando con sus zancadas largas y flexibles que de cinco pasos cruzaban la habitación.

-Así que en la noche en que asesinan a su mujer, el pastor no puede defenderla –dijo-. ¿No oyó nada?

-No.

-¿El dormitorio de matrimonio y el de los niños están muy separados?

-Están pared con pared. Hasta un disparo con silenciador se oye, lo comprobaron los de balística, a menos que duermas profundamente.

-Vaya por Dios. ¿Qué relación tenía el pastor con la víctima masculina?

-De amistad. Lo declaró él mismo y lo corroboraron Hanna y otros miembros de la congregación, a la que pertenece una quinta parte de la población de Knutby.

-¿Cómo es esa Hanna?

-Una mujer como otra cualquiera. Vivía a costa del marido.

-¿Atractiva?

-Quizá, para ciertos hombres, aunque a mí me parece corriente.

-¿Comparada con la víctima?

Regina sonrió ante el cariz morboso que adquirían las preguntas del inspector.

-Gina era más guapa, aunque con algo de sobrepeso.

El inspector carraspeó aprobadoramente.

-¡Magnífico trabajo de pesquisas previas, señorita Andersson! –ponderó.

Para que luego digan que la belleza y la inteligencia están reñidas en la mujer, se dijo jocosamente. Claro que Regina no era una mujer cualquiera, estaba claro. ¡Era un monumento de mujer, una fémica de los pies a la cabeza y nunca mejor dicho, porque tenía la cabeza bien amueblada, no como esas

feministas reivindicativas que cojeaban de algo, eran feas de remate o se veía a la legua que estaban llenas de complejos y no podían seducir a ningún hombre!

Magnus era genial. *El puto amo. El rey de la noche en Estocolmo y Oslo. Yo vivo a caballo entre Suecia y Finlandia. Él a caballo entre Suecia y Noruega. Cuando la caga demasiado en un sitio ahueca el ala y se larga al otro durante una temporadita.* Si necesitabas algo especial, lo mejor era recurrir a Magnus. Drogas, sexo de lujo, armas, lo que fuese. Finn lo había conocido la primera noche de marcha en Estocolmo. Y en seguida se hicieron hermanos de sangre. Era imposible que no lo fuesen. Estaban hechos el uno para el otro. Se reconocieron mutuamente desde el primer momento. Dos bestias enjauladas.

-Lo que mola en Suecia, o no, según se mire, es que la ley castiga al cliente, no a la puta –dijo Magnus-. Uno de mis clientes, Gulbis, el tenista letón, la cagó por no estar avisado. Les había preparado un fiestorro a él y a otro tenista en el último Open de Estocolmo, con tías de primera y mogollón de mierda, y a un imbécil de la ATP se le ocurrió dar el chivatazo para sacar tajada. Tenías que haber visto a Gulbis saliendo en gallumbos del hotel con la bofia pisándole los talones. Se subió a su jet privado y salió pitando. Su viejo tiene casi tanta pasta como el tuyo. El cabrón de Gulbis va en jet privado a los torneos.

-Mi viejo tiene una flota de jets privados. Yo podría tener los que quisiera. Pero soy un tío de costumbres terrícolas –dijo Finn mirando fijamente el anillo de pirata, de oro puro, que llevaba Magnus en la oreja

derecha.

-Aquí los políticos se han vuelto locos. Desde hace unos años se han propuesto perseguir y castigar el sexo. Política despoblacionista, ya sabes. No quieren que haya muchos habitantes, para que les cueste menos darles cobertura social. Los suecos nunca han follado menos que ahora. La represión capitalista está consiguiendo lo que no consiguió la represión del puritanismo religioso. En Japón pasa lo mismo. Y en China empiezan con la misma historia. ¡Hay que reducir la tasa de natalidad a toda costa!

-A ti podrían enchironarte, Magnus.

-Claro. Seis años por proxeneta y diez por traficar con prostitutas. La peña se pregunta por qué ninguna de mis chicas se decide a denunciarme. ¡Soy un padre para ellas! Y la cosa funciona, tú. Aquí hay ciento cincuenta putas registradas y en Oslo cinco mil.

Finn pensó que Magnus se lo montaba de vicio. Era una agencia andante, entre otras cosas. En veinticuatro horas te conseguía cualquier perfil: negra africana, rubia sueca, asiática, sudamericana, europea del este, transexual. Las escasas putas callejeras que se buscaban la vida en Malmskillnadsgatan Street conocían a Magnus. Y las que lo hacían en línea. *Ahora el mercado del sexo se mueve en Internet.* Magnus proveía de trabajadoras a los cuatro clubs de striptease: Heartbeat, Pink Star, Club Prive, Club Kino, y a los spas y salones de masaje tailandés, burdeles encubiertos, que le pedían asiáticas para hacer mamadas, pajas y coitos a un precio módico.

-¡Finn, tienes la mejor casa de Estocolmo! ¡Si hasta tiene casa de huéspedes adyacente, todo con unas vistas cojonudas al mar! ¿Sigues de alquiler?

-No, al final mi viejo me la compró.

Finn pensó que no estaba mal la adquisición. Una villa señorial, añeja,

con solera, construida en 1925, diseñada por el arquitecto Boris Culjat, alumno aventajado de Ralph Erskine, con nueve habitaciones, un montón de terreno circundante y dos playas privadas de treinta y quince metros. En el 18 de Skäluddsvägen. Un sitio tranquilo y exclusivo a tiro de piedra de la movida de Estocolmo. Por el módico precio de un kilo y medio de euros. El viejo pagaba siempre en euros. Había regateado ciento cinco mil seiscientos eurazos al vendedor. El viejo siempre regateaba.

-¿Qué te apetece, niño mimado? ¡El gran Magnus tiene para ti lo que quieras! ¡Pide por esa boquita! Ayer fiché a una nigeriana de campeonato. ¡Te la ofrezco en primicia! Tiene diecisiete añitos y es virgen como la Madonna de Miguel Ángel.

-Déjate, Magnus. Hoy no me apetecen coños.

-¿Entonces cómo pasamos el rato?

-¿Qué mierda llevas?

-Finn, se supone que Estocolmo es la capital de la tolerancia cero. Aquí hay que tener permiso hasta para bailar. No me mires así. ¿No sabías que hay una policía para el baile? Así que ya sabes, si te pillan consumiendo te caerá una multa del copón. Piensa que hay polis de paisano vigilando hasta los lavabos de los clubs más liberales. Y si te pillan rastros de sustancias estupefacientes en un análisis de sangre rutinario también la has cagado, hermano. Ahora te miran hasta lo que meas; a la salida de cualquier local te encuentras a los polis esperando para tomarte la muestra.

-Déjate de historias. Saca mierda de la buena. Por ahí sólo tienen coca de mala calidad, muy cortada con polvos de lavar y *speed*.

-¿Qué esperabas? Esto es Suecia, cariño. ¡El país de la pulcritud y la perfección! Los alemanes comparados con nosotros son bazofia bárbara.

Finn se acordó de Selma. Le había hablado de un tal Jens Lapidus, un autor de novelas policiacas que había escrito *Trilogía de Estocolmo*, formada

por las novelas *Dinero fácil*, *Nunca la jodas* y *Una vida de lujo*. Selma, cómo no, se había leído las tres. Qué gracia, Selma leía los bajos fondos de Estocolmo novelados por un abogado criminalista y *yo directamente los vivo en mis carnes*. Habían hecho una peli con la historia, con Joel Kinnaman. *Por lo menos vi la peli*.

Yo soy como los niños pijos suecos de Stureplan. ¿No dicen las guías turísticas que Estocolmo es una ciudad bonita y chic construida en islas? Yo no veo la mafia serbia por ningún sitio. ¿Dónde están los bandidos y los Hell Angels? Sí, de todo hay en la viña del señor. Los inmigrantes del extrarradio siguen estando en Skärholmen, en sus deprimentes edificios del Miljionprommet construidos por los socialdemócratas en los sesenta y los setenta. Y los rincones de veraneo de los ricos: Falsterbo, Torekov.

-¡Eh, chaval! ¿En qué piensas? ¡Se te va el santo al cielo!

-Pensaba en la única mujer de la que me he enamorado. Solíamos ir a la librería Hedengrens de Stureplan a comprar libros. Luego íbamos a comer a Matbaren o a Morfar Ginko. Y acabábamos la jornada en la gran roca de Skinnarviksberget, contemplando su melancólica panorámica de la ciudad. Era una mujer increíble. La conocí en la Stadsbiblioteket. No me preguntes qué hacía yo en la biblioteca de Estocolmo. Te juro que es la única vez que he entrado allí. Entré porque me gustó el edificio, nada más.

-Ah, todo muy bohemio y *cool*. Yo no creo en el amor, ya lo sabes. Es un invento de los que viven del cuento para vender historias de amor, muy emocionantes y sobre todo muy comerciales. El concepto del amor es lo más adictivo que hay, más incluso que los conceptos religiosos.

-No te pongas filosófico, Magnus, que no te pega.

-Toma, para abrir boca. La mejor maría del mundo. Justin Bieber se quedó flipado con esta maría cuando estuvo por aquí de gira. Llevaba tal cantidad de maría en el autobús que los perros de narcóticos la olieron a la

legua y Justin pasó un mal trago cuando los de la CNN le pidieron explicaciones. Pobre chaval, pensó que Suecia es un país libre. Se mosqueó un poco conmigo por no haberle avisado. Pero luego quedamos tan amigos y desde entonces soy su proveedor oficial, se la mando a casita.

Vale, Magnus, cabronazo, pongámonos ciegos con la maría de Bieber. Cogieron una botella de cerveza y se metieron en el jacuzzi. Hoy pintas bastos. Tengo el ánimo por los suelos. Selma se empeñaba en aparecer en su cabeza. ¡Estaba obsesionada con las novelas policiacas! Ayer volví a ir a la librería Hedengrens, lo hice por ti. Compré El hombre invisible de Salem, de un tal Christoffer Carlsson, que resulta que es criminólogo y todo. La novela también va de los suburbios de Estocolmo, las drogas y los malos rollos. Fue la mejor novela negra del 2013, cariño, según la Academia Sueca de Escritores.

Carlsson dice en su novela que cualquiera de nosotros, sometido a la suficiente presión, probablemente acabaría cometiendo un crimen. ¿Tú qué crees? Compré el libro porque había leído una entrevista suya en la que dice que le encantan los personajes que deben encontrar su lugar en el mundo. Como yo. Y como tú, ¿recuerdas?

Carlsson decía cosas muy chulas en esa entrevista. Tendrías que haberla leído, Selma, cariño. Decía que intenta comprender a la gente perturbada. Como yo. También soltó una frase que subrayé con rotulador rojo. Me la sé de memoria: “La novela negra permite tratar todo lo que hace excitante la vida: el amor, la amistad, el engaño, las mentiras, el sexo... y el crimen es la consecuencia terrible de esas necesidades humanas”. ¿Verdad que es una frase buenísima? ¡Seguro que tú pensarías lo mismo!

-¿Sabes, Finn? Ahora que estamos aquí, en el jacuzzi, con la mollera llena de maría, bebiendo tan ricamente una cerveza, se me ha ocurrido pensar

que se está yendo todo a la mierda. Qué lejos quedan, por ejemplo, las orgías de Led Zeppelin en el Chat Noir Club, allá en el año setenta y tres, cuando se podía hacer sexo con menores, tomar drogas, practicar la zoofilia, beber alcohol hasta reventar, ver espectáculos de sexo en vivo y celebrar ritos satánicos sin que nadie te dijese nada.

-No tiene sentido mirar hacia atrás. Aunque todos lo hacemos. *Yo lo hago con Selma, mi Selma.* También los sueños miran hacia atrás. Las pesadillas especialmente. Anoche volví a soñar lo mismo. Estaba en el ascensor de mi viejo, atrapado en un lujoso KONE. *Una vez me tiré a Selma en un ascensor KONE del Victoria Tower. Me sé el código para bloquear las puertas. Selma se quedó flipada. Fue visto y no visto. Le subí la falda, le bajé los leotardos y le metí la polla hasta dentro apartando a un lado el mini-tanga. Selma siempre llevaba mini-tanga.* Atrapado en el KONE. Enganchado a un jueguecito Supercell. ¡No conseguía salir de allí!

16

-¿Estado financiero del pastor?

La detective se sentía abrumada por la vehemencia inquisitorial de Karl. Nunca se acostumbraría a esa forma suya tan particular de interrogarla, como si la fusilase y además con munición de los calibres más diversos, sin darle tiempo a respirar y obligándola en ocasiones a adivinar entre líneas el contenido de sus preguntas.

-La congregación le paga la casa y el coche, y le da un sueldo más que suficiente para mantener a una familia numerosa.

-¿Qué coche?

Regina se felicitó por haberse informado de todos los detalles que rodeaban el caso, por insignificantes que pareciesen. Conocía a su jefe, sus manías y su interés por cualquier dato.

-Un Volvo V60.

-¿La berlina?

-El modelo con carrocería familiar.

-Una buena máquina, y no es barata. Les va bien a los de Filadelfia, o como se llamen.

El inspector batió palmas, como si contemplase un espectáculo teatral que acababa de terminar.

-Mi querida señorita Andersson, ahora sé por qué el comisario Gustafsson nos ha asignado este caso.

-¿Por?

-Está más claro que el agua. No hace falta ser un lince para encontrar al culpable, pero el asunto es desagradable, socialmente hablando.

-No le entiendo.

-Como diría el Quijote, *con la iglesia hemos topado, Sancho...*

Regina puso los ojos como platos.

-¡No me diga que ha leído el Quijote!

-Pues sí, de cabo a rabo, aunque me llevó su tiempo, lo admito.

-¿En su idioma original? –se chanceó Regina.

Karl esbozó un gesto agraviado.

-Veo que le encanta burlarse de mí, señorita Andersson.

-¿El pastor es su hombre?

-¿Quién si no?

-¡Los de *Filadelfia* lo adoran!

-Razón de más.

-¿Por qué matar a su mujer y a su mejor amigo?

-¿Para tirarse *legalmente* a la mujer de su mejor amigo?

-¡Venga, inspector! Demasiado obvio, ¿no le parece?

-Los crímenes más truculentos son siempre los más obvios.

-¿No quiere que le hable de la Iglesia Pentecostal Filadelfia?

¡Se había tomado la molestia de averiguar todo lo posible acerca de aquella comunidad religiosa que algunos tildaban de secta!

-No me interesan las religiones.

-Lo sé.

El inspector le palmeó paternalmente en el hombro.

-¿Tiene hambre, señorita Anderson? ¡A mí me rugen los estómagos!

-¿Cuántos tiene?

-Tres, que yo sepa...

-¡No sé cómo puede zamparse tanta comida!

-Yo tampoco.

Karl le dirigió una sonrisa condescendiente. En el restaurante del hotel, un salón de estilo rococó, ya había una veintena de comensales. Se acomodaron en la mesa más retirada. Karl consultó circunspecto la carta y no tardó en hacer su pedido.

-Albóndigas con tres raciones de salsa, patatas y mucha mermelada de arándanos rojos, tres rodajas bien gruesas de jamón de Navidad, abundante pan tunnbröd, pastel de queso con nata montada y una botella de cerveza Slottskällans Imperial Stout.

El camarero, un joven atildado de aspecto frágil que lucía una grotesca verruga en la base del cuello, anotó apresuradamente el pedido, desconcertado por la vehemente decisión del inspector, y miró expectante a Regina.

-Yo lo mismo –se limitó a decir ella con aire derrotado.

-A ver si le sienta mal mi elección –dijo Karl poniéndose la servilleta sobre las piernas, como tenía por costumbre.

-Siempre pido lo mismo que usted y nunca me he arrepentido.

-¡Lo celebro!

Mientras aguardaban la llegada de la comida, el inspector sacó su teléfono móvil y se puso a navegar por Internet.

-¡Ha vuelto a perder el Göteborg! –rezongó de inmediato.

-¿Contra quién?

-El Malmö le ha colado 2-0.

-No sabía que fuese forfofo de fútbol.

-No lo soy en particular. No me interesa la selección nacional, ni ningún otro club.

-¿Sólo el Göteborg?

-En efecto, creo habérselo dicho ya en alguna ocasión.

-Entonces imagino que nació usted en Gotemburgo.

-Pues sí, toda mi familia es de allí. Mi abuelo era uno de los primeros socios. Se afilió al club en el año de su fundación. 1904.

El camarero les sirvió el menú que habían pedido y los policías se pusieron a comer en silencio, sin desviar la atención del plato, Karl con su voracidad habitual y Regina metiéndose prisa para no quedarse demasiado rezagada, aunque nunca conseguía acompañarse al ritmo del inspector y cuando él llegaba al postre ella ni siquiera había atacado el segundo plato.

Una vez que Karl se hubo dado por satisfecho, apurando hasta la última gota de cerveza, se reclinó en el asiento con mucha pachorra, en su veta más campechana, y eructó.

-Disculpe.

-No hay por qué.

-Es la señal inequívoca de que la comida le ha caído bien a mi estómago.

-¿Qué conlleva la ausencia de eructo?

-Acidez, desagradables reflujos gástricos y flatulencia. Entonces el asesino entró en casa del pastor mientras él dormía como un bendito en la habitación de sus hijos y mató de dos disparos en el pecho a Gina. Luego llamó a la casa de al lado, mató a Gerhard de otros dos disparos en el pecho cuando éste acudió a abrir la puerta y huyó a toda prisa, aunque a Hanna le dio tiempo de ver que era una figura encapuchada, alta y corpulenta, con ropas oscuras.

Regina asintió con la cabeza, pues tenía la boca llena.

-Supongo que el pastor no es alto ni corpulento.

-No, Adam es de estatura media, y más bien delgado.

-¿Algún otro testigo?

-Frida, la hermana mayor de Gina –se apresuró a decir Regina,

alegrándose de poder facilitarle esa información antes de ser nuevamente atropellada por su batería de preguntas.

-Estupendo, la hermana de la víctima, Frida.

-Su casa queda a cierta distancia de las otras, pero justo en ese momento se encontraba mirando por la ventana del segundo piso, donde está su dormitorio, porque no podía conciliar el sueño.

-¿Su descripción coincide con la de Hanna?

-Sí, dijo que le pareció un hombre alto y fuerte.

-Curioso –Karl se frotó el mentón, ligeramente sorprendido.

-Hanna enseguida llamó al teléfono de emergencias y al poco rato se montó el circo: sirenas, ambulancias, coches de policía, periodistas, curiosos.

-Y el pastor, a lo suyo, fuera de combate, junto a sus polluelos.

-Según parece no se despertó hasta que Frida llamó a la casa para averiguar si su hermana estaba bien. Ella fue quien encontró el cadáver de Gina.

-Entiendo. Bueno, señorita Andersson, se presenta alguna complicación *formal*, pero me reafirmo en lo dicho.

-¿El pastor?

-Él dispuso de la vida de sus ovejas, no hay vuelta de hoja.

-¡No coincide con la descripción!

-Bueno, digamos que las personas que se dedican a pastar a otras son infinitamente más retorcidas que nosotros.

-¿En qué sentido?

-Actúan con nocturnidad y alevosía.

Regina tuvo la impresión de que a veces, sin darse cuenta, guiada por un extraño impulso compensatorio adoptaba un papel de calculada estupidez para que su jefe se sintiese importante y *masculinamente inteligente*.

Adam se sentía muy orgulloso de sus retoños. Casper y Erik eran muy despiertos, maduros y juiciosos, aun siendo tan pequeños. Habían heredado el físico y la belleza facial de su madre. Al igual que Selma, tenían una preciosa mata de pelo rubio y ensortijado, y sus ojos eran grandes, expresivos, de color azul celeste. Dos querubines tan idénticos entre sí que resultaba difícil diferenciarlos, aunque él los conocía bien. Casper era inteligente, profundo, aunque también algo frío; le costaba manifestar sus sentimientos. En cambio Erik, más atolondrado, repartía muestras de afecto a diestro y siniestro.

-Te quiero, papá –dijo Erik.

-Lo sé, hijo. Yo también –replicó él, revolviéndole el cabello.

-¿Dónde está Gina? –preguntó Casper, receloso.

-Se ha ido.

-¿A dónde?

-Lejos.

-¿Cómo de lejos?

Adam se encogió de hombros, contrariado. Las preguntas de Casper en ocasiones resultaban molestas. ¡Siempre quería enterarse de todo! ¡No se le escapaba ningún detalle de cuanto acontecía a su alrededor!

-Se ha marchado y no volverá. Eso es todo. No insistas.

Los gemelos se quedaron mudos ante aquella explicación. A Adam no le extrañó su sorpresa. Aunque Gina se resistiese a aceptarlo, habían llegado a

quererla como a una madre.

Erik se puso a llorar, tratando de no hacer ruido, como si le avergonzase hacerlo. Casper miraba con aire abstraído los dibujos animados del televisor.

-Tú ya no querías a Gina –dijo con solemnidad.

Adam dio un respingo.

-¿Qué?

-Por eso se ha marchado.

Nunca se acostumbraría a la agudeza de Casper. ¿Cómo podía ser tan perspicaz?

-No digas tonterías.

-Es verdad. Me lo contó Gina.

Adam, de pronto inquieto, se levantó, dio una vuelta al salón, ordenando los objetos que sus hijos habían descolocado, y volvió a acomodarse en el sofá.

-Debéis terminar el desayuno. Frida no tardará en venir a recogeros para que vayáis a jugar con vuestros primos.

-No tengo hambre –dijo Erik secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

-¡Si apenas has tocado los cereales! Anda, bébete por lo menos la leche. Le he echado dos cucharadas de cacao y dos de azúcar, como a ti te gusta.

-Tía Frida me dará pastel de arándanos.

-No importa, Erik. Sé obediente y tómate ahora el desayuno.

Casper, ajeno a la conversación que mantenían, de repente encaró a Adam, adoptando una expresión de desconfianza.

-¿Por qué se fue también Rebecca?

Adam se cruzó de brazos. Debía armarse de paciencia. Rebecca

adoraba a sus hijos, y en especial a Casper, con el que estaba muy unida. No en vano había sido su niñera durante dos años. Gina y él habían decidido contratar sus servicios al poco de casarse.

-Rebecca era la más guapa, hasta más que Gina –dijo Erik girando con desgana la cucharilla para remover la leche.

-A todos nos parecía la más guapa. A papá también –dijo Casper.

Adam empezaba a sentirse francamente enojado.

-¡No seas insolente!

-Te vi varias veces besando y abrazando a Rebecca.

Adam estaba atónito. Sí, tal vez los había sorprendido en alguna ocasión, pero entonces no lo creyó capaz de retener en su memoria ese hecho, ni de darle demasiada importancia. Al fin y al cabo el propio Casper también la besaba y la abrazaba. Rebecca era la única persona con la que él se mostraba cariñoso.

-Todos queríamos a Rebecca. También Gina.

-Gina no tanto –se apresuró a aclarar Casper-. No le gustaba que tú dices besos y abrazos a Rebecca.

-¿Qué? –intervino Erik, ausente, como si aquella conversación le pareciese un galimatías ininteligible, y añadió, protestando-: ¡Gina era muy buena con nosotros, igual que Rebecca!

-Pero al final se enfadó con Rebecca y la echó de casa.

-¡No es verdad!

Al ver que los gemelos estaban a punto de enzarzarse en una de sus peleas, Adam decidió no intervenir. Ya no sabía cómo replicar a los impertinentes comentarios de Casper.

-¡Claro que es verdad, lo que pasa es que eres un tonto y no te enteras de nada!

-¡Tú sí que eres un tonto!

-Déjalo, Casper.

-Gina se ha ido por tu culpa. ¡También Rebecca se fue por tu culpa!

Adam recogió la mesa, en vista de que sus hijos no tenían la menor intención de acabarse el desayuno, puso en orden la cocina y regresó al salón llevando las gorras de béisbol del pato Donald, la prenda preferida de sus hijos.

-Tía Frida está al llegar –dijo, encajándoles la gorra en la cabeza mientras ellos miraban con aire sombrío la pantalla del televisor, mudos, como si esta vez su disputa hubiese finalizado precipitadamente, sin llegar a las manos, aunque habitualmente se golpeaban con fuerza.

Casper se quitó la gorra y la arrojó al suelo, rabioso.

-¿Se puede saber qué te pasa?

-¡No quiero ponerme la maldita gorra!

-¡Pero si te encanta!

-Ya no me gusta.

-¿Por qué?

-¡Nos la regaló Gina! –dijo Erik.

-Pero Gina se ha ido, como Rebecca, y ya no estará nunca más con nosotros.

Adam se dejó caer en el sofá, derrotado, y se puso a dar vueltas al frasco de colonia, también del pato Donald, que había traído para perfumar a sus hijos, como hacía cada mañana. Erik miró fijamente el frasco de colonia, como si le hipnotizase que su padre se lo pasara de una mano a otra igual que un malabarista.

-Esa colonia también nos la regaló Gina –dijo-. Ella nos ha regalado todas las cosas del pato Donald.

-¡Mentira! –saltó Casper.

-¡Tú sí que eres un mentiroso!

-Gina no nos regaló el muñeco del pato Donald que hay encima del armario.

Erik frunció el ceño, pensativo.

-¿Ése tan grande que tiene el culo roto y le salen bolitas blancas?

Casper asintió con la cabeza gravemente.

-Nos lo compró papá –dijo Erik.

-No.

-¡Claro que sí! ¿A que nos lo compraste tú, papá?

Adam se había zambullido en sus pensamientos, así que se limitó a esbozar un amago de sonrisa.

-Nos lo compró Selma... -dijo Casper levantando la voz, como si fuese consciente de que su padre se hallaba distraído y pretendiera llamar su atención.

Al oír aquel nombre, Adam se puso en guardia.

-¿De qué estáis hablando ahora, niños?

-Del muñeco que hay encima del armario –dijo Erik quitándole el frasco de colonia para olfatearlo.

-¿Qué muñeco?

-El del pato Donald con el culo roto.

Adam tenía mala memoria para los asuntos domésticos e ignoraba a qué muñeco se refería.

-Habrá que coserlo, si está roto.

-Hazlo tú, papá, porque Gina ya no está aquí para cosernos las cosas.

-Bueno, ya veremos.

-Selma nos regaló el muñeco del pato Donald –volvió a la carga Casper.

Adam se puso rígido.

-¿Quién es Selma? –preguntó Erik.

Casper miró a su hermano fijamente, con furia, como si le ofendiese su ignorancia.

-Nuestra madre, idiota, ¿o es que ya no te acuerdas de ella?

Erik empezó a gimotear. Se notaba que tenía la intención de devolverle el insulto a su hermano, pero las palabras de Casper lo habían desconcertado.

-¡Selma! –exclamó Casper apretando los puños.

Adam estaba tan bloqueado que era incapaz de llamar al orden a su hijo.

-¿Cómo es? –preguntó Erik.

-Rubia, como nosotros, y también tiene los ojos azules.

Erik miró pasmado a su padre.

-¡Tú tienes la barba y el pelo de color negro! ¡Y los ojos!

Selma estaba contenta e ilusionada. *Como una niña con zapatos nuevos*. Se había puesto su vestido preferido, un vestido rojo ceñido que resaltaba su bonita figura. Y se había maquillado como si fuese a salir de fiesta. Incluso se había puesto unas gotas del perfume más caro que tenía, el perfume más caro del mundo, decían, una edición limitada que le había regalado Finn; venía en un frasco de cristal de Murano con láminas de oro y veinticinco quilates de diamantes. Finn estaba rematadamente loco. ¿Cómo podía tener tanto dinero? ¿Y cómo podía derrocharlo de esa manera? Decirle que en el cuerno de África se morían de hambre era una absurdidad, claro. ¿A cuántos niños africanos podía salvarse con los doscientos mil euros que costaba ese lujoso capricho?, se preguntó Selma observando el frasco, que estaba a su diestra. 500 ml. de elixir aromático que valían su peso en oro.

El invento se llamaba Opera Prima, un nombre muy apropiado en este caso, porque de lo que se trataba era de escribir su opera prima. *Quizá el perfume despierte mi inspiración*, se dijo Selma inspirando profundamente, embriagada por aquella exclusiva esencia. Y había otra coincidencia significativa: Opera Prima se había elaborado según la última fórmula creada por el modista y perfumista italiano Loris Azzaro, fallecido el veinte de noviembre del 2003 en París, a los setenta años. Dicha fórmula había caído en el olvido hasta que ahora los familiares de Azzaro la encontraron entre sus papeles. Hasta ahí todo era más o menos normal. Lo significativo para Selma

era que Azzaro, nacido en Túnez de padres sicilianos, ¡se había licenciado en Literatura Contemporánea!

En la vida no hay coincidencias, nunca. No es una coincidencia que Finn me regale un perfume llamado Opera Prima. Tampoco es una coincidencia que ese perfume lo haya creado una persona que ha estudiado literatura contemporánea antes de dedicarse a ser modista y perfumista. Todo eso no puede ser casual en este momento en que me dispongo a escribir mi primera novela policiaca.

¡Estoy de los nervios! Le temblaba el pulso. El corazón le martilleaba el pecho. Apartó la mirada de ese frasco con forma de ánfora, sintiéndose culpable por tener en su habitación algo tan endiabladamente caro. ¡Dios, el frasco de perfume valía más que esa casa familiar, de la que su padre se sentía tan orgulloso, y que seguía pagando; aún le quedaban unos cuantos años de sufridas letras! ¡Ay, si mis padres se enterasen!

Selma introdujo una hoja de papel en el rodillo. ¡Qué hermosa máquina de escribir! *Papá a veces tiene arrebatos de generosidad. Esta vez se había portado como un campeón. Pídeme lo que quieras por tu cumpleaños, hija, siempre y cuando esté dentro de mi presupuesto. La petición estaba cantada. Quiero una máquina de escribir como las de verdad. Para escribir novelas como los escritores de verdad, los de antes, que escribían machacando las teclas de una máquina manual.* Desde adolescente tenía ese sueño, esa fantasía. Había idealizado las máquinas de escribir manuales, los escritores que escribían en ellas, la época en que se utilizaban.

Dios, una máquina de escribir Remington de toda la vida, de las que aparecen en las pelis. Un modelo portátil, que venía con su estuche y todo. Qué loca estás, hija. ¿Quién escribe hoy en día en estas antiguallas? ¡Yo! Le gustaba el sonido del rodillo al girar. Escribió el título. También le gustaba el sonido de las teclas. Qué agradable repiqueteo. ¡Resultaba tan sugerente el

contacto de esas teclas redonditas! Y le encantaba la carcasa, tan suavcita, negra y satinada, de contornos curvos, femeninos.

¡Buah, esto es bestial!, se dijo, contemplando maravillada los caracteres negros, de tinta viva, que habían aparecido en el papel. *¡El título de mi novela! ¡Mi ópera prima!*

El asesino invisible.

Teléfono. Finn.

-¿Cómo está mi princesa?

-¡Súper feliz! Acabo de empezar mi primera novela policiaca.

-¿Cómo se titula?

-*El asesino invisible.*

-¿De qué va?

-De un asesino invisible, como indica el título.

-Vaya cosa. No parece muy interesante.

-Depende de cómo se mire.

-¿Por qué es invisible?

-Porque sus crímenes están más allá del mundo visible, de la realidad, del *Matrix*, digamos.

-O sea, una novela con trasfondo social.

-Claro, como todas las novelas policiacas buenas. Piensa que la novela policiaca es una fórmula literaria para desnudar las pasiones humanas y cuestionar el *statu quo* de la sociedad.

-¡No soporto cuando te pones pedante, Selma! Me recuerdas a tu padre.

Selma se rió. *¡De casta le viene al galgo!*

-Deberías felicitarme, Finn.

-Pues no. No me gusta ese juegucito tuyo de querer ser escritora.

-¿Por qué? ¿No me crees capaz de ser escritora?

-Claro que sí. Ése es el problema.

Selma dio un respingo. Gunnar había entrado en su habitación.

-Te llamo luego, Finn.

Selma fusiló a su hermano pequeño con la mirada.

-¡Gunnar, te he dicho mil veces que no entres en mi habitación sin llamar a la puerta!

-Perdona.

Gunnar se sentó en la cama. Estaba triste, se notaba.

-¿Cómo puedes ser tan atolondrado?

Gunnar esbozó una expresión maliciosa. Una vez había sorprendido a su hermana masturbándose. La visión le había parecido sumamente excitante.

-Sé en lo que estás pensando, Gunnar. ¡Eres un perverso, como todos los hombres!

-Te equivocas, hermanita. ¡Yo no soy como todos los hombres!

Selma asintió. Desde luego que no. Gunnar era gay. Se lo había confesado días atrás. *No me atrevo a salir del armario.* Eso dijo, absolutamente deprimido. *Normal, a papá le daría un síncope. O quizá no, nunca se sabe.*

Se hizo el silencio. Un silencio embarazoso. Gunnar observó la Remington. Vio que había una hoja de papel en el rodillo. Incluso leyó el título de la primera novela policiaca de su hermana. *El asesino invisible.*

-Al final te has decidido.

-Sí, acabo de empezar.

-Me alegro por ti, Selma. Estoy seguro de que lo conseguirás.

-Gracias.

-Papá estará muy orgulloso de ti.

-Y de ti también.

-Eso lo dudo.

Nuevo silencio. Gunnar ahora reparó en el frasco de perfume. Lo tomó, sopesándolo, y lo examinó con curiosidad.

-¿Un regalo de Finn?

-Ajá.

-Papá y mamá están muy impresionados con tu novio súper millonario y mega pijo.

-¿Tú también?

-Supongo que sí. Tiene un coche que parece una limusina. Cuando lo aparca ahí abajo los vecinos se quedan flipados.

Selma puso un poco de música. Sabía que su hermano tenía bajón anímico y necesitaba hablar con ella. Gunnar estaba luchando con sus demonios. La edad del pavo se le estaba alargando mucho.

-Selma...

-¿Sí?

-He tenido una pesadilla.

-¿Otra?

-No, esta vez era diferente. Era sobre ti...

-¿Sobre mí?

-Sobre ti y sobre Finn.

Selma frunció el ceño.

-¿De qué iba la pesadilla?

Gunnar se sonrojó. *Se ha puesto rojo como un cangrejo. Ha debido de ser una pesadilla horrible.*

Entonces, cuando Gunnar se disponía a contarle su pesadilla, ocurrió. El frasco de perfume se le escapó de las manos y se hizo añicos al estrellarse contra el suelo. Selma no se asustó ni se llevó las manos a la cabeza. Le pareció simbólico y significativo lo que acababa de ocurrir. *Ha hecho bien Gunnar enviando a la mierda ese despilfarro netamente masculino. ¡Cómo*

se nota que es gay!

19

-Te estás inventando un montón de cosas –dijo Erik.

-No me invento nada. Nuestra madre se llama Selma –replicó Casper.

-¿Por qué no está con nosotros?

-Se marchó.

-¿Igual que Rebecca y Gina?

-Más o menos.

-Deja a tu hermano tranquilo –intervino Adam.

Casper le dirigió una mirada cargada de resentimiento.

-¡Tú *acabaste* con Selma!

Erik hizo una mueca cómica y dejó el frasco de colonia sobre la mesa.

-Entonces tenemos tres madres. Rebecca, Gina y Selma –dijo, contando con los dedos.

Adam se frotó los ojos. ¿Qué absurda escena estaban representando sus hijos?

Llamaron a la puerta.

-Ya está aquí vuestra tía.

Frida saludó efusivamente a los niños y se acomodó junto a ellos.

-¿Te apetece tomar algo? –le ofreció Adam.

-Un café, gracias.

Adam trajo el café y se sentó en una silla, apartado del sofá.

-¿Cómo estás? –preguntó, mirando a Frida con simpatía.

-Bien, ¿y vosotros?

-Se hace lo que se puede. He bañado a los niños, pero apenas han probado bocado.

-¿Y tú qué tal?

-Aceptando los designios de Dios, como ha de ser.

-Claro.

Adam advirtió nuevamente la poderosa atracción sexual que Frida ejercía sobre él. A pesar de sus años estaba muy bien conservada. Poseía un cuerpo rotundo y juvenil, que la maternidad no había estropeado, más voluptuoso que el de Gina, aunque el parecido facial entre ellas era asombroso.

También Gina le había hecho sentir algo semejante. Luego cambió todo, a raíz del aborto.

-¿No te molesta cuidar de los niños?

-En absoluto.

-Quieren mucho a tus hijos.

Adam pensó que en realidad los *primos* se llevaban fatal. Tim y Thomas eran brutos e insensibles, aparte de feos; habían salido al padre.

Ahora que había fallecido su hermana, Frida no tenía por qué sentirse unida a Casper y Erik, al no haber lazos familiares; ellos eran hijastros de Gina. Claro que él seguía siendo el pastor de la congregación y ella, una de sus feligresas más voluntariosas, debía hacer lo posible por ayudarlo en aquellos momentos de tribulación.

-He de felicitarte por lo participativa que te estás mostrando últimamente en las actividades del templo. Tus aportaciones se han vuelto imprescindibles para nosotros –dijo, adoptando *su registro*.

Percibió que ella hacía otro tanto. Ya no era la hermana de Gina, sino una de sus feligresas, que le debía devoción y acatamiento. Se trataba de un

fenómeno psicológico sencillo. Adam estaba habituado a ponerlo en práctica. Una mera cuestión de polos magnéticos. Su propia carga energética era, sencillamente, más fuerte, y se sobreponía a la de las personas que lo rodeaban.

Las relaciones personales se regían por esa tensión *metafísica*. Había un componente hipnótico. Para obtener resultado con frecuencia bastaba una mirada, una palabra propicia pronunciada en el tono justo, cualquier gesto, incluso un silencio elocuente. También resultaba importante el lenguaje corporal, aprovechando las corrientes astrales en beneficio propio.

-¡Vamos! Mis hijos están impacientes por hacer un muñeco de nieve que supere los dos metros de altura –dijo Frida poniéndose de pie alegremente, como si las miradas y las palabras de Adam la hubiesen animado.

-¡Salúdales de mi parte! –replicó Adam diciéndose que Tim y Thomas poco tenían en común con Casper y Erik.

¡Cuando los cuatro se reunían en el jardín de Frida organizaban alborotos monumentales!

Tras forrar literalmente a los niños con las prendas de abrigo, Adam los acompañó hasta el exterior de la casa y se quedó mirando cómo se alejaban en el potente todoterreno Saab, que Frida empleaba incluso para atravesar los doscientos metros que separaban sus casas respectivas, para no tener que pisar la nieve; en algunas zonas era tan alta que llegaba hasta las rodillas.

Luego volvió a entrar en la casa, se tumbó en el sofá, con las piernas cruzadas, sacó el teléfono móvil y marcó el número de Hanna.

-Frida se ha llevado a los niños. Ya puedes venir.

Hanna compareció al poco rato, se despojó del aparatoso abrigo de zorro y las botas y se tumbó en el sofá, junto a él. A Adam le alegró que se

hubiese puesto ese vestido de color fucsia que tanto lo excitaba, aunque no resultase muy apropiado para llevarlo en enero.

-Gracias por renunciar a los leotardos.

-Sé que no te gustan.

-Gina no se los quitaba en todo el día.

-¿Y Selma?

-Igual.

-Bueno, en Suecia hace mucho frío.

-También Rebecca está obsesionada con los malditos leotardos.

Hanna se sobresaltó al oír ese nombre.

-Las mujeres no se dan cuenta de que es la prenda menos sensual que existe –añadió Adam.

-¿Por?

-¡Porque tapa las piernas! No sólo eso, las entierra, las vuelve inaccesibles. Y luego es un engorro arrancarlos cuando te entran ganas de darle al tema. Yo necesito la posibilidad de alcanzar directamente las carnes de la mujer en cualquier momento, de inmediato. Por eso me encantan los vestidos y las faldas. Y la lencería.

Hanna sonrió con coquetería.

-Sólo de pensar que puedo deslizar las manos por las partes bajas de la mujer para amasarle el culo y los muslos, sin el obstáculo de la ropa, me pongo cachondo. ¡Se me hace la boca agua!

-Desde que estoy contigo he renunciado a los pantalones. Antes, cuando me acostaba con Gerhard, era la única prenda que usaba. Pobre hombre. Su trabajo en la fábrica le exigía tanto esfuerzo que llegaba reventado a casa.

-¡Desnúdame!

Hanna suspiró. Le derretía su tono autoritario. Le hacía sentirse

morbosa, dominada. Obedeció sin rechistar. Le quitó hasta el reloj y la cadena. Sabía que a él le gustaba quedarse *como vine al mundo*.

-¡Fíjate cómo te apunta mi espada! Anda, sé buena chica y cumple tus obligaciones.

Hanna asintió con la cabeza. Se agachó e introdujo en su boca el miembro palpitante de Adam.

-Chúpalo despacio. Así, sin apresurarte, perfecto.

Hanna se detenía por momentos para lamer el glande y recorrer el tallo del pene con besos rápidos y breves y sensuales lamidos.

-¡Basta! ¡Desnúdate!

Adam estaba electrizado. El deseo era vehemente. Punto de ebullición, ahí radicaba el secreto. Amasó con ansia los muslos, el trasero y los pechos de Hanna.

-Soy una bestia, amorcito, y tú una zorra.

Mordisqueó, lamió y succionó los pezones ávidamente, mientras manipulaba la vagina *como un experto repostero*, desplegando un variado repertorio de fricciones sobre el clítoris y los labios vaginales, para luego introducir un dedo, dos, tres.

-¡Adam, me vuelves loca!

-Lo sé, cariño, de eso se trata.

Adam puso a Hanna a cuatro patas sobre el sofá y la penetró sin preámbulos.

-¡Dios!

-Sí, querida, él está aquí. Ha comparecido para gozar en nuestra compañía una vez más.

Le gustaba sentir cómo se aplastaban las nalgas carnosas y firmes contra su entrepierna.

-¿Gerhard te folló así alguna vez? –preguntó al iniciar con fuerza las

rítmicas embestidas.

-¡Nunca! –exclamó ella entre jadeos.

Adam esperó a que ella tuviese tres estallidos de placer y cedió al empuje de su propio deseo. Había aprendido a controlarse para eyacular en el momento más indicado. Resultaba fácil. El deseo era una goma elástica que podía tensarse y aflojarse alternativamente. Luego se incorporó, se limpió con varias servilletas y se vistió.

-Eres única. Me encanta follar contigo –dijo, tomando asiento.

Hanna se acurrucó contra su pecho, igual que un pajarillo en el nido, se dijo él.

20

Hanna Montana. Así la llamaba Gerhard cuando estaba enfadado con ella. Pero ahora Gerhard ya no estaba allí para enfadarse con ella y llamarla Hanna Montana. Estaba sola. Se sentía sola y abandonada. Qué triste, qué miseria, no sabía qué hacer con su vida, dónde diablos meterse, cómo matar el tiempo. Se sentía un cero a la izquierda, una inútil, una completa nulidad. *No debí hacerlo. No cesaba de repetirse la misma cantinela. No debí traicionar a Gerhard. No debí liarme con Adam.* ¡No debió hacer tantas cosas!

Gerhard en el fondo la despreciaba, en un rinconcito muy oculto de su corazón. Por eso la llamaba Hanna Montana cuando se enfadaba con ella. Echaba de menos sus miradas turbias, su olor a tabaco y alcohol. Echaba de menos su aspecto de perro apaleado, su expresión de cordero degollado. Él creía que se parecía a Norman Bates y en realidad *se parecía mogollón a Norman Bates.* ¡Era clavado a Norman Bates! Un psicópata en potencia aunque resultase inofensivo, demasiado blando y contemporizador, quizá. Pero ahora estaba muerto y enterrado y ya no era nada de nada.

Hanna se miró en el espejo. *¿Quién soy yo? ¿Qué clase de mujer? ¿Qué clase de persona? Soy rematadamente mala y perversa y cruel y no sabía que soy todas esas cosas. Antes nadaba en la ignorancia respecto a mi propia identidad, me hacía ideas respecto a mí misma y al mundo, respecto a Adam, a Gerhard y a todo lo demás. Qué triste y patética soy.*

Le ardían los ojos de tanto llorar, le dolía el corazón de tanto

reprocharse cosas y de tanto arrepentirse de cosas, y tenía la cabeza como un bombo de tanto hacerse preguntas sin respuesta. Se pasaba el día yendo de un sitio para otro de la casa, de aquí para allá, de una habitación a otra, como una zombi, una pelele, una fantasma, asustándose de sí misma, de lo que había hecho, de lo que estaba haciendo. *¡En menudo embolado me he metido, por Dios!*

Hanna trató de reconocerse a sí misma. Ya no recordaba prácticamente nada de su pasado. *Soy un personaje plano, sin historia, la víctima propiciatoria de una intriga, una marioneta de los deseos ajenos. No sirvo para nada, soy una completa inútil.* También en el colegio y en el instituto de enseñanza secundaria era una completa inútil, una descerebrada que no sabía hacer la O con un canuto. *Pobre de mí.* Nunca se le dieron bien los estudios. Le costaba concentrarse, nada le interesaba. *Pero leo novelas de amor; tengo el desván lleno de las novelas de amor que me compraba mi padre.*

Ése era el problema, haber nacido en el seno de una familia desestructurada. *Soy hija del arrabal y la miseria, por eso me casé con Gerhard; los rotos se juntan con los descosidos.* La madre de Hanna era muy conocida en el centro de Estocolmo. *Una puta de altos vuelos.* A su padre siempre lo vio ocasionalmente. Nunca vivieron bajo el mismo techo. Sólo sabía de él que se dedicaba a los negocios. Era un hombre muy serio, parco en palabras. También a su madre la veía ocasionalmente. *Viví con ella hasta que decidió mandarme a la porra.*

Hanna comenzó a vivir en internados a los seis años. Y cuando le llegó la hora de ser adulta recogió sus cosas, incluyendo las novelas de amor que le regalaba su padre cuando iba a hacerle una visita, y salió al mundo para buscarse la vida. Por suerte no tuvo que esforzarse mucho. Gerhard estaba allí, esperándola, a la salida, como si se hubiesen citado para encontrarse en ese preciso momento. *¿Quieres casarte conmigo?* Eso le dijo, así, de sopetón, a

bote pronto, sin conocerla de nada.

Gerhard vivía con su madre junto al internado, el último en el que estuvo Hanna antes de cumplir la mayoría de edad legal. *Te veía en el patio desde la ventana de mi casa. Todos los días estaba pendiente de ti. Si algún día no te veía me ponía malo.* A Hanna le pareció una historia patética, pero también su propia historia le parecía patética, tanto o más que la de Gerhard, de modo que se le figuraba normal y sensato y prudente juntar ambos patetismos, las dos historias de miseria y abandono, el roto y el descosido. Así se ahorra tener que recorrer el mundo para buscarse la vida. *Yo cuidaré de ti,* dijo Gerhard poniéndose al hombro la bolsa de viaje donde Hanna había guardado las novelas de amor que le regalaba su padre en sus visitas.

Estuvieron pocos días en casa de la madre de Gerhard. Gerhard quería alejarse de su madre, vivir su propia vida, así que se puso a buscar trabajo fuera de la ciudad. Buscó y buscó hasta encontrar la fábrica de papel y esa casa de Knutby que le vendió un pariente a un precio razonable. Y así echaron a rodar sus vidas. Gerhard iba a la fábrica y pagaba las letras de la casa y todo lo demás. Y Hanna se ahogaba en su impotencia, sintiéndose inútil. *No puedo hacer nada de provecho. Nunca he hecho nada de provecho.*

Mi inteligencia es tan justo que apenas me alcanza para leer novelas de amor; es lo que hay. Hanna había seguido comprando novelas de amor para devorarlas y luego rellenar el desván. *Así apuntalo mi inteligencia cortita.* En uno de los internados le habían hecho un test de inteligencia. *Borderline. Casi. Me falta un pelo para serlo. Eso me dijeron. Y se quedaron tan panchos.*

¿Cómo puede haber hoy en día una persona borderline?, replicó mi padre cuando vino a hacerme la visita y le contaron la historia de que casi soy borderline. Recuerdo que en la visita siguiente no me trajo una novela de amor, sino tres, quizá pensando que las novelas de amor podían obrar el

exorcismo de conferirme inteligencia. Y al poco tiempo también vino mi madre a hacerme una visita, aunque llevaba muchos meses sin venir. Mi madre se puso como un demonio y exigió a la directora del internado que me hiciesen otro test.

Parece que ha habido un error, dijo la directora. Era extraño. En el segundo test la inteligencia de Hanna estaba por encima de la media, era brillante. El enigma se resolvió con un tercer test, unos meses después. *Hanna tiene una inteligencia intermitente,* dijo la directora, porque el tercer test era aún peor que el primero y clasificaba a Hanna directamente como *borderline*. La directora argumentó que el cerebro de Hanna parecía colapsarse por momentos, quizá influido por el estado anímico de Hanna, y entonces se producía una alarmante disminución de sus capacidades cognitivas.

Esta afirmación de la directora se vio refrendada por la opinión de la psicóloga del centro, según la cual Hanna padecía un cuadro psicológico de depresión bipolar, antiguamente llamado síndrome maníaco-depresivo, con agudas oscilaciones anímicas que la llevaban de una euforia desmedida a una depresión severa. *Conclusión, no estoy bien de la cabeza. Por no decir que estoy loca de remate.*

Hanna se dijo que ahora estaba en la fase depresiva, evidentemente, se lo dijo mientras abrazaba su muñeco de peluche, bastante maltrecho, el pobre, una cabritilla que le había regalado en el primer internado la niña que dormía en la cama de al lado; tenía dos muñecos de peluche iguales y quiso compartir uno de ellos con ella, por considerarla su mejor amiga.

Qué vida más extraña y gris he tenido, se dijo Hanna besando su peluche. Al poco tiempo de trasladarse a Knutby había aparecido su padre, el hombre de negocios serio y circunspecto, con su traje, su corbata y sus zapatos relucientes, como siempre. Le entregó otra novela de amor y un fajo de billetes. Tu madre ha muerto, dijo, sin añadir nada más, porque era un tipo

parco en palabras. Luego se marchó para no regresar nunca más.

Hanna recordó que con ese fajo de billetes de su padre, Gerhard había podido pagar varias letras de la casa. *Es lo único bueno que he hecho en la vida, aliviar un poco el sacrificio de Gerhard, aunque de poco ha servido, porque ahora Gerhard está muerto, por mi culpa y por mi única culpa. Lo he matado yo, conscientemente, con premeditación y alevosía. ¿Cómo he podido ser tan mala, tan perversa y cruel? ¿Por qué las personas obramos en ocasiones en contra de nuestra voluntad, contrariando los dictados de nuestra naturaleza? ¡Iré al infierno de cabeza, Dios mío!*

Gerhard la había salvado de la penuria y ella se lo había pagado matándolo para liarse con Adam, que era un hombre patético, como lo eran también ella misma y en cierto modo Gerhard, aunque el patetismo de Gerhard era inocente, noble, estaba revestido de altruismo y buena voluntad. *Siempre caen los mejores. ¿Y todo para qué? Todo se reducía a una sencilla verdad: Adam me hace sentirme viva, me hace sentirme mujer.* Aunque fuese un desgraciado.

Hanna bajó al garaje y se metió en el coche destartado de Gerhard, en el asiento del conductor, donde se sentaba él. Allí olía a los cigarrillos de Gerhard, olía a su soledad. Gerhard hacía todos los días un montón de kilómetros para ir a la fábrica de papel y había dejado allí, en su coche destartado, el poso de su presencia humana. Se podían respirar sus pensamientos obsesivos. Me quiso, él me quería de verdad, se dijo Hanna, rompiendo a llorar, y le dieron ganas de quitarse la vida. Le dieron ganas de arrancar el coche y estrellarse contra un muro.

Pero en lugar de arrancar el coche y estrellarse contra un muro subió al desván y se puso a leer, por tercera vez, la última novela de amor que le había regalado su padre, titulada *Corazones rotos*.

Cuando leo me olvido de todo y sueño que soy otra persona. Bueno,

más bien soy persona, soy algo, en vez de un fantasma, una sombra, una posibilidad, una mujercita sin voz ni voto, que no puede decidir, que nunca pudo decidir y mucho menos elegir, que nació coja y ahora ya tiene que caminar en silla de ruedas, en la silla de ruedas de esta vida sin alicientes que se parece a un cactus en un desierto donde nunca llueve ni sale el sol.

21

-Tengo frío –dijo Hanna.

-¡Si está puesta la calefacción al máximo! –replicó Adam arropándola con el brazo.

Ahora Hanna se le figuraba una chiquilla desvalida y asustada. En realidad era una pobrecilla sin oficio ni beneficio que había vivido a costa del infatigable Gerhard, el eterno proletario. No se le habían dado bien los estudios, no había trabajado, no había hecho nada de provecho. Y tampoco tenía aficiones, al margen de quedarse embobada delante del televisor o leer novela rosa. Aunque, eso sí, era el colmo de la sumisión femenina y una excelente ama de casa. Cocinaba a las mil maravillas y en la cama era la mujer más consentidora y apasionada que había conocido. Y había conocido ya a unas cuantas.

-Me siento sola en casa.

-¡Pues anda que te daba mucha compañía Gerhard!

-Ya, pero ahora que él no está...

-No te preocupes. Pronto estaremos juntos.

-¿Cuándo?

Adam resopló.

-Dejaremos pasar un tiempo, hasta que se calmen las aguas. Luego te vienes a vivir conmigo.

-¿Qué dirá la gente?

-Nada, mujer. ¿Qué va a decir? El tiempo lo cura todo. Es el mejor remedio para cualquier herida. Llega un momento en que la gente se olvida del pasado por completo, como si no hubiese sucedido. La memoria humana es estúpida. En eso nos diferenciamos notablemente de los animales. Por eso a los políticos les resulta tan fácil manipular a la opinión pública.

-Pero he heredado la casa de Gerhard y tendré que pagar las letras.

-Deja eso de mi cuenta. Cuando te mudes aquí venderemos la casa.

-Los funerales han sido muy tristes.

Hanna tuvo una impresión de fatalismo. *No vino nadie de la familia de Gerhard. Ni siquiera su madre. Cuando yo me muera no vendrá nadie de mi familia a mi funeral. Ni siquiera mi padre.*

-Todos lo son.

-¿Echarás de menos a Gina?

-No.

-Yo tampoco a Gerhard.

-Nunca fuisteis felices.

-Él era muy simple y previsible. No como tú. No sé por qué me casé con él.

-No encontraste a otro mejor, así de sencillo.

-¿Cómo se lo han tomado tus hijos?

-Bien. Ya se les pasará la sorpresa. Todo el mundo se acostumbra a todo. Somos animales de costumbres. Por eso el tiempo manda.

-¿Frida sospecha algo?

-¿Cómo va a sospechar?

-Supongo que estará muy afectada.

-Normal.

Hanna le rascó la barba. Le encantaba la barba de Adam, tan negra y rizada.

-¿Por qué no te la dejas más larga?

-Me niego. Sólo dos dedos de barba. Es mi regla.

Hanna pensó que Adam era mediano en todo: la estatura, el peso y demás. No era guapo ni feo, no sobresalía en nada. En apariencia era uno más, un tipo corriente. No había en él ningún rasgo llamativo, particularmente bonito. Incluso podía decirse que resultaba mediocre. Eso si no lo mirabas a los ojos ni lo oías hablar. Tenía una mirada que transmitía emociones muy intensas, y sus palabras te arrastraban, te hacían volar, te trasladaban a lugares mágicos que sólo conocía él.

-Me hizo sentirme mal ese hombre.

-¿Ese tal Karl llegado de Estocolmo? ¡Qué hijo de perra! Los policías de Estocolmo son muy presumidos.

-Me miraba como si supiese...

-¡Qué tontería! Tiene pinta de impasible coronel retirado.

-¿Tú no le tienes miedo a nadie?

-Es un tipo muy simple, cariño, un papanatas. Ella es quien lleva la voz cantante.

-¿La mujer?

-Una veinteañera francamente impresionante, por cierto.

-¿Te gusta?

-¡Es un monumento, una tía cañón! Al César lo que es del César. Me pregunto por qué una tía de ese calibre se mete a poli.

Hanna se tragó los celos.

-¿Te fijaste en su melena larga y negra y en sus ojos almendrados?

-¡Ja, yo no apartaba la mirada de sus formas de zorra latina! ¡Una montaña rusa de sensualidad! Nunca me imaginé que pudiese haber mujeres policía con esa cara guapa y ese tipazo. Hay gente pa to'. Le habría ido mejor dedicándose a la moda y la publicidad. ¡Seguro! Llama la atención con su

aspecto de sudaca. Y además es muy lista, se nota a la legua. No se pierde detalle de nada. Anota cada dato en su cabeza con pelos y señales.

-¿Te hizo sentir culpable?

-¿Qué dices? ¿La chica? ¡Pero si es inofensiva! Me recordó a una compañera de colegio. En Suecia se ven pocas mujeres de ese estilo. Parece colombiana o brasileña. Sí, allí suelen tener ese físico exuberante. Las suecas sois de huesos escurridos y sin curvas, féminas desgalichadas.

-¡Qué bobo eres! ¿Qué habrán averiguado?

-Poca cosa, imagino. La policía local no pudo encontrar nada con el dispositivo que montó para bloquear los accesos de Knutby. ¡Seguro que los muy ineptos buscaban a un hombre alto y corpulento!

Con la cabeza apoyada en su pecho, Hanna intentó percibir los latidos de su corazón. ¿Dónde estaba el corazón de Adam? ¡Cielos, no lo encontraba por ninguna parte! ¿Dónde tenía el corazón ese hombre? En la parte izquierda del pecho, se suponía, ¿no? ¿O acaso en la derecha? ¡No, tampoco allí se notaban los latidos! ¿Qué clase de extraterrestre era? *Me he liado con un androide. No, qué absurda eres, hija. Lo que pasa es que tienes miedo. Adam no es un lobo.* Aunque tampoco era una oveja, y mucho menos una ovejita descarriada como ella. *Adam es el pastor que nos muestra el camino.* El problema era que no podía esperarse nada bueno de un pastor sin corazón.

Hanna rompió a llorar. Le dolía su propia debilidad. Le dolía su propia estupidez. Y ahora no tenía a mano una de esas novelas románticas que le regalaba su padre cuando iba a visitarla a los internados donde la dejaba aparcada para no tener que ocuparse de ella. ¡Si por lo menos pudiese zambullirse durante unas horas en una de esas historias que le hacían creer en el amor, en sí misma, en la humanidad! Claro que la vida no era una novela rosa. La vida no estaba formada por personajes de ficción, sino por personas de carne y hueso, como Adam y como Gerhard y como ese padre serio,

elegante y parco en palabras que iba a visitarla una vez al mes con una novela rosa debajo del brazo.

Se sentía desolada y no era capaz de hacérselo saber a Adam. *No hay escapatoria. He caído en la trampa de mi necedad. Adam no me ama. Nunca me amaré. Soy un pasatiempo para él, nada más. Una marioneta con la que se entretiene durante un rato. Cualquiera día se aburrirá de mí y me soltará para que el viento me lleve adonde le plazca.* En cambio Gerhard la amaba de verdad, a pesar de sus debilidades, a pesar de su complejo de inferioridad, a pesar de su infelicidad. Por encima de todo ello. Sí, Gerhard era su media naranja. *No supe conformarme con mi suerte. No supe aceptar la realidad. El Diablo me tentó con sus promesas vanas.*

Y ahora lo había perdido todo, se había perdido incluso a sí misma. *Soy una pluma de oca dando bandazos entre las paredes de un laberinto. Mi corazón exhausto y famélico se ha agostado y ya no da más de sí. Oh, qué bonito, deberías ser poetisa, querida, deberías reorientar tu destino y dedicarte a componer versos que ensalzan el amor galante, deberías haber nacido en la Edad Media, deberías reinventarte a ti misma para ser una doncella núbil que deambula por cortesanos salones, entre elegantes aristócratas, o mejor deberías trasladarte a la época victoriana, sí, eso te pegaría más, el tiempo de la reina Victoria, qué patética eres, hija.*

Hanna sintió escalofríos. Le daba vértigo su destino. Le daba miedo haber cedido a la seducción de Adam. Le aterrorizaba haber confundido la realidad con la ficción literaria. Qué error maquillar su vida para que se pareciera a las novelas románticas que le regalaba su padre ausente, el frío hombre de negocios, en ausencia de su madre, la puta de arrabal y al tiempo de altos vuelos a la que apenas pudo conocer. *Soy una estúpida.* Y ahora su suerte estaba echada. *Mi mala suerte que yo misma me he buscado.* Porque las piedras que ahora se tiraba sobre su propio tejado no podían gravarse a

cuenta de infortunios pasados, a cuenta de esa infancia de orfandad sin alicientes. No, nada de eso. Su culpa de hoy era inalienable. *Es tuya y sólo tuya, ovejita descarriada, pobre idiota.*

El inspector Karl Johansson conducía su súper deportivo negro, un modelo de edición limitada fabricado por la marca sueca de vehículos de lujo Koenigsegg, el CCXR flex-fuel. *El coche de Batman*. Motor de 1.080 caballos de potencia. *Su aceleración le permite alcanzar cien kilómetros por hora en menos de tres segundos desde que arranca. ¿Y la velocidad punta? Trescientos ochenta y seis kilómetros por hora.*

-Me gusta el tapizado.

-Cuero beige de alta calidad.

-¿Qué es ese impresionante aparato del salpicadero?

-Un cronógrafo.

-¿Se supone que esta maravilla de cuatro ruedas es un capricho?

-El único que me he concedido en mi vida.

-¿Al margen de los trajes Armani y los zapatos Gucci?

-Usted siempre tan aguda, señorita Andersson.

-Un capricho de lo más exclusivo.

-Y tanto. Sólo se han fabricado catorce unidades de este modelo.

-Y exorbitantemente caro, imagino.

-Me hicieron pagarlo en euros, los muy patriotas.

-¿Cuánto, si no es indiscreción?

-Un millón y medio.

-¿Lo abonó con su limitada nómina de inspector de policía?

-¡Qué va! Aprovechando un inesperado golpe de fortuna. ¡Acerté la Viking Lotto! Después de pasarme toda la vida jugando a esa modalidad de apuestas sin obtener ningún beneficio significativo.

Regina se sentía como una reina en el asiento de copiloto, yendo junto al inspector en su bólido supersónico.

-Pasa usted por un magnate del petróleo acompañado de su amante de turno.

-¡Qué chistosa!

El inspector realizó un viraje brusco que bandeó el vehículo, a pesar de su notable estabilidad.

-Le confieso que a veces paso miedo.

-No tema. Mi semejanza con el lobo de Caperucita es engañosa.

-¿También es engañosa la velocidad que alcanza en los tramos de carretera que no están controlados por radar?

-La velocidad es la panceta de la vida.

Regina se dijo que el inspector se transformaba al volante, con sus finos guantes de cabritilla y su gravedad marcial. Sugería un piloto de carreras. O un joven descerebrado que no mide el peligro.

-¿El acelerador es su debilidad? Cualquiera lo diría, con su proveyta apariencia.

Karl se carcajeó.

-Gracias. Lo tomaré como un cumplido.

De improviso se concentraron en sus pensamientos, en sus soledades respectivas, en su inadaptación sentimental. Él en su negación masculina, en su injerto de niño de papá-inspector de homicidios. Ella en su negación femenina, en su injerto de mujer puritana y perfeccionista-oficial detective. Ambos se resistían a representar el papel que el mundo, la sociedad o el patriarcado, según Selma, les había asignado. Su huida hacia adelante del

estereotipo los había abocado a aquella dedicación policial. Para arreglar un mundo en el que se sentían perdidos, o por lo menos para intentarlo. No les quedaba otra. En casa, en su vida íntima, no hallaban una correspondencia de sentimientos. No hallaban el amor, no hallaban la contrapartida de una media naranja que les permitiese fundar un hogar, una familia, un proyecto de vida en común.

Karl y Regina habían hecho de sí mismos un personaje que podía ser tomado por un personaje literario. Huyendo de la realidad, huyendo de sí mismos. Por eso llevaban encima una pistola y se dedicaban a investigar los desmanes que cometía el prójimo. Así enterraban el *horror vacui*. Ella enterraba su marrada y aberrante experiencia sentimental de adolescencia, la única que había tenido. Y él enterraba aquel suceso dramático que evitaba evocar, temiendo que lo arrastrase a un callejón sin salida, sin advertir que de hecho se hallaba en punto muerto, precisamente por no haber sabido superar esa tragedia que había marcado fatalmente su vida, impidiéndole afrontar con naturalidad una relación sentimental con otra mujer.

A pesar de no hablarse, en el interior del bólido supersónico de Karl se respiraba una extraña complicidad, como si ambos fuesen conscientes de su identidad de renegados que se empeñaban en vivir ausentes, ajenos a los estereotipos, cual llaneros solitarios. Por eso eran personajes. Personajes de novela o de película, impecablemente vestidos, guapos, apuestos, elegantes. Eran una incongruencia andante, representaban existencias inverosímiles, más allá de lo creíble, de lo factible, de lo aceptable comúnmente. Eran policías de pega porque eran un hombre y una mujer de pega, que se abstenían de ejercer de tal. Estaban allende la realidad circundante, aunque se mezclasen con ella y la investigasen con la lupa de su objetividad profiláctica, mientras vivían con guantes para no mancharse con los detritos de esa realidad.

Regina, más allá de su representación policial, se conformaba con

llevar una vida diletante y solitaria, montaba en bicicleta, leía novelas, se tumbaba en la hierba cuando hacía buen tiempo, jugaba con sus gatitas, veía la tele, paseaba por las estaciones del Metro, se iba de compras, iba al cine y de vez en cuando se masturbaba en la ducha, recordando, entresacando de la tumba de la memoria el tiempo en que su amor mostrenco y bastardo la marcó fatalmente.

Ambos hedonistas en su desapego amnésico, aséptico. Ambos empedernidos en el olvido. Ambos marcados por un suceso traumático que tajó sus expectativas sentimentales a la edad en que echaban a rodar las ansias de realización sentimental. ¿Acaso estaban condenados a no representar el papel que *el patriarcado de Selma* les había asignado? ¿No deseaba él ser asesino invisible? ¿No deseaba ella ser víctima propiciatoria? Desde luego ninguno de ellos había hablado con Selma, no la conocían ni la conocerían, aunque sabrían de su teoría, a través de terceros. Pero les afectaba igualmente ese juego de estereotipos sociales que inspiraría a Selma el argumento de su novela imposible *El asesino invisible*.

Claro que Karl y Regina eran los buenos de la película, se suponía, eran los justicieros. Esos llaneros solitarios en la vida privada-sentimental. Y entre tanto Karl desahogaba sus impulsos naturales mediante aventuras esporádicas con mujeres sin rostro, sin comprometerse, temiendo comprometerse. Y Regina se masturbaba en la ducha, negándose a salir con un chico, temiendo enamorarse. Y juntos investigaban los crímenes que cometían las personas que sí desempeñaban el papel que se les había asignado en el teatro de la vida, las personas que se ajustaban a pies juntillas al mito del patriarcado que vislumbró Selma en su obra inacabada, en esa novela policiaca que nunca vería la luz porque ella misma era personaje capital de su propia novela, era nada menos que la víctima, la víctima propiciatoria.

Claro que la realidad tiene muchas caras, muchas capas, sustratos,

ópticas, interpretaciones y reinterpretaciones. Hay realidades de diferentes tamaños, encapsuladas unas dentro de otras como muñecas rusas Matrioska, y normalmente las personas nos quedamos atrapadas en un sustrato, contemplamos absortas un solo árbol del amplio bosque, el inmediato, el que tenemos delante de nuestras narices. Por eso ni Regina ni Karl tendrían la capacidad de comprender la profunda significación de Selma en esta historia de la que ellos mismos formaban parte. Se mantendrían en la superficie de la realidad, conformes con su participación en la historia. Satisfechos de cumplir con sus obligaciones policiales, con su deber. Nadie esperaría nada más de ellos, nadie les pediría cuentas.

Karl y Regina eran buenos policías, a pesar de todo, y su jefe estaba orgulloso de ellos. El comisario Gustafsson confiaba a ciegas en ellos. *El inspector es mi mejor investigador y ella es la detective más brillante de Estocolmo*. Por eso cuando el caso criminal que investigaban concluyese y el culpable estuviese entre rejas se sentirían todos muy contentos, incluso los periodistas, que anunciarían a bombo y platillo la feliz resolución de tan terrible crimen -el más espantoso de Suecia por sus connotaciones sexistas-religiosas-tecnológicas-, que pasaría a los anales del crimen de esa sociedad opulenta y civilizada, ejemplo a seguir, en la vanguardia de Europa y del mundo entero.

El mundo pasaría página y los acontecimientos seguirían atropellándose. Suecia seguiría siendo Suecia. Los escritores suecos seguirían escribiendo estupendas novelas policiacas. ¿Y la obra inconclusa de Selma? En el anonimato. El sueño de Selma de ser escritora de novelas policiacas quedaría en mero conato. ¿Será que a veces la obra te devora y entras tú a formar parte de ella? ¿Será que a veces la obra te convierte en personaje aunque se supone que tú eres el Creador, un magno titiritero que mueve los hilos de sus marionetas literarias?

Eso es lo que habría escrito Selma, si hubiese podido escribirlo. Pero no, ella acababa rompiendo sus escritos, tirándolos a la papelera, eternamente insatisfecha, incapaz de dar forma a sus pensamientos y a sus proyecciones literarias, que quedaban flotando en el campo astral, esperando que alguien las atrapase, quizá otro escritor, alguien más afortunado que ella. Un hombre, sin duda.

Soy un encefalograma plano. Rebecca se despertó bruscamente. Consultó la hora en su teléfono móvil. Eran las 03: 47 de la madrugada. ¡Maldita pesadilla! Intentó seguir durmiendo. En vano. Era imposible. *¡Estoy temblando!* Y había sudado, comprobó. *¿Cómo puedo sudar en esta casa donde hace un frío del demonio?* Pues sí, tenía el cuello empapado de sudor. Y tenía sudor detrás de las orejas, comprobó. Encendió la luz y se quedó mirando las molduras del techo, bajo la pila de mantas. Volvió a coger el teléfono móvil. ¡Bendito móvil! ¿O maldito móvil?

De pronto recordó la pesadilla, con pelos y señales, como si volviese a sufrirla. *¡He soñado que me quedaba atrapada en el móvil!* Qué absurdo, eso parecía imposible. ¡Y sin embargo había sido tan real, tan vívido! No podía salir del móvil, por más que lo intentase. Estaba integrada en sus circuitos, en su realidad virtual. Sólo podía moverse dentro de las aplicaciones del móvil. Entrar en WhatsApp. Entrar en Facebook y en Twitter y en Instagram, Tumblr, LinkedIn. En su correo electrónico de Hotmail. En los juegos para móvil que había descargado. Incluso podía ver vídeos y pelis en YouTube, hacer fotos y poner música. Pero cuando intentaba salir del móvil y comunicarse con las personas directamente, nanai de la China.

Condenada a la virtualidad del móvil por toda la eternidad. Ése era el mensaje de la pesadilla. Y encima ese maldito pensamiento que no paraba de machacarle la cabeza durante toda la pesadilla: *soy un encefalograma plano.*

¡Yo no soy un encefalograma plano! ¿Quién se había inventado esa pesadilla para atormentarla? Qué ridiculez. En la pesadilla hacía selfis a su propio ombligo. En lugares donde se moría una y otra vez. En precipicios y acantilados. En rascacielos y puentes colgantes. Hacía el selfi a su propio ombligo, con unas vistas impresionantes de fondo, enviaba la foto a sus contactos a través de WhatsApp, Facebook y Twitter. Y luego me doy un hostiazo del copón, la palmo, para acto seguido renacer de mis cenizas como el ave Fénix y volver a despertarme atrapada en las aplicaciones del móvil.

Al principio la cosa tenía gracia. Luego empezó a dejar de ser divertida. Siempre lo mismo. Chatear, mandar mensajes, selfis, música, juegos, chistes compartidos. Un carrusel frenético, desquiciante. Y en cada muerte y renacimiento, tras el selfi compartido en las redes sociales, perdía una parte de su cuerpo, un dedo del pie derecho, el anular de la mano izquierda, el lóbulo de la oreja derecha, la ceja izquierda. Primero las partes pequeñas del cuerpo. Luego las más grandes. Qué desquiciante mutilación. Sólo estaba a salvo el ombligo, para que pudiese hacerse selfis. Y la pesadilla tenía banda sonora. Se escuchaban de fondo unas carcajadas terribles, suscribiendo esa estúpida frasecita que le machacaba la cabeza: *soy un encefalograma plano.*

Rebecca reflexionó, intentó hacerlo. Cuando intentaba reflexionar le dolía la cabeza. Pero ahora había que pensar, había que aclarar las cosas, había que aclarar el significado de esa maldita pesadilla. Porque era verdad que el móvil se había convertido en su vida. *Vivo a través del móvil. Las cosas que no puedo vivir a través del móvil no tienen sentido, no me emocionan, no me transmiten nada.* Y eso era peligroso, o por lo menos lo era según la pesadilla, si tomaba a la pesadilla como una especie de juez, un maestro de escuela, el pastor de la iglesia, un político o el propio Dios. La

pesadilla, si fuese Dios, había enfocado su dedo acusador hacia ese aparatito mágico. El bendito teléfono móvil. ¿O quizá era maldito?

¡Dios mío! ¿Por qué me tiene que pasar a mí todo lo malo? ¡Soy una ceniza, una fracasada, una perdedora! Tengo la mala suerte pegada al culo. Y encima viene esta pesadilla a fastidiarme la vida, como si no estuviese bastante fastidiada de fábrica. Mi padre es un borracho putero. Mi madre, la pobre, tuvo que morir para descansar de los disgustos que le daba mi padre, para descansar de los cuernos y las palizas y las vejaciones y las humillaciones y las violaciones. Y yo, que podría hacer muchas cosas, me dedico a lavar culos de viejos, a cambiar pañales a los niños y a limpiar casas de gente pudiente como una Cenicienta. ¡Y encima de toda esa basura viene una pesadilla metida a Dios a decirme que el móvil, mi válvula de escape, mi muleta y mi muletilla, la única luz de mi vida, es el Diablo en persona y me va a fastidiar viva!

Rebecca comprobó que la cabeza ya le dolía horrores. Siempre le pasaba cuando se ponía a pensar, era infalible, como encender un interruptor. Pero ahora no era por culpa de sus desgracias. No era por culpa de haber nacido mujer ni esas monsergas. Era por culpa del móvil, qué ridículo. O más bien por culpa de esa pesadilla metida a dedo acusador del mismo Dios.

Rebecca buscó desahogo en el móvil. Durante dos horas desconectó de la pesadilla gracias al móvil. ¡Podían hacerse tantas cosas increíbles en ese aparatito! Era un aparatito mágico. Gracias al móvil se olvidaba de todo. Se olvidaba de ella misma y de todos sus problemas. Era como vivir mil vidas diferentes condensadas en una, en un soplo, en un sorbo. Porque el móvil te proyectaba en el espacio infinito.

A esa hora en la otra parte del mundo estaban despiertos. Gracias al móvil podía desahogarse chateando con las personas que estaban despiertas en la otra parte del mundo. Se metió en una web de contactos y contactó con un

colombiano. *Está más salido que el pico de una mesa.* El colombiano quería verla. *Quiere hacerse una paja. No problem, cariño.* Rebecca le enseñó unas cuantas posturas insinuantes. Luego se aburrió y se puso a jugar frenéticamente a unos cuantos juegos. Había adquirido una habilidad pasmosa para desenvolverse con su móvil. Como si realmente se hubiese integrado en sus aplicaciones, como sucedía en la pesadilla.

Todas sus amigas estaban durmiendo. Menos una, la de siempre. Rebecca tenía un montón de amigas a las que apenas veía. La amistad se sustentaba a través del móvil. Y tenía un océano de contactos repartidos por todo el planeta. Eso le hacía sentirse muy acompañada, muy popular. *Tengo mucho éxito, arrasó en las redes. Muchos tíos me han declarado su amor. Muchos se hacen pajas pensando en mí.* Rebecca a veces hacía un pequeño vídeo con posturas insinuantes y lo colgaba en YouTube y el vídeo arrasaba. *Algunos me llaman la modelo sueca de YouTube.*

Claro que todo eso ocurría en el móvil. Fuera del móvil seguía lavando culos de viejos, seguía cambiando pañales y limpiando casas, seguía teniendo un padre borracho y putero. Así que estaba clara la dualidad existencial. La felicidad estaba dentro de móvil, evidentemente, porque allí además te podías poner cualquier música preciosa y emocionante y ver pelis y ver vídeos chulísimos. Y fuera del móvil estaban los problemas, que eran un cerro. ¿Cómo podía tener entonces esa maldita pesadilla la pretensión de acusar de diabólico a su querido y salvador móvil? *Dios, ¿qué sería de mí sin el móvil? ¡Estaría perdida!*

En realidad no le importaría quedarse atrapada para siempre en el móvil. Sería una bendición. El punto de vista de la pesadilla era erróneo. *Quedarse atrapado en el móvil sería una bendición, no una pesadilla, porque nunca más habría problemas y todo sería felicidad.* Claro que eso era imposible. *Quedarse atrapado en el móvil, me refiero.* En todo caso se

trataría de quedarse atrapado en el móvil metafóricamente hablando. Y que fuera del móvil todo se redujese a un páramo existencial. Eso sí podía pasar, desde luego. En cierto modo ya le estaba pasando. Si un día se viese obligada a prescindir del móvil se moriría de aburrimiento y se sentiría terriblemente deprimida y le darían ganas de darse cabezazos contra las paredes. ¡El mundo se le vendría encima como en una demolición general!

Rebecca vio en YouTube algunos vídeos chistosos que no le hicieron gracia. Y algunos vídeos pornográficos que no la excitaron. Y escuchó unas canciones que no la emocionaron. Y chateó un poco con esa amiga suya del colegio que estaba el santo día conectada y no paraba de compartir cosas porque vivía aún más atrapada en el móvil que ella. Y curioseó en Facebook las cosas que compartían sus contactos o las movidas en las que andaban metidos. Y echó un ojo a los tweets más chispeantes y empezó a ver una peli que tuvo que cortar porque no podía concentrarse para verla. Estaba amaneciendo. O quizá había amanecido hacía ya un rato. No se daba cuenta de esas cosas hasta que ya era demasiado tarde para darse cuenta de ellas.

Rebecca estaba muerta de sueño, estaba agotada, necesitaba descansar. Hoy tenía un turno distinto. Entraba a las once en una casa. Y le habían dicho que quizá debía quedarse a dormir allí. La familia tenía una celebración importante, vendría mucha gente a la casa, habría que hacer muchas cosas. *Pero no he podido dormir, maldita sea. ¡Maldita pesadilla! ¿A quién se le ocurre soñar algo tan absurdo? ¡Con lo feliz y contenta que estaba yo con mi teléfono!* No pudo resistir la tentación. Lo hizo como un desagravio, para hacerle un corte de mangas a la pesadilla y darle la vuelta a la tortilla y demostrar que ella tenía razón y que la pesadilla metida a dedo acusador de Dios estaba equivocada de parte a parte. *Sí, lo hago, claro que sí, aunque parezca ridículo y absurdo. ¡A la porra con toda esta basura!*

Rebecca hizo un selfi a su propio ombligo y lo compartió en las redes

sociales. No tardó en recibir la respuesta. Desde diferentes puntos del globo terráqueo. Rebecca leyó los mensajes con avidez, saltando de una red a otra. Un jamaicano le declaró su amor eterno: *Tu ombligo me ha enamorado, querida. Voy a componer un rap en su honor. Luego nos casaremos, si te parece bien. No te preocupes por la distancia, amorcito. Nuestro nido de amor será la vasta Red.*

24

Magnus observó circunspecto a Adam, su hermano gemelo. *Eres un descerebrado, hermanito. Un soplacirios. ¡Nunca tuviste sangre en las venas!*

-¡Qué nervios!

-¡Calla, Adam! ¡No te soporto cuando te pones en plan llorón!

-Lo que tú digas.

-La primera cita es un momento crítico, hermanito, que exige concentración máxima. Se trata de sacar lo mejor de uno mismo. Hay que mostrarse inspirado y genial. Una obra de arte interpretativo, como en el teatro o el cine. La actuación estelar, anticipadamente memorable, por lo menos para la víctima.

Adam estaba perplejo. Las reacciones fisiológicas se repetían. Le sudaban las palmas de las manos. ¡Y ese maldito hormigueo que le recorría el cuerpo y desembocaba en incómodos picores!

-Estoy sobreexcitado –dijo-. ¡Necesito alcohol, con urgencia, ya!

-Es imposible conseguirlo. Estás en Suecia, tío. ¡Esto no es Noruega, métetelo en la mollera! Aquí el estado monopoliza la venta de alcohol mediante su Systembolaget.

-¡A la mierda con *la compañía del sistema!*

-Sólo ellos pueden vender bebidas con más de tres grados y medio en sus comercios con horario restringido que chapan a las seis de la tarde. Eso

cuando das con uno que te pille más o menos cerca. Y los sábados, como hoy, ¡para de contar! Cierran a las tres de la tarde. ¡Hijos de Satanás! ¡Como para volverse loco!

-Ahora que caigo, conservo en la alacena una botella de la destilería Mackmyra Svensk Whisky.

-¿Qué es eso?

-Una curiosa empresa, formada por ocho universitarios amigos de empinar el codo.

-Eso está bien.

-En 1998 decidieron desterrar el mito de que en Suecia no se puede elaborar whisky.

-¡No me jodas que hacen whisky esos pavos!

-Ocho años después sacaron al mercado las primeras botellas.

-¿Sabe bien?

-Tiene un toque afrutado y a vainilla.

-Dudo que supere a los whiskies escoceses.

-¿Por qué crees que sólo hay buen pimple en Islay?

-No cambio por nada el sabor de turba y humo que tiene el whisky escocés.

Adam abrió la botella y bebió directamente del gollete hasta calmar a la culebra de inquietud que le corría por el estómago. Luego le pasó la botella a Magnus.

-¡Esto está cojonudo, hermanito!

-Ya te lo dije. Aunque no te conviene abusar del alcohol o acabarás como Larsson.

-¿Por qué te empeñas en llamar a padre por su nombre de pila?

-¡Es un borracho!

-Como la mayoría de los suecos. ¿Por qué crees que me fui a Noruega?

¡Este país es una basura! Y ahora encima el gobierno retira de los supermercados las bebidas que superen los tres grados y medio. ¡Serán imbéciles! Al final aquí no habrá más que monjas y maricones. Sólo se libra la cerveza Lättöl, que tiene una graduación tan baja que ni los niños pueden emborracharse con ella.

-A mí me parecen bien esas medidas restrictivas.

-¡Tú siempre has sido un calzonazos soplacirios, Adam!

-Nuestros orgullosos ciudadanos actuales ignoran que en el siglo XIX Suecia era uno de los países más pobres de Europa y sus deprimidos habitantes tenían que consolarse poniéndose ciegos de aguardiente, con lo cual era imposible que levantasen el país de la miseria.

-¡Habló el pastor de ovejas descarriadas! ¡Padre sí que sabía saltarse las restricciones! ¿Te acuerdas cuando iba a Fredrikshavn y regresaba a Gotemburgo llevando en el ferry un carro de supermercado repleto de botellas que había comprado tiradas de precio?

-Claro, una vez lo acompañé. Me llevó a uno de esos famosos puticlubs daneses para desvirgarme.

-¡Era un genio! En verano se iba en ferry a Rügen. Allí el vodka siempre ha sido de mejor calidad. Y más barato que en Dinamarca. ¡El viejo practicaba turismo etílico!

-No entiendo cómo pudo acabar así.

-Se le fue la mano en una rutinaria *puesta a punto* de su mujer, eso es todo. Le abrió la cabeza con un cenicero de mármol. La mató en el acto.

-Ese loco de Larsson. Ahora entiendo por qué está entre rejas. ¡Qué vergüenza! Y yo pensando que Vera simplemente se había largado.

-Selma lo sabía.

-¿Qué estás diciendo?

-Se lo conté yo. Un día encontró una de las cartas que me envía padre

desde chirona.

-¿Por qué no me enteré de nada?

-¡Tú siempre estás en la inopia, hermanito! En tu mundo de colores...

Adam sonrió con tristeza. En el fondo Larsson le caía bien. Sólo había cometido un error en la vida, casarse con una prostituta.

-Vera era una zorra -dijo.

-Como todas, si a eso vamos.

Adam pensó que Larsson la había conocido durante una de sus visitas a Estocolmo, que en aquella época era el paraíso de los burdeles. Por fortuna ahora las autoridades habían puesto coto al problema, cerrando hasta las casas de masajes, y apenas se veían putas en la calle.

-Larsson debió viajar a Estocolmo después de 1999, cuando se aprobó la ley que penaliza la compra de servicios sexuales.

-¡Hay que fastidiarse, hermanito! ¿Cómo puedes ser tan puritano?

-La prostitución no deja de ser un aspecto más de la violencia y la explotación masculina de las mujeres, como dice el enunciado de la ley.

-¿Pero tú te oyes a ti mismo? ¿En qué siglo vives?

Magnus y Adam siguieron bebiendo. A Magnus le alegraba que su hermano tuviese una cita con esa tal Ursula, ¡una menor! *Me mola mogollón*. Había decidido esconderse para ejercer de *voyeur*, que era una de sus actividades clandestinas preferidas.

-¿Cómo es ella? Ponme en antecedentes.

-¿Ursula? Una víctima propiciatoria.

-De coñito oferente, querrás decir.

-Es por su entorno familiar desestructurado.

-¡Eh, deja de hablar como un cura!

-Hace dos años fallecieron sus padres en un accidente absurdo.

-Me chifla todo lo absurdo. Cuenta, cuenta.

-La lió parda una mujer que sufría trastornos psiquiátricos, empleada del servicio de limpieza de la compañía ferroviaria Arriva.

-La historia empieza bien.

-Robó de madrugada un tren que estaba estacionado en el depósito de Nacka, a las afueras de Estocolmo.

-Lo conozco. Allí me follé a una fulana griega que me birló la cartera. Tenía tal trompa que no pude encontrar mis calzoncillos, ya sabes lo fetichista que soy yo para esas cosas, y me pasé la noche dando tumbos por la vía para buscarlos.

-¿Quieres que te lo cuente o no?

-Sí, hombre, todo el micro para ti. ¿Así que la loca robó un tren?

-Lo condujo durante varios kilómetros y luego lo estrelló contra un bloque de viviendas.

-Seguro que llevó el tren hasta la estación final de Saltsjöbaden.

-Pues sí.

-Lo digo porque allí hay un sitio a huevo para que pase eso.

-El caso es que la mujer no pudo frenar a tiempo.

-En Saltsjöbaden si vas con exceso de velocidad te endiñas un castañazo. Recuerdo que hace tiempo descarriló un tren en la curva que hay antes de entrar en la estación.

-La tía acabó saltándose la barrera y se empotró contra un edificio.

-Como si lo estuviese viendo.

-El tren dio justo en la pared del dormitorio de los padres de Ursula.

-¡No me jodas!

-Te lo juro.

-¡Dios! ¡Sí que hay gente ceniza! ¡Eso sí que es un dulce despertar!

-Los trasladaron en helicóptero al hospital Karolinska, pero murieron a las pocas horas.

-¿Por eso tuvo que venirse Ursula a Knutby?

-Claro, aquí vive con su abuela materna, que está viuda y se mantiene de las rentas que le ha dejado el marido.

-¡Bendito marido! Ya ves, al final los tíos siempre sacamos las castañas del fuego a las pibas.

O eso, o nos las cargamos. No hay término medio, como decía Selma.

-¿Qué relación tienen las pisadas con *ella*? –preguntó Regina aprovechando que el inspector se había obligado a aminorar la marcha porque estaban atravesando un núcleo urbano.

-Aún no lo sé.

-¿Entonces por qué vamos allí?

-Eran de la talla treinta y ocho, ¿no?

-Eso han dicho los peritos. Estaban bien marcadas en la nieve.

-¿Qué talla calza el pastor?

-Cuarenta y uno.

-Vaya por Dios. En cualquier caso un hombre alto y corpulento no calza treinta y ocho, que yo sepa, a menos que se le hayan encogido los pies por algún medio estrambótico. Juraría que en esta historia hay gato encerrado.

Hubo una pausa.

¿Sabe? No puedo concentrarme en la carretera y en la conversación que mantengo con usted. Lo reconozco, se me han clavado en la cabeza sus piernas, señorita Andersson. Recostada en ese asiento tan reclinado... La culpa es de su sucinta minifalda. Me complace que le llegue a la mitad del muslo. ¡La imagen es de lo más sugerente! El problema es que al maniobrar la palanca de cambios me tienta sucumbir a la tentación de desplazar la mano a la derecha. Por añadidura usted, siempre tan osada en cuestiones de vestimenta, desafía a las inclemencias climatológicas desabrigando sus

extremidades inferiores. ¡Brillan por su ausencia los imprescindibles leotardos a los que recurren las mujeres que se atreven con la falda en invierno! Y la verdad es que las medias le caen de perlas, dicho sea de paso. Esas medias brillantes, de lycra, vuelven aún más incitantes sus irresistibles piernas.

-Dígame una cosa...

-¿Ahora toca uno de sus radicales virajes en la conversación, inspector?

Karl tomó a noventa kilómetros una curva en la que estaba prohibido sobrepasar los sesenta, aunque el deportivo se pegaba tanto al asfalto que no se percibía sensación de inseguridad al cometerse ese tipo de temeridades en la conducción.

-Supongo que estará acostumbrada a mis repentinas salidas de tono.

-Claro, jefe. Soy toda oídos.

Karl carraspeó.

-Si no recuerdo mal, en una ocasión comentó que no tiene novio...

-Así es.

-¿Nunca ha tenido novio?

Regina apoyó la nuca en el cabecero del asiento y sonrió, con los ojos entornados.

-Hay recuerdos que preferiría olvidar.

-A veces es bueno ejercer de *desenterrador de la memoria*.

-Por suerte los he desdramatizado y ahora hasta me hacen gracia.

-¡Estupendo!

-Hubo uno, hace diez años.

-¿Tanto? ¿Tenía usted... diecisiete? ¿Y él?

Regina se sonrojó.

-Era mayor –dijo, bajando la voz, tras una pausa de indecisión.

-¿Cómo de mayor?

La detective ahora se mostró visiblemente incómoda. Se revolvió en el asiento, cruzó las piernas y volvió a descruzarlas, ajena al efecto que causaba en el inspector la fricción de sus medias. Luego inspiró profundamente y se volvió para encarar a su jefe.

-Me apetece contárselo, sí. Precisamente a usted. Entre otras cosas porque nunca le he hablado a nadie de ello. Es más fácil confesarse a un *extraño*. No ponga esa cara. No pretendía ofenderle.

-¡Me tiene en ascuas!

-Tenía cuarenta y dos años.

Sobresaltado, Karl giró el volante involuntariamente y el deportivo invadió la línea continua que delimitaba el arcén.

-¡Por Odín! –exclamó, centrando de nuevo el coche en el carril.

-Era escultor. Su casa ocupaba toda la planta baja y tenía un patio enorme que estaba lleno de esculturas mitológicas y surrealistas. Yo me quedaba embobada mirando sus obras desde el balcón.

-¿Dónde vivía usted?

-En el tercer piso.

-Y de tanto mirar sus obras acabó mirándolo a él.

-¡Exacto! Y él me invitó a su taller para que lo viese trabajar. Y yo accedí. Así empezó todo. Y acabó... A los ocho meses.

-¿Murió?

Regina asintió con la cabeza, fijando la mirada en la carretera, de pronto abstraída.

-Muerte súbita, dijeron los médicos.

-Vaya, debió de ser un golpe muy duro para usted. Lo siento, aunque sé que suena estúpido decir eso.

-Gracias, inspector.

-¿No tuvo más relaciones?

-No.

-Bueno, la vida da muchas vueltas.

Regina soltó una risotada.

-¿Qué le hace gracia?

-A veces se pone usted muy formal y sentencioso, inspector.

-Al revés, prefiero decir cosas sencillas cuando se supone que toca hacer un comentario filosófico.

-Lo desdramatiza todo, ¿verdad?

-Qué remedio.

La detective suspiró.

-Me siento mejor ahora. Liberada, podría decirse. Supongo que es positivo compartir las experiencias. Sobre todo las que marcan nuestra vida. ¿Y usted, inspector? ¿Es un lobo solitario?

-De los pies a la cabeza.

Regina le dedicó un guiño seductor.

-Oculta algo, fijo. Todos los colegas del inspector Karl Johansson piensan lo mismo. Es un rumor muy extendido en la policía de Estocolmo. Lamento no tener la exclusiva. Muchas veces me he preguntado a qué obedece la obsesiva discreción con la que separa su vida privada de su vida laboral.

-Siga preguntádoselo.

-No es justo. Yo me he sincerado con usted. *Quid pro quo*.

El paisaje era un monótono lienzo blanco y un puñado de casas desperdigadas aquí y allá. Habían dejado de caer los insidiosos copos de nieve que parecían pelladas de algodón. Tampoco llovía y las ráfagas de viento racheado habían remitido. Un tibio sol envolvía la atmósfera, imprimiendo en la blancura reinante un brillo onírico.

-Yo estuve emparejado, señorita Andersson –confesó de pronto Karl,

en un tono grave.

-¿Se casó?

-No creo en la institución del matrimonio. Ni en ninguna otra institución o estamento.

-¡El hombre anárquico!

-Políticos, iglesias, medios de comunicación, bancos, multinacionales, jueces. ¡Todos están pringados de mierda hasta las cejas! Y si me apura usted hasta los policías. La mitad son corruptos.

-¿También el comisario Gustafsson?

-Gustafsson es un soñador trasnochado que se ha propuesto lavar la cara a Suecia, o por lo menos a Estocolmo. Es tan cándido que se cree las estadísticas al pie de la letra. Ahora le ha dado por pensar que Estocolmo es un hervidero de violadores activos o en potencia.

-Las estadísticas dicen que Suecia es uno de los países donde hay más violaciones.

-Las estadísticas son falsas. Lo que ocurre aquí es que las víctimas se atreven a denunciar, cosa que no ocurre en la mayoría de los países. Si saliesen a relucir todos los casos reales de violación se invertiría el orden de las estadísticas y Suecia quedaría entre los últimos lugares.

A Regina no le pillaba de nuevas el carácter subversivo y ecléctico de su jefe, que dudaba de todo. Pero le interesaba más su vida sentimental que las estadísticas.

-¿Fue hace mucho?

-Cuando nos conocimos yo tenía dieciocho y ella dieciséis. Tuvimos una hija. La pequeña Sandra. Mi Sandrita.

Karl se interrumpió, solemne. La detective comprendió que se habían acabado las frivolidades. Por primera vez su jefe renunciaba al personaje que había hecho de sí mismo y salía a flote una identidad hasta entonces

sumergida.

Selma se sentó delante de la Remington. *El asesino invisible*. Acarició su carcasa negra, suave, mate, de contornos curvos. Sus teclas redonditas. *El mejor regalo que me ha hecho papá*. Naturalmente no era una máquina nueva, sino de segunda mano. Le gustaba pensar que había pertenecido a un escritor. ¿Qué novelas habría escrito con esa máquina de escribir? Seguramente era un autor de novelas policiacas consagrado. En Suecia había un montón de escritores buenísimos de novelas policiacas.

El asesino invisible.

Sigo a vueltas con mi asesino invisible. Sólo tenía clara una cosa: era un hombre. La cuestión era quién. Podía ser cualquiera. *La mayoría de los hombres son asesinos invisibles en potencia*. Adam lo era. Y su hermano gemelo Magnus. Y Finn. Por ejemplo. Cualquiera de los tres podía ser el protagonista de su novela. *Los hombres son asesinos invisibles en potencia y las mujeres somos víctimas propiciatorias en potencia. Así va el mundo como va. Por eso los hombres se comen la Historia y las mujeres nos conformamos con nuestro papel de comparsas*.

Selma quería reflejar todas esas ideas en su novela. Sus teorías sobre el reparto de género en la historia de la humanidad. Sobre los estereotipos-arquetipos de lo masculino y lo femenino que condicionaban fatalmente la evolución de la humanidad, la historia del día a día y la historia con mayúsculas. El reparto de poder. El peso de la psicología en las relaciones

entre hombres y mujeres y las consecuencias de esas relaciones en la sociedad. *El mundo está injustamente repartido porque es injusto el reparto entre el hombre y la mujer.* No es que ella fuese una feminista a ultranza. Simplemente constataba la realidad.

Y lo curioso era que nadie se atrevía a refrendar esa realidad, ni los hombres, por descontento, ni las mujeres, que se conformaban con reivindicaciones superficiales, sin decidirse a abordar la cuestión de fondo. El patriarcado estaba grabado a fuego en la mente de todos, hombres y mujeres. Y condicionaba fatalmente su comportamiento. Las relaciones entre hombres y mujeres obedecían a unos perversos automatismos psicológicos que convertían a los hombres en asesinos invisibles en potencia y a las mujeres en víctimas propiciatorias en potencia. *¡He ahí la clave conceptual de mi novela!*

Los malos tratos y las violaciones eran un ejemplo fehaciente. *El hombre se siente impulsado a representar su papel de asesino invisible y la mujer se siente impulsada a representar su papel de víctima propiciatoria. Es una pulsión psicológica irresistible, que nos supera siempre; está más allá del umbral de nuestra consciencia. Por eso caemos en el mismo juego una y otra vez, nosotras y ellos. ¡Es superior a nuestras fuerzas, a nuestra capacidad de raciocinio!*

Ella también había caído en la trampa. Se había liado con Finn, que tenía muy arraigado en su personalidad el papel de asesino invisible. Y luego se había casado con Adam, que también tenía muy arraigado el papel de asesino invisible, aunque de una forma diferente, más apagada, quizá. Se conformaba con las bofetadas y las ofensas de palabra. Era cobarde. En cambio Finn, mucho más brutal, sí era capaz de asesinar a sangre fría.

Cuando Selma llegó a esa conclusión, *cuando me di cuenta de la identidad esteparia de Finn*, decidió pasar página. Rompió con Finn. Era muy

peligroso. *Normalmente todos los hombres se sienten impulsados por ese perverso resorte psicológico inducido por el patriarcado. Todos necesitan ser asesinos invisibles, desean serlo por encima de cualquier otra cosa. Al igual que nosotras necesitamos y deseamos ser víctimas propiciatorias. Claro que cada uno representa el papel en función de sus limitaciones personales. Algunos hombres y algunas mujeres consiguen sobreponerse a la influencia del perverso resorte psicológico inducido por el patriarcado, los que tienen una personalidad más fuerte e independiente. Pero la mayoría caemos en la trampa, de un modo u otro, con mayor o menor intensidad.*

Finn, por su naturaleza instintiva, visceral, hedonista, bestial, era un claro candidato a asesino invisible perfecto. Las personas más atrasadas, más involucionadas, más apegadas a lo instintivo, eran quienes mejor representaban el papel que les correspondía en el teatro de la humanidad. En cambio los artistas, por definición, se negaban a someterse a ese imponderable. Su sensibilidad y su necesidad de independencia personal los blindaba frente a la influencia del mito castrante impuesto por el patriarcado en el subconsciente de las sociedades de todos los tiempos.

Todo eso he de desarrollarlo en mi novela, se dijo Selma mientras Casper y Erik, sus hijos, jugaban ruidosamente. Luego volvió a repasar a los diferentes candidatos. Adam resultaba un tanto flojo. *Es absurdo que me haya casado con él.* En realidad se había casado con él para olvidarse de Finn, para quitarse a Finn de la cabeza. *Es algo que solemos hacer las mujeres y vamos de Guatemala a Guatepeor.* Selma se reprochaba amargamente sentirse tan condicionada por la perversa pulsión del patriarcado que la obligaba inconscientemente a representar el papel de víctima propiciatoria, llevándola de un maltratador psicológico a otro físico.

Eso significa que soy primaria. Si fuese un espíritu elevado, sensible, consciente, independiente, no caería en esa maldita telaraña, sutil y

subliminal, del patriarcado, y simplemente me dedicaría a escribir novelas policiacas, como deseo hacer. Le bastaba echar un vistazo a su alrededor para comprobar los perniciosos efectos de ese fenómeno psicológico, el mito del asesino invisible. ¡Qué pocas personas conseguían sustraerse a sus perniciosos efectos!

Mamá, por ejemplo, nunca ha podido desarrollarse como mujer y como persona individual, independiente, al margen de papá, el hombre omnisciente y todopoderoso. Siempre ha estado supeditada a papá, a sus deseos y caprichos. Aunque su sometimiento no implicaba malos tratos físicos, era evidente la castración psicológica que había sufrido. Papá le ha comido la moral desde el principio. Su madre no tenía voz ni voto, aunque pareciese lo contrario. Papá es el tirano de la casa, el reyezuelo.

*Y eso ocurría en Suecia, que es una de las sociedades más avanzadas del mundo, se supone. No ocurría en Afganistán ni en Angola o en Bolivia. El patriarcado ha instaurado el mito en el mundo desde el principio de los tiempos. Y aún no se ha producido una toma de conciencia colectiva de ese hecho. Ni siquiera las organizaciones feministas son claramente conscientes de la dimensión del problema y se enzarzan en reclamas cosméticas. Su novela *El asesino invisible* pretendía cubrir ese vacío, poner el dedo en la llaga.*

Teléfono. Gunnar.

-¿Cómo está mi hermano preferido?

-Soy tu único hermano, que yo sepa.

-¿Alguna novedad?

-Claro y una bien gorda. ¡Acabo de salir del armario!

-¡Qué gran noticia! ¡Me alegro mucho por ti!

-Y yo más. Se estaba muy incómodo allí dentro.

-¿Cómo se lo ha tomado papá?

-Estupendamente. Ha resultado un hombre perfectamente civilizado.

Pero no dejaba de ser un hombre fatalmente condicionado por el mito, como la mayoría, por mucho que aceptase la condición homosexual de su hijo y por ello pudiese considerarse un hombre *perfectamente civilizado*, se dijo Selma. Y se preguntó hasta qué punto los gays no se veían influidos-afectados por el perverso mito del patriarcado. ¿Quizá algunos hombres eran gays precisamente para quitarse de encima las garras del mito y ser libres psicológicamente?

-¡Eso es genial, Gunnar! ¿Cómo está Olof?

-Muy contento y orgulloso. La verdad es que fue él quien me animó a dar este paso.

Selma se dijo que Olof, el novio de su hermano, era un chico especial, muy educado y sensible, aparte de ser la mar de guapo. ¿Cómo sería la relación entre ellos? ¿Habría *paridad*? ¿O indefectiblemente uno adoptaba el papel de asesino invisible y el otro de víctima propiciatoria?

-Te tengo que dejar. Creo que me está llamando Olof.

-Besos.

Selma se quedó mirando el móvil. *Sería interesante hacer un estudio sociológico-psicológico entre las parejas gays para conocer su comportamiento. Si las parejas gays no están fatalmente condicionadas por el mito podría extrapolarse su comportamiento a las parejas heterosexuales.*

Otra llamada. *Mamá.* ¿Habría tormenta familiar?

-Hola, mamá.

-¿Cómo estás, hija?

-Bien, como siempre. ¿Y tú?

-Bien. Tu hermano le ha dicho a tu padre...

-Lo sé. Gunnar acaba de llamarme.

Pausa.

-Tú lo sabías, ¿verdad, hija?

-Claro, mamá. Y tú también lo sabías.

-Sí.

Selma escuchó las habituales fórmulas de cortesía. *Saludos a tu marido. Besos a Casper y Erik.*

Mamá adora a mis hijos. Son la luz de su vida. Vive pensando en el día que los llevaré a su casa. Pero no se atreve a abordar el meollo de la cuestión. Aunque sabe que no soy feliz con Adam, lo ve como algo normal. Ella tampoco es feliz con papá. El fatalismo forma parte de su naturaleza de víctima propiciatoria. Y acepta estoicamente su desgracia y la mía. Que es precisamente lo que pretende el patriarcado con su perverso mito.

-Me pregunto qué estará haciendo ahora el viejo –dijo Adam.

-En la última carta me dijo que iba a mudarse –replicó Magnus-. Los Servicios Penitenciarios chaparon cuatro cárceles, las de Aby, Haja, Batshagen y Kristianstad.

-Eso es por la escasa afluencia de convictos. Otro éxito más de los gobiernos de turno y sus políticas de rehabilitación y reinserción de prisioneros.

-¡Vete a la mierda, hermanito!

-Nuestro país, del que tú tanto reniegas, lidera la vanguardia europea en urbanidad, prosperidad y bienestar social, a ver si te enteras.

-¡Hablas como un político!

-¿Sabes que en Suecia hay menos de cinco mil personas encarceladas? Es una cantidad ínfima para una población de nueve millones y medio de habitantes. ¿Qué haces?

-Mirarme el careto en este hermoso espejo de cuerpo entero, ¿no lo ves?

-Este espejo lo puso Gina.

Adam aprovechó para echarse un vistazo a sí mismo. Examinó su cabello negro, rebelde, estropajoso. Sus ojeras. Su escueta barba. Sabía bien que no era un hombre atractivo físicamente. Los rasgos de su cara redondeada resultaban casi vulgares, con esa nariz demasiado gruesa y esas cejas

pobladas que se encrespaban, confiriéndole un aire de halcón, por no hablar de la piel terrosa y de tacto poco agradable.

-Soy condenadamente feo.

-Eso no importa, hermanito. Para seducir hay que camelar, convencer, vender. En definitiva, engañar. Como haces tú a la perfección desde que tienes uso de razón, curita.

Llamaron a la puerta.

-¡Dios, es ella! ¡Ha acudido a la cita, se ha atrevido a hacerlo! ¡No me lo puedo creer! ¡Bendita Ursula!

-Te dije que vendría.

-Hoy es mi día de suerte. Ursula es perfecta, lo tiene todo. ¡Mi mujer ideal, mi ensoñación! ¡Ella encarna todos mis deseos!

-¿Hasta los más intrincados y recónditos?

-¡Sí!

-¿Lo ves? ¡El buen Dios ha escuchado por fin *nuestras* plegarias!

Mientras Magnus se ocultaba para ejercer de *voyeur*, Adam se drapó el chaleco rojo con bordados del traje nacional sueco -que se ponía en las ocasiones especiales-, se ajustó el pañuelo al cuello, inspiró profundamente repetidas veces y contó hasta diez. Luego abrió la puerta.

Allí estaba. Ella. Ursula. Con su espléndida melena rubia y sus quince años pletóricos. Con su carita de porcelana delicadamente cincelada y sus brillantes ojos de color esmeralda. Y sobre todo con su cuerpo de gloriosa ninfa. Lo lamentable era que ese cuerpo *divino* estuviese embutido en aquellas ropas invernales que tanto la desmerecían. La pobre niña no sabía vestirse y apenas se arreglaba. ¡Era un desastre! Se notaba que tenía el amor propio por los suelos y que no era consciente de su propia belleza. Ni de la pasión que había despertado en él...

-Hola, Adam.

-Hola, pequeña.

-¿Llego tarde?

-¡No, criatura, llegas perfectamente!

Ursula sonrió con timidez.

-Pasa, no te quedes ahí, que hace frío.

-Pensé que te habías olvidado de la cita.

-¡Por Dios! ¿Cómo iba a olvidarme? ¡Anda, ponte cómoda!

Adam le quitó el grueso anorak.

-Tienes una casa preciosa.

-Gracias.

A Adam le hizo gracia que Ursula se sentase justo en el rincón del sofá donde le gustaba acoplarse a Hanna, y antes que ella a Gina y también a Rebecca. *Son como ovejitas desvalidas en busca de seguridad.* Ursula más que ninguna.

Se acomodó a su lado, muy cerca, y le tomó la mano.

-¿Qué tal?

-Bien.

-Tenía muchas ganas de estar contigo a solas.

Ursula se sonrojó.

-En la iglesia no hay oportunidad de hacerlo, con los rezos y demás.

Ursula asintió, rehuyendo su mirada. Temblaba ligeramente. Era vergonzosa, estaba cohibida, su proximidad la violentaba. Pero se sentía a gusto con él. Por eso había acudido a la cita, haciendo de tripas corazón, armándose de valor, después de tantos ruegos e insistencias. *Ven a mí, Caperucita.*

-Tus padres eran noruegos, ¿no?

-Sí, pero yo nací aquí.

-Qué rápido has contestado. ¿Te sientes orgullosa de ser sueca?

-¡Claro!

-Ya veo, y no te gusta que te recuerden tus orígenes noruegos.

-No mucho.

-¿Se casaron antes de emigrar?

-Llevaban dos años casados.

-¿Por qué vinieron?

Ursula profirió una risita nerviosa, tapándose la boca con la mano. ¡Si tenía una dentadura preciosa! Dientes blancos y regulares. Por no hablar de los labios. Carnosos, tersos, como pétalos de rosa enrollados. ¡Dios, se los comería a bocados!

-Por una cosa de lo más tonta.

-¿Qué cosa?

Ursula vaciló.

-Eran unos forofos del McDonald's, ¿sabes? Les encantaban las *Big macs*.

-No me extraña. ¡Están buenísimas!

Mentira cochina. ¡*Odio la comida basura!*

-¡No me digas que se conocieron en un McDonald's!

Ursula sonrió, mirándolo sorprendida.

-¿Cómo lo sabes?

-Soy adivino.

-Los dos trabajaban en McDonald's.

-Ahí lo tienes. ¿Qué pasó luego?

-Viajaron a Estocolmo para su viaje de bodas.

-Buena elección.

-Y aquí descubrieron que las hamburguesas eran un treinta por ciento más baratas.

¡Para troncharse de risa!

-¿Por qué pones esa cara?

-Me hace gracia.

-Sí, es bastante chistoso.

-Así que pensaron que estaban tirando el dinero en Noruega.

-¡Exacto!

-Así funciona el mundo, nena.

-Al volver del viaje de bodas pidieron a sus jefes que los trasladasen a un McDonald's de Suecia. ¡No te burles!

-Perdona, es que tiene guasa la cosa.

-Creo que sus jefes les pusieron en una lista de espera o algo así y mis padres no pudieron venir hasta que no hubo una vacante.

Era la historia más estúpida que había oído en su vida.

-Tengo entendido que las *Big macs* de Noruega son las más caras del mundo.

-¿Has estado allí?

-Me lo dijo Gina. ¡Ella era una fanática del McDonald's!

Las mujeres son aficionadas a zamparse auténticas porquerías, indignas hasta para los cerdos.

-¿Sabes? He visto un vídeo en YouTube de una campaña de McDonald's para los noruegos que dice: *Nosotros los suecos damos alegremente la bienvenida a nuestros vecinos...*

-Por eso cada vez hay más matrimonios noruego-suecos. ¿Me has hecho caso en lo que te dije?

Ursula se frotó las manos, inquieta.

-No sé...

-Tienes que dejarlo, pequeña.

-Me cuesta.

-El *snus* no es bueno.

-¡Mi abuela lo toma!

-Da igual.

-Ella dice que no hace daño.

Se había puesto a la defensiva, irguiendo el torso, como para darse ánimos. ¡Tenía un busto para chuparse los dedos! *¡Qué tetas gloriosas!* Bien duras y levantadas. *¡Le voy a meter mano hasta que revienta!* Ursula era precoz y madura, como la mayoría de las suecas.

Las adolescentes noruegas son huesudas y masculinas, se dijo Magnus desde su atalaya de voyeur. *¡Cómo se lo monta el cabronazo de Adam!* *¡Como se tire a esa chavala se va a convertir en mi héroe!*

28

-Sandra tenía dos años cuando ella y su madre murieron.

-¿Cómo murieron?

-Iban en el coche que conducía yo.

Regina se sobresaltó.

-El deportivo que me compró mi padre cuando cumplí la mayoría de edad.

-¿Un accidente?

El inspector asintió. En su rostro se había impreso una expresión seria y reconcentrada que ella nunca le había visto.

-Un camionero borracho nos envistió por delante.

La detective se sintió conmovida.

-Lo siento mucho, Karl.

¡Le tentaba abrazarlo! Aunque sabía que no podía hacerlo. ¡Cielos, percibía una opresión en el pecho!

-Fue surrealista. El coche se quedó como un acordeón. La mujer que amaba y mi hija estaban allí metidas, muertas. Y sin embargo yo salí por mi propio pie. Las contusiones y fracturas no me impidieron hacerlo.

-Qué horror, Karl. ¡Dios mío!

-Preferiría que esto no salga de nosotros, señorita Andersson.

-No se preocupe.

El inspector se enjugó la lágrima solitaria que se deslizaba por su

mejilla.

Regina sucumbió nuevamente a la tentación de ver a su jefe como un legendario caballero medieval, con esa poblada melena entrecana que le caía sobre los hombros y no pegaba nada con los exclusivos trajes Armani y los elegantes zapatos Gucci que solía ponerse.

Vaya, ambos habían sido marcados por un suceso dramático. Qué casualidad. La muerte les había arrebatado lo que más querían. Y ninguno de los dos se había recuperado aún del trauma.

Callaron hasta llegar a su destino, Avesta.

-Hemos recorrido ciento cuarenta y seis kilómetros por las carreteras 72, 55 y 60.

-Habla como el GPS.

-¡Es que tengo vocación de GPS!

-¿Cuánto se tarda en hacer este trayecto *en condiciones normales*?

-Dos horas.

-A su bólido le ha bastado poco más de una.

-Es un buen chico.

-Bueno, se ha saltado usted todos los límites habidos y por haber.

-Es lo que tiene ser un *desarraigado*.

-¿Y ahora?

Se apearon del coche.

-¿Qué le parece si degustamos un *varm korv*?

A Regina se le iluminó el semblante.

-¡Lo adoro, inspector!

-Me lo merezco. He oído que una empresa estadounidense de comida rápida va a comercializar el perrito caliente sueco. Ah, pero no hay nada como comprárselo a uno de nuestros vendedores ambulantes.

Karl se dirigió a un anciano de aspecto desvaído que empujaba su

carrito con aire desidioso.

-¡El mío con salchicha bamse! –exclamó ella.

-Yo me decanto por la grillad, mi favorita.

-¿Qué salsa quieren? –les preguntó el vendedor ambulante.

-La *boston gurka*, ¿no, señorita Andersson?

-¡Por supuesto! ¡Odio el ketchup y la mostaza!

-Aquí tienen, señores.

-¡Es un pecado de lesa majestad sustituir nuestra deliciosa ensaladilla de pepinillo y cebolla frita por los mejunjes de Yanquilandia!

-Así es, caballero. ¿Y para beber?

-Una botella de Carneqie Porter bien fría.

-Le felicito por su elección. Siempre he dicho que la cerveza negra acompaña de fábula al *varm korv*. ¡Que tengan ustedes buen provecho!

Los policías se alejaron del vendedor comiendo a dos carrillos.

-¿Sabe que Avesta es una colección de textos sagrados de la antigua Persia? –dijo el inspector tras terminar el *varm korv* y la cerveza y tras el preceptivo eructo.

-Es usted un pozo de sapiencia.

-Digamos que me molesto en averiguar cosas que el común de los mortales se pasa por el forro.

-Para gustos los colores.

-¡Inspiradora localidad!

-A mí no me dice nada.

-Aquí tiene lo único digno de reseñarse –Karl señaló un descomunal caballo rojo.

-¿Qué diablos es eso?

-Lo llaman Dala Horse. Se supone que es un monumento.

-¡Es súper alto!

-Así han de ser las esculturas ornamentales de exterior, señorita Andersson.

-¿Y las de interior?

-Bueno, cada cual lleva la suya.

-¿Se puede saber qué hacemos en este pueblo?

-A ver qué averiguamos de Selma. La primera mujer del pastor. El matrimonio vivió aquí. ¿Cómo accedió el asesino a la casa del pastor?

-Una de dos, tenía una llave o la puerta estaba abierta. Como sabe, no había ningún signo de violencia.

-Significativo, ¿no le parece?

Regina se preguntó a dónde quería llegar el inspector.

-¿En qué lugar se detectaron las huellas del treinta y ocho?

-En una zona boscosa.

-Imagino que los peritos en rastros las siguieron en sentido opuesto.

-Desembocaban en un terreno con marcas de neumáticos.

-De modo que las pisadas iban del coche a la escena del crimen.

-Hasta ambas casas.

-De lo cual se deduce que el asesino escapó en coche.

-Por eso la policía local montó el dispositivo que bloqueaba los accesos a Knutby, facilitando a los agentes del control la descripción que habían referido Hanna y Frida, la figura encapuchada de un hombre alto y corpulento con ropas oscuras.

-¿Alguna teoría, señorita Andersson?

Regina suspiró.

-Quizá los asesinatos son producto de intrigas y envidias dentro de esa congregación religiosa.

El inspector batió palmas.

-Melodramático.

-Puede que alguien se haya vengado.

-¿Un desterrado?

La detective se sintió estúpida al ver a su jefe esbozando un mohín irónico.

-¿Cómo han reaccionado los miembros de la congregación?

-Están asustados.

-¿Temen que el Anticristo los escabeche uno a uno?

-Se reúnen en grupos de quince o veinte personas para protegerse entre sí.

-¿Duermen juntos?

-En habitaciones amplias donde meten varias camas.

Karl se carcajeó.

-¡Por Odín, lo que hay que oír! ¿Por qué no miran debajo del felpudo?

Me refiero a la saya sacerdotal, claro. Le verían las orejas al lobo que dirige sus almas y sus cabezas huecas.

-¡Tenga compasión, inspector!

-Oremos.

Regina suspiró. ¡Cómo detestaba tener que ir siempre detrás de su jefe como una perrita faldera! Lo vio dirigirse resueltamente hacia la comisaría de policía de Avesta.

-Muy gentil por su parte, inspector.

-¿Qué me agradece?

-La deferencia de decirme qué diablos vamos a hacer allí.

Claro que eres un hombre, querido, y te comportas como tal. En nuestra relación laboral hemos replicado el rol de pareja. El hombre lleva la voz cantante y la mujer se apaña como puede.

Finn miró la hora en el reloj de la pantalla. *¡Llevo ocho horas enviciado con el Counter-Strike!* Ofensiva global de disparos a discreción. Ya le dolía el dedo de tanto apretar el gatillo. *He disparado suficientes balas para cargarme a una parte importante de la población mundial.* Lo apagó todo y se quedó mirando la pantalla en negro, fumando, pensando. Cuando eso sucedía recibía la inoportuna visita del *horror vacui*. Un incómodo visitante. Y también odioso. El *horror vacui* tenía el rostro de su padre, *su careto*.

El padre de Finn era un triunfador nato. Había nacido para ganar y hacer siempre lo que le daba la gana. Era un hombre súper brillante y súper apuesto provisto de una súper autoconfianza. Siempre vestido de punta en blanco, no se privaba de nada: drogas, mujeres, lujos varios, caprichos varios. Se había casado con un lindo florero que fue modelo de pasarela y desde que se casó con él se dedicó a ser su víctima propiciatoria, como decía Selma. Era graciosa la teoría de Selma sobre los asesinos invisibles masculinos y las víctimas propiciatorias femeninas. La verdad era que no le faltaba razón, *bien pensado*.

¡Uff! Finn se metió unas cuantas pastillas de las que le había facilitado Magnus. *¡Esta mierda está requetebuena!* Magnus siempre tenía lo mejor. *¡Puto horror vacui!* Había que expulsarlo de inmediato. Los efectos de las pastillas no se hicieron esperar. *¡Bendito alucinógeno!* Las imágenes se atropellaban en su cabeza. En Finlandia se metía de todo. Allí era más fácil

pillar droga. Cannabis, éxtasis, anfetas, opiáceos y *la mierda que más molaba, el lakka, la mora de los pantanos*. En los festivales de música podías conseguir toda esa mierda a manos llenas. Incluso podías pillarla por Internet sin ningún problema. Te la enviaban a casa sin costes de envío. *Me pillaba unos pedos y colocones del copón con la peña de Erasmus*.

Soy un puto hijo único. Si hubiese tenido un hermano quizá habría molado todo un poco más. Cuando era un mico tenía complejo de Edipo. Me molaba mi vieja, la modelo de pasarela metida a vistoso florero y víctima propiciatoria de mi viejo asesino invisible. Me hacía pajas mirándole las tetas cuando se cambiaba de ropa, porque a mi vieja le mola cambiarse de ropa trescientas veces al día para lucir todos los modelitos que le compra mi viejo. Es lo que hay. ¡Qué pajotes me hacía a su salud, ya entonces era yo un perverso, un salido mental, un depravado sexual con más ganas de marcha de la cuenta!

Luego mis colegas y yo, mis colegas finlandeses y mis colegas del Erasmus, cuando ya teníamos un buen pedo y un buen colocón encima, nos íbamos por ahí a apalizar a mendigos. Mola apalizar mendigos en Finlandia. Es el deporte nacional de los hijos de papá. A veces se nos iba la mano y cometíamos un homicidio. Era como en un videojuego. Gajes del oficio, aunque en el fondo era lo que más molaba, cargarse a un mendigo, dejarlo reventado, con todo el cuerpo hecho un gurrño de huesos rotos.

La poli no se enteraba de nada. O hacía la vista gorda. Quién sabe. Sólo una vez abrieron una investigación y la cagaron unos cuantos. Menos yo, que era de los más entrampados en el asunto. Mi viejo siempre me sacaba las castañas del fuego. ¿Quién iba a rechistarle al viejo? Hasta los polis más gordos y los peces más gordos de cualquier pecera se cuadraban ante el viejo.

Finn recordó sus primeras escapadas nocturnas en Finlandia, cuando se

iba de putas con sus colegas ricos. Gastaban dinero a manos llenas. Hoy una puta latina, mañana una afro, pasado una del Este y al otro una doméstica o una asiática. En la variedad estaba el gusto. Había que tener cuidado con las balcánicas y las rusas; si la cagabas la mafia iba detrás de ti para pedirte cuentas. *Las negras eran buenas para follar hasta la extenuación. Las asiáticas perfectas para la cosa de la sumisión. Las latinas, las más calientes.* Finn al principio se encoñó con una mexicana; *me sacó un montón de pasta.* Y las finlandesas eran siempre mercancía de calidad, pero resultaban demasiado frías y calculadoras.

Finn se masturbó. Le había dado un subidón. *A veces mis colegas y yo nos íbamos a esclarecer los famosos asesinatos del lago Bodom. Pillábamos los bugas que nos habían comprado nuestros viejos ricos y nos íbamos a Espoo, que estaba cerca de Helsinki. Nos plantábamos allí en unos veinte minutos. La historia es que el cuatro de junio de 1960 acamparon a orillas del lago cuatro colegas jovencitos y un tipo asesinó a navajazos a tres de ellos, dejando malherido al cuarto, un tal Nils, que salió de rositas del rollo y siguió con su vida tan contento hasta que en el 2004 la policía empezó a sospechar que él se había cargado a sus compañeros. ¡Quiero ser Nils, yo seré como Nils!* Finn y sus colegas solían hacer ese tipo de bromas.

Todos queríamos ser Nils, cometer un crimen atroz y salir de rositas. Queríamos hacerlo inconscientemente. Pero en vez de hacerlo la cosa acababa en orgía, acabábamos follándonos unos a otros en la orilla del lago, borrachos perdidos. Al final hubo un afortunado. Pertenece al grupo de habituales, los colegas con los que solía salir Finn de marcha. Luego le perdió la pista. No sabía qué había sido de él. Pekka-Eric. Al final Pekka se salió con la suya, en la escuela de Tuusula. Mató a sangre fría a ocho personas y luego se suicidó. Pekka estaba obsesionado con la masacre de Columbine, en colorado, en abril de 1999. Dos chavales se habían cargado a quince

estudiantes de la escuela superior. Pekka había colgado varios vídeos en YouTube con los asesinos de Columbine encapuchados.

El día antes de cometer su crimen, Pekka colgó otro vídeo en YouTube. Lo tituló *Masacre en el instituto Jokela*. En él anunciaba a bombo y platillo lo que iba a hacer al día siguiente. Para hacer ese vídeo se había inspirado en el estudiante surcoreano que había matado a treinta y dos personas en la Universidad Politécnica de Virginia hacía siete meses. Pekka apuntaba a la cámara con una pistola, con la boca del cañón en primer plano, tapando una parte de su cara, como había hecho el surcoreano en el vídeo que anunciaba su matanza.

Pekka tomaba antidepresivos. También Finn había tomado durante una época antidepresivos. *Me deprimía todo, empezando por mi viejo y acabando en mi viejo, pasando por mi madre florero, antigua modelo de pasarela metida a víctima propiciatoria, como dice Selma. Y pasando por mí, claro está, porque no sabía qué era yo, no sabía qué hacer con mi vida, dónde meterme, a qué dedicar el tiempo libre si todo el tiempo disponible era tiempo libre y además un tiempo libre lleno de pasta, sabiendo que detrás de mí, guardándome las espaldas, tenía a mi viejo, que era un triunfador nato y un tipo súper poderoso ante el que se cuadraban militarmente peces gordos de todos los calibres en cualquier pecera.*

Por eso tomaba antidepresivos. Precisamente porque a alguien se le ocurrió decirme un día que mi viejo había hecho de mí un monstruo y que estaba condenado a seguir siendo un monstruo durante toda mi vida a menos que rompiese con todo, empezando por mi padre y su dinero y sus influencias. Debes buscarte la vida por ti mismo y ser tú mismo para dejar de ser un monstruo, me dijeron, y yo pensé que tenían razón, quizá. Por eso me dio una depresión del copón y tomé antidepresivos, hasta que dejé de tomarlos, porque pensé que molaba más seguir siendo el monstruo que mi

viejo había hecho de mí que estar deprimido y tomar antidepresivos.

Tras la matanza llevada a cabo por Pekka, a Finn no se le ocurrió otra cosa que comprarse su propia Catherine, que era como Pekka había bautizado su pistola, comprada legalmente, naturalmente, una Sig Sauer Mosquito de calibre 22. *Yo también tengo permiso de armas y pertenezco a un club de tiro aunque nunca vaya al club a pegar tiros. No pasa nada. Newsweek dice que Finlandia es el mejor país del mundo. Nuestros inviernos largos, oscuros, gélidos, son el caldo de cultivo perfecto para la felicidad. Todos sufrimos trastorno afectivo estacional. Pero eso no importa. Dentro de los aparatos tecnológicos estás la mar de calentito y allí hay mogollón de luz. En breve Finlandia pasará a llamarse The land of Nokia.*

Finn observó que empezaban a decaer los efectos de las pastillas. ¡Hoy no he conseguido desconectar ni con la mierda de Magnus!, se dijo, agarrando uno de los libros esparcidos por el suelo. *Sombra roja*, de Tapani Bagge. Selma le había pegado su afición por las novelas policiacas. *¡La palma hasta el apuntador!* Le había gustado más *Her Enemy*, de Leena Lehtolainen. *Los libros finlandeses son distintos, por mucho que Selma dijera otra cosa.* Como había afirmado Bagge en una entrevista: “Los finlandeses somos más divertidos y estamos más locos. Los autores de aquí escriben más desde el punto de vista del asesino, no sólo desde el punto de vista del detective. Además los finlandeses no son muy habladores. De ahí que en las novelas el diálogo sea real, simple y muy importante”.

Finn revolvió los libros hasta entresacar otro. Ahora su autor preferido era Jarkko Sipilä, que tenía cara de poli. *La oscuridad nos hace sentirnos melancólicos. Los periodos largos y oscuros dan lugar a ideas oscuras. Durante el invierno los cadáveres se pueden esconder bajo los montones de nieve del bosque o en los lagos helados. Y en primavera todos los cadáveres salían a flote. Por eso yo nací en primavera. Nadie lo sabe, pero nací muerto*

y ahora me dedico a salir de mi sepultura cuando me viene en gana. El mundo está lleno de muertos vivientes. Lo bueno que tiene la cosa es que nos alimentamos de los vivos.

Entre tanto sigo buscándome, sigo anhelándome a mí mismo, trato de componer algo creíble con mi propia persona, un personaje verosímil, que encaje en algún lado, que se asemeje a algún estereotipo, que tenga aceptación y no delire, no desbarre, no desfase. Quiero certidumbre, papi. Necesito llegar a algún puerto, puesto que tú me has dejado en mitad del océano, donde no hay playas ni islas ni tierra firme. Me has dejado en una nada sideral, abismal. Me has inyectado el vértigo en las venas. Y ese vértigo no se cura con sexo y drogas, bien lo sabes, aunque nunca te molestaste en decírmelo.

30

-Aunque no hay estudios médicos para valorar los efectos del *snus* en el organismo, estoy convencido de que es nocivo, cariño –dijo Adam.

¡Ahí va eso! ¡Ración de afectado paternalismo para ir abonando el terreno!

Tengo buenas intenciones contigo, amorcito. No temas. El lobo feroz se ha escondido. Ve tranquila a casa de la abuelita.

-En mi clase varios chicos se meten ese tabaco en pasta.

El viejo se atiborraba de él, como otros muchos escandinavos.

-¡Pero tú eres tú! Debes mirar por tu salud.

-Ya.

Larsson se pasaba el día embadurnándose las encías con pasta de *snus*, recordó Adam.

-¿Tú nunca lo has probado?

-Cuando tenía tu edad.

-¿Lo ves?

-Me pareció asqueroso.

-Casi no tiene nicotina.

-¡Por eso! No hay efecto placentero.

Yo sí que te voy a dar placer, muñeca, ya lo verás.

-Es una memez, Ursula. Además, no resulta femenino. Ya sabes que el *snus* siempre ha sido cosa de hombres.

¡Eh, no te pases con el sermón, machote, a ver si me la vas a espantar!

-Eso es verdad, mis amigas prefieren fumar cigarrillos.

-¿Fumáis cigarrillos en la escuela?

-Claro.

Aquí procede santiguarse, ¿no?

-¡Válgame el cielo! ¡Lo que hay que oír! ¿Y se puede saber por qué empezaste a tomar *snus*?

-Porque mi abuela no podía salir a comprarlo y en la escuela hay una máquina donde lo venden.

-¿Qué me dices?

Ursula soltó una risita azorada.

-Es una máquina expendedora. Está junto a la de refrescos y bebidas calientes.

Magnus sonrió. *Por lo menos los centros escolares suecos se están modernizando.*

-Muy apropiado.

-El *snus* viene en tarros muy monos, parecidos a los de la crema para la cara.

-¿De veras?

-Pues sí. Creo que han puesto esa máquina porque hay varios profesores enganchados al *snus*.

-¡Lo que faltaba!

-Sobre todo el de matemáticas. Siempre está untándose las encías.

Así van los números de este país. ¿Cómo puede perder el tiempo la gente con esa mariconada?

¡Que fumen porros de marihuana como Dios manda!, se dijo Magnus desde su atalaya de voyeur. *¡Seguro que luego tendrían las ideas más claras!*

-Ya veo. Tu abuela debe de ser una viciosa del *snus*.

-Le pegó mi abuelo la costumbre. Él siempre llevaba encima un tarro y cuando estaba en su sillón orejero no paraba de meterse el dedo en la boca.

-Vaya por Dios.

Adam besó dos veces la palma de su mano. Había que ir haciendo movimientos de aproximación...

-¿Qué más?

Ursula, ya más relajada, lo miró a los ojos por primera vez.

¡Me derrito! ¡Si creo que ya me he corrido y todo!

-¿Qué más de qué?

-No lo sé. Háblame de ti, cariño. De las cosas que haces y las cosas que te gustan.

Ursula se encogió de hombros, indecisa.

-¿Qué tal llevas los estudios?

Eso nunca falla.

-¡Uff! Fatal.

Miel sobre hojuelas.

-¿Por?

-La *Gymnasieskola* es muy difícil. No conozco a nadie que la haya podido sacar en tres años.

Ursula suspiró.

-¿Y qué vas a hacer?

-Estoy pensando en matricularme en un curso de educación secundaria, pensando en un oficio.

-¡Buena idea!

-No creo que yo valga para hacer una carrera.

¡Yo te diré para qué vales tú!

-Supongo que estás traumatizada con los malditos estudios.

-Pues sí.

-¿Tienes pesadillas?

-¡Todas las noches!

-Me lo imaginaba.

-¿Cuándo llegará el día en que me den por fin el diploma? ¡Odio la escuela secundaria! Por eso no quiero ni pensar en la universidad.

-Normal.

Cruce de miradas. *Qué rica estás, princesa.*

-También hay programas de educación para adultos.

-¿Eso qué es?

-Te pueden servir de apoyo.

-No sé...

-No puedes tener esa actitud derrotista, Ursula.

¡El tacto de sus manos era tan suave! *El del chocho será la rehostia.*

-Estoy un poco desanimada.

¡Eso lo arreglo yo en un pispás! ¡Vas a ponerte a jadear de placer como una cerdita!

-Debes ser optimista y confiar en tus posibilidades. Piensa que vivimos en un mundo muy competitivo. Lo importante es no arrojar la toalla.

-Tengo compañeros que han abandonado la escuela secundaria sin el título.

-¡Error! ¿A dónde irán por la vida sin título?

Ahora hasta para trabajar de mamporrero te piden carrera universitaria.

-Yo lo intento, Adam.

-¡Así me gusta!

-Mi abuela dice que Suecia es el país de Europa donde hay más desempleo juvenil.

¡Otra obsesa de las estadísticas!

-La macroeconomía tiene la culpa, cariño, igual que la tostada cae siempre del lado de la mantequilla. El problema, Ursula, es que hoy en día los estudiantes estáis desmotivados.

-Eso dice mi abuela.

-Tenéis una vida demasiado cómoda.

-Eso también lo dice mi abuela.

¡Mira, niña, como vuelvas a compararme con tu abuela me dejo de tonterías y nos ponemos a follar hasta Navidad! Estaba perdiendo terreno. La cosa se aflojaba. Debía involucrar a Ursula en la conversación, conseguir que se sintiera comprendida y lo viese como un aliado con el que podía contar, un cómplice, un amigo.

Paciencia, toro. Ya llegará tu momento...

-¿Qué tal con la música?

Ursula se relajó súbitamente.

-¡Me encanta la música! –exclamó, regalándole una sonrisa *despelotante*.

Ese gesto de complicidad le provocó una erección inmediata.

Lo sé, por eso te lo pregunto, mi vida.

-¿Cuáles son tus grupos favoritos?

-The Hives, The Sounds.

-¿Mando Diao?

-¡También!

-¿José González?

-¡Jo, te sabes todos mis gustos!

-También son los míos, princesa.

-¡Me muero de ganas de volver a Estocolmo!

-Claro, allí hay conciertos todos los días.

-¡Es la ciudad más grande del mundo!

-Por lo menos es la capital de la música en Europa.

-¿Por qué te ríes?

-Bueno, aparte de eso Estocolmo no llega al millón de habitantes.

-¡Da igual! ¡Adoro Estocolmo!

-¡Y yo!

-Cuando paseaba con mis amigas por Gamla Stan, rodeada de toda esa gente moderna y creativa, sentía que estaba de verdad en mi lugar.

-Me imagino. Aquí te aburrirás como una ostra.

¡Venga, hermanito! ¿Cuándo vas a darle al manubrio?, se dijo Magnus, impaciente, desde su atalaya de *voyeur*.

31

Karl apuntó con el índice hacia la batería de seis vehículos Saab aparcados en el exterior de las dependencias policiales.

-Su rotulación cuadriculada es espantosa, ¿no cree? –dijo.

-Podrían haberse ahorrado el tono fosforescente –replicó Regina.

-No siento devoción por el amarillo y el azul.

-Me pregunto por qué las llaman marcas *Battenburg*. Es una rotulación demasiado chillona. De barraca de feria. Le da un tono irreverente a los coches patrulla.

-Sugieren vehículos de una empresa de actividades recreativas infantiles. ¡Antes sí que teníamos coches de policía en condiciones!

-¿Los que estaban pintados de negro y blanco?

-Vistieron las calles y carreteras de Suecia hasta que en el 2005 a las autoridades les dio un arrechucho patrio y se les ocurrió envolverlos con la bandera nacional.

-No cambie de conversación. ¿Por qué me lleva a salto de mata y no me informa de nada?

-Sería demasiado aburrido, piénselo bien. ¡Disfruto tanto cuando pone cara de sorpresa! He de immortalizar uno de esos momentos y enmarcarlo.

-¡Es usted despótico! Estaría más a gusto si conociese de antemano la agenda de pesquisas. ¡Consigue que me sienta estúpida!

-Si no aprende a convivir con eso le aseguro que acabará durmiendo

debajo de un puente.

Los recibió en su minúsculo y utilitario despacho. La subinspectora Lundberg. Una mujerona atlética y sonriente de piel blanca como la leche y una guapura tosca, provinciana. A Regina le vinieron a la mente, atropelladamente, otros rostros, otros cuerpos. Le solía suceder cuando conocía a alguien. La base de datos del cerebro se ponía en funcionamiento. Comprobar, descartar, archivar. Tenía cuarenta y pocos años, calculó. Se veía tan fornida que podía tumbar a cualquiera de un puñetazo. Sus ademanes resultaban masculinos. Además era de busto plano, por lo que daba a entender la pechera del uniforme.

-Me alegro mucho de conocerlo, inspector Johansson. Es usted toda una leyenda en la policía de Estocolmo –dijo Lundberg estrechando con vehemencia la mano a Karl.

Su voz potente y segura colmaba el exiguo espacio del despacho. Luego la subinspectora estrechó la mano a Regina, al tiempo que le dedicaba una mirada y un gesto de admirativa aprobación, como si le encantase hallarse ante una mujer policía -en este caso detective, con licencia para vestir de paisano- tan atractiva.

A Regina rara vez le engañaba la intuición. Lundberg era tortillera, fijo. El lesbianismo estaba muy extendido en Suecia y era perfectamente aceptado. Sin ir más lejos Christina, su mejor amiga de la infancia, una beldad rubia que podía pasar por estrella del celuloide, se había casado con su novia Rosser en Dalby, el pueblo donde ambas vivían, y acababa de iniciar un programa de procreación asistida. La iglesia luterana-evangélica a la que pertenecía Christina -al igual que el setenta por ciento de los suecos- era la única que permitía el matrimonio *sexualmente neutro*. Es decir que en el seno de ese credo una mujer podía ser lesbiana, casarse por la ceremonia religiosa con otra mujer, tener hijos por fecundación asistida y encima ser sacerdote y

oficiar misa.

Claro que llovía sobre mojado. Cristina de Sucia, la reina tortillera fallecida en 1689, había rechazado su derecho dinástico al trono para poder elegir con quién se casaba. La pregunta era si Lundberg había salido del armario. Probablemente sí. Los empleados de la Policía Nacional de Suecia se vanagloriaban de haber alcanzado la paridad de género. El setenta por ciento del funcionariado civil era femenino, el treinta por ciento de los agentes de calle eran mujeres, y había una cantidad notable de lesbianas declaradas en ambos estamentos.

Se notaba que Lundberg era seria y metódica. Antes de sentarse se quitó todo su equipo personal, para estar más cómoda, y lo depositó de forma ordenada en un extremo de la mesa: el arma reglamentaria -un SIG Sauer P239-, el cargador, el bastón extensible, las esposas, la radio, el aerosol de pimienta y hasta los guantes. Luego se arrellanó en el asiento y pidió por teléfono que les trajesen café. Se la veía contenta y segura de sí misma, con la insignia en la hombrera, una corona de oro y una barra que la clasificaban como policía con más de cuatro años de servicio: *Polisassistent med 4 ars anställning*.

-¿Y bien?

-Supongo que recuerda nuestra conversación telefónica.

-Por supuesto, inspector.

Lundberg esbozó una amplia sonrisa. En ese momento entró otra mujer policía, más baja y menuda, de rango inferior, pues la insignia de su hombrera mostraba la corona de oro sin barra. Depositó sobre la mesa una bandeja con café, leche, azúcar y aromáticas galletas pepparkak. Viendo el guiño de complicidad que la subinspectora intercambiaba con su subalterna, Regina se preguntó si las dos mujeres mantenían una relación sentimental.

-Selma Lindberg, ¿no es así? –dijo Lundberg tras hincar el diente a una

galleta.

Karl sorbió su café, moroso, y asintió con la cabeza. Regina se dijo que las galletas pepparkak estaban exquisitas.

-Recuerdo el caso. Aquí en Avesta no pasan cosas fuera de lo común, la verdad, y esa mujer me llamó la atención.

-¿Por qué? –preguntó la detective.

Lundberg le sostuvo la mirada.

-Era... extraordinariamente hermosa.

-En cambio su ex marido es un tipo insignificante –se apresuró a decir Regina.

Las dos mujeres se escrutaron con evidente simpatía.

Bien. Había química.

-Lo digo por su barbita y su pinta de alfeñique. ¿A usted qué impresión le dio?

-Tenía aspecto de perturbado mental, la verdad. Te miraba fijamente. Y sus ojos no se movían para nada. Era extraño. La bella y el orate, pensé al conocerlos.

Regina sonrió. ¡Eso había estado muy bien! Parecía el título de una película.

-El matrimonio tenía dos hijos gemelos. Eran preciosos, como su madre.

Vaya, era locuaz la subinspectora. Se notaba que le gustaba hablar.

-¿Qué clase de vida llevaban? –intervino Karl tras ingerir su tercera galleta.

Lundberg le dedicó otra de sus sonrisas espléndidas.

-Curiosamente yo conocí a Selma antes que su marido, porque trabajaba de dependienta en mi tienda de ropa preferida, Vero Moda.

-¡Me pirra esa tienda! –convino Regina.

-Está en la calle Markustorget. Vaya, no le defraudará.

-Lo haré –Regina miró de reajo al inspector, que parecía más interesado en las galletas que en la conversación.

-Creo que la tienda tenía tanto éxito gracias a ella. ¡Era una mujer encantadora! Sabía cómo tratar a los clientes para atender sus necesidades y dejarlos contentos. Elegante, educada. Parecía una princesa de cuento - Lundberg suspiró-. Me contó que estaba escribiendo una novela policiaca. ¿Cómo era el título? Recuerdo que me resultó gracioso –hizo memoria, presionándose las sienes-. Ah, sí, ya lo recuerdo. *El asesino invisible*. Cuando me lo dijo pensé que me gustaría mucho leer esa novela. Hasta me destripó un poco el argumento. La novela venía a decir que todos los hombres son asesinos en potencia y las mujeres víctimas en potencia porque la sociedad nos ha hecho así.

-Vaya, interesante –dijo Regina mirando de reajo a su jefe.

-Pues sí, mucho.

-Y el título, *El asesino invisible*, ¿a qué venía?

Lundberg también miró de reajo al inspector.

-La idea era que los hombres son asesinos invisibles de las mujeres, condicionados por la sociedad. No lo sé, creo que Selma planteaba el asunto un poco metafóricamente, porque evidentemente no todos los hombres son asesinos de hecho. Según ella cada hombre es asesino invisible de la mujer con la que se casa a su manera. Unos maltratándola psicológicamente, otros maltratándola físicamente, otros relegándola a un papel de florero y otros incluso asesinándola directamente. Selma también argumentaba que eso es así en parte porque las mujeres adoptan un rol de víctimas condicionadas por la sociedad machista.

Regina se dijo que suscribía esa opinión de cabo a rabo. Claro que no iba a reconocerlo abiertamente en presencia de su jefe, que era un hombre.

-Un día Selma desapareció y no volví a verla hasta que me enfrenté a su cadáver.

-Tuvo que ser horrible.

-Imagínese.

-¿Cómo la encontró?

-Estaba tumbada en la bañera, rodeada por un charco de sangre, con la cabeza abierta. Me quedé helada.

-¿Por qué me has citado aquí? –protestó Rebecca.

-¿Qué tiene de malo este sitio? –replicó Finn.

-Puede vernos mi padre.

-Mejor que mejor, así tiene más morbo la cosa. Sube al coche, anda.

Rebecca se subió al coche. Le gustaba mucho el coche de Finn, tan grande y espacioso y confortable, tan nuevecito y lujoso. Subirse allí era como acceder a otro mundo, a otra realidad, cómoda, sin preocupaciones ni problemas, a una vida regalada, estupenda, a la vida de los afortunados, los ricos, la gente despreocupada. Nada más subirse al coche sacó el móvil y se hizo un selfi para colgarlo en las redes. ¡Que se viese bien dónde estaba, en qué clase de vehículos viajaba ella! El selfi había salido perfecto. Se veía la preciosa tapicería beige de los asientos y el mega-lujoso salpicadero y la caja de cambios cromada.

-Hoy nos vamos de paseo, cariño, pero lo primero es lo primero. Anda, sé buena chica y hazme una buena mamada, como tú sabes.

-¿Aquí? ¡Puede vernos mi padre!

-Mejor que mejor, así tiene más morbo la cosa. Mira, ya me he empalmado sólo de pensarlo.

Rebecca asintió. Le hizo a Finn la mamada. Luego se tragó el semen, pasándose la lengua por los labios, como le gustaba a Finn.

-No ha estado mal, cariño.

Finn vio que se acercaba al coche una señora mayor. Se notaba que había visto algo sospechoso. Quizá incluso se había dado cuenta de lo que ocurría dentro del coche. *¡Maldita chismosa! ¡Seguro que viene a echarnos la charla!* Finn sacó la pistola y se la enseñó a la señora a través de la ventanilla, riéndose a carcajadas, y en cuanto la señora vio la pistola salió corriendo, haciendo aspavientos.

-¡Es la señora Bergman! ¡Ahora todo Hofors se va a enterar de que salgo con un chico que tiene un coche de película al que le hago mamadas delante de la puerta de mi casa y que tiene una pistola con la que amenaza a los vecinos del barrio!

-¡Que se joda!

Finn arrancó el coche y salió disparado. Abandonaron Hofors y devoraron unos cuantos kilómetros.

-¿Siempre que conduces te saltas todos los semáforos, señales y límites de velocidad?

-Deja el puto móvil un poco. No puedes hacerle fotos incluso a las señales de tráfico para colgarlas en Facebook.

-Es que si no lo hago es como si no estuviese haciendo este viaje contigo. Necesito ver qué dicen mis contactos, ver qué les parece lo que estoy haciendo, compartirlo con ellos. Alguno ya me ha dicho que tu coche mola mogollón y que tú eres clavadito a Robin, el cantante. No puedo vivir sin el móvil, Finn, te lo he dicho. Siempre lo estoy mirando.

-Ya lo sé. Hasta cuando follas. ¿También les preguntas a tus contactos qué les parecen tus polvos?

Rebecca soltó una risita, sonrojándose.

-¿Qué tal tu hombre, cariño?

-¿Qué hombre?

-El pastor de ovejas descarriadas.

Rebecca se sobresaltó.

-¿Pero qué dices?

-No te hagas la inocente, cariño. Te estás follando a un pastor casado.

Se ha puesto roja como un tomate, pobrecita. Ahora sí que quedaría mazo bien que se haga un selfi para colgarlo en Facebook. Podría poner una pregunta como pie de foto para que le contesten sus contactos: ¿a que no sabéis por qué estoy roja como un tomate? Una especie de acertijo. Solución del acertijo: porque mi novio clavado a Robin sabe que me estoy follando a un pastor de ovejas descarriadas casado.

-Yo lo sé todo, como Dios. Tengo el poder de la omnisciencia.

-No digas eso. No se bromea con esas cosas. Dios es sagrado. Está por encima de todos nosotros. Dios está por encima del bien y del mal.

-¿Eso es lo que te cuenta tu amante, el pastor de ovejas descarriadas?

-No hace falta que me lo cuente nadie. Yo siempre he sido súper religiosa. También mi madre era súper religiosa. Íbamos juntas a la iglesia. Y yo siempre rezo mis oraciones antes de acostarme, aunque esté muy cansada.

Rebecca se vio en lo alto de un rascacielos. La vida junto a Finn transcurría aceleradamente.

-¿Dónde estamos?

-En Malmö.

-¿Por qué me has traído aquí?

-Me gustan los rascacielos. Cuando era niño mi viejo me llevó a un montón de rascacielos. Le molaban los rascacielos, sobre todo si tenían algún ascensor KONE. Le molaba mirar el mundo desde lo alto de los rascacielos y pensar que él era el rey del mundo.

Rebecca no paraba de hacerse selfis para colgarlos en Facebook y en otras redes sociales.

-Mis contactos me preguntan en qué rascacielos estamos.

-Diles que es el Turning Torso.

-Ahora me preguntan qué arquitecto lo ha construido.

-¡Joder con tus contactos! ¡Que lo miren en Google!

Rebecca soltó una risita maliciosa.

-Un contacto ya lo ha mirado en Google. Dice que lo ha construido un tal Santiago Calatrava, que es un arquitecto español.

-Mola España. Yo fui una vez con mis viejos, hace muchos años.

-¿Es verdad que allí hacen fiestas con los toros?

-Pues sí, hay toros por todas partes, por eso los españoles no paran de poner cuernos a sus mujeres y les dan por culo, como debe ser. Aquí también deberían traer unos cuantos toros para que los suecos aprendan lo que es bueno.

-¡Anda, mira! Uno de mis contactos, el japonés, ha dicho que el estilo de este rascacielos es expresionismo estructural.

-¿Hablas japonés, cariño?

-No, todo lo decimos en inglés. Yo aprendí inglés enseguida. En realidad el inglés era lo único que me interesaba en el colegio, para poder tener contactos internacionales en las redes sociales. ¿Sabes? Somos una gran familia. Hay gente cantidad de interesante por ahí. Yo tengo un montón de admiradores repartidos por el mundo. Hay un tío de Jamaica que está coladito por mí. Tiene unas rastas súper chulas. No para de escribirme poesías. Y además es rapero. Canta súper bien. Ha colgado varios vídeos en YouTube y tiene mogollón de visitas. No te pones celoso, ¿verdad?

-Tranqui, cariño. Contigo no.

Finn echó un vistazo a la panorámica. *Me apetece echar un casquete mirando el puerto, el mar, el estrecho de Oresund, Dinamarca.*

-Anda, sé buena chica y ponte contra el muro, que te voy a echar un polvo.

Rebecca puso cara de pasmo.

-¿Aquí?

-¿Por qué no?

Se oyen voces. Aunque en esa zona de la azotea no había nadie podía aparecer un mirón en cualquier momento. Pero con Finn no valían las razones. Hacía siempre lo que le daba la gana. Y además era el hombre más salido del mundo. Lo suyo no era normal, era una enfermedad, estaba claro. En fin, cada loco con su tema, se dijo Rebecca al sentir que Finn le humedecía el sexo con saliva, porque ella no estaba excitada. En realidad ella nunca estaba excitada, por eso para follar con ella había que usar saliva o vaselina. *Yo nunca termino, nunca he terminado, no sé lo que significa tener un orgasmo, aunque sienta algo de gusto, unas veces más que otras.*

Las embestidas de Finn eran tan violentas que Rebecca se vio aplastada contra el muro bruscamente una y otra vez. Ahora hacerlo le dolía de verdad. Mientras miraba el mar, sintiendo cómo Finn se lo hacía por detrás, por un instante se sintió absurda y estúpida. Fue una impresión fugaz, por fortuna, que desapareció rápidamente, justo cuando le entraron ganas de hacerse otro selfi, desde una perspectiva diferente, porque la vista desde ese rascacielos podía ser chulísima, siempre y cuando la compartiese con sus contactos a través de las redes sociales. Es decir que la vista no sería realmente chula hasta que no se lo dijese alguno de sus contactos, y si se lo decía el jamaicano mejor que mejor, porque el jamaicano era quien estaba más loco por ella.

Sí, soy artificial-frívola-solitaria-enfermiza-marginada, pero no soy tan tonta como parezco, ¿eh? Mírate a ti mismo, Finn, ¡por Dios! Eres tan estropajo y poca cosa como yo. Las pobrecitas también pensamos, ¿sabes? ¿No te has parado tú a pensar que somos iguales? Descosidos, desperfectos humanos. Tú por sobreabundancia y yo por miseria. A ti el exceso te ha

desnortado. A mí la carencia me pone cadenas. Y así ambos estamos bloqueados por igual. Somos incapaces de caminar. Estamos atrapados en una cápsula de inutilidad. Aunque yo por lo menos me gano la vida y no le debo nada a nadie. Claro que yo soy mujer.

El Gamla Stan, qué recuerdos, pensó Adam.

-El casco antiguo de Estocolmo es canela fina -dijo. *Allí Larsson se dejó engatusar por Vera, la rapaz zorra que al final le arruinó la vida-*. Es evidente, cariño, que has dejado en Estocolmo muchas cosas importantes para ti.

-¡Todo!

-Infancia, amistades, la convivencia con tus padres... No llores, gatita. *He tocado la tecla adecuada. Soy el puto amo.*

Vas bien, hermanito, se dijo Magnus en su atalaya de *voyeur*. *¡Hay que hundir el estoque hasta la empuñadura!*

-Los suecos, en general, son unos descerebrados de la música.

-¿Qué?

-Unos forofos, quiero decir.

¡Cuidado, amigo, no metas la pata!

-Somos bipolares, ¿sabes?

-¿Y eso qué es?

-Una patología ambulante muy extendida. Nos pasa por vivir la mitad del tiempo zambullidos en la oscuridad.

-Claro, en otros países hay más sol.

-¡Y más horas de luz! ¡Aquí son tan escasas e insuficientes!

-Una amiga mía ha estado en España. ¡Menuda diferencia! Dice que

allí el día se come a la noche.

-Literalmente, como el lobo de Caperucita.

¡Eh!

-¡Podía pasearse por las calles de Madrid, disfrutando de un sol espléndido, hasta las nueve y media de la noche!

-¿Fue en verano?

-En agosto.

-¿Ves? Eso es impensable en Suecia.

-Aquí el sol hay que inventárselo al mirar el color rojo con el que pintan las casas de madera.

-¡Qué hermosa metáfora, Ursu!

-El invierno y los malditos diez grados bajo cero duran siete meses.

-Qué me vas a contar.

-Los días son tan cortos que se acaban después de comer.

¡Sigue metiendo cuña musical, que vas bien!

-Por eso yo me paso el tiempo pegado a Spotify.

-¿Tú también?

-¿Acaso hay algo mejor?

-¡Jo, tenemos tantas cosas en común!

-Somos igualitos. Almas gemelas.

-¡Eres genial, Adam! No pensé que fueras así.

¡Ven, corderita, corre! ¿No ves que te está esperando mi cuerno de unicornio? ¡Voy a empitonarte hasta las cachas!

-Música es la única asignatura que me saco con la gorra.

-¿La has cogido como optativa?

-¡Claro! ¡Sin dudar!

-Antes era una asignatura obligatoria.

-Siempre me han puesto unas notazas en música.

-Yo era el único de mi clase que conseguía matrícula de honor. Iba para superdotado de la música.

Je, je. ¡Ya verás en qué soy yo superdotado!

-El curso pasado interpreté una canción de Nirvana para el examen final.

-¡No me jodas! Perdón.

Ursula se echó a reír.

-¡Me encanta cuando hablas así! ¡Se te ve tan juvenil! Pareces uno de mis colegas.

De eso se trata, prenda. ¡Pero un colega con derecho a roce, eh, que a mí las calientapollas me dan por culo!

-¿Qué vas a presentar este curso?

-A lo mejor un trabajo sobre Motörhead.

-¡De cine!

-También puedo interpretar una versión de Refused.

-Haz las dos cosas.

-Eso estaba pensando.

Pues no te lo pienses tanto y empieza a darle al manubrio, niña.

-Te garantizo que vas a realizar tus sueños, ¡de cabo a rabo!

-Espero no acabar como una simple empleada de IKEA.

-¡Qué cosas tienes!

-¿Por qué te ríes?

-Nada, me flipa tu sentido del humor.

-¡Digo en serio lo de IKEA! Tengo amigas que no aspiran a otra cosa.

Cómo está el patio.

-¡Yo de mayor quiero ser estrella de rock!

-¡Pero si eres pastor!

-Quiero decir que era mi ilusión de niño.

-¡Yo sí seré estrella de rock! En alguna reencarnación.

Pobre imbécil. Cuando te caigas de la parra te vas a dar una hostia del copón. Ser carne de cañón es una dedicación de alto riesgo, como caminar por la cuerda floja sin red ni arneses.

-Tranqui, te ayudaré a conseguirlo, palabra.

-¡Qué suerte haberte conocido!

A mí sí que me ha tocado la lotería por ser el primer lobo que se cruza en tu camino, ovejita.

-¿Sabes que mi abuelo paterno nació en Estocolmo?

-¡Toma ya!

-Lo quiero mucho.

¿A mí no?

-Le gusta la música un montón.

-Lo habrás heredado en los genes.

-Era fan de Bill Halley.

-¿El rockero americano?

Ursula estaba en la gloria. ¡Toda ella era un mar de sonrisas!

-¿Has oído sus temas?

-¡Yo cantaba a voz en cuello el *Rock around the clock* en la ducha y fuera de ella!

-Igual que mi abuelo.

¡Ya estamos con las comparaciones!

-De casta le viene al galgo.

-¿Qué?

-Digo que de tal palo, tal astilla.

-¡Mi abuelo es la repera!

-¿A que no se perdía los conciertos de Johnny Cash?

-¡Ni los de Jimi Hendrix!

- ¿Y los Sex Pistols?
- ¡Jolín, eres clavado a mi abuelo!
- ¡Yo la mato, lo juro por lo más sagrado!*
- ¡Ay, mi Caperucita Roja, lo que hay que hacer para complacerte!*
- ¡Tu abuelo se daba la gran vida!
- Cuando tenía mi edad manejaba dinero, no como yo.
- Era otra época, cariño. Los jóvenes tenían más libertad.
- Podía comprarse un montón de discos y tenerlos de recuerdo.
- Sé a qué te refieres. Mirarlos, olerlos, tocarlos.
- ¡Exacto! No como yo...
- Te tienes que conformar con Spotify.
- No hay otra.
- Los discos de vinilo son una pasada. ¿Por qué me miras así?
- ¿Puedo contarte un secreto?
- ¡Claro, mujer!
- Mi abuelo fue de los primeros punkis de Suecia.
- Éramos pocos y parió la abuela.*
- Ah, pues eso mola mazo.
- Me encanta que tengas una mentalidad tan abierta.
- Y a mí.

De patas tienes que abrirte tú, muñeca, a ver cuándo te enteras. Me lo debes. Porque yo soy el lobo del cuento. Y tú eres Caperucita Roja. ¿Aún no lo sabes? ¿Nadie te ha leído el cuento? ¡No me digas que no lo hizo tu abuelita! ¿Tampoco lo hizo tu padre antes de largarse? ¡Qué imperdonable descuido! ¡Se supone que él era el cazador providencial que debía salvarte de mis garras y mis colmillos hambrientos! Está claro, los cuentos de hadas no han servido para nada. Quien tengo oídos para oír, que oiga, dice el refrán. ¡Lástima, chiquilla! Parece que nadie tuvo oídos en tu familia. Mala

suerte para ti. Y buena para mí, naturalmente.

34

Con el permiso de ustedes, yo prefiero H&M, que es moda nacional, se dijo el inspector, risueño.

-¿Se fue de la tienda por su marido? –preguntó Regina.

-Supongo –replicó Lundberg.

-¿Sabe cómo lo conoció?

-En la tienda, según me confesó él cuando lo interrogué. Selma me había dicho que ella era de Estocolmo y que estuvo liada con el hijo de un millonario finlandés. Al parecer había venido a trabajar a Avesta para escapar de esa relación.

-¿Su marido era pastor?

-Pues sí. Iglesia Pentecostal Filadelfia. En Avesta no tiene muchos adeptos. Sólo unas decenas.

-¿Habló con los fieles de esa iglesia?

-Claro. Uno era vecino mío.

-¿Qué le dijeron acerca del marido de Selma?

-Que era un hombre maravilloso y se desvivía por su comunidad.

-¿En serio?

-Textualmente.

-Así que conoció a Selma en la tienda...

-Creo que se quedó prendado de ella y la captó para su secta, o lo que diablos sea. No sé muy bien qué es. ¡Hay tantas asociaciones estrambóticas en

este mundo!

-¿Data de la muerte? –disparó Karl.

-Entre las ocho y las diez de la mañana.

-¿La autopsia no pudo concretar más?

-No, por el borrado del agua que recibió el cadáver –Lundberg suspiró, encogiéndose de hombros-. No puedo decirles mucho más acerca de ellos. La muerte de Selma nos impresionó mucho a todos, pero en principio parecía un accidente.

-¿Cómo se produjo? –volvió a la carga Karl.

-Selma se escurrió en la bañera, mientras se estaba duchando, y cayó violentamente, con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza contra el grifo.

-¿La herida de la cabeza se correspondía con la forma del grifo?

-Completamente. Además había restos de óxido del grifo en el cuero cabelludo.

-¿La muerte fue instantánea?

-El impacto resultó mortal.

-¿Encontró Adam el cadáver?

-Sí. Bueno, no estaba solo.

-¿Lo acompañaba otra persona?

-Ese día había citado a las nueve de la mañana en su casa a un feligrés para tratar ciertos asuntos.

-¿Qué declaró ese testigo?

Lundberg consultó sus papeles durante un rato antes de contestar.

-Cuando llegó a la casa, Adam lo recibió en pijama, con aspecto de haberse levantado de la cama.

-No me lo creo.

La expresión de escepticismo de Karl era elocuente. Sin embargo Lundberg no podía compartir sus sospechas.

-¿Qué insinúa, inspector?

-¿No considera una casualidad excesiva que el día de la muerte de su mujer Adam citase a alguien en su casa a primera hora de la mañana?

-Bueno, nos consta que el pastor recibía con frecuencia visitas de sus feligreses.

-¿A primera hora de la mañana?

Lundberg se encogió de hombros, sin dar mucha importancia al asunto.

-No podría asegurarlo.

-¿No le parece extraño que Adam aún estuviese en los brazos de Morfeo cuando llegó el feligrés?

Lundberg suspiró, indecisa, sin saber qué decir.

-¿Qué más? –la animó a proseguir Karl.

-El testigo dijo que se sentó en la cama de Adam y se puso a hablar con él al tiempo que oía un grifo abierto en el cuarto de baño –leyó la subinspectora en el informe.

-¿Ese grifo estaba abierto desde que él entró en la casa?

Dudas. Relectura del informe...

-Bueno, el testigo dijo que se percató de ello al poco de ponerse a hablar con Adam.

Entiendo. Era un feligrés de efecto retardado, como todos.

-¿Qué ocurrió después?

-Según la versión del testigo, Adam empezó a llamar a su mujer para saber si se encontraba bien, pero ella no respondió, así que fue a ver si le había ocurrido algo, forzó la puerta y encontró a Selma muerta en la bañera.

-El testigo lo acompañaba, por descontado...

-Sí.

-¿Comprobaron si Adam pudo cerrar la puerta desde dentro y luego salir por otro lugar?

Lundberg vaciló. Tomó una estilográfica y se puso a dar golpecitos en la mesa con nerviosismo.

-No, inspector –reconoció, cabizbaja.

-¿Había respiradero en el cuarto de baño?

-Había uno en la parte superior de la pared.

-¿Lo bastante grande?

-Sí.

-¿En caída libre con el exterior?

-Comunicaba con el balcón...

Karl había enrojecido de ira, observó Regina, pensando que sobraban las palabras.

-¿No se les ocurrió que Adam pudo quitar la rejilla para salir por allí y luego volver a ponerla?

-No, inspector.

-¿Comprobaron si la rejilla había sido retirada recientemente?

-¡No había motivos para hacerlo!

-¿Cómo no?

-No encontramos el más leve indicio que nos hiciese pensar que el pastor había asesinado a su mujer. Además había un testigo de primera mano.

-Y tan de primera mano. ¡Una ovejita del buen pastor!

Ahora Lundberg temblaba, con el semblante desencajado.

-He consultado el expediente del caso y permítame decirle que presenta algunas incoherencias –dijo Karl.

-¿A qué se refiere?

-La autopsia reveló que la concentración de medicamentos en la sangre de Selma podía resultar altamente tóxica.

A Regina le asombraba la brusca transformación de aquella mujer que un momento antes se mostraba tan segura de sí misma. Cuando el jefe se ponía

serio no había quien le parase los pies.

-Se trata de un dato significativo, que sin embargo no consta en el informe policial. ¿No le parece una omisión reprobable, subinspectora? ¿A ninguno de ustedes se le ocurrió investigar por qué Selma había ingerido tantos somníferos? ¿Fue ella a comprarlos a la farmacia o lo hizo su marido?

-Lo ignoro.

-¿Se los recetó el médico? ¿Desde cuándo los tomaba?

-No lo sé.

-Son preguntas sencillas, subinspectora, para las que cualquier investigador que se precie de serlo ha de encontrar una respuesta.

-Reconozco que hubo un problema de comunicación entre los médicos, los forenses y la policía.

-Evidentemente. Pero es una pobre disculpa para justificar la inoperancia de su investigación, Lundberg. Si hubiesen hecho bien su trabajo quizá nos habríamos ahorrado el asesinato de otras dos víctimas.

Lundberg, que nunca se había encontrado en una tesitura semejante, estalló.

-¡Por Dios! ¿No le parece una presunción excesiva sacar conclusiones basándose en un análisis toxicológico? ¡Que Selma tomase somníferos no implica necesariamente que su marido la asesinase!

El inspector se levantó, lanzando a la subinspectora una mirada de desprecio, le dio la espalda y abandonó el despacho si despedirse. Regina tuvo que recoger su bolso apresuradamente y salir corriendo para alcanzarlo.

-Quizá sería buena idea reabrir el caso y echarle un segundo vistazo, jefe.

Karl se volvió hacia ella. Sus ojos destilaban rabia e indignación.

-La mató él, estoy seguro. Pero no se podrían reunir pruebas suficientes para que un juez lo condene.

Magnus se preguntó si le compensaba darse un salto a Knutby para hacer durante un rato de su hermano, aprovechando que eran gemelos. Le gustaba hacer de Adam. Siempre le había gustado hacer de él, ocupar su lugar, aprovecharse de su estupidez, desde niños. Por eso cultivaba el parecido físico: la misma barbita, el mismo corte de pelo, la misma ropa. Incluso procuraba mantenerse en el mismo peso. *De chavales él se ligaba a las pibas con su labia y yo las desvirgaba con mi pepino.* ¡Era tan excitante! Claro que ahora Adam estaba perdiendo fuelle, *se está amariconando.*

Tirarse a Selma había estado muy bien. Selma era una hembra de primera. Estaba tan buena que te daban ganas de repetir. E incluso hubo algo más entre ellos. El deseo se transformó en otra cosa. Quizá en amor. En un amor platónico, irrealizable. Selma le hizo sentir algo parecido a ese sentimiento idealizado en el imaginario colectivo, llamado amor. Aunque al final la cosa quedó en mera fascinación, en reconocimiento. Porque Selma no era de este mundo. Era una diosa. Una deidad pagana.

Con la mujercita actual de Adam, Gina, con una vez era más que suficiente. Y con esa amante ocasional medio necia, Hanna, ocurría lo mismo. Aunque fuese un volcán en la cama era tan cortita que sentías lástima de ella y se te cortaba el rollo. Le quedaba la opción de dejarse caer por Hofors para visitar a Rebecca haciéndose pasar por Adam, pero ya había gozado unas cuantas veces de ella cuando trabajaba en casa de su hermano y se la conocía

de memoria. Al principio tenía morbo follarse a ese témpano de hielo buenorro, aunque fuese lánguida y blanda, pero luego se te quitaban las ganas. Rebecca era tan necia y cortita como Hanna, en su estilo juvenil y atolondrado. ¡Esa hembra vivía pegada al móvil! Y era tan insensible que podía estar chateando con sus contactos tan tranquilamente mientras tú te la follabas como una mala bestia.

Adam era un falso hipócrita sin sangre en las venas, un tipo cobarde, un malnacido sin valor para entregarse abiertamente a sus instintos, como hacía él, pero tenía un piquito de oro que resultaba muy práctico para enrollarse con las mujeres, para engañarlas y camelarlas. Era significativo y simbólico que fuesen hermanos gemelos. Y que Adam renegase de sus orígenes. *Yo en cambio me siento orgulloso de lo que soy y de dónde vengo. Me mola ser hijo de una puta y un borracho dedicado a la mala vida que ha acabado con sus huesos en chirona.*

Adam y yo hacemos la parejita perfecta. El doctor Jekyll y mister Hyde en versión actual. El bello y el bestia, los dos igual de cabronazos. Uno pastor de ovejas, que se casa y tiene hijos y hace una vida presuntamente normal. Y el otro, criminal, delincuente, putero, proxeneta, drogata, traficante, ladrón y quién sabe qué más. Vera estaría orgullosa de nosotros, que en paz descansen. También el viejo está orgulloso de nosotros en su prisión donde se lo pasa de puta madre y vive a costa del estado.

No, hoy no le apetecía darse una escapadita a Knutby o a Hofors para hacer de su hermano durante un rato. Tampoco le apetecía quedar con Finn, el niño de papá metido a crápula. Tampoco le apetecía leer. Selma y Finn le habían pegado su afición por las novelas policiacas. *Mi escritor favorito es el noruego Jo. Me he leído toda la serie de su comisario Harry Hole. ¡Es un puto genio!*

Magnus no se podía quitar esa idea de la cabeza. La había sacado a

colación Finn. Claro que no era una idea suya. Era una idea de Selma. *El asesino invisible*. Se le había ocurrido a Selma, ese pedazo de hembra guapa y además inteligente y sensible, no como la mayoría. *Yo también quiero ser un asesino invisible*. De hecho ya lo era. *Según Selma todos los tíos somos asesinos invisibles en potencia y sólo necesitamos una disculpa para dejar de serlo en potencia y pasar a serlo en la práctica. Está cojonuda la idea. No le faltaba razón a la pobre.*

Magnus pasó revista a sus opciones de esparcimiento. A veces se sentía solo. No le gustaba sentirse solo. Era una sensación extraña. Sentía un vacío en el estómago. Empezó a pasarle de adolescente. Luego la cosa se fue agudizando. A veces sentía verdaderos pinchazos, en algún lugar sin definir. ¿Sería su alma? ¿Su corazón? ¡Ah, qué estupidez! Conceptos vanos, huecos, ridículos. Camelos insustanciales.

Magnus se acabó el porro y se encendió otro. María de primera. Se acordó de Alba Malvina, esa fulana cincuentona noruega a la que había cogido cariño. Era una mujer increíble. Compaginaba la prostitución tradicional con la asistencia sexual a discapacitados, que era lo que le dejaba más pasta. *Los discapacitados me pagan bien por hacerles una mamada*. La buena mujer tenía una hija que le dijo: *He tenido que meterme a puta porque no puedo trabajar de otra cosa con la crisis*. Así que en Noruega también había crisis.

Las autoridades noruegas y suecas se equivocaban al criminalizar a los clientes de la prostitución. La prostitución, desde el principio de los tiempos, se había desarrollado en un contexto de normalidad, tanto por parte de las putas como por parte de los clientes. *Hay que pensar que para muchas mujeres es un medio de vida perfectamente recomendable, dadas sus circunstancias personales. Y también hay que pensar que los clientes no son criminales. Los clientes de las putas no son unos depravados viciosos que necesitan llevar a cabo fantasías perversas y retorcidas o rituales satánicos.*

No, nada de eso, mis dilectos amigos políticos. Los clientes de las putas son ustedes mismos, es su cuñado, su propio hijo, su sobrino, su tío, su padre. ¡Cualquiera! Son gente de lo más normal y corriente.

Alba Malvina era una puta genial. Llevaba treinta y cinco años haciendo la calle. Magnus había establecido una relación muy especial con ella, materno-filial. Él la protegía y le buscaba clientes y ella lo acogía con su espíritu maternal. Alba Malvina era la mujer más inteligente que había conocido, después de Selma, claro, por descontado. Y también era la puta más digna. Soltaba frases impactantes: *lo peor de esta profesión es la pesada carga moral que la sociedad le atribuye. Si no hubiera miseria habría menos putas y si no hubiera estigma habría muchas más. Te reprochan que te ofrezcas como objeto y vendas tu cuerpo sin pensar que hacer un masaje con la vagina equivale al servicio que ofrece un fisioterapeuta.*

¡Alba Malvina era genial! ¿Qué sería de ella? A Magnus le tentaba llamarla por teléfono para preguntarle cómo estaba. *La puta es la única mujer que sabe comprar la libertad a costa de los hombres sin depender de los hombres*, decía. Eso, de alguna forma, le daba la razón a la teoría de Selma. Porque Alba Malvina también decía que las putas eran la únicas mujeres que dejaban de ser víctimas propiciatorias de los hombres, que era la otra mitad de la ecuación en la teoría de Selma *el asesino invisible*.

Otra lindeza de Alba Malvina: *el patriarcado ve con buenos ojos a la puta negativa, es decir a la puta mala persona, viciosa, ninfómana u obligada por las circunstancias, pero no puede aceptar a la puta positiva, la que ejerce voluntariamente su profesión para ganarse la vida y ser autosuficiente al margen de la servidumbre machista del mercado laboral*. Sí, ella se sentía orgullosa y satisfecha de ser puta. *El patriarcado condena moralmente la insumisión femenina a los estereotipos de conducta*. Ahora que pensaba en ello, a Magnus le pareció que había una equivalencia evidente

entre las ideas de Selma y las de Alba Malvina, aunque en principio fuesen mujeres diametralmente opuestas, en todos los sentidos.

¡Las dos pensaban lo mismo desde diferentes puntos de vista!, se dijo. *La insumisión es el estigma. Y curiosamente cuanto más dinero ganas, más estigmatizada estás.* Alba Malvina le había contado que al principio se enamoró de un cliente. También el cliente se enamoró de ella. Y no consiguieron gestionar la situación. *No supo entender mi trabajo. Así que yo estaba entre la espada y la pared. ¿Renunciaba a mis emociones o a mi identidad? Fue la decisión más dura que he tomado en mi vida.* Alba Malvina era una mujer muy fuerte. *Al final conseguí acorazar mi identidad frente a la agresión autodestructiva de mis emociones.*

Fruto de esa relación nació su hija, que también había decidido dedicarse a la prostitución porque aun viviendo en Noruega el mundo no le ofrecía otras opciones mejores. Parezco una gallina clueca, una monja de clausura pasando revista al cajón de los recuerdos, se reprochó Magnus. Había que ponerse en marcha, ponerse las pilas, animarse un poco. Lo mejor en estos casos era una sesión de *black metal*. El *black metal* sueco no estaba mal. Aunque no le llegaba a la suela de las zapatillas al *black metal* noruego.

Molaría mazo quemar unas cuantas iglesias, profanar algún cementerio, joder a algún sacerdote meapilas y empalar cabezas de cerdo mientras escuchas a algún grupo del Inner Circle. ¡Viva los vikingos! ¡Regresemos a la época de los guerreros valerosos! ¡Violencia al poder! ¡Expulsemos a los cristianos, a esta bazofia romanizada del poder! ¡Viva el odinismo! ¡Hijos de Odín, enemigos de Cristo!

Per Yngve Ohlin, alias *Dead*, tenía razón. *La muerte tiene un sabor especial. Es la anticipación de la vida.* Por eso enterraba sus ropas semanas antes de un concierto para sentir la esencia de la muerte en esas ropas cuando las llevaba puestas durante el concierto. Y antes de subirse al escenario

inhalaba el olor a podredumbre y muerte de su amuleto de la suerte, un cuervo muerto, que renovaba cada cierto tiempo, cuando la mortífera y pestilente esencia se evaporaba.

Magnus puso la música a todo volumen. Adoraba Mayhem. Y el concierto de Leipzig era una pasada. Esos temas te reventaban el alma. *Funeral Fog, Pagan Fears, Freezing Moon*. ¿A qué gilipollas se le había ocurrido llamar a esa maravilla “metal extremo”?

Había comenzado la transformación, empezando por la pintura corporal, pintura cadavérica. Vestimenta negra, brazaletes, cinturón de cuero con clavos de diferentes tamaños, collar con la calavera, la herradura y la cruz invertida, anillos de plata con motivos satánicos. *¡Qué bien lo hicisteis, radicales del True Norwegian Black Metal! ¡Cómo fardan mis tatuajes!* Magnus no pudo evitar reírse a carcajadas al ver sus tatuajes reflejados en el espejo de cuerpo entero. Por eso cuando se follaba a las zorras de Adam debía evitar que le viesen el cuerpo. *Los tatuajes son lo único que nos distingue. Exteriormente.*

Había llegado el momento de iniciar la desinhibición. Adam corrió a por la botella de whisky.

-¡Hay que brindar, nena!

-¿Por?

¡Por la madre que te parió!

-Tu abuelo, tu padre, el rock. ¡Por ti, Ursula!

-¡Vale!

-¿Te gusta el whisky?

-Me encanta.

-¡Genial!

-No me acostumbro a oírte hablar así, con palabras juveniles.

-¿Te molesta?

-¡Me encanta! Hoy estás súper simpático. ¡Antes te veía tan serio!

-Tengo mis momentos.

-Ya, como todos.

-¿Solo, con hielo, rebajado con agua, con zumo?

-Con hielo, gracias.

-Eres una campeona.

Eso está mejor. Dale al pimple, criatura, que hay que empezar a alegrarse el cuerpo. Se hizo el silencio. Por primera vez. *A ver cómo reacciona.* Ursula adoptó una expresión melancólica. Se puso a deshilar

aún más uno de los muchos descosidos que lucían sus pantalones vaqueros.

-¿Sabes, Adam? Cuando se hace oscuro afuera y no te dan ganas de salir por el frío, yo me pego a mi guitarra y el tiempo se me pasa volando.

-¡Tocarás como los ángeles!

Ya te digo, verás cuando me toques el nabo.

-Dicen que no lo hago mal.

-¿Has aprendido sola?

-He seguido un curso online.

-Tienes un talento de la hostia, eso se nota a la legua.

Ursula se sonrojó. Luego se quedó absorta y acto seguido se le iluminó el semblante.

-Oye, ¿te has enterado de que en la *fritidsgardar* quieren organizar un grupo de rock? ¡Estoy pensando en presentarme!

-¡A por ello!

-¿Crees que tengo posibilidades?

-¡Se rendirán a tus pies!

-En la casa de juventud de Knutby siempre han sido muy activos en cuestiones musicales.

-¡Demuéstrales lo que vales, muñeca!

-Las pruebas de selección son muy duras.

-¡Para ti son pan comido!

Ursula miró la botella de whisky. El contenido había bajado rápidamente. Comenzaba a dar muestras de embriaguez. *Está a punto de caramelo.*

-Muchos grupos empezaron en la *fritidsgardar*.

-Lo sé. En Suecia tenemos una tradición musical que no se puede comparar con ningún otro país.

-Eso decía mi padre. Por eso hemos ganado tantas veces el festival de

Eurovision. ¡Para que veas de lo que son capaces diez millones de habitantes inspirados!

¡Si supieses lo inspirado que estoy yo ahora! Cuando te pongas a tocar las cuerdas de mi guitarra entraré en el paraíso por la puerta grande.

-A lo mejor conseguimos una subvención para hacer conciertos por todas partes.

-¡Cuenta con ello!

Así, bebe un poquito más, cerdita. Ursula empezaba a balancearse. *¡Bendito Baco! ¡Bienvenido al hogar!* Se miraron a los ojos, indecisos. *Está casi entregada. Quiere follar, está dispuesta a hacerlo, lo sé, lo leo en sus ojos, pero hay que rematar la faena, abrir la última puerta para llevarla al punto de sumisión total.*

Ya la había batido bastante. Era nata montada de lo más consistente. Simplemente había que degustarla. ¡Manos a la obra! *¡Que comience la función!* Sin mediar palabra, le quitó las botas, que estaban empapadas, al derretirse la nieve adherida a ellas.

-¿Qué haces?

-Quiero que te pongas cómoda.

-¡Pero si estoy cómoda! –protestó Ursula débilmente.

No lo suficiente, gatita.

-Aquí tienes que estar como en tu casa, cariño, la de verdad, la de Estocolmo, allí donde eras feliz, antes de que ese tren absurdo descarrilase, arruinándote la vida.

-¿Cómo sabes lo del tren?

-Yo sé muchas cosas, princesa.

-¡Eres el hombre más inteligente que conozco!

Lo sé, todas dicen lo mismo.

-¡Relájate! ¡Te mereces ser feliz!

-¡Sí, eso es lo que quiero, Adam, volver a lo de antes, al pasado!

-¡Lo haremos, ya lo verás! ¡Juntos!

-¡No sabes cómo lo deseo!

¿Cómo que no?

-Yo puedo entregarte todo lo que necesitas, amor mío.

-¿De veras?

-¡Soy capaz de cualquier locura por ti!

-¡Ay, Adam!

-Seré tu ángel de la guarda.

-Esto es un sueño.

-Sólo tienes que dejarte llevar.

Ursula se dijo que Adam lograba que se sintiese de veras acompañada. Era el único adulto con el que podía hablar con naturalidad y compartirlo todo. Le gustaba confiarle sus temores, sus preocupaciones, sus sueños. Él la comprendía. Y podía ayudarla, porque era un hombre fuerte y poderoso, con una buena posición. Además tenía una casa bonita, un coche y seguramente era más generoso que la abuela.

Ahora que Gina no estaba, ¿qué había de malo en coquetear con él, dejándose querer? Al fin y al cabo era un hombre encantador. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan liberada de sus problemas y preocupaciones. En ciertos aspectos Adam se parecía a su padre. Era igual de consentidor. Le transmitía seguridad. Cuando lo oía hablar desaparecía el miedo. Y la soledad.

Adam le quitó los gruesos calcetines de lana. *¡Demonios, qué pies! Deliciosos, de sirena. ¡Me los comería con pan y tomate! ¿Cómo podía existir algo tan delicado y exquisito sin que nadie le sacase partido?*

-¿Qué haces?

-Tranquila. Relájate. Quiero que seas feliz, Ursula, es lo único que deseo. Porque eres una princesa, ¿no te das cuenta?

-¿Qué?

Ursula se rió.

-¿Cómo voy a ser una princesa?

Ni siquiera su padre le había dicho algo así, y eso que no paraba de repetirle cosas bonitas.

-Eres especial. Única. Y no te mereces sentirte sola y triste.

-No quiero sentirme sola y triste.

-Lo sé.

Ursula rompió a llorar. *¡A por ella! ¡Ataca! ¡Es el momento!* Adam agarró sus pies y se los puso encima del regazo para acariciarlos.

-Ahora no debes preocuparte por nada, cariño, porque estás conmigo.

-¡He llorado tanto desde que murieron mis padres, Adam!

-Lo sé, amor mío, puedes creerme.

-Pensé que nunca más volvería a ser feliz.

-Tonterías.

-Pensé que el mundo no estaba hecho para mí.

-¡Ya ves tú!

-Pensé que mi vida iba a ser siempre un mar de lágrimas.

Un mar de lefa, eso es lo que te espera.

-Pues estabas equivocada, ya lo ves.

-¿Por qué la vida es tan injusta, Adam? Tú que eres pastor tienes que saberlo.

-La vida es como es, amor mío. ¿No has visto los documentales de animales que echan en la tele?

-No. Yo sólo pongo Big TV, que televisa música en vivo desde Estocolmo, y a veces The Voice y ZTV. Los veo en el portátil, cuando estoy tumbada en la cama.

-Deberías echarle un ojo a los documentales de TV4. Cuando los

leones dejan de ser cachorros deben abandonar la manada, si no su padre los mata. Entonces expulsan al jefe de otra manada, más viejo y débil que ellos, y exterminan a toda su descendencia. ¡Matan a las crías y se las comen! Con nosotros pasa tres cuartos de lo mismo.

Ursula se quedó pensativa. Le gustaba que Adam le acariciase los pies, entre otras cosas porque nadie había tenido ese gesto de ternura con ella.

-Se nota que está usted en su salsa al volante. Habría triunfado en el mundo de la competición. Como ese piloto que se apellida igual, Stefan Johansson. Mi padre también era forofó de los coches y la velocidad.

-¿De veras?

-En el 2008 fue a las 24 Horas de Le Mans.

-Allí precisamente corrió Stefan Johansson, con el equipo español Epsilon Euskadi. El mundo es un pañuelo, señorita Andersson.

-Otra vez en la carretera...

-¡Me encanta! La carretera es una metáfora apresurada de la vida.

-¡Y tanto! Aunque resulta una imprudencia temeraria confundir las carreteras comarcales de nuestro país con un circuito de Fórmula 1.

-Tiendo a transformar el laberinto del Minotauro en un parque de atracciones...

Regina decidió obviar aquel *comentario inextricable* tan propio del inspector. Estaba perfectamente acoplado al volante de su súper bólido, con los guantes de cabritilla, el impecable traje Armani, la melena entrecana que le caía sobre los hombros y ese rostro suyo agraciado y solemne de caballero medieval.

-¡Cuidado!

La detective sintió que se le subía el corazón a la garganta.

¡Qué curva *demoledora*!

-¡Casi nos caemos por el precipicio!

-En ocasiones la velocidad nos pasa factura a los amantes de los *riesgos calculados*, como le ocurrió a nuestro mejor piloto, Ronnie Peterson, que perdió la vida en Monza justo cuando estaba corriendo para ganar el mundial. A quién se le ocurre jugarse el pellejo de esa manera.

Regina subió el volumen de la calefacción y revolvió la guantera para buscar un CD de música. Hoy se sentía algo desanimada. *Será por este maldito tiempo. ¡Estoy harta! Viento, nieve, lluvia. ¿Cuándo va a parar? Al final tendremos que irnos todos a vivir a España. Recibirían con los brazos abiertos nuestros sacos de coronas.*

Karl dio un brusco volantazo al tiempo que frenaba en seco para esquivar a un reno que cruzó la carretera a toda velocidad, aunque más bien parecía caído del cielo, porque no lo habían visto venir. El coche patinó por el asfalto a lo largo de varios metros, a punto de precipitarse en la cuneta. Regina contuvo la respiración.

-Cosas que ocurren –dijo el inspector, desdramatizando la situación.

-¡Dios mío, pues a mí es la primera vez que me pasa!

-A mí también, la verdad. Siempre hay una primera vez.

Regina volvió a introducir en la guantera todos los objetos que se habían desparramado sobre su regazo.

-La vida, en ocasiones, te reserva sorpresas, señorita Andersson. Me pregunto qué diferencia hay entre encontrar la muerte en el circuito de Monza, cuando estás compitiendo para ganar el mundial de Fórmula 1, y encontrarla en una carretera comarcal de Suecia porque se cruza un reno en tu camino.

-No tengamos pensamientos morbosos, por favor.

¿Morbosos?, se dijo Karl. *No puedo dejar de mirar, de reojo y con disimulo, sus magníficas piernas. ¡Soy un obseso sexual! La culpa es suya, por no renunciar a sus provocativas minifaldas y sus medias de lycra.* Se le

hacía difícil ir a su lado en el coche. *Al principio su compañía resulta gratamente inspiradora, pero conforme pasa el tiempo me voy sintiendo estrangulado por la tensión sexual que ella me provoca y la cosa se complica.*

-Dígame una cosa...

-¿Hora de confidencias? Me lo temía. Ese tono de voz ligeramente quebrado le traiciona, inspector.

-Retomando la conversación del escultor...

-Hoy precisamente no me siento con humor para retomar esa conversación.

-Pero eso a su despótico jefe le trae al fresco.

-¡Qué gracioso! Tiene la virtud de sacarme de quicio, pero a usted le da exactamente igual.

-¿Entonces puedo? ¿De veras tengo su venia?

Regina suspiró.

Karl se encogió de hombros.

-Es de suponer que usted y él...

Regina apretó los dientes. ¡Cielos, a veces tenía ganas de abofetearlo! Le tentaba decirle que aquello no era asunto suyo, que estaba siendo brutalmente indiscreto, pero no deseaba malquistarse con él. Al fin y al cabo era su jefe.

-Sí, inspector, me acosté con él. ¡Follábamos cada vez que iba a su taller!

-No hace falta que sea tan explícita.

¡Se ha sonrojado! No me lo puedo creer. Me tranquiliza haberle causado esa pequeña incomodidad. ¿Un desagravio? Claro que sí, me siento aliviada.

-Pero imagino que no iba usted con mucha frecuencia a su taller...

Regina soltó una risotada.

-Se equivoca. Iba cada día, inspector.

-¿En serio?

-Cuando terminaba mis tareas escolares. Era el postre, se puede decir.

Me encantaba estar a su lado, verlo trabajar en sus esculturas y que me contase cosas. Y sobre todo me encantaba hacer el amor con él, aunque a veces se volvía un poco engorroso. Su gata Miska se ponía celosa y no paraba de maullar.

Me cae bien esa gata, se dijo Karl. Regina siguió revolviendo la guantera.

-¿Le gusta ser policía, señorita Andersson?

-Claro, si no me habría dedicado a otra cosa.

-¿Por qué decidió serlo?

Regina se incorporó, renunciando por el momento a su búsqueda musical. El nuevo tema de conversación le interesaba más.

-Cuando era pequeña me peleaba con los chicos y decían que era muy machorra.

-¡Si usted es el colmo de la feminidad!

Regina se rió.

-Con el tiempo aprendí a dominar mis impulsos, pero dejé sangrando por la nariz a más de un chico que quería pasarse de listo. Luego mis amigas me tomaban como defensora, para que intercediese en sus pleitos. Así que me planté en la edad de decidir qué quería hacer con mi vida habiéndome acostumbrado a mediar en los problemas de los demás, y me dije que la profesión de policía podía encajarme bien.

Dicho esto, Regina miró desafiante al inspector.

-¿Y usted?

-Yo he sido siempre un lobo estepario.

-¿Como el de la novela de Hermann Hesse? ¡No me venga con esos cuentos! Yo me he sincerado, así que ahora le toca a usted. *Quid pro quo*.

Karl se carcajeó y ella se dijo que era la primera vez que lo hacía desde que habían salido de Knutby. Le gustaba oír las carcajadas del inspector.

-No sabía que leyese a Hermann Hesse.

-En la escuela secundaria su novela *Bajo las ruedas* era una lectura obligatoria.

-No me caen bien los alemanes y menos si se hacen suizos. Unos se dedican a gobernar en casa del vecino y los otros a lavar el dinero negro del vecino.

-¿Hay alguien en el mundo que le caiga bien, inspector?

La gata del escultor. Dándose por vencida, Regina retomó la búsqueda musical en la guantera.

-¿Por qué renuncia tan rápido a nuestro jugoso tema de conversación, detective?

-¿Quedaba pendiente algo?

-Me habría gustado contarle que yo decidí ser policía simple y llanamente para arreglar el mundo.

-¿Para hacer justicia cargándose todo lo que apesta a podrido?

-Bueno, eso suena a utopía.

-¿Y no es acaso usted un idealista?

-En cierto modo.

-También romántico. El problema es que no corren tiempos para la lírica. Ahora está de moda el comportamiento ecléctico y utilitario.

-En efecto, a nadie le gusta pensar. ¡Eso es un lujo! Imagino que mola más pertenecer a un rebaño. Por eso los pastores como ese desgraciado de Adam se ponen ciegos. ¡Hay ovejitas para escoger y revolver!

En eso estamos de acuerdo, se dijo Regina. *El problema es que también tú, a tu nivel de conciencia, eres ovejita, querido. Perteneces al gran rebaño de los hombres, pastoreado por ese Dios que supuestamente nos desalojó a las mujeres del paraíso endosándonos el pecado original, arbitrariamente, digo yo, porque a estas alturas de la historia resulta incongruente pensar que fuimos nosotras quienes nos comimos la manzana del pecado robándosela al árbol de la ciencia.*

¡Luz y taquígrafos! En nuestra vanguardista Suecia cada tres semanas un hombre asesina a una mujer supuestamente “por amor”. ¡No hablamos de casos aislados de psicópatas! ¡Es una patología instaurada en la mente masculina tras milenios de lavado de cerebro! Ah, pero eso al mundo le da igual. La gente tiene grabado en la mollera el mensaje subliminal que se inventaron los hombres para justificar la fundación de su patriarcado: la mujer jodió el Paraíso al principio de los tiempos zampándose la manzana del árbol de la ciencia, por eso hay que desahuciarla de todos los ámbitos de poder a nivel colectivo, y a nivel particular hay que cargársela, a ser posible. Claro que si no estás conforme puedes apoyar a las feministas para darte con un canto en los dientes con sus reclamas cosméticas.

-No sabía que molase tanto el rollo éste del *black metal* –dijo Finn.

-¿Por qué te crees que me largué a Noruega? –replicó Magnus-. Allí sabían y saben lo que vale de verdad. La siniestra lírica de sus canciones es la repera. Ese movimiento musical entraña un espíritu destructivo demoledor. ¿Nunca has pensado que para construir una casa nueva hay que demoler primero la casa vieja?

-Pues no, la verdad.

-Hablamos de una filosofía de vida, machote. Esto va más allá de la cuestión estética y musical.

-¡Para el carro, anda!

-Por debajo del fenómeno *black metal* subyace una corriente mística, arraigada en los antiguos misterios y los arcanos ocultos, que hace culto al satanismo y la hechicería pagana. Los seguidores del *black metal* formamos una hermandad comparable a los masones.

-Alucino en colores.

-¡Todo nació en las frías penumbras escandinavas, heredando la fuerza de los vikingos!

-Y yo sin enterarme.

-El *black metal* es la bestia de las tinieblas renaciendo de sus cenizas.

-¿Cuándo empezó este rollo?

-A finales de los años ochenta prendió la mecha en los jóvenes

rebeldes de Noruega. ¡El *True Norwegian Black Metal*! Satanás fue inoculado en sus venas, tiñendo su sangre rabiosa. Había que enarbolar la bandera negra del Averno, quemar iglesias, dar palizas a los curas y los feligreses. Fue un grito brutal de libertad frente al envilecimiento de la sociedad capitalista, ¿entiendes?

-Más o menos.

-Hay un renacimiento del individuo, como ocurre al alistarse en las sociedades secretas. Cuando te das de alta en el *black metal* pierdes el nombre que te han impuesto tus padres y los diferentes credos religiosos y adoptas un alias que te identifica.

Finn examinaba los libros de *black metal* que le había pasado Magnus.

-Aquí dice que un tal Vikernes, del grupo Burzum, asesinó a un tal *Euronymous*, del grupo Mayhem.

-¿Qué te crees? Esa gente iba en serio desde el principio. Satán exige sacrificios. Ha de derramarse sangre.

-Mola. La cosa parece auténtica.

-¡Pues claro que sí! El *black metal* es una revolución que aúna lo creativo y artístico, a través de la música, con lo ideológico-filosófico, haciendo propios los cultos satánicos, la antigua magia negra y una estética absolutamente rompedora.

-Chachi.

Para ponerse al día Finn se había tirado varios días escuchando los discos que le había prestado Magnus. Los temas de los grupos de *black metal* hablaban de movidas satánicas, escabechinas varias, degollinas múltiples, sangre, sacrificios rituales, orgías, profanaciones, canibalismo, anticristianismo, anti-monoteísmo y también de temas ligeramente más poéticos: el egoísmo de la sociedad actual, el suicidio como vehículo redentor de liberación personal, la violencia guerrera y vikinga como arma defensiva

frente al imperialismo judío-romano-cristiano de Occidente, la soledad luciferina para reencontrarte con tu genuina identidad individual más allá de la omnisciente y perversa manipulación del capitalismo, la obscuridad como alternativa auténtica a la falaz luz cegadora del imperio consumista, el odio como contraposición al amor espurio y mostrenco del interés cobarde y cómodo que rige la institución del matrimonio, la maldad como catarsis purificadora frente a la falaz bondad de la iglesia católica y sus aláteres, la misantropía como exorcismo liberador del Matrix aparente, el egoísmo como válvula de escape de la generosidad artificial y mentirosa, la búsqueda de la verdadera libertad de la conciencia mediante la catarsis del terror, la búsqueda de la verdad primigenia en los principios del ocultismo, la elevación espiritual a través del misticismo pagano de los antiguos hechiceros, la toma de conciencia presente en la revelación del mito arcaico y la necesidad de desnudar el sentido oculto de la existencia mediante la transgresión y la convivencia con la faceta sepulcral de la vida... ¡Total nada!

-El verdadero simbolismo de nuestra esencia humana anida siempre en lo sombrío y violento, Finn.

-¿Y por qué tantos tatuajes?

-El tatuaje es tribal, nos enraíza en la tierra, en las costumbres de nuestros antepasados, transfiere significado al templo de nuestro cuerpo. Es la señal de identidad.

-Ya, como el carnet de identidad.

-Sí, pero el carnet de identidad oficial nos iguala a todos, nos aborrega, nos castra. En cambio el tatuaje es una manifestación libre y auténtica de tu propia identidad.

A Finn le pitaban los oídos tras las intensas audiciones. Cielos, los vocalistas de *black metal* tenían una voz súper aguda y gutural. Se llama *shriek*, que en inglés significa chillido, decía Magnus. ¡Y tanto! Diabólicos

maullidos de delirante gata en celo. Y los trallazos de las guitarras te dejaban grogui. Era como recibir descargas de ametralladora. ¡El ritmo de las composiciones era tan frenético! Había un aire general desacompasado, cacofónico, de armonía sin armonizar. Y si encima acudías a sus conciertos y te dejabas envolver por su atmósfera oscura, siniestra, mortuoria, *¡claro que se produce en tu interior una transvaloración de los valores, sin darte cuenta, sin querer!*

-Luego la cosa ha ido perdiendo fuelle, pero el *black metal* auténtico, de la primera y segunda ornada, es una deyección sonora sincopada, de rasgueos bestiales de guitarra, totalmente distorsionados, muy crudos y sin pulir, muy de materia prima, ¿entiendes?

-Claro, claro. ¿Y qué me dices de la batería? Es igual, mazo acelerada.

-Lo de la batería es bastante común en diferentes subgéneros, como *thrash metal* o *death metal*.

-Me pregunto por qué este rollo vikingo utiliza tanto el inglés.

-Digamos que tiene una vocación universal, por eso. La primera chispa la prendieron los ingleses del grupo Vernon cuando sacaron en 1982 su disco *Black Metal*. Además de dar nombre al género ya apuntaban el rollo agresivo y satánico y la música sucia, por así decir. Luego vino el *thrash metal* y a finales de los ochenta echó a rodar el *black metal* noruego.

Se hizo el silencio. Flotaba una idea en el ambiente. A Magnus se le encendió la bombilla.

-Oye, Finn, ¿qué te parece si formamos una banda de *black metal*?

-¡De fábula! ¡Me parece una idea bestial!

-Con la pasta que tú tienes podríamos comprar material de primera y hacer nuestra propia compañía discográfica.

-¡Cuenta con ello!

-Tú podrías ser el vocalista.

-¡Qué dices! ¿Yo?

-¿Por qué no? Tienes una voz de pito cojonudísima, mazo chillona y gutural. Es difícil encontrar a un tío con la voz tan aguda.

-Eso es verdad.

Finn siempre se había avergonzado de su voz. Tienes voz de piba, solían decirle sus colegas finlandeses. Claro que la propuesta de Magnus le sabía extraña. Él soñaba desde chaval con ser una estrella musical. Como Robin. Pero del *teen pop* de Robin al *black metal* había una distancia abismal. Bueno, a burro regalado no le mires el diente, pensó, asimilando aceleradamente el venturoso e inesperado futuro como astro musical que el destino le ofrecía. *Haré de mi debilidad una virtud. Mi voz aguda de mariconeti dará berrinches que me catapultarán a la fama, incluyendo calaveras y demás parafernalia diabólica y sepulcral.*

-¿Qué dices?

-¡Trato hecho!

-Eres un tío con dos pelotas, Finn, lo supe desde la primera vez que te vi. Voy a llamar a mis contactos en Noruega. Conozco a unos guitarristas y un batería que son la rehostia en vinagre y se pondrán mazo contentos cuando les haga la oferta. ¡Se vendrán a Suecia echando leches!

-¿Y tú qué harás en la banda?

Magnus soltó una carcajada.

-¡Tocar la guitarra!

-¡No me jodas que tocas la guitarra!

-Desde que tengo uso de razón. Es lo único que sé hacer a derechas. Mi viejo me compró una guitarra eléctrica cuando yo era un mico. En Noruega toqué con unos colegas en varios garitos.

-Entonces sólo queda decidir el nombre de la banda.

-Eso déjame a mí; soy bueno para los nombres –Magnus se frotó las

sienes-. Déjame ver, déjame ver. ¡Ya lo tengo! Nos llamaremos *Selma, victims and murderers*.

Finn dio un respingo.

-¿Y eso por qué?

-Por Selma y por su teoría, el asesino invisible, ya sabes. No pongas esa cara, los dos adorábamos a esa mujer, era una diosa, estarás de acuerdo conmigo.

-¿A Dios le parece bien eso? –preguntó Ursula, dudando.

-¡Pues claro! Él ha creado a todas las criaturas, incluyendo a los leones.

Había que ir un poco más lejos. Se arrimó un pie a la boca y lo besó. Ursula estaba tan a gusto que no dio importancia al gesto. *Caliente, caliente. Tengo la polla tan dura y congestionada que podría estallar en cualquier momento. ¡Asestemos el bocado mortal!*

Empezó a tirarle de los pantalones. ¡Qué horror! ¿Cómo se le ocurría a una ninfa tan excelsa ponerse esos vaqueros descosidos y medio rotos, en lugar del vestidito principesco que le correspondía?

Ursula dio un respingo.

-¿Qué haces?

-¿No confías en mí?

-Claro, pero...

-Déjame amarte, cariño.

Desabrochó el cinturón, que era grosero y espantoso. Luego el botón del pantalón. Bajó la cremallera. Tiró de las perneras de los vaqueros.

Ursula suspiró.

-Eso es justo lo que quiero... -dijo, con los ojos entornados, como si de pronto compartiese su excitación.

Adam arrojó los vaqueros a la moqueta. *¡Dios mío de mi vida, qué*

patas! ¡Me las zamparía en pepitoria hasta el día del juicio final! La princesa de cuento de hadas había renunciado al cinturón de castidad. ¡Y ahora a papearse estas piernas succulentas! Carnes prietas, torneadas, de primera calidad. En su punto, ni gordas ni delgadas, sin rastro de flacidez, ni de estrías, ni de varices. ¡Ahí estaba la perfección! ¡Para mí!

Al posar las yemas de los dedos en aquella piel tersa y suave se sintió electrizado. Examinó la entrepierna, los pliegues de carne que se formaban en las caderas, la sedosa cara interior de los muslos. ¡Por fortuna había tenido el acierto de ponerse un mini tanga! Y además de color fucsia, el que más lo excitaba. Qué odiosas eran las groseras bragas que tapaban los carrillos del culo.

¡Qué paja memorable!, se dijo Magnus desde su atalaya de *voyeur*, frotándose las manos con el copioso semen que había excretado su pene. *Sigue así, hermanito, que esta vez te estás portando como un campeón.*

-¿Te sientes bien, mi niña?

Ursula asintió sin atreverse a mirarlo. *¡Pues verás cuando te dé candela!*

-¿Tienes novio?

-No.

Adam se sintió contento y aliviado como un niño. Le acarició los tobillos, los gemelos, las rodillas. Sin prisa. Tenía todo el tiempo del mundo. Ella le pertenecía, de principio a fin. Ahora vivía para y por él, aunque ella aún no fuese consciente de esa realidad. *Soy su Dios todopoderoso.*

-Sólo una vez me besé con Kay, pero luego pensé que era un idiota y no volví a besarme con él.

-¿Un compañero tuyo?

-Es el más chulo de la clase. Todas las chicas han perdido la cabeza por él porque se parece mucho a Zlatan Ibrahimovic.

-¿El jugador de fútbol?

-Él también juega al fútbol y lo hace muy bien. Es el goleador del equipo de la escuela y las chicas van a verlo jugar y se ponen a bailar cada vez que mete un gol, como si fuesen animadoras.

-¿Ya no te gusta ese Kay?

-¡Para nada! ¡Es un presumido! Cuando hablamos de fútbol y le llevo la contraria me mira con odio y casi me pega. Se pone furioso, se transforma. No para de decir que Ibrahimovic es el mejor jugador del mundo, mejor que Mesi y Cristiano Ronaldo.

-Ronaldo es un tipo mazo chuleta y engreído. Esa gente gana tanto dinero que no lo podría gastar ni en cien vidas. ¡Es una blasfemia!

-¡Eso mismo pienso yo! Y se lo he dicho a Kay. ¡Es injusto que ganen tanto por pegar patadas a un balón! Ni siquiera los mejores grupos de música ganan tanto.

Adam se puso a besar y lamer las pantorrillas de Ursula, que volvió a dar un respingo.

-Oye, Adam...

De repente lo miró de una manera extraña, como si dudase por primera vez de sus intenciones.

-¿Sí?

-Espero que tú no seas uno de esos... pederastas.

¡Ay que fastidiarse con lo que me sale ahora la niña! Había dicho *aquello* con el mismo desenfado con el que comentaba la afición de su amigo Kay por el fútbol.

-¡Qué tontería más grande!

-Sí, ya lo sé.

-Yo te quiero de verdad, mi niña. Los pederastas, como los violadores, sólo piensan en disfrutar.

Como ha de ser. Ursula le devolvió la sonrisa.

-Claro, además tú eres pastor y los pastores no pueden ser pederastas. Dios no lo permitiría.

-Eso mismo pienso yo.

Volvió a besar y lamer sus pantorrillas. El peligro había pasado de largo.

-Cuando vivía en Estocolmo en la tele dijeron que habían detenido a un montón de pederastas. Me acuerdo perfectamente. Me impresionó mucho ver esas imágenes. Dijeron que trescientos policías de la Rikskriminalen y la Interpol habían entrado en sus casas para detenerlos. Además ganaban dinero con la pornografía infantil, vendiendo fotografías y vídeos por Internet.

-Esas cosas pasan.

-¡Había gente de todas las edades! De los diecinueve años a los ochenta. Bueno, que sea pederasta un viejo de ochenta años puedo entenderlo, pero no me cabe en la cabeza que lo sea un chico de diecinueve.

-Hay gente para todos los gustos.

-Vivían por todas partes. Estocolmo, Gotemburgo, Malmö, Skövde, Värnemo, Trollhättan, Gävle.

-Suecia es un nido de borrachos, maricones, putas y pederastas.

-¡Abusaban hasta de los bebés! Y lo grababan todo para vender las películas.

-Alucinante.

-Había un jefe de policía entre los detenidos.

-Ése sería el peor.

Ursula se frotó la cara, estupefacta.

-La mayoría de las víctimas eran niñas de entre cinco y ocho años. ¿Te puedes creer? ¡Qué bestialidad! ¡Si esas criaturas ni siquiera están formadas!

-Por eso hay que ponerse en manos de Dios.

Adam estaba en su salsa. *Soy el gran lobo negro. Ven a mí, Caperucita Roja. Afilo mis grandes colmillos ante tu imbecilidad adolescente. Ser víctima de esa imbecilidad adolescente te hace una víctima aún mayor, te convierte en la Caperucita Roja del cuento de hadas. Ya nunca más podrás volver inocente y pura a casa de tu abuelita. ¡Adiós a la Ursula casta! Hoy se acaba tu reinado de estupidez. Cuando rasgues las cuerdas de tu guitarra ya no podrás desgranar sueños de felicidad y gloria. Simplemente verás mi rostro. Verás al gran lobo negro abriendo sus poderosas fauces ante tu imbecilidad. ¿Acaso nadie te enseñó a no ser incauta? ¿Cómo puedes ser tan necia y cándida, niña mía? ¡Cuánta estupidez acumulada en un corazón tan pequeño! Si por lo menos no estuvieses tan buena...*

Ursula se sentía volar, despegaba del suelo mezquino, olvidaba las penurias, se reencontraba por fin con la esperanza, más allá de la desolación interior y los sinsabores de la vida cotidiana. Atrás quedaba el atroz fallecimiento de sus padres propiciado por un accidente absurdo y rocambolesco, su orfandad forzada, violenta, imprevista. Atrás quedaba la convivencia con una abuela exigente, empantanada en sus manías y carencias, que no podía comprenderla y mucho menos ayudarla, más allá de ofrecerle un techo y un plato de comida. Adam representaba para ella un mágico maestro de ceremonias que le franqueaba el acceso a un nuevo estado de conciencia, a una nueva realidad, a una nueva ilusión.

Lo cierto era que se sentía una ovejita descarriada y desvalida. ¿Quién mejor que un pastor de ovejas para guiarla, para conducir sus pasos inciertos hacia la feliz realización de sus anhelos? ¿Por qué no iba a confiar en él? ¡Todo el mundo confiaba en él, empezando por su propia abuela! Adam hablaba desde el púlpito a las gentes de Knutby, les decía lo que debían hacer, cómo debían vivir, cómo debían comportarse con el prójimo y cómo debían

organizar sus vidas respectivas. Todo eso hacía Adam, el gran Adam, el gran padre, el pastor de su rebaño. Así que por fin había llegado a una orilla, por fin había llegado a un remanso de paz y certidumbre. Por fin había encontrado al protector que iba a sacarla del negro agujero donde la había atrapado la fatalidad.

40

Regina sacó por fin un CD de la guantera. ¡Karl la tenía tan atiborrada de cosas que al abrirla parecía romperse como una piñata!

-Me sorprende que tenga este disco. No le pega.

Regina puso el CD en el lector y empezó a sonar *Euphoria*.

-Me encanta esta canción.

-Y a mí, señorita Andersson.

-¿Qué le hace sentir?

-¿Vivo? ¿Despierto?

-¿Como si regresase a su primera juventud?

Regina se puso a seguir el ritmo con todo el cuerpo, superando las limitaciones que le imponía el asiento de copiloto.

-¿Le gusta bailar?

-¡Me vuelve loca!

-Soy perfectamente capaz de renunciar a un dedo con tal de pasarme una noche entera bailando con usted.

-Un dedo de la mano izquierda, se entiende.

-La que prefiera.

-¿Ha bailado alguna vez?

-Nunca.

-Lo imaginaba. ¿Cómo es que tiene el *Euphoria* de Loreen?

-Soy un fanático de Eurovisión. Me sentí orgulloso cuando lo ganamos por quinta vez.

-Es un tema muy alegre. ¡Somos unos campeones! Suecia es de los países que más veces ha ganado, ¿no?

-¡Ocho, nada menos!

-Tengo una amiga que estuvo en Bakú, asistiendo a la gala.

-Yo fui a la gala de Malmö.

Regina miró pasmada a su jefe.

-¿En serio? ¡No me diga que consiguió una entrada!

-No me la habría perdido por nada del mundo.

-Yo me conformé con ver la gala por televisión.

-La presentadora estuvo impresionante.

-¿Petra Mede? Me cae gorda.

-¿Lo ve? Todos tenemos antipatías.

-¿Qué es lo que más le gustó?

-El beso lésbico finlandés. Los turcos se pusieron como un demonio al ver a la cantante finlandesa besándose con una de sus coristas al final de la actuación.

-No puedo imaginármelo metido en la gala del festival de Eurovisión, con su melena, su traje y su planta de caballero medieval.

-Yo tampoco. Por eso estaba allí.

-Seguro que más de una le echó el ojo.

-Eso fue cuando me vieron apearme del deportivo.

-¿También fue a Copenhague?

-Claro. El comisario Gustafsson me da carta blanca para acudir a esos eventos. Nunca me pierdo el Melodifestivalen. Me acuerdo cuando se lo llevó de calle Sanna Nielsen, igual que le pasó a Loreen. *Undo* era un tema muy pegadizo, de los que funcionan bien.

Karl consultó la hora en el reloj del salpicadero y bajó el volumen de la música.

-¿Cree que Rebecca estaba obsesionada con él? –preguntó.

-¿La niñera? Yo diría que fue Adam quien la sedujo.

-Eso es evidente. Pero quizá luego ella se enganchó.

-¿Se encoñó? Me resulta difícil de creer.

-Es significativo que Frida se enterase de todo.

-Estaba muy unida a su hermana y pasaba mucho tiempo en su casa.

-Cuando la interrogamos no mostraba animadversión hacia Adam.

-No deja de ser el pastor de la iglesia a la que ella pertenece.

-He ahí el quid de la cuestión. Aun así no me cabe en la cabeza que Frida no hiciese nada si sabía que la niñera estaba liada con el marido de su hermana.

-¿Qué podía hacer?

Karl silbó.

-¡Las mujeres son un enigma de difícil resolución!

-Yo soy como un libro abierto.

-¿Qué le contó Frida cuando fue a verla esta mañana?

-Me dijo que Rebecca atacó a Gina en una ocasión.

-¿Qué callado se lo tenía.

-Procuro devolverle la pelota de vez en cuando, inspector.

-¿Cómo fue?

-Con un martillo, mientras Gina dormía. Cuando Frida fue a su casa sólo pudo curarle las heridas y ponerle hielo.

-¿No avisaron a la policía?

-Gina dijo que no era grave y que Rebecca no era peligrosa.

-¿Cómo se lo tomó Frida?

-Tuvo la impresión de que Gina intentaba proteger a Rebecca.

-¿No era más lógico protegerse a sí misma?

Regina se encogió de hombros.

-Después de eso Rebecca regresó a casa de su padre, en Hofors.

Karl se carcajeó.

-Éste es el caso criminal más infantil que he conocido. ¡Todo es rematadamente previsible! ¿Los peritos en rastros están seguros?

-Sí, la banda de rodamiento de los neumáticos coincide. Las ruedas del Volvo del padre de Rebecca se corresponden con las huellas encontradas en la escena del crimen. Además Rebecca pasó uno de los controles que había montado la policía local para cerrar los accesos de Knutby e impedir que el asesino huyese.

-Cuando se buscaba a un hombre...

-Eso es.

-¿Qué declaró el agente del control?

-Cuando paró al coche, vio que lo conducía una mujer. Se identificó y le pidió que le mostrase el carné de identidad y el de conducir. Le pareció una joven atractiva. Ella dijo que se dirigía a casa de su padre tras haber discutido con su novio. El agente pensó que todo estaba en orden, así que le dijo que no corriese y la dejó pasar porque no coincidía con la descripción.

Karl aparcó el coche. Habían llegado a Hofors, su destino.

-Hemos recorrido ciento noventa kilómetros por las carreteras E4 y E16. Un trayecto que se cubre en dos horas, en condiciones normales.

-Usted lo ha acertado a poco más de una.

-Defecto de fábrica.

Echaron a andar por las calles de Hofors.

-Siempre me ha cautivado el condado de Gävleborg. Estuve aquí hace un par de años. Tienen una pista de patinaje estupenda.

-¿También le gusta patinar, inspector?

-Pues sí, aunque no es lo mío deslizarme por el hielo. Recuerdo que me disloqué el tobillo izquierdo.

-¡Seguro que no se quitó el traje de Armani!

-Soy invulnerable a su causticidad.

-¡Esto tiene pinta de aldea medieval!

-Le recomiendo que vea el Hofors Hembygdsgård. Un monumento histórico. O por lo menos eso creen las gentes de este pueblo. No ponga esa cara. Suecia es un país milenario, con iglesias, castillos y edificios de lo más emblemáticos, como el Hotel de Hielo en Kiruna.

-Me permito recordarle que ese hotel tiene poco de milenario, inspector, puesto que debe reconstruirse cada año. Además no creo que puedan compararse una construcción de hielo y nieve con fines turísticos y la Acrópolis de Atenas, por ejemplo.

-No sea tan drástica. Nosotros hemos de adaptarnos a los rigores del clima. ¿Quién puede permitirse el capricho de construir un hotel en medio del Círculo Polar Ártico? ¡Eso es *arte meteorológico*!

-¿Ha estado allí?

-En una ocasión. Hay que mover el trasero de vez en cuando para limpiar las telarañas. Vaya a ese hotel, no se arrepentirá. Así alimenta su gusto escultórico. ¡Está lleno de artísticas esculturas!

-De hielo, supongo.

-Algunas son francamente sensuales... También hay un bar. La pena es que con la llegada de la primavera se va todo al traste. Por eso el hotel tiene alma de Ave Fénix. La temperatura ambiental derritiendo las formas equivale al fuego. Luego renace de sus cenizas y para la siguiente estación fría vuelve a estar a punto.

-Los constructores y artistas acabarán con las articulaciones destrozadas por la tendinitis.

-El que algo quiere, algo le cuesta.

-He oído decir que algunos amantes de lo extremo van allí a celebrar

su boda mientras contemplan la aurora boreal.

-Yo me conformé con dar un paseo en trineo tirado por perros, pero hay gente que se anima a hacer sus propias esculturas de hielo, o safaris en moto-nieve para correr detrás de los alces.

-¡Fantástico!

-Selma, eres una mujer increíble –dijo Magnus.

-Increíblemente idiota, dirás, como todas, o como la mayoría. Una víctima propiciatoria más. De vosotros, los hombres, los asesinos invisibles.

-¿Quién es tu asesino invisible? ¿Mi hermano?

-Supongo.

-¡Adam es un pobre diablo! ¡Ya le gustaría a él ser un asesino invisible como Dios manda! Le falta valor. Le falta garra. Por eso se metió a predicador. Tiene un piquito de oro, eso hay que reconocérselo. Cuando éramos chavales se ligaba a las pibas y luego yo me las llevaba de calle. ¡Me las ponía a tiro para que yo rematase la faena!

-La mayoría de los hombres, de alguna forma, sois asesinos invisibles, cada uno en vuestro estilo, muchos sin daros cuenta de que lo sois. El mito del patriarcado funciona de una manera sutil, solapada. Nos manipula como la publicidad subliminal para que cada uno adopte la pauta de comportamiento que le interesa al patriarcado.

-¿Cómo va tu novela?

-He escrito mucho. Luego lo rompo todo. Sólo estoy segura del título, *El asesino invisible*, y del concepto general de la obra. Luego la cago en las distancias cortas. Será porque me falta oficio. Además Casper y Erik cada vez me quitan más tiempo. ¡Son muy demandantes! Ahora entiendo por qué algunas escritoras se niegan a tener hijos. El arte y la familia a veces son

incompatibles. No sé, Magnus, estoy hecha un lío.

-Yo también soy un artista, como tú, por eso nunca voy a casarme ni a tener hijos. Necesito como el aire dedicarme a mi música. Cuando estoy a mi rollo, tocando la guitarra y componiendo mis temas, siento que mi vida tiene sentido, siento que esta vida absurda tiene sentido. Es como regresar a los orígenes, al estado primitivo, cuando nos diferenciábamos poco del animal que somos, cuando éramos auténticos. Me refiero a la época de las cavernas, imagino, antes de que inventásemos todo lo que inventamos luego, tantos comeocos, tanta bazofia intelectual, tanta morralla consumista y tecnológica y financiera, ¿me entiendes?

-Claro.

-La civilización nos ha hecho absurdamente civilizados y ahora somos fantoches, espantapájaros, peleles. No sabemos a dónde vamos pero lo cierto es que nos estamos cargando el planeta. El cambio climático va a ser la hostia, te lo digo yo. Nos vamos a dar un hostiazo del copón y se va a ir todo a la mierda. Por eso yo quiero ser auténtico, necesito ser auténtico, necesito sentirme tribal, salvaje. Y necesito demoler toda esta basura, ser contracultural. Necesito dinamitar el Matrix que me rodea. Y sólo puedo hacerlo con el *black metal*.

-¿Qué es eso del *black metal*?

-Una movida mazo liberadora que recupera de las catacumbas nuestra identidad vikinga. Es un movimiento musical básicamente noruego y sueco. Pero sobre todo es potente en Noruega. Por eso voy a irme allí. Quizá consiga formar mi propia banda de *black metal*.

-Qué interesante.

-Hablamos de planteamientos musicales de culto, que impactan mazo y hacen mogollón de seguidores. ¡Un golpe en la conciencia con un bate de béisbol de acero! Ahí está la génesis de esta historia. La peña del *black metal*

rompemos con el bautismo y toda esa morralla, nacemos a una nueva realidad, a un nuevo estado de conciencia, por eso mandamos a la mierda el nombre de bautismo y elegimos el nombre, el alias, que nos identifica.

-En las sociedades secretas hacen lo mismo.

-¡Los escandinavos se agarraron a todo eso! La movida estalló en Noruega como un polvorín, como una bomba de relojería. Los de Destruction sacaron en el ochenta y cuatro un EP bestial, *Sentence of Death*. Y en el ochenta y seis se salieron con el LP *Eternal Devastation*.

-Los nombres son muy fuertes, muy impactantes.

-Claro. ¡Son un puñetazo en el morro de Matrix! ¡Un cabezazo al huevo de Pascua cristiano-capitalista! ¡Una patada en los cojones de todo el fariseísmo!

-Temática satánica, ¿no?

-¡Y tanto! El tema *Curse the Gods* es una pasada. El *True Norwegian Black Metal* es para la música Metal como el Renacimiento para el arte clásico. ¡Los noruegos se comieron en pepitoria el Metal, lo reinventaron, le dieron una dimensión que era la polla en vinagre! Empezando por las melodías. Nunca jamás se habían hecho melodías tan frías y desoladoras. La nieve, el hielo, el frío más paralizante se te mete por los poros de la piel, por los poros del corazón y por los poros de la conciencia. Por eso el *black metal* estalló donde estalló, en Noruega, tierra de frialdades y de fuerza y heroísmo vikingo.

-Vaya tela.

-¡Nunca jamás el Metal había logrado transmitir esa sensación de disociación de la personalidad, de sentirse extraño frente a uno mismo! Era la experiencia más sombría que pudieras imaginarte. Y lo increíble del tema es que debajo de todas esas impresiones devastadoras subyacía un sentimiento épico que te llenaba de fuerza y esperanza y te animaba a la acción, a formar

parte de esa movida, a integrarte en ella. ¡No podías quedarte al margen! ¡La peña que iba a los conciertos de esos genios se enganchaba al momento! ¡Era adictivo! Por eso también tenía mucha importancia la ambientación, la atmósfera lúgubre, satánica, mortuoria, morbosa, oscura, transgresora.

-¡Madre mía!

-En medio de todo eso se te metía en las venas la letra de las canciones. Era un chute de droga. Y la letra de las canciones comenzaba a actuar por cuenta propia, despertando las conciencias, derribando muros, posturas preconcebidas, derribando el Matrix, ¿me entiendes? El *black metal* te desprograma el cerebro, Selma, para que te reencuentres contigo mismo, con tu verdadera esencia, con tu verdadera naturaleza. ¡Es la revolución musical! Nada de *rock and roll* y movidas pasteleras que han degenerado en todo tipo de bazofias comerciales como ese patético *teen pop*. ¡El *black metal* *deconstruye* tu cerebro para que luego puedas meterte en la cama tan tranquilo y despertar a una nueva conciencia!

A Selma le parecía tan fascinante todo lo que le estaba contando Magnus que se planteó incluir en su novela policiaca el movimiento musical *black metal*. Allí había algo muy auténtico, lo presentía. Esa movida contracultural, transgresora, de negación, tenía un aire joven, fresco, sincero, de protesta radical, que estaba muy en consonancia con su propio sentir. Aunque la parafernalia satánica no fuese con ella, porque le daba repelús, seguramente comulgaba en esencia con el mensaje del *black metal*. Tarea pendiente: debía escuchar temas de *black metal* en sus ratos libres. Buscaría en YouTube. Quizá ese ejercicio de distracción-dispersión-concentración le serviría para conquistar el ansiado estado de inspiración que le permitiese seguir adelante con su novela policiaca.

He de sentirme a gusto en las distancias cortas. Pasar de la generalidad a la inmediatez objetiva y cotidiana. A algunos el árbol no les

deja ver el bosque. A mí el bosque no me deja ver el árbol.

Extendió los besos, lametazos y caricias por el magnífico territorio de sus interminables piernas, sin perder de vista el abultamiento carnoso del sexo, que la fina tela fucsia del mini tanga volvía aún más sensual.

-¿Qué haces? –preguntó ella, retirándose un poco.

-Amarte.

Ursula no sabía qué pensar. Era incapaz de verlo como un amante; Adam era mucho mayor que ella y no estaba enamorada de él. ¡Además era el pastor de la iglesia, tenía dos hijos y acababan de asesinar a su mujer! Por todo eso no le entraba en la cabeza que estuviese ocurriendo *aquello*, que ella se encontrase allí, en el sofá de su casa, medio desnuda, aceptando sus besos y sus caricias como si fuesen lo más normal del mundo.

En parte se sentía sucia y culpable. Lo que hacían no podía estar bien. Pero no podía resistirse. Por primera vez en su vida se sentía fuerte e independiente en lugar de una estúpida adolescente con la cabeza llena de pájaros. Y eso era gracias a él. Nunca había mantenido -con nadie, ni siquiera con su padre y su abuela- una conversación tan larga e interesante como la que habían tenido ellos.

¿Con qué otra persona podía ser ella misma, mostrándose sincera y abierta? ¡Adam hasta conseguía que dejase de ser tímida! Antes de ir a su casa, si le hubiesen dicho que iba a bajarse los pantalones delante de él habría pensado que era imposible, una ridiculez. Y sin embargo ahora que había

superado la vergüenza le gustaba estar así, que él la viese en mini tanga. Y le gustaban sus besos y caricias. ¡Estaba excitada!

Era la primera vez que un hombre le hacía sentirse verdaderamente *cachonda*. Ni siquiera Kay lo había conseguido con sus besos infantiles. Una fuerza oscura se estaba abriendo paso en su interior. Y le agradaba ceder ante su empuje. De alguna forma intuía que en eso precisamente consistía ser mujer, en que esa fuerza la arrastrase, transmitiéndole emociones que no podía conocer en la vida normal, cuando estaba tocando la guitarra o tumbada en la cama con su portátil.

Sería ella misma por una vez, al margen de lo que los demás pensasen. Sí, quería ceder a ese deseo *animal* que veía en sus ojos cuando la miraba, compartir lo que él estaba sintiendo. Por eso no le sorprendió que Adam se tumbase encima de ella. Lo aceptó. Porque así debía ser. Y permitió que él la besase con pasión, metiéndole la lengua tan adentro que le llegaba a la garganta. Y que sus manos ansiosas le estrujasen las caderas y el culo y que le apretasen el sexo.

¡No me lo puedo creer, me he hecho otro pajote!, se dijo Magnus desde su atalaya de *voyeur*, frotándose las manos con el semen que había excretado su pene, esta vez menos copioso.

-¡Ah, criatura, cómo te deseo! ¡Me vuelves loco!

-¡Y tú a mí, Adam!

Había terminado de desnudarla y le estaba chupando los pechos, con una voracidad bestial, como en las películas. Adam se quitó la ropa, a toda velocidad. Ursula se quedó de piedra al ver su miembro erecto. Tan grande y duro. Por un instante sintió temor.

-¿Qué tienes, mi niña?

-No me harás daño, ¿verdad?

-¡Jamás! ¡Si lo que más quiero en este mundo es hacerte feliz,

precisamente a ti! ¿No te das cuenta de que eres mi mujer ideal? ¡Mi princesa!
¡Ninguna otra mujer puede igualarte! Sé feliz. Sólo te pido eso, mi amor –dijo Adam abrazándola durante un rato.

Luego volvieron los besos y las caricias. *Ya no me voy a dar tregua. ¡Desvalijaré la Tierra Prometida! ¡Hasta el final! ¡Saquearé el Templo sagrado de mi Jerusalén!* Pero antes del asalto definitivo debía velar por la obtención de los bienes futuros, los frutos que vendrían una vez finalizado el primer acto. Para ello debía asegurarse de que ella disfrutase su propia dosis de placer. Porque ese placer debía resultarle imprescindible. Así regresaría al redil una y otra vez, en busca de otra ración.

Mientras la besaba, jugando con su lengua, introdujo la mano por el sucinto mini tanga y desplegó un variado repertorio de fricciones sobre el cáliz del sexo, para enardecer el clítoris y los labios vaginales. Ahora era ella quien se derretía por dentro. Sus estallidos de placer se sucedían, uno detrás de otro, en una secuencia delirante que la hacía estremecerse de los pies a la cabeza.

-Ah, Adam, esto es increíble. Nunca me imaginé que fuese tan bueno – susurró Ursula entre jadeos.

-Te lo dije, niña mía. ¡Sólo yo puedo llevarte al Paraíso!

Adam le quitó el mini tanga y se dedicó a chuparle todo el cuerpo.
¡Ningún rincón quedará sin explorar!

-Voy a trenzarte un vestido de besos, criatura, y así cuando pienses en mí revivirás este momento, cada noche, mientras aguardas nuestro nuevo encuentro.

-¡Oh, sí, Adam! ¡Cómo me gusta todo lo que me haces! ¡Me siento tan feliz! Mis amigas no saben lo que se pierden...

-Desde luego que no lo saben, pero ellas no se lo merecen como tú, mi elegida.

Ursula suspiró, con los ojos entornados, y exhaló un gemido al ser invadida por un nuevo orgasmo mientras él lamía con avidez el clítoris y los labios vaginales de su sexo. Adam la contempló, satisfecho. Había cumplido su parte, con creces, como tenía por costumbre. Ahora le tocaba disfrutar a él. Se tumbó sobre ella y volvió a besarla al tiempo que manipulaba su sexo para que se lubricase.

-¡Cómo me excitas! ¡Eres el mejor amante del mundo!

Lo sé, amorcito. Adam introdujo el miembro en su vagina, de golpe, para que ella no tuviese tiempo de sentir temor. Ursula profirió un grito sofocado. *Ya está, criatura. Hemos desgarrado el velo de inocencia.*

-Este dolor no se repetirá –dijo, acariciándole el cabello, y besó con dulzura sus labios.

¡Dios, Dios, Dios!, se dijo Magnus, retorciéndose de placer, justo en el momento en que eyaculaba de nuevo, tras haber frotado frenéticamente su miembro.

Entonces llamaron a la puerta. Adam dio un respingo. Aún tenía el miembro en el interior de la vagina de Ursula. *¿Quién osa sacarme de este lindo coñito? ¡A esas horas! ¡Un sábado por la noche! Los niños, no, desde luego.* Estaban con Frida y ella le había dicho que no los traería hasta el domingo por la mañana, porque Tim y Thomas llevaban mucho tiempo dándole la lata para que Casper y Erik se quedasen a dormir en su casa.

¡Ni siquiera me he corrido! Adam se incorporó, limpió con varias servilletas la sangre que se había impregnado en el pene y se vistió apresuradamente mientras Ursula hacía lo propio. ¡Qué fatalidad!

Adam lamentaba amargamente esa interrupción precipitada, que no le permitía despedirse de Ursula como era debido. ¡Le hubiese gustado poner un broche de oro a la función, con unas palabras adecuadas y algún gesto de complicidad y ternura! En cambio ahora Ursula se marcharía con mal sabor de

boca, sintiéndose culpable y sucia, y luego se mortificaría al pensar en ello fríamente.

¡No podía impedir que Ursula adoptase un rol de clandestinidad que desvirtuaba la relación y quizá impidiese que el encuentro se repitiera!

-¿Qué hago? –preguntó Ursula, indecisa y temerosa.

¡Qué apurada se la veía a la pobre! Estaba roja como un tomate. Y temblaba como un flan.

-Nada, mujer. Estás en mi casa. Yo te he invitado.

Ursula se encogió de hombros, agachando la cabeza. Había vuelto a su registro adolescente y vulnerable. *Se fue a la porra el hechizo. ¡Ni siquiera me he corrido!*

El timbre sonaba con insistencia, como si se tratase de algo urgente. Cuando Adam abrió la puerta, se le cayó el alma a los pies. Hanna. ¿Cómo podía ser tan imbécil aquella mujer?

-Te he dicho mil veces que no vengas a mi casa sin avisar.

Estaba grotesca allí parada en el porche, con su ridículo abrigo de zorro y su gorro de moscovita, salpicada de copos de nieve, con la cara de perra apaleada y esa mirada suya de mosquita muerta. *No entiendo cómo he podido liar me con ella. ¡Es un espantapájaros!*

-Pensé que te había pasado algo. Primero no me contestabas y luego tu teléfono estaba apagado. Es sábado, hoy no tienes que ir a la iglesia, Adam. Se supone que tenemos que estar juntos. ¡Me siento tan sola en esa maldita casa! ¡Las paredes se me caen encima!

Putita de tres al cuarto. ¿Cuándo vas a caerte de la parra, hija? ¿No ves que eres una pobre idiota? ¡Deberías darte con un canto en los dientes, conformarte con lo que ya te entrego generosamente, yo, que soy tu pastor, ovejita, soy tu titiritero, triste marioneta! ¿No ves el hilo que pende de tu cuello? ¿Cómo te puede pasar desapercibido? ¿Hasta ese extremo llega tu

estupidez?

43

-Aquí es, inspector.

-Una casa antigua y destartalada, no me lo esperaba. ¡Y de tamaño considerable!

-Fíjese en ese tejado de dos aguas.

-¿Qué le pasa?

-¡Es asimétrico! Y el color de la fachada es horrible. Un tono pastel de mal gusto. No pega con las casas de alrededor. Me deja a cuadros esta ruina. En Google Maps no se veía tan fea.

-Todo lo virtual es falso, se lo he dicho mil veces.

-Será por eso que cada vez se conciertan más matrimonios por Internet.

-La gente de hoy en día no está preparada para la sinceridad, señorita Andersson.

-Ya.

-¿Figura algo interesante acerca de sus padres en nuestros registros?

-¿A qué viene ese timbre desidioso, inspector?

-Ya me conoce, a veces me da una pereza insufrible ejercer de policía. Hay días que te levantas con el pie izquierdo. O el derecho, no sé cuál es peor para empezar el día e incluso para acabarlo.

-No disimule. Detecto desencanto.

Karl resopló. *¡Ah, eso no es una novedad!*

-¿En qué trabaja el padre?

-Está empleado en la gasolinera de Hofors desde hace treinta años.

-No ha prosperado mucho que digamos. Algunos nacen estrellados.

¿Antecedentes?

-Tres denuncias por violencia doméstica. Y ha sido multado dieciocho veces por conducir ebrio. ¡Todo un récord! Hace diez años le retiraron el carné durante una temporada.

-Vaya, un tipo duro.

-Un maltratador alcohólico, jefe, dejémonos de eufemismos.

-¿Cree que estará en casa?

-Es probable, durmiendo, porque tiene el turno de noche.

-¿Le he dicho alguna vez que es usted la mejor detective de Suecia, señorita Andersson?

-Ahora.

Para que luego digan que la belleza femenina está reñida con la inteligencia.

-¿La madre está limpia?

-Tanto que ni se la ve. Murió. Unos años antes de que Rebecca empezase a trabajar como niñera en casa del pastor.

-¿Por qué sonrío?

-¡Esto es surrealista! ¿No le parece ridículo que no hayamos hablado antes de todo esto y que lo hagamos ahora, frente a la casa de la sospechosa?

-Depende de cómo se mire.

-¡A usted hay que darle de comer aparte, inspector!

-Por eso nunca engordo.

Regina volvió a reírse. ¡Su jefe era la monda! ¡Y encima siempre conseguía darle la vuelta a la tortilla!

-¿Cómo murió la madre?

-Infarto de miocardio y cirrosis hepática, todo a la vez, según el

diagnóstico forense, pero tenía marcas de golpes por todo el cuerpo.

-¿La cirrosis hepática era a cuenta del alcohol?

-Para nada. El único alcohol que probaba la buena mujer era la gotita de vino impregnada en la hostia sagrada que se zampaba los domingos; al parecer era una católica empedernida y fundamentalista y además tocaba el piano en la iglesia. Se ve que absorbió en su hígado la enfermedad que debería haber acabado con el alcohólico de su marido. Ya ve, hay mujeres piadosas que hacen por amor ese tipo de cosas.

Los psicólogos y su ciencia masculina se quedarían tan panchos diciendo que se trata de un comportamiento histérico inducido por la represión sexual. ¡Y pensar que en la época victoriana los santos varones estaban convencidos de que las mujeres no tenemos orgasmo en el coito! Te recomiendo que leas la novela La mujer del teniente francés, de John Fowles, querido mío. Las desventuras de Sarah Woosroff te demostrarán los absurdos tormentos a los que eran sometidas las mujeres en una época no muy lejana.

-¿No se abrió investigación?

-Las autoridades locales no encontraron indicios suficientes.

-Otra cagada.

-Puede.

Karl apretó el interruptor. Al cabo de un rato vieron salir de la casa a un hombre dando tumbos. Tenía aproximadamente la edad del inspector y era igual de alto que él, pero mucho más corpulento.

-Mire ese *injerto de orangután y ogro de las cavernas*.

-A ver si le oye, inspector.

-¿Con la trompa que trae?

El individuo se encaminó hacia ellos al tiempo que se abrochaba el cinturón, como si acabase de ponerse los pantalones.

-¿Qué horas son éstas? ¿Qué pretenden ustedes? –dijo en un tono desabrido, plantándose frente a ellos con los brazos en jarras.

Los policías intercambiaron una mirada de complicidad. Ambos habían percibido el *tufo*. El aliento de ese tipo contenía el inconfundible rastro agrio que dejaba el consumo abusivo de vodka, concretamente el patrio, Absolut Vodka. Ese esperpento de hombre era un alcohólico de gustos caros, se dijo Karl. Las melopeas a punta de cerveza eran mucho más económicas. Aunque quizá a esas alturas de su vida la cerveza le sabría a aguachirle.

-Nos gustaría hablar con Rebecca Berg.

-¿Qué quieren de ella?

El inspector sacó con parsimonia su identificación policial y la puso sobre la verja para que el hombre pudiese verla a sus anchas.

-Policías, ¿eh? Me lo temía. Los huelo. Y además de Estocolmo. ¿Qué cojones se les ha perdido por aquí?

Karl volvió a guardarse la identificación.

-Hemos venido a hablar con Rebecca Berg –repitió, armándose de paciencia.

-Mi hija está durmiendo.

-Me temo que tendrá que despertarla.

El individuo tuvo un acceso de tos y se dobló sobre sí mismo. Luego lanzó a la nieve un gargajo sanguinolento, se limpió la boca con la manga, les dirigió una mirada sañuda, como si los odiase, e hizo una señal con la mano indicándoles que podían pasar. Regina observó que el cierre estaba roto y no tenían más que empujar la portezuela para acceder a la parcela que rodeaba la casa, en la que había numerosos trastos desperdigados: neumáticos, un motor de tractor, el chasis de un Saab o un ruinoso columpio infantil en el que colgaba del cuello una muñeca de trapo. El conjunto resultaba tétrico, pero lo peor estaba por venir, comprobó Regina al entrar en la casa.

Miseria y abandono. Olía a sucio y a falta de ventilación. En los rodapiés de las paredes se acumulaban rimeros de polvo y pelusas. Los muebles eran viejos y estaban salpicados de desperfectos. El desorden reinaba allí donde uno fijase la atención. Y además hacía un frío espantoso. A Regina no le extrañó que el dueño de la casa se echase una manta sobre los hombros antes de arrellanarse en un destartado sillón orejero para llamar a voz en cuello a su hija.

Ellos se quedaron de pie, puesto que su anfitrión no les había invitado a sentarse, lo cual se antojaba un verdadero dilema, porque ninguno de los asientos disponibles resultaba lo bastante alentador: un tresillo de tres plazas cubierto de migas de pan y cáscaras de huevo y cuatro sillas de dudosa estabilidad, con el forro roto y el relleno por fuera. La detective se sintió asaltada por una oleada de irrealidad. Miró al gato negro, terriblemente gordo, que había surgido de repente a sus pies y la observaba con expresión anhelosa, agitando la cola.

En ese momento apareció Rebecca, bajando desde el primer piso por una escalera con la madera de los escalones tan carcomida que se antojaba admirable su destreza para mantener la verticalidad con ese empaque y esa altivez de gran dama. Era más guapa de lo que mostraban las fotografías que le había enseñado Frida, se dijo Regina.

En cambio a Karl, que no había visto esas fotografías, lo sorprendió doblemente el atractivo de la sospechosa, que era tan alta como su padre, aunque ése era el único parecido que *los emparentaba*. ¿Cómo podían compartir una herencia genética similar? ¡Ella pasaba por la típica jovencita sueca de familia acomodada, una espigada beldad rubia de ademanes distinguidos!

No puede ser. Karl no daba crédito a sus ojos. La vida establecía extrañas combinaciones. Simetrías inquietantes, temporales, espaciales.

Significativas equivalencias. Parentescos simbólicos. ¡Rebecca era un calco de su amor malogrado! Era igualita, por lo menos exteriormente, a esa mujer que se llevó por delante la fatalidad con su accidente absurdo, por culpa de un camionero borracho y quizá también por culpa de la obsesión de Karl por los coches y por la velocidad. *Murió en mi coche de niño pijo, en el súper bólido que me había comprado papáito.* En un suceso dramático que también se llevó por delante a su pequeña, su hijita querida. *Lo que más he amado en la vida, más incluso que a mí mismo.*

Qué grotesco era ver a su amor de juventud, su amor idealizado -y ahora meramente platónico en las reverberadas cámaras de la memoria-, reproducido en Rebecca. Había un patetismo en ese desdoblamiento de identidad por mor de la semejanza física. Evidentemente Rebecca y su amor de juventud no tenían nada en común, en esencia, incluso eran diametralmente opuestas. ¿O quizá se equivocaba? ¿Tal vez ambas, en el fondo, eran tan idénticas como sugerían exteriormente? ¿Acaso compartían su condición de víctima, de víctima propiciatoria de la fatalidad? ¿Por qué? ¿Por qué existía la fatalidad gratuita? ¿Y por qué existían las víctimas propiciatorias?

-¿Por qué te has dejado el pelo largo? –preguntó Rebecca.

-Porque sí, ahora me mola más llevarlo largo –respondió Finn.

-¿Ya no quieres parecerte a Robin?

-No. ¡A la mierda Robin! Y a la mierda el *teen pop*. He cambiado de gustos, querida. He perdido la cabeza por el *black metal*.

-¿Y eso qué es?

-Una corriente musical mazo guay. Ayer me compré un casco vikingo que es la hostia en vinagre. Míralo. Lo he puesto en el baño para que me inspire cuando me mato a pajas.

-Eres un obseso sexual.

-Sí, lo reconozco, soy adicto al sexo. Pero no soy el único. Hay un huevo de tíos enganchados al sexo. ¡Rebecca, deja ya el teléfono! ¡Eres una enferma del móvil! Padeces *movilitis* aguda, que es una enfermedad mazo chungu.

-Pues sí, igual que los tíos sois adictos al sexo, las tías somos adictas al móvil. ¿Qué quieres? Para gustos los colores. Cada uno con su adicción.

Rebecca le había hecho una foto al casco vikingo y había colgado la foto en Facebook para que la vieran sus contactos.

-Dice el japonés que los grupos de metal que llevan casco vikingo no son los de *black metal*, sino los de *viking metal*.

-¿Qué sabrá el japonés? ¡Llevo un montón de curro papeándome todos

estos conceptos! ¡Le he echado muchas horas al asunto! Así que no va a venir ahora un japonesito de tres al cuarto a decirme lo que es y lo que no es.

-No te enfades, Finn. Ya ves, lo bueno de las redes y de tener un montón de contactos es que puedes compartir opiniones al momento, en tiempo real, y llegar democráticamente a la verdad de las cosas.

-¡Y una mierda!

-Piensa que la mente humana tiene mucho poder, como dice Dan Brown en *El último símbolo*. Dios no es como lo hemos concebido. Dios es una identidad mental. Y juntando nuestras mentes tenemos más posibilidades de acercarnos a Dios. Porque Dios es uno y plural, al igual que nosotros. Somos personas individuales y también somos uno, a través de la conciencia colectiva. Por eso Internet se ha convertido en nuestra conciencia colectiva y es allí donde se juntan nuestras mentes y nuestros pensamientos, para formar una sola corriente capaz de imitar a Dios.

-¿Qué estás diciendo?

-Pues algo muy sencillo y evidente, creo yo.

-Tú estás obsesionada con Dios, ¿no?

-Como debe ser. Todos deberíamos estar obsesionados con Dios.

-¿Así que Dios se manifiesta a través de Internet?

-Claro que sí.

-¿Y a través del teléfono móvil?

-¡Naturalmente!

-Reb, creo que has perdido la cabeza.

-Mira, el rapero jamaicano dice que el *viking metal* es una mezcla de *black metal* y folk nórdico y que usa teclados para crear efectos atmosféricos y que surgió como rechazo al satanismo y el ocultismo.

-¿Cómo lo sabe?

-Lo ha consultado en la Wikipedia. Anda, mi amiga Ingrid, la que

siempre está conectada, se ha metido en la conversación; ella es mazo gore y tenebrosa. Dice que el grupo Bathory es el mayor exponente sueco de *viking metal*.

-¡Pero qué dice! ¡Bathory fue una de las bandas más importantes de la primera oleada de *black metal*!

-No te sulfures, Finn, aquí cada uno da su opinión. Internet es el ágora democrática y libre de los tiempos modernos. No puedes imponer tu punto de vista. Al final entre todos llegamos a la verdad, cada uno aportando su granito de arena.

-¡Para arena, la playa, querida!

-Ingrid dice que para combatir el rollo satánico del *black metal* surgió el *unblack metal*, también conocido como *holy unblack metal* o *black metal* cristiano.

-¡Seguro que eran enviados del vaticano y la santa sede!

-Me he metido también yo en la Wikipedia. El término *unblack metal* engloba a las bandas que tocan metal anti satánico en géneros como *doom*, gótico o *avant garde*. Se ve que dentro de la música metal se está librando una lucha ideológica. Es muy interesante lo que le pasó a la banda noruega Antestor, que en sus comienzos era claramente *unblack metal* y sacó *The Defeat of Satan*, y luego se pasó al bando contrario y se hizo *black metal* con su álbum *Martyrium*. Un tal Garry Young escribió una enciclopedia sobre toda esta movida. Dice que los grupos *unblack metal* son aparentemente *black metal*, suenan igual y utilizan la misma escenografía, pero debajo de los gruñidos y chillidos, los desacordes, las distorsiones musicales y las voces indescifrables, subyacen proclamas cristianas que sirven de exorcismo para desactivar la influencia satánica del *black metal*.

-Vaya movida.

-Anda, mi contacto de San Francisco, que es islandés de padres

nigerianos, dice que un batería australiano, Jayson Sherlock, creó la banda Horde -después de formar una banda que se llamaba Mortification y antes de hacer otra banda que se llamaba Paramaecium- haciéndose pasar por noruego, y que era un tío mazo *unblack metal*. Ese Jayson se puso el alias *Anonymous* haciendo un juego de palabras con *Euronymous*, el batería del grupo noruego Mayhem, que era el más *black metal* de todos. Jayson incluso puso un título noruego a su álbum *Helling Usvart*, que significa Santo No Negro. Y toda esa historia fue promovida por los poderes cristianos para dinamitar el *black metal* haciendo pensar que la producción de Jayson formaba parte de la marca registrada del *black metal* noruego.

-¡Basta, Reb!

-No te sulfures, Finn. La verdad está ahí fuera, en la Red, oculta en algún lugar, no lo olvides nunca. La Red es la conciencia colectiva, la conciencia universal. La Red es la unión de nuestras mentes. Y en nuestras mentes está Dios, porque Dios es un estado mental, Dios también es mente. Y sólo podemos acceder a él, a su mente única y plural, uniendo nuestras mentes en la Red, para que también nosotros seamos únicos y plurales. Como dice Dan Brown en *El último símbolo*.

-Vale.

-Ingrid opina que al australiano le salió bien la jugada y fue pionero del *unblack metal*; luego surgieron mogollón de grupos de *black metal* cristiano que satirizaban el satanismo del *black metal*, anulándolo. Hasta utilizaban frases características del *black metal* dándoles un sentido claramente cristiano. Y los títulos de los temas eran tan explícitos como los del *black metal*, en una especie de contraespionaje, por ejemplo *Invierte la cruz invertida* o *Libera y viste al sacrificio virgen*. Tuvo mucho éxito ese australiano. La Wikipedia dice que su banda Horde lanzó un dardo envenenado al corazón del movimiento *black metal* atreviéndose a actuar nada menos que

en el Nordic Fest de Oslo, en el 2006, con la colaboración de tres miembros del grupo de *black metal* cristiano Drottnar, aunque eso le costó amenazas de muerte, persecuciones y demás.

-¡Reb, vas a volverme loco con tu sapiencia online!

-Para que veas y aprendas. Y tú pensando que el *black metal* es la última coca-cola del desierto, ¿no?

-Lo sigo pensando.

-Ingrid sostiene que el metal es el estilo musical con más subgéneros. En la Wikipedia dicen que el *unblack metal* contiene un mensaje claramente evangelista, emplea numerosas citas bíblicas y letras moralistas y habla de la conversión, las luchas con la fe y la salvación. Vaya, por lo visto mientras el *black metal* decae a marchas forzadas, el *unblack metal* crece como la espuma gracias a bandas como Frost Like Ashes, Niminal devil, Killer koalas o Surmount Darkness. La luz siempre gana a la oscuridad, Finn, deberías saberlo.

-¡Monsergas! ¿Cómo puede haber un *metal cristiano*?

-¿Por qué no? ¿Acaso estás tú en posesión de la verdad absoluta?

-¡A veces te pones súper pesada, Reb! Yo había venido a Hofors a echarte unos polvos pero ya se me han quitado las ganas. ¡Me has amargado la fiesta!

Finn se sintió asaltado por una sensación de absurdo. Había seducido a Rebecca y había alquilado ese apartamento en Hofors para quitarle la chica a Adam, el hermano de Magnus, puesto que Adam le había quitado a su chica, a Selma. Lo hizo como venganza, ojo por ojo, y eso al principio tenía sentido, tenía su razón de ser, pero ahora se habían embrollado los conceptos en su cabeza y ya no sabía qué hacer con su vida. Todo era un disparate, una locura sin sentido. Un eclipse mental.

Lo jodido del tema es que encima le estoy cogiendo cariño a esta

imbécil.

¡Y pensar que Rebecca encajaba a la perfección en la teoría de Selma, en su perfil de víctima propiciatoria! *¿Será que yo soy un asesino invisible? ¿Quizá lo sea en potencia? ¿Cuándo cometeré mi crimen? ¿O quizá lo he cometido ya, por omisión? ¿No será que la mayoría de los tíos somos asesinos invisibles por omisión, porque nos mola cómo están las cosas, nos mola el statu quo general, nos mola nuestro papel preponderante y protagonista? Sí, claro, nos mola mogollón que las pibas estén donde están. ¿Quién se molesta en cuestionarlo? ¿Lo hacen los afortunados que disfrutan? ¿Lo hacen los que están jodidos? No, ni unos ni otros. ¿A quién le conviene hacerlo? ¡A nadie! Sólo a ellas, a las pocas que se atreven. Las demás se conforman, o no pasan de la intención. Como Selma. Porque les arrastra su destino de perdición.*

-Diablos, Hanna, haberte echado la siesta.

-¡Ni siquiera puedo dormir! ¡Estoy asustada, Adam!

Hanna rompió a llorar. *Lo que faltaba. Patético.*

-Vuelve a casa. Iré a buscarte dentro de un rato.

-No puedo. No aguanto un minuto en esa casa.

-¡Es tu casa!

-¿Después de lo que ha pasado...?

-Los fantasmas no existen, querida.

-Yo no soy como tú. Me siento mal. Tengo miedo. ¿Por qué no puedes comprenderme?

-Te comprendo, ése es el problema. Pero ahora no es el momento más oportuno para que hablemos.

-¿Cuándo? ¿No ves que te necesito? ¡Te quiero!

Adam se disponía a replicar cuando sintió una mano en el hombro. Ursula. Lo apartaba a un lado para salir de la casa. *¡Adiós, princesa! ¡Ve con Dios!* Observó, derrotado, cómo Ursula echaba a correr, marcando en la nieve la huella de sus botas. *Esos pasos nunca más harán el camino de regreso.*

-Pasa, anda –dijo Adam, fulminando a Hanna con la mirada.

Cerró la puerta, se volvió hacia ella y le propinó un manotazo en el rostro con el dorso de la mano. El golpe fue tan violento que Hanna perdió el equilibrio y cayó al suelo.

-¡Eres idiota, hija mía!

Adam se sentó en el sofá, apretando los puños. De buena gana la mataría en ese preciso momento. Pero no era su estilo. Él no podía mancharse de sangre. *Dios ha creado mis manos para amar.* Lo acababa de demostrar con Ursula. En cualquier caso el mal estaba hecho. Desde su óptica de adolescente Ursula consideraría que él la había engañado, igual que a Hanna.

Hanna seguía tirada en el suelo, con el cuerpo aovillado, llorando. *La muy puerca.* Lo miraba absolutamente aterrorizada. ¡Menudo broche final! Aquello era surrealista. Adam tenía la tentación de echarla a patadas, se moría de ganas de hacerlo, pero eso le perjudicaría. Hanna sabía demasiado. Además quizá volviese a necesitarla, después de todo. Si no era capaz de seducir otra vez a Ursula podía echar mano de Hanna, en un momento de necesidad. Pero le resultaría difícil enterrar la experiencia maravillosa que acababa de vivir. Al acostarse con Hanna pensaría en Ursula. Qué horror.

Al compararlas, ¡Hanna le parecería asquerosa! *Cuando has probado el caviar, las sardinas te dan nausea.* Siempre le pasaba lo mismo. De la virtud al aburrimiento. Incluso con Selma, aunque mucha gente no paraba de repetirle que no podría encontrar a una mujer mejor que ella. *Con el tiempo cualquier princesa se convierte en una vulgar rana.* Con Ursula sería igual, lo sabía por experiencia. Pero por lo menos podría disfrutar de ella sus buenos dos o tres años; ¡tenía materia prima en abundancia!

-Perdóname, cariño.

Ahora Hanna tenía la mirada perdida.

-Soy un bruto. No debí pegarte. Es la primera vez que le levanto la mano a una mujer, te lo juro. No volverá a pasar.

Le acarició la cabeza, como si fuese una niña.

-Hanna, mi vida, ¿qué te parece si cogemos el coche y nos vamos a dar una vuelta? Podemos ir a cenar al Pizza Hut.

Hanna sentía debilidad por las pizzas del Pizza Hut, de modo que despertó de su sopor.

-¡Anda, ánimo!

Hanna comenzó a agitarse, como si de pronto hubiese recobrado la facultad del movimiento, y permitió que él la ayudase a ponerse de pie.

-¿Me has perdonado? –preguntó Adam, agarrándole el mentón para que lo mirase a la cara.

-Sí –replicó ella con un hilo de voz, aunque el temor y la confusión de sus ojos eran elocuentes.

Ya se le pasará. Las mujeres simples como ella son incapaces de guardar rencor, lo cual es una ventaja, sin duda. Volvieron a llamar a la puerta. Por lo visto todo Knutby se había puesto de acuerdo para importunarlo precisamente hoy. Adam se dirigió a ver quién era, olvidándose por completo de Hanna, y al abrir la puerta lamentó ese descuido.

-¿Qué ha pasado? –preguntó al ver a Frida en el porche flanqueada por Casper y Erik.

-Siento no haberte avisado. Creo que tienes el móvil sin batería –dijo Frida, visiblemente incómoda.

-Ah, sí, perdona, lo he puesto a cargar.

-Casper se ha peleado con Thomas.

-No, tía. Thomas me ha pegado, que es diferente –dijo Casper, que tenía la cara hinchada, como si le hubiese salido un flemón en la mejilla.

-¿Quieres que lo llevemos al hospital?

Adam examinó el hematoma.

-No creo que sea necesario. Le pondré hielo, con eso será suficiente. Mañana veremos cómo está.

-¡Casper se ha transformado en el hombre elefante! –se burló Erik.

Adam escrutó a Casper. ¿Por qué no le contestaba a su hermano? En

circunstancias normales las palabras de Erik habrían provocado una acalorada discusión. Claro que ahora Casper estaba de baja, como los deportistas.

-No sé cómo se te ocurre pelearse con Thomas, que es mucho más grande que tú.

-¡Empezó él!

-Ya, siempre dices lo mismo.

-¡Es verdad! ¡Me acusó de ser un cobarde!

-Sí, yo le oí. Y también dijo que nuestra madre es una puta –intervino Erik.

-Vaya, pensaba que os llevabais bien con vuestros primos.

-Se llevan de maravilla –se apresuró a aclarar Frida, que se había sonrojado al oír la acusación de Erik-. No sé qué les ha pasado hoy. Será por el tiempo. Dicen que el frío pone nerviosos a los niños.

-¡Pero en tu casa tenéis la calefacción a todo volumen!

-Bueno, la verdad es que se pelearon en el jardín.

-La pelea empezó en el salón –corrigió Erik.

-¿Tu hijo está bien?

-¿Thomas? Sí, él es muy resistente.

-Casper le soltó un puñetazo y le hizo sangre en la nariz –puntualizó Erik, que daba la impresión de disfrutar narrando lo ocurrido.

-Vaya por Dios.

-No es nada. Le puse un poco de algodón y se le cortó enseguida la hemorragia.

-Me alegro por él.

Adam observó que en el rato que llevaba allí, con la puerta abierta, se había quedado helado. Se sentía casi tan tieso como el muñeco de nieve que habían hecho sus hijos. Aunque no quería entrar en casa, para evitar que Frida y Hanna se encontrasen, los inquietos gemelos no le dieron tiempo a

reaccionar. Cuando se estaba preguntando cómo justificar la presencia de Hanna, Casper y Erik se colaron a toda prisa, y Frida los siguió; siempre que iba a visitarlos le gustaba tomarse uno de los cafés que él hacía en su máquina Nespresso con las cápsulas *dolce gusto* que le regalaba cada domingo Giuseppe, el único feligrés extranjero de la congregación.

Cuando entró en casa y cerró la puerta, Frida y Hanna se miraban fijamente, sin saber qué decir, de lo violentas que se sentían.

-Hanna ha venido a buscar un disco que me había dejado Gerhard. Me disponía a devolvérselo cuando llamasteis a la puerta –improvisó Adam, tomando un CD cualquiera de la estantería, y se lo entregó a Hanna al tiempo que le hacía una indicación con la cabeza para que se marchase.

-No sabía que a Gerhard le gustase Abba –dijo Frida mirando extrañada el CD.

Adam carraspeó.

-En realidad le prestó el disco a Gina –dijo, aturullado, al darse cuenta de que había cogido precisamente *Super Trouper*, el álbum preferido de Gina, que era fan de Abba y de adolescente se desvivía coleccionando hasta las versiones que se hacían de sus temas.

-Me sorprende que mi hermana no tuviese ese disco. ¡Ella guardaba CDs de todos los álbumes de Abba! ¡Si le hubiese faltado *Super Trouper* habría ido corriendo a comprarse una docena!

Adam se dijo que desde la memorable escena con Ursula hoy le estaba saliendo todo rematadamente mal. Por suerte Hanna, que daba la impresión de haber superado el enojo, le echó un cable para maquillar su error.

-Mi marido se lo dejó porque a Gina se le había estropeado el suyo. Bueno, yo ya me iba. Nos vemos mañana en el templo –dijo, levantando la mano a modo de despedida; no se atrevía a abrazar a Frida, como tenían por costumbre en Suecia *para darse calor*, y salió apresuradamente de la casa.

Rebecca estrechó la mano lánguidamente a los policías mientras Karl hacía las presentaciones y se acomodó en una de las sillas, que se mantuvo firme, *milagrosamente*. Estaba rígida, con las piernas pegadas y las manos entre ellas. La espalda, bien erguida. La cabeza, ligeramente inclinada hacia atrás. A Karl le recordaba la muñeca articulada de tamaño natural que había visto la última vez que estuvo en un centro comercial, un juguete bastante terrorífico que la dirección del centro comercial había tenido la ocurrencia de plantar en el lugar más visible, como si fuera algo extraordinario, para atraer a la clientela. Si Rebecca hubiese suplantado a esa muñeca habría dado el pego perfectamente.

El inspector miró a su alrededor preguntándose cómo se podía vivir en una casa donde hacía casi tanto frío como en el exterior. Luego acopló las nalgas en una silla, fingiendo que no le incomodaba el relleno que se había salido del asiento, y le hizo una señal a Regina para que hiciese lo propio. A continuación se concentró en Rebecca. Se notaba que acababa de levantarse de la cama y ni siquiera había tenido tiempo de lavarse la cara. ¡Por Odín, hasta tenía legañas! Aunque eso quedaba bien en aquella casa -*pegaba*, habría dicho la señorita Andersson- que en breve se hallaría sepultada bajo una maraña de telarañas.

Había que ponerse manos a la obra antes de sentir los primeros síntomas de hipotermia, se dijo mientras el padre -que no les quitaba la mirada

de encima, al igual que el gato negro- buscaba abrigo en las nubes de humo de su puro.

-Verá, Rebecca, queríamos hacerle unas preguntas.

Ella asintió con la cabeza, sin apartar la mirada del suelo.

-¿Ha oído hablar de una persona llamada Adam?

Aunque conocía el estilo anárquico del inspector en sus interrogatorios, Regina sintió vergüenza ajena al escucharle formular esa pregunta tan ñoña para iniciar las *hostilidades*. Sin embargo observó que Rebecca no compartía su opinión, pues pronunció de inmediato un *Sí* alto y claro.

Karl cruzó las piernas, al estilo yanqui, como le gustaba a él, se quitó el guante de cabritilla de la mano derecha, seleccionó siete avellanas de las muchas que llevaba en el bolsillo lateral de su chaqueta, se las metió en la boca y las masticó morosamente.

-¿Por qué fue usted a trabajar a su casa? –preguntó, sin evidenciar el menor apuro por hablar con la boca llena.

-Vi el anuncio en Internet.

Karl echó una ojeada circular, esbozando un gesto de sorpresa.

-¡No me diga que aquí tienen Internet!

-Lo tengo en mi teléfono móvil –aclaró ella apresuradamente, y Karl observó que Rebecca, en efecto, tenía un teléfono móvil entre las manos. ¡Eso era lo que ella miraba fijamente, como si fuese un talismán que la había hipnotizado!

-Entiendo. Entonces llamó, fue allí y Adam la entrevistó.

-Me entrevistaron los dos. Adam y su mujer.

-¿Y la seleccionaron enseguida?

-Me quedé allí directamente.

-¿Así, sin más?

-Sí.

-Vaya, les gustó usted mucho.

Rebecca se sonrojó. Karl se dijo que era tímida. Tal vez por ello se vestía tan mal; los pantalones de pana y el grueso jersey de lana, acompañados por esas feas botas que no le *pegaban* ni al gato del cuento, eran un atuendo más adecuado para un leñador que para una joven tan atractiva como ella.

-Dígame, Rebecca, ¿qué tal le fue en los estudios?

-No muy bien –Rebecca dirigió una mirada furtiva a su padre, que no dejaba de expulsar nubes de humo hacia ellos, cuando no estaba rechupando el extremo de su enorme puro.

-Tuve que dejarlos cuando tenía dieciséis años para ponerme a trabajar.

-Ah, entonces antes de trasladarse a Knutby había hecho otros trabajos.

-Muchos.

-¿De qué?

-Siempre cuidando niños o limpiando casas.

¡Cualquiera lo diría! A juzgar por su aspecto serio y solemne si le dijese que había sacado con brillantez una ingeniería se lo creería. Además esas gafas de montura gruesa le daban un aire intelectual. Era inevitable compararla con Regina; tenían aproximadamente la misma edad. ¡La lagartija y la paloma!

Karl tragó las avellanas masticadas y miró a su colega, que tiritaba de frío, la pobre. ¡Por Odín, él también estaba a punto de congelarse! Si aquel interrogatorio duraba mucho tendrían que sacarlos de allí con grúa y a algún espabilado se le ocurriría llevarlos al Hotel de Hielo para que ejerciesen de esculturas vivientes, o *post mortem*, si no sobrevivían a la hipotermia. Gajes del oficio...

-¿Se lió usted con Adam?

Rebecca sufrió tal sobresalto que estuvo a punto de caerse de la silla.

-¡Eh, cuidadito con lo que le dice a mi hija! -saltó el padre blandiendo el puro como si fuese una espada.

-Conteste, Rebecca –insistió Karl, haciendo caso omiso a la intromisión.

Ahora Rebecca también temblaba, pero ella de vergüenza. Y en su carita mona se había instalado un rubor que parecía decidido a quedarse allí.

-No –dijo, sin despegar la mirada del suelo.

-Menos mal. La verdad es que eso mismo pensaba yo, pero se lo he querido preguntar para asegurarme.

Regina, que se había abrazado a sí misma para combatir el frío, fulminó al inspector con la mirada. ¿A qué se suponía que estaba jugando?

-Hay otra cosa que me tiene confuso, Rebecca. Un agente de la policía local de Knutby afirma que la vio a usted abandonar el pueblo la noche en que la mujer de Adam y su vecino fueron asesinados. ¿Puede explicarme qué hacía allí?

-Fui... a ver a mi novio.

Karl fingió sentirse anonadado.

-Vaya, no sabía que tuviese un novio en Knutby.

-Lo conocí cuando trabajaba de niñera en casa de Adam.

-Ya lo imagino. ¿Le parece que vayamos a casa de ese novio suyo para hablar con él?

Rebecca se vino abajo. A Karl le asombró que su apariencia de muñeca articulada se descompusiese de golpe. Había desaparecido la rigidez de su cuerpo y ahora estaba literalmente *derrumbada*.

-Bueno, ya está bien de farsa –dijo, poniéndose de pie; las piernas le hormigueaban preocupantemente, como si acabasen de iniciar el proceso de congelación, y añadió, volviéndose hacia Regina-. Póngale las esposas.

El padre arrojó el puro al suelo con rabia, saltó de su asiento como un resorte y se abalanzó sobre el inspector. Regina celebraba que el suplicio hubiese terminado repentinamente. ¡Nunca había pasado tanto frío! Desde luego contaba con la violenta reacción del padre. Un mal menor. Karl sabía controlar ese tipo de situaciones. Mientras le ponía las esposas a Rebecca, que no se resistió, vio por el rabillo del ojo cómo su jefe desenfundaba la pistola y le ponía el cañón en la sien a ese tipo asqueroso.

-¡Esto no es legal! ¿Cómo van a llevarse a mi hija detenida? ¿Qué pruebas tienen contra ella? –farfulló el hombre, salivando por las comisuras de la boca a causa de la ira.

El inspector, sin dejar de apuntarlo, sacó con la otra mano del interior de su chaqueta la orden de detención -que había puesto en el lugar más accesible, en previsión de lo que acababa de ocurrir- y se la mostró al padre de Rebecca, que se tomó la molestia de leer lo suficiente para cerciorarse de su autenticidad.

-¡No estoy dispuesto a permitirlo! ¡Tendrán que pasar por mi cadáver! ¡Esto es abuso de poder!

Karl se encogió de hombros.

-Si le apetece puede acompañarnos acusado de resistencia a la autoridad, aunque le advierto que no hay máquinas expendedoras de alcohol en nuestras dependencias policiales.

Karl sonrió al comprobar el prodigioso efecto de sus palabras. El *injerto de orangután y ogro de las cavernas* había empalidecido súbitamente. Luego salió disparado escaleras arriba, siguiendo el camino inverso de su hija, como si necesitase zambullir la cabeza en un cubo lleno de Absolut Vodka para ahogar la frustración.

Mientras se alejaban de la casa, Karl observó de reojo a la detenida, preguntándose hasta qué punto Rebecca y su amor de juventud estaban

emparentadas, hasta qué punto compartían una gratuita y arbitraria condición de víctima propiciatoria, de corderitas degolladas por la fatalidad, la misma fatalidad, aunque exteriormente se antojase diferente.

Le seguía pareciendo grotesco que su fallido amor de juventud se viese ahora clonado de improviso en esa muchacha estúpida que era carne de cañón. Y también le parecía simbólico y significativo. Lo inquietante era que debajo de esas impresiones subyacía un sentimiento que prefería no encarar, que prefería no asumir. La culpa, una culpa oscura, ponzoñosa, que le arañaba las paredes del pensamiento, allí donde anidaba *mi identidad perdida*.

Selma llevaba quince días machacándose los tímpanos con *black metal*. La verdad era que esa música tenía algo genuino, auténtico. Era una diabólica demolición de las estructuras mentales y conductuales imperantes en la sociedad y los individuos. En realidad no es que fuese música satánica. Lo del satanismo era un mero atavío exterior. Por dentro anidaba una fuerza brutal, capaz de derribar los muros más firmes. El *black metal* transpiraba un salvajismo épico, sincero, heroico, muy en consonancia con el espíritu vikingo, por cierto. Ella, una amante de la música clásica, nunca imaginó que algo tan contrario a su gusto pudiese emocionarle tanto, transmitirle tanto, a pesar de ser feo, cacofónico, inarmónico, desagradable.

-De eso se trata, Selma –dijo Magnus.

-Pero esto no es gratuito. Quiero decir que a principios de los noventa se quemaron cincuenta y dos iglesias en toda Noruega. Y algunas eran monumentos históricos, como las iglesias de madera de Fortun y las Stavkirke, construidas en el siglo XII.

-Claro, hay que hacer sacrificios. El *black metal* no es un movimiento estético, sino un movimiento activo y proactivo, que anima a la acción, al compromiso militante. Podría haber revolucionado el mundo. Por eso la iglesia católica y los poderes fácticos se pusieron las pilas para desactivarlo con el metal cristiano, que sirvió de antídoto.

-He estado curioseando un poco en Google y la Wikipedia y me ha interesado la historia de Varg Vikernes, alias *Count Grishnackh*, empezando

por el nombre de su proyecto musical, Burzum, que significa oscuridad en lengua negra, la lengua ficticia que se habla en el país de Mordor de *El Señor de los Anillos*. Hay una frase suya que me impactó mucho: “El mundo necesita oscuridad porque el exceso de luz no nos ilumina ni nos abriga, sino que nos ciega y nos abrasa”.

-Exacto. De eso se trata. De recuperar el equilibrio.

-Es alucinante Vikernes. Él se lo guisa y él se lo come.

A Selma le asombraba la trayectoria de Vikernes. Había asesinado a *Euronymous*, líder de Mayhem, y fue condenado a veintiún años de prisión, también acusado de quemar tres iglesias. Años después se demostró que Vikernes había matado a *Euronymous* en defensa propia y se descubrió que *Euronymous* había envenenado con cianuro a un joven polaco, por lo cual obtuvo la libertad condicional.

Vikernes, nacido y bautizado como Kristian, cambió legalmente su nombre, alegando que repudiaba su significación cristiana, y pasó a llamarse Varg, que significa lobo en noruego. El precoz Vikernes formó su primera banda cuando tenía quince años, con dos amigos, llamada Kalashnikov. Y una de sus primeras canciones fue Uruk-Hai, que era el nombre de las tropas de élite de los orcos en *El señor de los Anillos*. Y a los dieciocho años emprendió su carrera en solitario, fundando Burzum.

Lo extraordinario de Vikernes era su capacidad totalizadora; él solito hacía instrumentos, voces y letras. ¡Era el único miembro de la banda! Y en su primera demo tuvo el descaro de sacar en la portada una imagen de la iglesia de madera de Fortun que él mismo incendió. Luego su álbum debut, *Burzum*, se convertiría en un icono del *black metal* noruego. Y en el EP *Aske* –cenizas, en noruego- sacó en la portada las ruinas de Fantofkirke, otra iglesia de madera que había incendiado él mismo. ¡Qué personaje!

-Vikernes es el puto amo –dijo Magnus-. Sus potentes riffs son la

hostia, con unas estructuras de bajo y batería súper básicas pero mazo efectivas. Te sumergen en una atmósfera tenebrosa que te pone los huevos por corbata. Por no hablar de sus chillidos demenciales, completamente diabólicos, infrahumanos, inhumanos o supra-humanos, según se mire. Arranca unos desgarradores berridos a su garganta que te trasladan realmente al submundo de las oscuridades satánicas, a las cavernas del tiempo, al tiempo en que el hombre vivía en la oscuridad de las catacumbas, más allá de la civilización que ha hecho de nosotros entes surrealistas.

-Ya.

-Nadie, nunca, ha hecho música tan extrema y delirante, tan al borde de la locura, de la enajenación absoluta. Y en los solos instrumentales se respira ese aire épico y glorioso que abre una puerta a la esperanza, al reencuentro con nuestra verdadera naturaleza, a la redención de nuestro extravío y nuestra enajenación cultural. En esos momentos ves, sientes y compartes el heroísmo vikingo de nuestros antepasados, esos hombres y esas mujeres autosuficientes, dignos, orgullosos, fuertes, que se bastaban a sí mismos para abrirse camino en las tinieblas e imponer sobre la naturaleza la ley de su corazón.

-Qué bonito, Magnus.

-En el tiempo en que las costas escandinavas eran la avanzadilla de la humanidad heroica, en vez de ser la avanzadilla del capitalismo y el fariseo liberalismo ideológico que son hoy en día. Cuando escuchas los arpegios sucios de Vikernes y sus sintetizadores colapsándose en la oscuridad, comprendes que las torres gemelas de Nueva York se han desplomado por algo y tomas conciencia de la profunda aberración que subyace en nuestras vidas y en nuestros modos de vivir, tomas conciencia de toda la falsedad que nos rodea, de todas las mentiras que nos tragamos cándidamente porque no nos molestamos en ser nosotros mismos y en vivir de acuerdo a nuestra naturaleza.

-¡Ay, madre!

-¿Has oído su tema *Sabiduría perdida*? Hace milenios los sabios alcanzaron un conocimiento que luego ha sido utilizado espuriamente, diabólicamente en el sentido negativo de la expresión. Satán es el germen de la luz y el exceso de luz desemboca en impenetrable y desoladora oscuridad. Los guturales ladridos y los arpegios fúnebres de *Lost Wisdom* nos hacen asomarnos a ese *tiempo perdido*, son un llanto arrebatador y al tiempo una incitación a la revolución para recuperar los valores enterrados en las cámaras subterráneas del tiempo.

-¡Uff!

-El tema *Cuando los cielos se aclaran* es una actualización del mito del Ave Fénix. Nos muestra el camino para emerger de las catacumbas en las que nos ha sumido el exceso de luz cegadora. De pronto las guitarras dejan de estrangularte y fluyen como el río de la vida para concertar el reencuentro con la verdad primigenia. Claro que después de la calma viene la tormenta. Ahí está, eclosionando bestialmente, el tema *La vuelta de la señal del microcosmos*. ¡De nuevo el big ben marcando el comienzo de un nuevo ciclo vital, otra circunvolución, otra transvaloración de los valores, como decía Nietzsche! La densa putrefacción es el inicio del Renacimiento, el brote de primavera. Y el recorrido iniciático desemboca en el tema *Tronos negros*, alegórico, simbólico, categórico. Una Biblia de los tiempos modernos, Selma.

-Ajá.

-Vikernes es un genio comparable a Mozart o Beethoven. Es el Mozart y Beethoven del extremo opuesto. Por eso se asustaron tanto los poderes fácticos y se sacaron de la manga, de prisa y corriendo, el metal cristiano, el *unblack metal*, para desactivar su poderosa influencia en la juventud. ¿Qué otro artista tiene la capacidad de crear por sí solo todos los elementos de una banda de metal? Vikernes compone los temas, escribe las letras, pone las voces, toca la batería, el bajo, las guitarras, los teclados, el sintetizador, hace

las mezclas. ¡Lo hace todo!

Selma asintió. Había escuchado el tercer álbum de Burzum, *Hvis Lyset Tar Oss* –Si la luz nos llevara-. En la portada aparecía un dibujo de Theodor Kittelsen titulado *Pobre u obrero* muy significativo y simbólico, como decía Magnus. En el fondo, por debajo de las apariencias engañosamente inarmónicas, la música de Vikernes contenía mucha más luz que toda la música comercial actual. Era un grito de libertad y al tiempo un puño levantado animando a la insumisión cultural.

-Vikernes demuestra que la tecnología no es el camino –añadió Magnus-. Lo demostró con *Filosofem*, su cuarto álbum de estudio, la última grabación que hizo antes de ser encarcelado. Vikernes lo grabó adrede en las peores condiciones posibles, no utilizó amplificador para las guitarras y usó el micrófono más cutre que tenía a mano el técnico de sonido del estudio, una piltrafa de micro acoplado a unos auriculares. ¿Qué otro artista se atreve a hacer algo así? ¡Es un corte de mangas a la tecnología!

-Total.

Selma se sintió atraída por la runa Algiz que Magnus tenía tatuada en el antebrazo.

-¿Qué es eso?

-El logotipo no oficial de Burzum.

-¿Y ahora qué hace Vikernes?

-Condicionado por su mujer, sus cuatro hijos y sus dieciséis años de estancia en prisión, ha perdido la fuerza de su arte y se enreda en las ramas de la mitología nórdica. Le ha abandonado el Poder.

-¿Qué es el Poder, Magnus?

-La conciencia colectiva, supongo. Dios, digamos. El Dios blanco. El Dios negro. El Dios único y plural. Nosotros y Él. La Unión de la Dualidad. La Verdad Primigenia. Eso es el Poder.

Adam fue a la cocina para preparar una bolsa de hielo y el café de Frida. Al volver al salón encontró a Casper petrificado delante del televisor, con expresión ausente. Le sujetó la bolsa de hielo a la mejilla con un pañuelo.

-Cuando te acuestes te pondré crema para que baje la inflamación – dijo, pero Casper no dio muestras de escucharlo y continuó abstraído.

Adam se encogió de hombros, le entregó a Frida su café y se dejó caer pesadamente en el sofá mientras Erik jugaba en la moqueta emitiendo sus característicos sonidos guturales, con un dinosaurio verde que seguramente les había hurtado a sus primos.

-Es un caso Casper –dijo.

-Thomas es bastante bruto, la verdad, pero Casper se ha pasado el día provocándolo –convino Frida.

-Bueno, no hay que dramatizar. Los niños pasan por etapas.

-Eso dice mi marido, pero yo me preocupo igual. ¿Te has fijado en la cara que pone a veces? Igual que ahora. Como si se le fuese la cabeza.

-Eso lo ha hecho siempre.

-A veces le hablas y parece como si no te escuchase. ¡Se encierra en su mundo! Debes hacer algo, Adam. ¿Por qué no lo llevas a un psicólogo?

-Los psicólogos son unos inútiles, Frida. Se dedican a la psicología porque no les funciona bien la cabeza y necesitan arreglarla.

Frida miró con tristeza la taza de su café, que estaba muy rico, como

todos los que hacía la máquina Nespresso de Adam; por desgracia se había acabado ya.

-Bueno, me voy –dijo, pensando que debía atender a Thomas, que estaba bastante desanimado.

-Gracias por cuidar de mis hijos.

-Nos vemos mañana en el templo.

-Hasta mañana, si Dios quiere.

Cuando se hubo marchado Frida, Adam estiró las piernas y las apoyó en el puff con forma de pera, revestido de cuero negro, que había comprado Gina en IKEA, se cruzó de brazos y trató de echar una cabezadita pensando que el día de hoy no había estado mal, después de todo.

Al cerrar los ojos vio juntas a Ursula, Hanna, Gina, Rebecca y Selma. Estaban en pelotas. Habían organizado una orgía lésbica. Se masturbó a escondidas, clandestinamente. *Ursula se lleva la palma, es la reina de corazones, se sobrepone a las otras con su cuerpo voluptuoso y prometeico.* Esa masturbación culminaba lo que había quedado a medias por mor de la más absurda fatalidad, por la intromisión de la idiota de Hanna. ¡Qué coito explosivo y reverberado merced a la fantasía! El orgasmo fue un estallido volcánico que lo convulsionó de pies a cabeza. Segregó tanto semen que casi no encontró servilletas suficientes para limpiarlo. *Ah, adorada princesita, mi Ursula del alma, qué bien nos lo podríamos haber pasado.*

Luego, de improviso, en los postres de la masturbación, surgió un sentimiento que no experimentaba desde hacía mucho tiempo, desde la adolescencia, quizá. Un sentimiento demoledor, sí, que lo demolía todo desde los cimientos, como un corrimiento de tierras, un terremoto tremendo ante el que nada en absoluto quedaba a salvo. ¡Qué descontrol, qué caos, qué incertidumbre!

Ese sentimiento tenía un sabor amargo. Era difícil de tragar, no podía

ser asumido. Y tenía un nombre, como todas las cosas de este mundo. Miedo. *¡Lo que faltaba!* ¿Qué podía hacer ahora para seguir sintiéndose invulnerable y recuperar el statu quo anterior a la aparición del miedo, cómo retomar las riendas de su destino, agarrar el rábano por las hojas, la sartén por el mango? Ahora era él quien le veía las orejas al lobo, quien se sentía perdido, de depredador pasaba a presa, de verdugo a víctima. *La fatalidad es veleidosa y cambia de signo cuando menos lo esperas.*

El miedo era paralizante, lo machacaba todo. ¿Por qué recibía ahora, de improviso, su indeseable visita? ¿Qué había hecho él para merecerlo? ¿En qué se había equivocado, si hasta ahora todo iba sobre ruedas? ¿Quién era su verdadero enemigo? ¿Hacia quién debía dirigir su estrategia defensiva? *¿Quién va a traicionarme?* El barco hacía aguas por algún lado, lo presentía, pero no lograba localizar la avería. Su sexto sentido esta vez estaba en baja forma. Quizá debería emborracharse *para que Baco me ilumine.*

Había empezado a sudar. *¡Estoy temblando!* Ahora Selma, Rebecca, Gina, Hanna y Ursula no participaban en una orgía lésbica. No. Ahora se habían confabulado en su contra. *¡Putas mujeres!* Iban a por él para cumplir su venganza, armadas con hoces, perfilando en sus rostros patéticos una expresión sañuda. ¡Qué absurdidad! Eso no iba a pasar, era imposible, irrealizable. Las corderitas degolladas no podían sublevarse contra el lobo que al tiempo era su pastor y las aborregaba convenientemente. Ese temor era infundado, no tenía razón de ser, atentaba contra las leyes de la naturaleza y el sentido común.

Debes tranquilizarte, hermano. Adam se sobresaltó. ¿Dónde se había metido Magnus? ¿No se suponía que se estaba haciendo una paja detrás de otra mientras él se lo montaba con Ursula? Lo buscó por toda la casa, en vano. Magnus había desaparecido sin avisar, como solía hacer. *¡Magnus, cabronazo!* Su hermanito se había retirado a su glorioso destino de hombre

afortunado, bendecido con los dones de los elegidos. Él sí que había nacido con estrella, era un tipo talentoso. Se había marchado a componer su música que reinterpretaba la realidad y ponía una nota de color en ese mundo desquiciado. Magnus estaba llamado a triunfar, antes o después. Era un Abel. En cambio él debía conformarse con su paupérrimo destino de Caín, *follarme a las hembras por la puerta de atrás, camelar, engañar, estafar, defraudar, dar por culo*. ¿Qué otra cosa le quedaba?

Había llegado la hora de repartir las culpas equitativamente. *El viejo tiene la culpa*. ¡Era un borracho desalmado! Y aún más Vera, *esa zorra de mala muerte*. Nunca debieron acoplarse y procrear. *Yo no debí ver la luz, soy una aberración de la condición humana. ¡Qué absurdidad!* ¡De lo que era capaz el miedo! Inspiraba los pensamientos más delirantes. ¡Con lo bien que estaba él antes! ¿Por qué se habían torcido sus planes? Hanna y su inoportuna comparecencia lo había desalojado del paraíso a patadas. Por eso le había quedado ese terrible mal sabor de boca. En realidad no se trataba de miedo. Era simplemente eso, mal sabor de boca. *Como cuando te zampas un bocado rancio*.

Mañana habrá vuelto todo a la normalidad. Llamaré a Ursula, empezaré a engatusarla para maquillar lo sucedido. Nada está perdido. Este sentimiento es irracional. No hay pruebas materiales, no hay evidencias. La comisión del mal es aparente, sugerente, una mera entelequia. ¡Soy un maestro de ceremonias! Respiró profundamente, arrellanado en el sofá, concentrándose en su fuerza interior, en esa bestia inexpugnable que siempre le había dado fuerzas. Y comprobó que empezaba a sentirse mejor. La crisis había pasado de largo. El miedo se alejaba presuroso, tras comprobar que era incapaz de hincarle el diente. *Soy un hueso duro de roer para él*.

Selma, que iba a la cabeza del pelotón subversivo blandiendo su guadaña, se había dado media vuelta y regresaba sobre sus pasos, seguida por

las otras, mientras se daba tajos a sí misma con la hoja de la guadaña; tajaba su cuerpo con violencia, amputando miembros imprescindibles de su cuerpo, *una teta, la otra teta, la mano izquierda, me parto. Está claro que la realidad depende del cristal con el que se mira.* El miedo cambiaba de bando en un parpadeo. Por eso no había que descuidarse. Había que estar alerta las veinticuatro horas del día. *No triunfa el más listo sino el más avisado, el que no experimenta patológicos déficits de atención para anticiparse a la fatalidad, que es igual de caprichosa y arbitraria con todo hijo de vecino.*

-Tú eres malo.

Adam advirtió, sobresaltado, que Casper se había sentado junto a él y parecía espiar sus pensamientos con ese aire suyo ceñudo, de *juez de paz*.

-No, hijo mío, yo no soy malo. ¿Por qué dices eso?

-Porque engañas a todo el mundo. A ti el primero.

-¡Qué tontería, Casper, no sabes lo que dices!

-Claro que lo sé. Te conozco. Te he observado. Sé las cosas que haces.

-¿Y qué se supone que hago?

Casper tenía un aspecto de *víctima colateral* con su herida en la cara, se dijo Adam, sintiendo una leve punzada de culpa; Casper no dejaba de ser su hijo y lo quería, *hasta donde puedo*. ¿Quizá hasta donde podía querer a su vástago la raza de Caín?

Casper señaló las servilletas impregnadas con el semen de su padre. Las señaló con su dedito acusador, de *juez de paz*.

-¿Qué es eso, papá?

Buena pregunta, hijo mío. Digamos que es la bazona de la que tú mismo has nacido, la simiente de tu viejo, que necesita seguir desahogándose, de alguna forma, como sea, para evitar que ese padre del que reniegas absurdamente se vuelva loco. ¿Me entiendes? No, claro que no me entiendes. Pero algún día lo entenderás, te lo aseguro, cuando te toque a

ti desahogar tu propia semilla maldita.

-Inspector, ¿va a decirme por qué es usted una incongruencia existencial? Lo digo porque no es normal gastarse un millón y medio de euros en un coche cuando se cobra la nómina de un inspector de policía. Cualquier persona sensata se habría comprado una casa y guardaría un remanente en el banco para sacarle renta.

-Es una absurdidad completa, lo reconozco. El seguro y las revisiones de puesta a punto me cuestan un pastizal. Y lo cierto es que sigo pagando las letras de mi piso de Estocolmo. Todavía me quedan cinco años de letras. Ni siquiera eso quise quitarme. Gasté todo el dinero de la Viking Lotto en el coche. Fue un desagravio, un corte de mangas al mundo, a mí mismo, al destino del mundo, a mi propio destino. Supongo que me pone cachondo rodar por el mundo sobre un kilo y medio de euros. A eso se reduce todo.

-Ya veo.

-Soy un producto netamente representativo de la sociedad moderna, consumista y aparente, que entroniza la presunción de riqueza y aboca a los infiernos la presunción de nobleza que imperaba en la época de los vikingos, los que supuestamente me dieron la pasta, si tomamos al pie de la letra la nomenclatura del juego de azar que me sonrió tan generosamente.

Habían regresado al pomposo hotel de Knutby, a la aséptica sala que les servía de cuartel general. Karl repasó con mirada cansina los cuadros de la pared. Toscas reproducciones de obras de Jonas Lundh, el máximo exponente

del expresionismo abstracto en Suecia. La estoica soledad que denotaban sus composiciones era un fiel reflejo de *la absorbente sensación de vacuidad que en ocasiones experimento yo mismo.*

A veces, en los intermedios de mi vida policial, me veo obligado a volver los ojos hacia adentro. Entonces se preguntaba si se sentía satisfecho con su vida errabunda y solitaria. Y la respuesta era un rotundo No.

-Señorita Andersson, ¿no va a invitarme a uno de esos ositos de colores?

-Lo siento, se han acabado.

-Lástima, empezaban a gustarme más que las avellanas. Dígame, ¿qué le parece Rebecca?

-No encaja en el perfil. ¿Una chica como ella? ¿Dos asesinatos a sangre fría? ¿La ha mirado bien, inspector? ¿Cualquiera diría que no ha roto un plato en su vida!

-Pues ha roto dos, al parecer.

-No la veo disparando a quemarropa a Gina y a Gerhard.

-¿Tampoco se la imagina atacando con un martillo a Gina mientras dormía?

-Eso fue en una discusión.

Karl suspiró, fijando la atención en una de las imágenes turbias y tenebrosas de Lundh, de tonos ocres y terrosos, que representaba el rostro desfigurado de una joven. O por lo menos eso le sugería a él.

Lavado de cerebro. *Las sectas y las religiones saben mucho de ese tema.* Aunque el asunto no tenía pies ni cabeza. ¿Por qué una joven que no ha salido apenas de su pueblo se cita con un traficante de armas en los bajos fondos de Estocolmo? Sencillo, para comprar una pistola y un silenciador. ¿Absurdo? Bueno, había recibido instrucciones del propio Dios.

Rebecca aparcó el Volvo de su padre en el bosque, se puso la media

negra en la cabeza para ocultar su rostro y fue a cometer los asesinatos, primero el de Gina, entrando en su casa con la llave que conservaba desde que había trabajado allí de niñera, y acto seguido el de Gerhard, para lo cual tuvo que llamar previamente a la puerta.

Era una mujer alta. Bien embozada de ropa desde lejos parecía un hombre...

Luego estaba el asunto del plano. Rebecca tenía cierto mérito en el género *expresionismo criminal*. Podría crear escuela. ¡Le debían la vida al plano que había dibujado indicando los puntos donde se deshizo de las pruebas! Gracias al plano habían encontrado las prendas de su camuflaje para aparentar una corpulencia masculina, las botas y el silenciador.

Es solícita, la chica. ¡A quién se le ocurre tirarlo todo en cubos de basura! El servicio de limpieza podía encontrarlo. A la pobre no le quedó otra que practicar lanzamientos de baloncesto tomando los cubos de basura por canastas mientras atravesaba Knutby en el Volvo de papá para regresar a casa.

La pistola la lanzó al agua desde el puente Ardor. *Ahí quiso emular otra disciplina olímpica.* Y todo estaba exactamente en los lugares señalados en el plano. *Tiene un cerebro privilegiado. Podría hacer cartas topográficas simplemente ojeando los terrenos.* Salvo la pistola. *Ya aparecerá. Hay más buceadores que truchas. Lo importante es el calzado. El diseño y el relieve de la suela coinciden con las huellas que tomaron los peritos en la escena del crimen.*

Karl sonrió al tiempo que observaba otra composición de Lundh, una colada de ropa tendida frente a una casa de vivos colores como las de la isla italiana de Burano. ¡Seguro que Lundh también era un apasionado de los países mediterráneos!

-¿Qué diablos ve usted en ese cuadro, señorita Andersson? ¿Aprecia su ámbito nebuloso y onírico?

-¡Eso es un borrón!

-Se bosquejan figuras espigadas, de cabezas grotescamente pequeñas.

-¿Dónde?

-¿Sabe que conocí a Lundh en persona?

-¡Usted es polifacético, jefe!

-Fui a verlo tocar con su banda de jazz State of Art en el Fasching Club de Estocolmo. Me cayó bien.

-¡Albricias! Me alegra saber que por lo menos una persona en el mundo goza de su admiración.

-¿No le gusta la pintura, señorita Andersson?

-No me gustan las obras abstractas, ni las expresionistas ni las figurativas. Como dice el proverbio: *la sabiduría inútil sólo se diferencia de la tontería en que da mucho más trabajo.*

-¡Es usted implacable!

-Muchos artistas que se las dan de gran cosa no hacen más que repartir a manos llenas paladas de esa sabiduría inútil. Bueno, por lo menos la disfrazan con múltiples artimañas. Para eso sí tienen talento.

Karl volvió a refugiarse en sus pensamientos. Luego preguntó, suspirando:

-¿No le parece grotesco este caso?

-Pues sí, es el primer psicópata que conozco que sigue órdenes directas de Dios para cometer sus asesinatos.

-¿Y qué me dice de los fanáticos religiosos? La mayoría de los crímenes de la humanidad se han perpetrado invocando a Dios, señorita Andersson.

Regina veía a Rebecca como su contrafigura, el tipo de mujer del que ella huía compulsivamente, con el que no se identificaba en absoluto, una mujer sin personalidad, abierta a las influencias exteriores, víctima

propiciatoria de cualquier hombre malvado. *Por eso yo no quiero emparejarme. Por eso no salgo con chicos, por más que mamá me machaque la cabeza para que me case y forme una familia.* Claro que su actitud tampoco era una solución. No podía vivir así eternamente. Antes o después debía decantarse, asumir riesgos, comprometerse. No todos los hombres eran unos descerebrados sexópatas, maltratadores físicos y psicológicos, inmaduros, patéticos.

Bueno, la verdad era que ella no conocía ningún ejemplo alentador. Ni siquiera su padre. *Padre siempre fue un hombre engreído que hace lo que le da la gana, sin tener en cuenta la opinión de mamá.* Supuestamente la relación de sus padres era paritaria, ambos trabajaban, eran profesionales bien valorados, traían a casa más o menos la misma cantidad de dinero. Hasta ahí todo era correcto, pero en lo demás el desequilibrio era monstruoso. *Mamá siempre se ha hecho cargo de mi crianza y de gestionar el funcionamiento del hogar, de principio a fin.* Ella hacía las compras, atendía las facturas de los suministros, llamaba al seguro cuando había una avería, renovaba el mobiliario y los electrodomésticos, hacía arreglos decorativos, limpiaba la casa, lavaba la ropa, planchaba.

Es decir que cuando regresaban del trabajo padre se tumbaba a la bartola, dedicándose a sus acuarelas y sus colecciones varias, encerrado en su habitación, chateando para ligar por Internet, metiéndose en páginas porno, y delegaba en mamá absolutamente todas las responsabilidades hogareñas. Regina recordaba que al principio su madre protestaba débilmente; evidentemente el reparto de tareas en su matrimonio no le parecía justo. Padre siempre le contestaba con la misma cantinela: *haberte casado con otro.* Así que ella acabó por resignarse. *En el fondo mamá se sentía afortunada, pensando que padre era un buen hombre porque apenas probaba el alcohol, no era putero ni le perdían las faldas, o eso creía ella, y nunca le*

había puesto la mano encima. ¡Valiente consuelo! ¿A eso era a lo que podía aspirar una mujer afortunada en el amor? No a una relación paritaria, sino simplemente a un vasallaje de perfil bajo, que no llegase a ser un calvario, como les sucedía a las desdichadas que sufrían palizas físicas o tenían que aguantar a un marido bebedor y putero.

Rebecca la reafirmaba en su actitud de negación. *El mundo no ha cambiado tanto como parece. La igualdad de género es una patraña aparente, cosmética, superficial, estadística. La realidad cotidiana del día a día en las parejas y los matrimonios es bien diferente.* Había un estereotipo conductual grabado en el inconsciente colectivo que hacía comportarse a los hombres y las mujeres de una manera determinada, asumiendo un rol perfectamente definido de dominación-sumisión, del que resultaba muy difícil desvincularse.

El machismo no era una moda pasajera, sino el pan de cada día, en cualquier sociedad. Aunque en las sociedades más atrasadas estuviese mucho más arraigado, ningún ser humano podía escapar a ese rol de dominación-sumisión, naciera donde naciese. *¿Quizá porque era una pulsión psicológica-conductual que se remontaba al comienzo de la convivencia humana y se había institucionalizado en el inconsciente colectivo? ¿Qué diablos se debe hacer para que el hombre respete a la mujer tanto como se respeta a sí mismo?*

Finn estaba feliz y contento en manos del mejor tatuador de Estocolmo. Se lo había recomendado Magnus. Era el tatuador oficial de todos los seguidores de *black metal* en Suecia. Finn estaba tumbado en la camilla del taller del tatuador. El trabajo estaba prácticamente acabado. El objetivo era tener todo el cuerpo tatuado, incluyendo el cuello. Sólo se libraba la cara de ser tatuada. El tatuador se llamaba Björn Borg, como el tenista, tenía una barba pelirroja y grotescamente grande, a lo Jeff Langum, que le llegaba al ombligo, unas gafas culo de botella de miope galopante que empequeñecían ridículamente sus ojos y una desagradable voz de pito, mezcla de la voz de Papá Pitufo y Piolín.

-Ahora pareces un verdadero indio salvaje –dijo Rebecca, que no paraba de hacer fotos al cuerpo tatuado de Finn para colgarlas en Facebook y comprobar la reacción de sus contactos.

-De eso se trata, cariño. Hay que regresar a los orígenes. Recuperar los valores perdidos. Ser auténticamente primitivo. Cuando salgamos de aquí te arrastraré de los pelos como hacían los hombres de las cavernas.

Borg estaba ultimando una cruz invertida en el cuello de Finn, en alusión a la organización anticristiana Inner Circle de la que él mismo había formado parte, como Magnus y otros seguidores suecos de *black metal* que se habían trasladado a Noruega para vivir en primera persona el esplendor creativo del *True Norwegian Black Metal*. Borg se consideraba vikingo y pagano. Y era un ídolo incombustible de esa hornada de bandas noruegas

súper inspiradas que habían intentado llevar a cabo una revolución cultural a través de la música. *Euronymous* echó a rodar el invento en los bajos fondos de Oslo. Él era, junto a Vikernes y su Burzum, el gran monstruo del *black metal* noruego. Por eso su alias era *Euronymous*, en alusión al Hades de la mitología griega, dios del mundo subterráneo. Además el nombre tenía connotaciones europeístas. *Hace referencia al euro, la vil moneda vasalla que sojuzga a los pueblos europeos.*

Borg tenía muy claros todos esos conceptos desde hacía mucho tiempo. Ahora tenía cincuenta y siete años y las fuerzas empezaban a fallarle, pero conservaba el entusiasmo y las firmes convicciones juveniles que le habían llevado a papearse en Noruega el fenómeno *True Norwegian Black Metal*. Había conocido a Vikernes y a *Euronymous*. Había asistido a sus conciertos. Había quemado iglesias con ellos. Se había tirado noches enteras filosofando con ellos. Incluso había trabajado en la tienda de discos especializada en *black metal* que había abierto *Euronymous* en los suburbios de Oslo. La tienda, situada en la calle Schweigaards, se llamaba Helvete, que significa Infierno en Noruega, y funcionaba tan bien que *Euronymous* pudo crear su propio sello discográfico: Deathlike Silence Productions. *Euronymous* era un tipo listo además de ser un genio. En realidad no era tan genial como Vikernes, pero tenía los pies en la tierra, sabía que hacía falta una base material para sostener el edificio del *black metal*.

-Magnus dice que eras amigo de *Euronymous*.

-Y de Vikernes. Yo era amigo de todo el mundo.

-¿Por qué se cargó Vikernes a *Euronymous*?

-No puede haber dos gallos en el mismo corral. *Euronymous* era muy ególatra y ambicioso. Tenía celos de Vikernes. Lo veía como un rival. Piensa que Vikernes era más joven y talentoso que él. La gente creía que Vikernes asesinó a sangre fría a *Euronymous* porque Vikernes era un tipo vehemente

que se destacó mucho en la quema de iglesias, pero en realidad fue *Euronymous* quien intentó quitárselo de en medio a él. Vikernes lo mató en defensa propia. Yo estaba con ellos cuando ocurrió. Podría haber declarado en el juicio, pero no lo hice, y no me arrepiento.

-Vaya movida.

-*Euronymous* hizo mucho por mí. Se puede decir que me salvó la vida. A Vikernes se le fue la perola. Había acumulado tanta inquina que le asestó veintitrés cuchilladas, dos en la cabeza, cinco en el cuello y dieciséis en la espalda. Se volvió completamente loco. Las continuas provocaciones de *Euronymous* y sus amenazas de muerte fueron un veneno letal. Por eso en parte me parecía bien que Vikernes estuviese en la cárcel y pagase por su crimen. Los dos se buscaron lo que tuvieron: uno la muerte y el otro la prisión. Fue un choque de trenes inevitable.

Borg recordó que cuando Varg Vikernes entró en el Inner Circle el planteamiento ideológico de la organización se dividió entre los seguidores de los postulados estrictamente satánicos de *Euronymous* y la concepción pagana y mitológica de Vikernes. Uno y otro chocaban ideológicamente. Vikernes era individualista y apolítico; en cambio *Euronymous* despreciaba el individualismo, compartía los postulados comunistas y admiraba a Stalin y Mao Zedong. Incluso fue miembro de la organización juvenil comunista Rod Ungdom, donde aprendió los métodos de liderazgo que luego puso en práctica en el Inner Circle.

-Digamos que el Inner Circle era el brazo político del *True Norwegian Black Metal*. Fue un invento de *Euronymous* para acaparar la escena del *black metal* en Noruega. Funcionaba como una especie de órgano censor. Las nuevas bandas de *black metal* no podían funcionar si el Inner Circle no les daba el visto bueno. Si los grupos no eran lo bastante satánicos a juicio del Inner Circle, *Euronymous* y sus acólitos se encargaban de anularlos con violencia

para quitárselos de en medio: persecuciones, palizas, amenazas de muerte.

-¡La leche!

-Era una organización muy radical, paramilitar y acaparadora que se dedicaba a hacer caza de brujas. Por eso algunos periodistas la llamaban Black Metal Mafia, Black Militia o Satanic Terrorists. Todo giraba en torno a la tienda de discos, Helvete, donde *Euronymous* también instaló las oficinas del sello discográfico, en el sótano. Allí acudía toda la peña importante del *True Norwegian Black Metal*. Los miembros de las bandas Emperor y Darkthrone eran asiduos. Helvete se convirtió en la Meca de los seguidores de *black metal*. Algunos días venía gente de otros países que había viajado sólo para estar allí.

-¿Es verdad que *Dead*, el vocalista de Mayhem, se suicidó en casa de *Euronymous*?

-Sí, en una casa que tenía en el campo. *Dead* atravesaba una etapa depresiva y se fue allí solo unos días. Como no contestaba al teléfono, *Euronymous* fue a echar un vistazo y lo encontró con cortes en las muñecas y el cuello y un tiro de escopeta en la cabeza. El bueno de *Dead* era tan buen chaval que había escrito una nota de despedida disculpándose por haberse suicidado dentro de casa, manchándola de sangre. Al principio se cortó las venas y el cuello en el bosque, pero vio que de esa forma moría muy lentamente, así que entró en la casa, donde había una escopeta de caza, escribió la nota y se disparó en la cabeza. *Euronymous* era un caso. Cuando encontró el cadáver en vez de llamar a la policía fue a comprar una máquina de fotos desechable en una tienda de suvenires para fotografiar el cadáver y utilizó una de esas fotos en la portada del álbum *Dawn of the Black Hearts*.

-¿Por qué no fotografió el cadáver con el móvil? –preguntó Rebecca.

-Hablamos del año 1991; en esa época ni siquiera se había inventado el teléfono móvil, cariño.

-Así que Vikernes era mejor que *Euronymous*.

-Claro, lo hacía todo en Burzum. En cambio *Euronymous* era básicamente guitarrista, y no muy bueno. La revista *Guitar World* lo sitúa en el puesto cincuenta y uno de los mejores guitarristas de metal de la historia.

-Estás guapísimo, hijo –dijo Rebecca.

Borg contempló su obra, aprobador.

-Ahora sólo le falta volverse un especialista del *corpse paint*, el maquillaje usado por los músicos de *black metal*. Es fácil embadurnarse la cara con ese estilo. Se usan básicamente el blanco y el negro. Podrías aprender tú, niña.

-Ya lo veo –Rebecca había entrado en la Wikipedia para informarse-. Se trata de intensificar la imagen malvada y anti-humana. La base es blanca y luego los detalles van en negro, como las cuencas de los ojos. A veces se utiliza el rojo para imitar la sangre. El blanco representa la muerte y el negro la oscuridad y el lado místico.

Borg se rió, impresionado con el fácil acceso a la información de los jóvenes actuales a través de Internet. Finn estaba listo para convertirse en una estrella de *black metal*, comparable a *Dead*. Magnus le había hablado de su proyecto. Finn sería el vocalista de la banda. Y por la demostración que le había hecho, talento no le faltaba. Magnus estaba muy ilusionado. ¿Quizá la banda Selma, victims and murderers representaría un renacer del *black metal*, que había sido convenientemente castrado por el contraespionaje del *unblack metal* cristiano?

Dios quiera, se dijo Borg. Conocía personalmente a los refuerzos que Magnus se había traído de Noruega para su banda: batería, guitarrista y bajista, músicos de primer nivel, capaces de resucitar la movida *black metal* junto a Magnus y ese chaval cuyos chillidos eran comparables a los de *Dead* y que además estaba forrado de dinero e iba a montar un sello discográfico de

los grandes, capaz de sacar oro *underground*.

Karl estaba perplejo. ¡Rebecca era una fanática descerebrada! *¿Cómo puede una mujer joven y atractiva como ella llegar a ese punto de locura?* La culpa era de la *psicosis tecnológica*. Mensajes de texto. Simbólico.

-No me sorprende que el propio Dios se haya visto obligado a actualizarse –bromeó-. Un Dios como Dios manda tiene que adaptarse a las nuevas tecnologías para comunicarse con sus fieles.

Regina soltó una carcajada.

-Déjelo, por favor, inspector.

-¿Qué tiene de malo que Dios envíe mensajes de texto? Aunque eso plantea la duda de dónde adquiere Dios sus terminales de telefonía móvil. Y con qué compañía contrata sus servicios. Si alguien lograra averiguar cuál es el proveedor de telefonía móvil de Dios sería un bombazo planetario.

-Quizá envía sus mensajes por ciencia infusa.

-Ah, claro, es de suponer que él, siendo Dios, es capaz de hacer eso y mucho más.

-Seamos condescendientes con ella. Concedámosle que, en un momento dado, debido a su perturbación, le pareciera recibir esos mensajes.

-En ese punto se equivoca, señorita Andersson. Los mensajes existen. He mandado a Lars que examine su terminal. Vendrá con los resultados de las pruebas en cualquier momento.

-Así que Dios en persona le facilitó el contacto del traficante de armas de Estocolmo al que debía comprar la pistola y el silenciador, avisándole

incluso de que se trataba de una transacción ilegal y por lo tanto había que mantenerla en secreto.

-También le comunicó Dios la fecha y la hora exactas del doble asesinato. Y por supuesto no se olvidó de mencionar a las víctimas elegidas por mandato divino. Todo ello aderezado con pasajes de la Biblia, para dar al asunto mayor verosimilitud, porque imagino que no es de recibo que Dios te mande un sms y no aproveche la ocasión para aleccionarte un poco con unos cuantos versículos.

-Rebecca dijo que Dios le enviaba esos versículos de la Biblia para darle fuerzas a la hora de cometer los crímenes.

-Cierto, el Dios de los tiempos modernos se siente contagiado por nuestro pragmatismo.

-Espero que su móvil conserve alguno de los cuatrocientos mensajes de Dios que dice haber recibido.

-Los ha borrado todos, pero ya sabe que Lars obra milagros en cuestiones tecnológicas y saca a la luz lo que se ha vuelto inexistente para los profanos en la materia como nosotros.

-¡No soporto a Lars! Es absolutamente engreído.

-No se lo tome en cuenta. Es el mejor en su oficio. Lo ha demostrado incontables veces.

-No puedo compartir su indulgencia. ¡No se cansa de restregarle a todo el mundo lo bueno que es!

-Simplemente le gusta rodearse de una camarilla de admiradores. Es un mal endémico de los *fuera de serie*. Usted, que es muy amiga de los proverbios, conocerá el que dice: *los jóvenes van en grupo, los adultos en pareja y los viejos van solos*.

-Además tiene un físico de adolescente. Es un calco en sueco de Bill Gates, y él acentúa el parecido usando el mismo modelo de gafas. Marca

Prada.

-Piense que a Lars su planta un tanto descorazonadora, en un país donde la estatura media de los hombres es de un metro ochenta, no le impide tener un éxito arrollador con las féminas. Y además con las más bellas y deseadas.

-Ya, ése sólo se lía con modelos. Será para compensar su complejo de enano.

-¿Qué complejo? ¡Su actual pareja es nada menos que la despampanante Carina Jansson!

Que ha sido portada de *Elle* y trabaja para los principales diseñadores de moda de Estocolmo: Rodebjer, Nakkna, Whyred y Acne, se dijo Regina. Su imagen de bellezón escandinavo ahora mismo empapelaba todas las calles de Suecia. *Estoy hasta el gorro de ver el maldito cartel publicitario de los diseñadores de joyas David&Martin.*

-Por cierto, jefe, ¿cuál es su novela preferida?

-*Blade Runner.*

-¿Y su película preferida?

-Ídem. ¿A qué viene este cuestionario cultural?

-Simple curiosidad. A mí me impresionó la novela *Crimen y castigo*. Y soy más de teatro. Me quedo con el musical *Los Miserables*.

Llamaron a la puerta y compareció Lars.

-¡Hablando del rey de Roma! —exclamó, jovial, el inspector.

-El cerebro de la policía científica del grupo de investigación comandado por el comisario Gustafsson —añadió, burlona, la detective.

-¿Me permiten tomar asiento?

-Desde luego. ¡Está usted en su casa!

-Gracias, inspector. Soberbios sillones de ejecutivo.

-Una gentileza del gerente del hotel.

Lars, la versión de Bill Gates treinta años más joven, también era un portento de la informática. ¿Cuántos estropicios hizo durante su etapa de *hacker*?, se preguntaba Karl. Unos cuantos, y muy sonados, decían. Gracias a Dios lo fichó la policía de Estocolmo. Con un sueldo exorbitante, que triplicaba al de cualquier comisario de distrito, para sonrojo del propio Gustafsson, que en teoría era su jefe.

Regina tenía tal tirria a Lars que decidió ignorarlo *ostentosamente*. Abrió el bolso y desplegó sobre la mesa, con aire ausente, su set de cosméticos: aceite multiusos suavizante y nutritivo Swedish Spa, eau de parfum Volare, crema calmante con arándano y lavanda Pure Nature, desmaquillante para ojos Waterproof Beauty, loción corporal nutritiva para piel extra seca Happy Skin, stick de color Power Shine, base de maquillaje preparadora Very Me, barra de maquillaje Perfect Fusion, lápiz delineador de ojos Oriflame Beauty y sombra de ojos Pure Colour.

-¿Qué nuevas nos trae?

-Los cuatrocientos mensajes de texto provienen de un teléfono de prepago sin registrar, acabado en los números 1293. La mañana de autos Rebecca recibió dieciocho mensajes desde ese terminal.

-Vaya, parece que Dios pretendía dejarlo todo bien atado.

-Algunas creen vivir en el País de las Maravillas –Lars miró de reojo a Regina.

-¿Ha leído el libro de Alicia?

-No, inspector, bastante tengo con leer a Carina...

Karl rió de buena gana.

-Ya me imagino. Para leerse una anatomía de ese calibre uno ha de tomarse su tiempo.

Regina gruñó. Le enfurecían aquellos comentarios machistas. ¡Y le daban cien patadas tanto Lars como su súper modelo Carina de la que él no

paraba de presumir! Karl observó risueño cómo trajo con los cosméticos y el *espejito mágico*.

-¿Ha podido recuperar algún mensaje de texto?

-Cuando borras algo de un teléfono móvil no es posible acceder a esa información desde el terminal, pero disponemos de medios técnicos para sacarla a relucir, si no hay nada escrito sobre ella.

-¿Aunque Rebecca haya eliminado los mensajes?

-Claro. De hecho los ha eliminado todos. Había que reconstruir las posiciones vacías de mensajes de texto.

-¿Desde cero?

-Siempre quedan rastros de información, como un puzle al que le faltan piezas. Con los medios informáticos adecuados se pueden reconstruir los textos originales. Es una labor algo engorrosa que requiere ciertos conocimientos de criptografía.

Lars sacó una cuartilla del bolsillo interior de su chaqueta y se la entregó.

-Aquí le he transcrito los mensajes.

Mientras revolvía los cosméticos, ajena a la conversación de los hombres, Regina se reafirmó en su rechazo hacia el sexo masculino. ¡Ninguno se salvaba, estaba claro! Empezando por los dos que tenía ahora mismo a su lado. Lars era un niño descerebrado que veía a las mujeres como florero-objeto sexual y Karl tres cuartos de lo mismo, aunque se empeñase en barnizar de buenas intenciones y comentarios culturales sus opiniones sobre el *sexo débil*. ¿Por qué era incapaz de evolucionar sentimentalmente el sexo masculino, desvinculándose de esa influencia machista que gravitaba sobre sus espaldas como una losa sepulcral?

Lo cierto era que los hombres evolucionaban en la ciencia, la tecnología y quizá también en otras parcelas de la vida, pero en el terreno

sentimental la cosa cambiaba radicalmente. Es decir que un científico podía codearse de igual a igual con una colega mujer, pero si tenía que tratar a esa misma mujer en casa, en privado, por estar casado con ella o por ser su pareja sentimental, inevitablemente adoptaba alguno de los clichés machistas que condicionaban las relaciones de hombres y mujeres desde el principio de los tiempos.

-Cuando murió *Euronymous* y encarcelaron a Vikernes, el Inner Circle se fue a la mierda –dijo Magnus-. Desde entonces el *black metal* empezó a perder fuerza en Noruega y Suecia tomó el testigo con bandas como Dark Funeral o The Black, con una instrumentación más limpia, menos basta y minimalista, aunque conservaban la ferocidad original del movimiento y su espíritu anti-cristiano.

-Ya.

-Se depuraban las composiciones, restándoles crudeza, como hizo Dissection, que a pesar de la oscura agresividad introdujo una base muy melódica en sus temas. Poco a poco el *black metal* se diluyó en el *viking metal*. Y lo que es peor, en el *industrial black metal*, que ya mezclaba descaradamente voces guturales, riffs y guitarras de *black metal* con tempos y efectos propios de la música electrónica. Así es cómo la lluvia dorada de talento se convierte en agua de borrajas por mor de los poderes fácticos.

-Vale, Magnus, es suficiente, ya me has contado tu historia, ahora me toca a mí hablarte de lo mío –replicó Selma.

-¿Qué es lo tuyo? ¿*El asesino invisible*? ¿La teoría de las víctimas y los asesinos? ¿El mito subliminal del patriarcado?

-Lo mío se llama *matriarcado*, una palabra que viene de la latina *mater*, que significa madre, y la griega *archein*, que significa gobernar, y que según la Wikipedia se refiere a un tipo de sociedad en la cual las mujeres y

especialmente las madres ostentan un rol de liderazgo político y moral, el control de la propiedad y la custodia de los hijos.

-¿Y eso de qué va?

-Aunque *en teoría* no haya evidencias históricas que demuestren la existencia de sociedades matriarcales, algunos mitos hablan de un pasado matriarcal que fue aplastado brutalmente por los hombres para imponer su hegemonía por medio de la violencia. Claro que todo eso ocurrió durante la Prehistoria, se supone, por eso no se conservan pruebas que lo demuestren, teniendo en cuenta que la Historia la han protagonizado y escrito los hombres.

-Eso está claro.

-El matriarcado marcará nuestra verdadera evolución, Magnus. Nuestra Historia no es la de la Humanidad, como pretenden vendernos, sino la de los hombres, excluyendo deliberadamente a las mujeres. Las religiones, las guerras, las ideologías políticas, la filosofía, la psicopatía criminal, todo se ha hecho por obra y gracia de los hombres. Las mujeres recién desde hace unos pocos años empezamos a recuperar terreno y arañamos ligeras cuotas de participación en los diferentes ámbitos de la convivencia.

-El hombre, se ha demostrado, no sirve para gobernar. Nos está conduciendo al holocausto del planeta en el que vivimos, empujado por su voraz ambición de poder.

Selma se conectó a Internet en su portátil e hizo leer a Magnus el artículo *¿Existe el matriarcado?*, escrito por la antropóloga Shyam Raman y publicado por la *Revista Mito*:

<<¿El matriarcado es un mito occidental? Repasemos algunos ejemplos actuales que demuestran lo contrario, donde las mujeres lideran su comunidad.

>>Hace trece años un grupo de mujeres en Kenia creó la aldea de

Umoja, que significa “la unidad” en el idioma swahili. Una aldea dirigida completa y exclusivamente por mujeres. Rebecca Lolosoli es la matriarca de ese pueblo. A los trece años fue obligada a casarse con un hombre que la triplicaba en edad. Violada y abandonada a su suerte, supo luchar por sus ideales y crear esta aldea con ayuda de sus compañeras.

>>Los Mosuo viven en un apartado rincón a orillas del lago Lugu, en China. El hecho de ser un lugar muy aislado -para llegar se requieren nueve horas de incómodo trayecto en jeep- ha permitido que el sistema de línea matriarcal perdure, como legado de una época en la que los padres con frecuencia fallecían en guerras, vivían como nómadas o eran monjes budistas. En ausencia de los hombres, las mujeres recogían las cosechas, alimentaban a las familias e imponían las normas sociales. Como en otras comunidades matriarcales, no hay violencia en esta comunidad de la China profunda donde impera la cordialidad y sus gentes sencillas acogen a los viajeros con grandes muestras de hospitalidad, como yo misma he comprobado. Durante mi estancia junto a ellas comprobé que los Mosuo no disponen en su idioma de ninguna palabra para definir conceptos que les resultan ajenos como asesinato, guerra, violación o cárcel. En ese lugar las mujeres son las únicas propietarias y la herencia se transmite de madre a hija. En cada familia hay una matriarca que cuida y administra los asuntos productivos y sociales del clan, así como las posesiones materiales: la casa, los campos, los animales domésticos y las provisiones. El clan está formado por una mujer, sus hijos, su madre, sus hermanos, sus hermanas y los hijos de esas mismas hermanas. No existen los maridos. No existe el matrimonio. Los hombres y las mujeres nunca viven juntos; el hombre se encuentra por la noche a solas con su amada y se mantienen enlazados sólo por el afecto, así que cuando éste desaparece se separan. Casi sin excepción los hombres siguen viviendo, incluso después de ser padres, en casa de su madre, y ayudan a criar a los hijos de sus hermanas.

>>Frente la costa de Guinea Bissau, en Orango Grande, hay una sociedad matriarcal, la etnia Bijagó, donde las mujeres gestionan la economía, el bienestar social, la ley y el amor. En el amor son las mujeres y no los hombres quienes eligen. Lo hacen públicamente, colocando a sus futuros novios un plato de pescado marinado en aceite de palma roja. Una vez hecha la ofrenda, los hombres no pueden negarse. Rechazarlo significaría deshonar a su familia.

>>En la comunidad de Juchitan, Oaxaca, México, la expectativa de vida es la más alta del país. El 81.6% de los niños están bien alimentados, algo llamativo teniendo en cuenta que la desnutrición infantil en otros lugares de México alcanza el 80%. El comercio tradicional en Juchitan ha estado y está en manos femeninas y se basa en la buena comida autóctona y en la economía de prestigio. En Juchitan se celebran más de seiscientas fiestas al año en las que se produce una constante redistribución de la riqueza material y humana. El honor y el prestigio se adquieren mediante estas suntuosas fiestas con abundante comida y bebida.

>>Las mujeres exiliadas de Sáhara Occidental representan los pilares sobre los que se asientan los campamentos de refugiados. Los Comités y Subcomités están dirigidos en su mayoría por mujeres, en todas las dairas. Ellas mantienen en pie las jaimas, articulan la vida social y económica de los campamentos y llevan la administración, propiciando una supervivencia digna durante los casi cuarenta años que ya dura su exilio.

>>En Meghalaya, al noreste de la India, no hay ninguna restricción respecto a la circulación física de la mujer o su atuendo. No hay quema de novias, infanticidio femenino ni estigma social de las viudas para impedir que vuelvan a casarse. Tampoco hay dote. Las mujeres heredan todos los bienes, dirigen las empresas familiares, gobiernan los hogares y toman todas las decisiones importantes en el seno de la familia. Por desgracia la violencia

machista se está contagiando a Meghalaya y empiezan a producirse violaciones y maltratos, cosa que nunca había ocurrido. La perniciosa influencia del resto de la India y su cultura profundamente machista, a través de las películas de Bollywood, resulta imparable.

>>Cabe señalar que estos ejemplos no pueden considerarse ginecocracias, puesto que las mujeres no ostentan autoridad política, sino meramente familiar. Es decir, se trata de una autoridad “de convivencia”, que atañe al día a día, más allá de los dogmas religiosos y las dignidades políticas.

>>Según el antropólogo Joan Manuel Cabezas “existe en Occidente un mito sobre el matriarcado, fruto de la burguesía occidental europea, cuyo principal ideólogo fue Bachofen, jurista y antropólogo suizo, con la publicación en 1861 del libro *El Derecho de la Madre*. Según Bachofen en los inicios de los tiempos hubo una época de gran tiranía sexual masculina, el ‘Hetairismo’, que hizo rebelarse a algunas mujeres para someter a los hombres, obligándolos a casarse, y establecer la institución de la familia. Surgió entonces el mito del matriarcado, relacionando a las mujeres con una sociedad salvaje y primitiva, contrapuesta al patriarcado, que se considera una sociedad civilizada, política e industrial.

>>Peggy Reeves Sanday, Henrietta L. Moore y otras antropólogas afirman que la situación de las mujeres no puede medirse con parámetros occidentales: lo que en occidente representa el poder, en otras culturas puede resultar irrelevante. En Sumatra Occidental mujeres y hombres se relacionan como socios que desean alcanzar el bien común, no como competidores gobernados por el egocéntrico interés propio. Es decir, el matriarcado no representa un patriarcado al revés, al igual que el feminismo no es lo contrario del machismo.

>>Ifi Amadiume, una antropóloga africana, estudió su propia cultura,

Igbo de Nnobi, en Nigeria, y escribió un libro donde documenta que antes del siglo XIX la cultura Nnobi exhibía un fuerte principio matricéntrico/matrifocal en la organización familiar; madres e hijos formaban distintas unidades económicas autosuficientes. Su sistema de género permitió crear la institución de las “hijas masculinas”, hijas que heredaban el patrimonio del padre y su linaje, y las “marido femeninas”, con matrimonios entre mujeres. Tras el colonialismo británico, el alto estatus social de la mujer fue suprimido por los sistemas occidentales de religión, educación y gobierno basados en principios patriarcales. La autora critica el actual etnocentrismo de los estudios sociales occidentales sobre la situación de las mujeres africanas.

>>En definitiva, no quedan huellas. Nunca quedan huellas. ¿Por qué?

-Este mensaje es curioso. *Hay un tiempo para matar y otro para curar...*

-Suena a proverbio, ¿verdad?

-¡Pues anda que éste! *En primer lugar debes hacerlo porque yo, tu Dios, te lo ordeno, y es tu deber obedecerme. Y en segundo lugar por el amor que sientes por Adam...* Parece ser que Dios no se andaba con medias tintas. ¿Entonces sólo conocemos los cuatro últimos dígitos del terminal desde el que se enviaron los mensajes?

Lars esbozó una mueca de suficiencia.

-¿Por quién me toma, inspector? ¡Eso era un chascarrillo!

Lars sacó su lujosa estilográfica Montblanc Meisterstück 149 y anotó en una servilleta un número de teléfono completo.

-Ahí tiene el número de Dios en persona. Claro que si lo marca lo más probable es que le conteste Adam.

-¡Es usted un genio!

-Lo sé.

-¿Cómo ha podido averiguarlo?

-Los teléfonos móviles se comunican enviando señales a las torres cercanas. Por eso se puede averiguar la ubicación geográfica de cualquier terminal en un momento dado. He localizado el teléfono *invisible* rastreando el sendero del teléfono *oficial* de Adam, puesto que siempre lleva los dos

encima.

-¿Se puede rastrear la señal que emite en tiempo real?

-Más o menos.

-Entonces conocemos los movimientos de Adam a través del rastro que deja la señal de su teléfono móvil.

-Pues sí.

-¿Hay algo interesante?

-Podría pensarse que apenas sale de Knutby, pero en realidad es un tipo que se desplaza bastante, a juzgar por el rastro común del teléfono de prepago sin registrar y el que usa habitualmente para comunicarse con sus contactos.

Lars extrajo de su pulcra carpeta varios papeles.

-La compañía con la que tiene contratados los servicios del segundo terminal me ha enviado todos los datos. Con ellos y con este informe, en el que apporto pruebas para demostrar que los dos terminales están vinculados, sencillamente he desvelado la identidad de Dios...

El inspector batió palmas y estrechó calurosamente la mano a Lars, admirado por la celeridad y eficiencia de su trabajo.

-Acabemos de una vez. Señorita Andersson, haga el favor de decir a los agentes de custodia que traigan a la detenida.

Lars se puso de pie.

-¿Por qué no se queda?

-Se lo agradezco, inspector, pero me temo que tendrá que hacerse cargo usted. Aquí le dejo mi informe y el de la compañía telefónica. Lo siento, pero me resulta de un mal gusto infumable que hoy en día siga habiendo personas con la mentalidad de esa pobre chica. Le deseo suerte con los mandatos divinos...

Lars se eclipsó.

-Ya les he avisado –dijo Regina.

-Perfecto.

-Le felicito, inspector. Tenía usted razón desde el principio.

-Gracias.

Regina recogió los cosméticos que había desplegado sobre la mesa y volvió a meterlos en el bolso. Karl trató de buscar inspiración en las creaciones oníricas de Lundh, en vano. Los dos agentes de custodia vestidos de paisano comparecieron acompañados de Rebecca, que estaba esposada y caminaba cabizbaja, trasluciendo un aire de derrota. El inspector indicó a los agentes que sentasen a la detenida en el sillón de ejecutivo que acababa de desocupar Lars. Luego los agentes abandonaron la sala y cerraron la puerta.

Karl puso delante de Rebecca la servilleta en la que Lars había anotado *el número de teléfono de Dios*.

-¿Reconoce ese número de teléfono, señorita?

Rebecca dio la impresión de hacer un esfuerzo considerable para levantar la cabeza y posar la mirada en la servilleta. Durante un rato miró con gesto ido los dígitos que Lars había impreso en la servilleta con elegantes trazos, grandes y bien visibles, de modo que no daban lugar a dudas. De pronto cabeceó afirmativamente, apartó la mirada de la servilleta y volvió a zambullirse en su desolación.

-Es su número.

-¿Qué número?

-El número desde el que me mandaba los mensajes.

-¿Quién?

Rebecca titubeó. Se notaba que se había pasado toda la noche llorando. Se sorbió la nariz al tiempo que se encogía de hombros y su cuerpo se agitaba ligeramente, como si sintiese escalofríos.

-Dios.

-¿Dios?

-Claro.

-¿Está segura?

-Sí, Dios me mandaba los mensajes. ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

Karl retiró la servilleta y puso delante de Rebecca los informes que había traído Lars.

-Hágame el favor de leer estos documentos, señorita.

Rebecca se ajustó las gafas y se puso a leer sin rechistar, como una alumna obediente y aplicada. Idiotez y sumisión, un cóctel mortífero, se dijo el inspector, pensando que las sectas y religiones alcanzaban la ebriedad de su fanatismo dogmático atiborrándose de esa combinación.

Rebecca era concienzuda. Leyó tres veces los papeles, de cabo a rabo. Su semblante se fue transformando progresivamente, con cada nueva lectura. Luego Rebecca se irguió repentinamente y su mirada se perdió en el vacío de sus atormentados pensamientos.

-No puede ser –exhaló.

Regina se dijo que detrás de su fanatismo religioso había un residuo de inteligencia en ella. Se notaba que era una mujer capaz. Podría haber sacado adelante una carrera universitaria si hubiese tenido un poco más de suerte en la vida. Si su madre no hubiese muerto agotada por los maltratos de su padre y si no se hubiese visto obligada a abandonar los estudios para ponerse a trabajar por imposición de ese espeluznante gorila que necesitaba sufragar sus borracheras con el dinero que traía la hija a casa.

Karl decidió no decir nada. Al igual que Regina, sospechaba que Rebecca, a pesar de todo, era lo bastante inteligente para conceder a aquellas pruebas materiales el crédito que se merecían. Pero necesitaba tiempo para demoler en su cabeza el lavado de cerebro llevado a cabo por Adam.

Rebecca permaneció en silencio durante un largo rato. Estaba procesando la información, paralizada, ausente; sus reflexiones y recuerdos la trasladaban muy lejos. Regina, más impaciente que su jefe, consultó el último número de la revista *StyleBy*, que había adquirido el día anterior en el quiosco del hotel. Había un artículo sobre Marie Fredriksson, su modista preferida desde que confeccionó los trajes y vestidos de Roxette.

Entre tanto Karl no se perdía detalle de la *paciente*. El mecanismo mental de Rebecca estaba desmitificando el mito. Dios se caía del pedestal y adoptaba la figura de Adam. Entonces, cuando ya no le quedó la menor duda y hubo resuelto en su universo anímico el traumático dilema al que debía enfrentarse, Rebecca rompió a llorar de una forma que ellos nunca habían visto, emitiendo sonidos guturales que sugerían gruñidos de animal, mientras se estrujaba el rostro y se tironeaba del cabello.

Regina se sentía *conceptualmente desolada*. ¡Era tan patético todo! Lo que había sucedido entre Rebecca y Adam ponía de manifiesto hasta qué punto seguía presente en una sociedad supuestamente avanzada como la sueca, en teoría *la vanguardia de la humanidad*, esa perversa pauta conductual que obligaba a los hombres y las mujeres a adoptar un rol de dominación-sumisión en su relación de pareja. Y en este caso, además, estaba el agravante de la *maldita religión* que tanto daño había hecho al respecto a lo largo de la historia. La religión era un invento netamente machista, que excluía y degradaba a la mujer, como si el propio Dios dictase a pies juntillas esas diferencias esenciales que anteponían el valor del hombre muy por encima al de la mujer. Claro que bastaba echar un vistazo a uno de los pasajes más populares de la Biblia para darse cuenta de la monstruosa manipulación conceptual llevada a cabo por las religiones: la paradisíaca manzana del pecado original que cometió la mujer al aspirar a esa sabiduría del árbol de la ciencia reservada a los santos varones. *¡Sucia, puerca y pecaminosa mujer!*

¡Por Dios!

Es lo que hay, hija, confórmate. No se le puede pedir peras al olmo. No nacemos en Marte, sino aquí, en la Tierra. Está claro que la tierra y todos sus bienes han sido repartidos hace mucho tiempo y ese reparto ya no se puede cuestionar, a buenas horas mangas verdes; la propiedad privada es el pilar sobre el que se asienta nuestra civilización, de la que nos sentimos tan orgullosos todos, hombres y mujeres, porque nos resulta imprescindible.

-Adam es un pobre diablo y ambos lo sabemos –dijo Magnus.

-Sí –convino Selma.

El problema es que nos hemos casado y hemos hecho dos hijos. Otro matrimonio perverso, condicionado fatalmente por el mito, un acoplamiento conveniente que beneficia a la rueda del patriarcado. El príncipe y la rana. El maltratador y la maltratada. El asesino invisible y la víctima propiciatoria. Así está escrito que ha de ser. En esa Historia de la humanidad protagonizada por los hombres y escrita por los hombres. Gracias al mito que nos desautoriza a las mujeres y perpetúa su hegemonía. Es lo que hay. Nosotras caemos en el estereotipo-arquetipo psicológico, una y otra vez, sin darnos cuenta o dándonos cuenta cuando ya es demasiado tarde.

Hay una inercia insuperable que nos condiciona. Y lo mismo les ocurre a ellos, los hombres, incluso a los inocentes de corazón que desean rebelarse y hacer algo diferente, estableciendo una relación de igualdad con la mujer que aman.

-¿Qué podemos hacer?

-Nada. Ya es demasiado tarde. Las cartas están echadas, Magnus.

-¿No escribirás tu libro?

-No creo que pueda hacerlo. Nunca seré una escritora de novelas policiacas. Quizá en otra vida, cuando la rueda de la evolución nos devuelva a

las mujeres la dignidad que perdimos hace milenios, cuando acabó la Prehistoria y comenzó la Historia que protagonizan y escriben los hombres excluyéndonos.

-Es una lástima. Me gusta tu teoría. *El asesino invisible* debería ver la luz.

Magnus sentía la necesidad de reivindicar a Selma frente al mundo. Comprendía y compartía sus pensamientos. Él mismo se sentía fatalmente ligado a ese perverso mito del patriarcado que lo empujaba a aprovecharse de las mujeres y verlas como un objeto sexual. *Me ocurre lo mismo que a mi hermano. La diferencia entre nosotros es que a él le falta sensibilidad y creatividad para rebelarse y hacer de sí mismo algo diferente, un proyecto humano auténtico, desligado del mito. ¿O quizá se equivocaba? ¿Quizá también él estaba atado de pies y manos y antes o después caería en la misma historia, en los mismos estereotipos de comportamiento?*

Se hizo el silencio. Ambos se sentían confundidos. Era una situación extraña, absurda, delirante, surrealista. Estaban metidos en la cama de matrimonio que compartían Selma y Adam. ¡Qué profanación! Estaban desnudos, abrazados. Y además habían hecho el amor. Porque eso era precisamente lo que habían hecho. El amor. No habían hecho simplemente sexo, como hizo Selma con Finn o como ahora hacía con Adam. O como hacía Magnus con sus amantes ocasionales. Por primera vez ambos habían sentido algo especial en aquella unión sexual. Habían experimentado ternura. Se habían compenetrado más allá del enlace físico.

En cierto modo y por asombroso que pareciese eran almas gemelas, ambos lo intuían. Magnus activaba resortes profundos en el mundo anímico de Selma. Y ella hacía otro tanto con él. Se complementaban. Por eso no percibían ese encuentro sexual como una traición. Era normal, lo que correspondía. Lo anormal era que Selma estuviese casada con Adam y que

Magnus se entregase a su voracidad sexópata que le hacía buscar compulsivamente el desahogo sexual con amantes ocasionales sin rostro que no le aportaban nada más allá del puntual desahogo fisiológico.

-Creo que el mundo no está hecho para personas como nosotros, Selma.

-No.

-Así que yo tendré que conformarme con mi guitarra, mi *black metal*, mis soledades, mis pajas y mis folladas compulsivas.

Selma estaba de acuerdo. La inercia del mito era demasiado fuerte para que lograsen desactivarla a esas alturas de sus vidas. También ella tendría que conformarse con sus pensamientos, sus soledades, sus lecturas compulsivas y sus escritos rotos. Quizá podría enamorarse de Magnus, en cierto sentido ya se había enamorado de él, pero ese amor de desacato no podía prosperar, lo sabía.

-Bésame otra vez, por favor.

Magnus no se hizo de rogar. Ansiaba experimentar de nuevo esa profunda compenetración. Ansiaba expulsar las soledades que lo empozaban, aunque fuese durante unos instantes. Sabía que sólo podía lograrlo con Selma, fundiéndose con ella, compartiendo su genuina esencia de mujer, por debajo de la panoplia de víctima que el mundo le había impuesto, ahormando sus anhelos a esa patética representación que la entregaba a su hermano, ese hombre gris, sucio, vil, que despreciaba a las mujeres y no poseía la menor virtud.

Hicieron de nuevo el amor, esta vez de una forma más visceral, con angustia y desesperación, sabiéndose perdidos. Luego rompieron a llorar, abrazados, como niños desconsolados.

-Creo que no podré realizar mi sueño de escribir *El asesino invisible*, pero tú sí podrás realizar tu sueño, Magnus. Eres hombre; lo tienes más fácil.

Por eso quiero pedirte un favor. Me gustaría que metas un poco de mi sueño en el tuyo. Así por lo menos seré Musa.

Magnus meditó aquella petición. Al principio le extrañaba. Luego la comprendió. Se trataba de transmitir el mensaje que Selma no podría reflejar en su novela malograda: *es factible un mundo diferente, en el que hombres y mujeres no estén fatalmente condicionados por el mito del patriarcado que a ellas las convierte en víctimas propiciatorias y a ellos en asesinos invisibles.*

Sí, lo haré, cuando me realice como músico y forme mi propia banda de black metal. Alzaré la voz de Selma. Difundiré su teoría. Al principio fue la palabra, dice la Biblia. La palabra de Selma será la piedra angular sobre la que empecemos a construir un mundo nuevo.

-Te lo prometo.

Selma sintió la necesidad de llamar a su familia, de *despedirse*. Gunnar estaba en un concierto con su novio Olof y apenas podían entenderse en medio del ruido y el alboroto. *¿Cómo está mi hermano preferido?*

-¿Selma?

-Gunnar, te quiero.

-¿Selma? ¿Estás bien?

Madre contestó enseguida, como si tuviese el móvil en la mano. Qué cambio, ella estaba rodeada de quietud y silencio. *Te quiero, mamá.*

-Lo sé, hija. Yo también te quiero. Perdóname...

Ese perdóname con puntos suspensivos retumbó en la cabeza de Selma. Era una confirmación que le encogió el corazón y le hizo llorar. *¡Ay, madre! ¿Por qué no hemos podido ser libres? ¿Por qué, Dios mío? ¿Podremos serlo alguna vez, en otra vida, quizá?*

Padre tardó en contestar. Selma tuvo que marcar el número tres veces. Su voz era sofocada, culpable. *Está follándose a la secretaria.*

-Gracias, papá.

-¿Gracias? ¿Por qué?

-Por la Remington.

Selma apartó el móvil, absorta. Más allá del aspecto utilitario, para llamadas puntuales, el móvil le daba repelús. *No entiendo cómo la gente puede meter en ese aparatito tanto tiempo de su vida, tantas energías, tanta atención, tanto interés.* Ella no jugaba con el móvil, no veía vídeos de YouTube, no chateaba por WhatsApp, no se conectaba a Facebook y otras redes sociales. Había algo alienante en todo ello. Conocía personas que eran incapaces de vivir sin el móvil y los lugares inspiradores no les decían nada hasta que se hacían un selfi y lo compartían en las redes para comprobar los comentarios que suscitaba entre sus contactos.

-¿Estás bien? –le preguntó Magnus, preocupado por su actitud abstraída.

-Vivimos en un mundo extraño, ¿no crees? Me pregunto por qué está la gente tan enganchada al teléfono móvil.

-Porque el teléfono móvil sustituye a Dios.

-¿Qué dices?

-En serio. Dios no es como nos lo pintan las religiones, sino una entidad mental. Y la única forma que tenemos de contactar con él es uniendo nuestras mentes a través de Internet. La pluralidad unificada de nuestras mentes se asemeja a Dios, se equipara a su grandeza, a su naturaleza genuina, y es capaz de emular sus maravillas. De ahí el hechizo obsesivo que ejerce ese aparatito en nosotros. Claro que Internet es un arma de doble filo, es el caldo de cultivo perfecto para que la estupidez y el delirio hagan de las suyas y nos manipulen perversamente.

-Yo también creo que Dios es una mente. Una mente prodigiosa.

-Internet también es una caja de Pandora. Hay ejemplos a patadas de

asesinatos múltiples protagonizados por adolescentes u orates varios que encuentran su inspiración en Internet, masacres, suicidios colectivos, degollinas y escabequinas de todos los colores, atentados terroristas, pedofilia, sectas, pederastia, instrucciones para fabricar bombas, conseguir armas y alistarte en cualquiera de los muchos movimientos dedicados a destruir la humanidad, a veces simplemente a través de la *inocua* suscripción a modas castrantes.

-Estoy de acuerdo.

-Lo ideal sería conectar nuestras mentes con la conciencia colectiva directamente, sin mediación de esa herramienta artificial. Exactamente como haces tú. El problema es que Selma sólo hay una. Los demás tenemos que conformarnos con Internet.

El inspector se levantó, tomó una botella de agua mineral de la nevera portátil, la puso delante de Rebecca y posó la mano en su cabeza, en un gesto paternal que Regina nunca le había visto.

-Tranquilícese, señorita. Aquí tiene un poco de agua. Beba, se sentirá mejor.

Rebecca no se hizo de rogar. Con la misma sumisión con la que había leído los informes, abrió la botella de agua y bebió la mitad de su contenido. Karl se sentó directamente en la mesa para estar más cerca de ella y transmitirle seguridad con su presencia, y le entregó dos servilletas para que se secase las lágrimas.

El cambio fue inmediato. El agua, la proximidad protectora del inspector y las servilletas obraron el milagro de calmarla. Rebecca ahora sólo suspiraba, dirigiendo fugaces miradas de gratitud a Karl.

-Cuéntenoslo todo, por favor.

Rebecca cabeceó afirmativamente. En el fondo era buena chica, pensó Regina. ¡Habría sido una estudiante excelente! Rebecca bebió el agua que quedaba en la botella y carraspeó.

-Al poco de entrar a trabajar como niñera de sus hijos, Adam me sedujo.

Directa al grano, se dijo Karl.

-Era insaciable, quería acostarse conmigo todos los días y a veces lo

hacíamos cuando Gina estaba en casa. Aunque al principio me sentía culpable, él me hizo creer que en realidad me quería a mí y que iba a separarse de Gina. Pero el tiempo pasaba y las cosas no cambiaban. Gina era la primera, la favorita, estaba claro, y yo no era más que la amante, por eso siempre nos teníamos que esconder. No podía soportarlo. Los celos me estaban destrozando.

>>A veces, cuando los oía hacer el amor en su dormitorio, me parecía que iba a volverme loca. ¡La odiaba! ¡Dios, cómo la odiaba! Su voz me ponía los pelos de punta. Y por la noche, cuando yo estaba en mi cuarto de niñera o en la habitación de los gemelos, mientras Gina estaba en la cama con él, la cabeza me traicionaba y no paraba de pensar que la mataba de mil formas.

>>Por eso un día perdí el control y la atacé con un martillo. Era como si otra persona actuase a través de mí. Comprendí que aquello era una locura. Las cosas no podían seguir así. Yo quería a Adam, lo adoraba, era capaz de hacer cualquier cosa por él, pero no quería matar a su mujer y convertirme en una asesina. Así que decidí marcharme y volver a casa de mi padre.

-Tenía entendido que fueron Adam y su mujer quienes la echaron.

-No. Me fui yo. ¡No podía aguantar ni un solo día más en aquella casa! Después de la escena del martillo hice la maleta y me fui.

-¿Ahí se acabó la relación?

-No, él iba a verme a casa de mi padre, en Hofors, por lo menos una vez a la semana. Hacíamos el amor dos o tres veces y se marchaba. Llegué a darme cuenta de que eso era lo único que le interesaba, hacer el amor; todo lo demás le daba igual. Por eso intenté romper varias veces, pero él volvía a llamarme, a mandarme mensajes, a prometerme que dejaría a Gina para vivir conmigo. Yo lo creía, una y otra vez, hasta que un día decidí poner punto final y no quise recibirlo cuando fue a verme a casa de mi padre. Al poco tiempo empecé a recibir los mensajes.

-¿No sospechó que se los enviaba Adam?

-No, porque los enviaba un teléfono diferente, que yo no conocía. Le juro que desde el principio pensé que me los enviaba Dios. Le parecerá una tontería, ahora a mí también me lo parece, la verdad, pero era así. Aunque supongo que si no hubiese tenido la tentación de matar a Gina cuando vivía en su casa a lo mejor no habría sido tan fácil que me lo tragase todo. En el fondo una parte de mí seguía queriendo matar a Gina, ¿entiende?

-Perfectamente.

-Adam me había hablado muchas veces de Dios. Y yo misma siempre he sido bastante religiosa. Así que me pareció normal que Dios quisiese comunicarse conmigo.

-¿Le había mencionado Adam en alguna ocasión que quizá era voluntad de Dios que Gina muriese?

Rebecca miró al inspector sorprendida.

-¡Eso fue exactamente lo que dijo! Varias veces, cuando yo vivía en su casa. Dios puede decidir algún día que Gina muera, eso fue lo que dijo. Y que Dios podía utilizarme de instrumento para conseguirlo.

-Entiendo.

-Antes, a comienzos del verano, cuando acabábamos de empezar nuestra relación, me había preguntado si yo sería capaz de matar a un ser humano.

-¿Y usted qué le contestó?

-¡Que no, claro! ¿Cómo iba a saber yo entonces que haría lo que luego hice? ¡Dios mío, es como si no fuese la misma persona! Ahora que lo pienso me parece todo tan absurdo. No tiene sentido. Es una locura. No me puedo creer que me haya pasado todo esto.

-¿Adam volvió a insistirle al respecto?

Rebecca profirió una risita amarga.

-¡Claro! Es el hombre más insistente que he conocido. En otoño volvió a preguntarme si yo sería capaz de matar a un ser humano, pero tampoco en esa ocasión se me ocurrió que estuviese pensando en que yo podía matar a su mujer.

-¿Adam esa vez mencionó a Dios?

-Claro. Cuando le dije que no, él añadió: ¿y si fuese la voluntad de Dios?

-¿Qué contestó usted?

Rebeca esbozó un gesto de confusión; de pronto tomaba conciencia de la trascendencia de aquel recuerdo.

-Lo había olvidado por completo, pero sí, es verdad, lo reconozco, le contesté que si era voluntad de Dios tal vez la cumpliría.

Karl asintió. Ahí estaba el nexo que unía a Dios con Adam en la coartada psicológica que él había urdido para engañar a su víctima y hacer que cometiese los crímenes.

-Me siento como si de repente me hubiese despertado de una horrible pesadilla –dijo Rebecca, ahora con una extraña serenidad, como si realmente acabase de recuperar el juicio que había perdido progresivamente desde que Adam entró en su vida-. Me parece increíble que yo tuviese una actitud tan infantil y estúpida, pero la verdad es que cuando aparqué el Volvo de mi padre en el bosque y fui a cometer los crímenes, me paré a mitad de camino y consulté el móvil para comprobar si Dios me había enviado otro mensaje, dándome una contraorden. Esperaba que Dios cambiase de opinión para que no tuviese que matar a Gina y a Gerhard...

Tan absurdo como real, se dijo Regina, asombrada. ¡Se compadecía de esa mujer! Qué lamentable víctima. Su previsible pesadilla, que la llevó a cometer esos crímenes, teledirigida por un demente, era la crónica de una muerte anunciada, un capítulo más del *culebrón machista* propiciado por la

sociedad en general y la religión en particular. De la caza de brujas medieval a este crimen patético en el seno de una nación supuestamente avanzada. *¿Quién tiene la desfachatez de afirmar que hemos dejado atrás el tiempo de la oscuridad? La oscuridad está aquí, metida en nuestra orgullosa evolución tecnológica, ¡en el imprescindible teléfono móvil!*

Las reflexiones de Karl, en cambio, mostraban una visión *anecdótica* de lo sucedido. Rebecca y Adam estaban condicionados por sus circunstancias particulares, no por la influencia machista colectiva que operaba desde el principio de los tiempos. Rebecca era víctima de su precariedad existencial y Adam era sencillamente un psicópata. El inspector no concebía el trasfondo simbólico de aquel caso criminal, quizá porque empatizaba la pulsión-dominación de Adam, aunque evidentemente no la aprobase, por ser un hombre civilizado que se vanagloriaba de ello.

Por otra parte le parecía normal que Rebecca se dejase *dominar*. Al fin y al cabo era una mujer. El concepto *sexo débil* gravitaba en su pensamiento sin que él se percatase de ello, aunque no exteriorizase esa impresión que ni siquiera reconocía interiormente, por una *civilizada censura* autoimpuesta. Al orgulloso inspector le bastaba ejercer de justiciero. ¿Cómo iba a desentrañar el alcance simbólico del crimen que acababa de resolver? Simplemente estaba contento como el niño que ha hecho los deberes y puede recibir la aprobación de sus mayores.

-Es suficiente –dijo, inspirando profundamente, satisfecho, y llamó a los agentes de custodia para que se llevaran de nuevo a Rebecca.

Luego se puso el anorak, se metió siete avellanas en la boca y se dirigió a la salida mientras masticaba lentamente.

-¿A dónde se supone que va, inspector? –preguntó Regina, sintiéndose desplazada.

Karl se volvió y la miró con gravedad.

-Voy a detener a ese malnacido. ¿Le apetece acompañarme, señorita Andersson?

-¡No me lo perdería por nada del mundo!

Epílogo

Al principio Finn estuvo trastornado durante una temporada. La pérdida de Rebecca le afectaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Había llegado a cobrarle un afecto sincero. En cierto modo la veía como su media naranja. Y era doblemente doloroso que Adam hubiese vuelto a birlarle a su chica, como hizo con Selma. Ahora estaba en la cárcel, cumpliendo una larga condena, la pobre. Ya nunca más podría ir a verla a Hofors. Aún así Finn conservaba el apartamento que había alquilado allí para estar cerca de ella. Era una forma de esperarla. Aunque el afecto que sentía por Rebecca se diluía conforme pasaba el tiempo.

Todo era absurdo y grotesco. Había seducido a Rebecca para devolverle la jugada a Adam, como venganza. Luego se torció todo. Ya no se trataba de Adam, sino del sentimiento que ella le inspiraba. Rebecca y él se ajustaban milimétricamente a la teoría de Selma, ella era la víctima propiciatoria y él el asesino invisible, *ella por tener una madre piadosa, cobarde y débil y un padre hijoputa, borracho y putero. Yo por ser el niño de un magnate que me trata como a un juguete.*

Ahora Finn era una persona diferente; había emprendido una nueva vida, se estaba realizando personalmente, al margen de su *nocivo* padre. Era el vocalista del grupo de *black metal* Selma, *victims and murderers*. ¡Habían sacado su primer álbum, cuyo título hacía referencia al nombre de la banda: *Selma, victims and murderers!* Y ya habían vendido cuatro mil discos, lo cual

estaba genial para una producción *underground*. Era una ventaja tener su propio sello discográfico, Selma's Dream Production.

¡Les llovían las peticiones de grupos nacionales y extranjeros que deseaban sacar un disco con ellos! Claro que por el momento bastante tenían con atender los compromisos de su propia banda. No paraban de dar conciertos. *El concierto en The Globe fue una pasada. ¡Se agotaron todas las entradas! Ahora tengo un objetivo en la vida; no me obsesionan las drogas y el sexo.* Su mente estaba ocupada en componer música y escribir letras, junto a Magnus, que le enseñaba a ser músico.

El black metal empieza a formar parte de mí. Dejaba de ser una pose para convertirse en el medio de expresión de su descontento, su rebeldía, su desencanto y su rabia contenida. Ser *black metal* era una filosofía de vida. Claro que ellos estaban haciendo su propio camino. Somos la cuarta hornada de *black metal*, decía Magnus. El sonido de su música era diferente, especial, como las letras y el espíritu que respiraban sus temas. Tenían una impronta característica que los diferenciaba de otras bandas de *black metal* actuales o históricas.

Finn, al igual que hizo *Euronymous* en los suburbios de Oslo, había abierto una tienda de discos especializada en música *black metal*. La ubicación fue fácil de encontrar entre las catorce islas sobre las que se asentaba Estocolmo, entre el mar Báltico y el lago Mälaren. Estaba en el casco histórico, en Gamla Stan. Se llamaba Selma y disponía de un amplio sótano que Magnus y él habían habilitado para albergar las oficinas del sello discográfico y celebrar reuniones con seguidores de la banda y gente comprometida con el movimiento *black metal*. A veces invitaban a músicos noruegos o de otros países. Y el tatuador Borg era uno de los parroquianos habituales. *Magnus y yo somos como Euronymous y Vikernes, pero nos llevamos bien. Demostramos que pueden cohabitar dos gallos en el mismo*

corral. Ahora sólo falta que venga a visitarnos alguna gallinita descarriada.

El álbum *Selma, victims and murderers*, estaba compuesto por siete temas, de una duración media de once minutos, con un claro mensaje:

Christ and Satan, unified myth. El exceso de luz destruye y la demoledora oscuridad construye. Monumentales gañidos de Finn. Riffs diabólicos. Efectos cacofónicos de fondo. Guitarra desquiciante de Magnus.

Twilight of the Idols. Referencias a Nietzsche. Se acabaron las mentiras barnizadas. Las estridencias vocales de Finn suben de tono. La guitarra de Magnus alcanza el paroxismo de su locura. Bajo, batería, teclados, segunda batería y efectos de sintetizador se mantienen.

Revival of the goddess. Renace la Diosa del amor. Llego el matriarcado de Selma. La mujer recupera su protagonismo. Finn adopta la voz de la Diosa. Magnus vuelve melódica su guitarra.

God is Internet. La conciencia colectiva invade Internet y expulsa a la Bestia. Finn entona voces de confrontación. Magnus puntea una marcha militar.

Matrix fucks you. Vómito de guitarras delirantes y voces desquiciadas. Caos.

Kill your father. ¡Acabemos con el mito del patriarcado! Finn entona el mea culpa y comete parricidio vocal. Magnus hace correr la sangre por las cuerdas de su guitarra.

Selma's blood. Homenaje póstumo a Selma y a su teoría. Referencias a su novela policiaca inacabada *El asesino invisible*.

-¡Soberbio! –exclamó Finn.

Estaban en el sótano de la tienda, él y Magnus, bebiendo cerveza y fumándose un porro de marihuana.

-¿Cuál podría ser el epitafio? –replicó Magnus-. Me refiero a Selma, naturalmente. Creo que en el tema *Selma's blood* nos faltó un epitafio, una frase lapidaria que quede de recuerdo, como memoria de lo que ella significó

para nosotros.

-Quizá en el próximo álbum deberíamos mencionar a tu hermano.

-¡Deja a Adam entre rejas!

-Él se cargó a Selma, ¿verdad?

-Claro que lo hizo. Le abrió la cabeza en cuanto supo que se había acostado conmigo.

-¿Le jodió que Selma se enamorase de ti?

-Qué va, eso le daba igual. No le moló que me la follase. La quería sólo para él. Eso quiere el hombre viejo, anterior al renacimiento de la Diosa.

-Hacer de la mujer una propiedad, como las propiedades inmobiliarias o los valores bursátiles.

-Tenemos mazo de seguidoras. En nuestros conciertos hay más tías que tíos. Nunca había pasado eso, en toda la historia del *black metal*. Estamos haciendo una revolución musical, colega.

-Mi vieja vino al concierto en The Globe, con toda la parafernalia de *black metal*. Me quedé flipado. ¡Ella, que es un florero!

-El mundo está cambiando, Finn. Las pibas han decidido plantarse. Y algunos tíos también. ¡Ya basta de morralla!

Los medios de comunicación y algunos expertos y críticos se habían apresurado a ponerles una etiqueta, acusándoles de crear un subgénero dentro del *black metal*. Lo llamaban *feminist black metal*. Y había aparecido el *sexist black metal*, que pretendía cuestionar y demoler sus postulados filosóficos, igual que hizo el *unblack metal* cristiano con el *black metal*.

-Vivimos sometidos a una eterna lucha de poder, y el poder es masculino por definición. El poder es violencia y el hombre es violento por naturaleza, al contrario que la mujer.

-Eso está cambiando, Finn. La mujer ahora sabe a qué se enfrenta. Le ha costado milenios de vasallaje aprender la lección. En nuestro próximo

álbum seremos más explícitos y beligerantes. ¡Hagamos un llamamiento a la acción revolucionaria!

-No queda otra.

-Selma nos lo agradecería. Y muchas como ella que se fueron a la mierda sin voz ni voto. No hemos clarificado el mensaje lo suficiente. Por eso los periodistas dicen que somos una pandilla de maricones.

-Bueno, tenemos mucho tirón entre los gays de San Francisco. En la próxima fiesta del orgullo gay pondrán nuestros temas como banda sonora.

-Los medios hacen un circo de cualquier movida.

Se hizo el silencio. Un silencio pesado, ominoso. Parecía gravitar en la atmósfera una maldición. *La conjura de los necios*, se dijo Magnus.

-¡Y pensar que al malnacido de mi hermano sólo lo han condenado a tres años por instigación al asesinato!

-En cambio Reb pasará entre rejas diez veces más.

Y Adam no pagaría por haber matado a la única mujer que ambos habían amado, pensó Finn. *Ahí está el protagonista de su novela policiaca que el mundo no le permitió escribir. El asesino invisible.*

-¿Sabes? Cuando me acosté con ella en la cama de matrimonio de mi hermano, sentí una extraña paz interior. Es la única vez en mi vida que he sentido *eso*.

-Supongo que yo nunca le di la oportunidad de enseñarme *eso*.

Magnus sacó una fotografía de Selma de su cartera y la clavó en la pared con chinchetas. Debajo hizo un grafiti que ponía: *dethroned goddess*.

Entonces llamaron a la puerta y fueron a ver quién era.

El visitante, un joven de rasgos inconfundibles, no era desconocido para ellos, aunque lo habían tratado poco. Sostenía un libro entre las manos, con devoción, como si fuese una Biblia. Se lo entregó, sonriente, sin decir nada, y ellos lo examinaron intrigados. Se titulaba *El asesino invisible*. El

autor era Gunnar Lindberg.

-La Remington me ayudó a seguir los pasos de mi hermana...

Fin